DR. MARTIN LUTHER KING JR.

SOBRE EL AMOR

TRADUCCIÓN DE AURORA LAUZARDO UGARTE

Dr. Martin Luther King Jr.

SOBRE EL AMOR

DR. MARTIN LUTHER KING JR.

Traducción de Aurora Lauzardo Ugarte

MartinLuther
KingJr.*Library*

Contenido

Cubrir
Página de título
Prólogo
Redescubrir los valores perdidos
El abismo insalvable (Parábola del rico y Lázaro)
La autobiografía de Martin Luther King Jr.
Amor vs. bombas
Sermón en el porche
El «nuevo Negro» del Sur: el trasfondo de la historia de Montgomery
Vivir bajo las tensiones de la vida moderna
Epístola de Pablo a los cristianos estadounidenses
Ante el desafío de una nueva era
No violencia y justicia racial (Artículo)
El poder de la no violencia
Vencer el egocentrismo
Amar a nuestros enemigos
No violencia y justicia racial (Discurso)
Sermón del Domingo de Ramos sobre Mohandas K. Gandhi
Un paseo por Tierra Santa
Discurso en la Marcha de la Juventud por las Escuelas Integradas
Las tres dimensiones de una vida plena
Los niveles del amor
Las exigencias éticas de la integración
Tarjeta de compromiso de Birmingham

Carta desde la cárcel de Birmingham
La fuerza de amar: selecciones del libro
    Prólogo
    El amor en acción
    Amar a nuestros enemigos
    Una llamada a medianoche
    Sueños destrozados
    Antídotos contra el miedo
    Peregrinación a la no violencia
Elegía a las niñas mártires
Marcha por la igualdad
Discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz
La búsqueda de la paz y la justicia
Las bajas en la guerra de Vietnam
¿Hacia dónde vamos a partir de aquí?
El instinto del tambor mayor
Elegía a King por Benjamin Mays
Permisos
Derechos de autor
Acerca del editor

Prólogo

En su último sermón en la Iglesia Bautista Ebenezer en Atlanta, Georgia, donde su padre había sido pastor desde que él era un niño y donde él mismo era entonces pastor asociado, King pronunció, en esencia, su propia elegía. No hizo alarde de sus logros: el Premio Nobel de la Paz, sus victorias al lograr legislaciones históricas en la lucha por los derechos civiles o su prestigio como uno de los intelectuales y líderes espirituales más importantes de la historia moderna. En cambio, dijo que esperaba que lo recordaran después de su muerte como «alguien que intentó amar a alguien».

Entender a fondo a otro ser humano siempre es un desafío, y King explicó esa dificultad en su sermón de 1960, «The Three Dimensions of a Complete Life [Las tres dimensiones de una vida plena]»: «Ustedes miran hacia aquí esta mañana y sé que estarán diciendo: "Vemos a Martin Luther King". Lamento decepcionarlos. Solo ven mi cuerpo. No ven mi mente; no ven mi personalidad; no pueden ver el yo que me hace ser yo. Así que, en realidad, todo lo que vemos en esta vida es algo así como la sombra que proyecta lo que no vemos. Platón tenía razón: "Lo visible es la sombra de lo invisible"».

En los escritos de King, la cuestión de lo que lo animaba, el rayo que perfilaba su esencia, parece hacerse visible en el tema en el que enfatizó y al que recurrió una y otra vez: el amor. A lo largo de su vida como predicador, y de su inquebrantable resistencia en la lucha por los derechos civiles, el amor se destaca como el valor que impulsó sus acciones, reforzó su compromiso y encendió su coraje. La luz del amor brilló a lo largo de toda su vida pública, desde su concepción temprana del amor como la ley del universo hasta esa súplica al final de su vida de que se le conociera por su compromiso con el amor.

Para King, el amor era sin duda inseparable de Dios, un amor que abarca a todos y lo crea todo. En repetidas ocasiones, nos instó a amar al prójimo «porque Dios lo ama».

En las siguientes páginas, vemos a King examinar el amor a través de una miríada de prismas: como una fuerza creativa, un principio político, un medio para la estabilidad psicológica. Dilucida sus distintas formas —el amor filial, paternal, romántico, platónico, humanitario y sagrado— y considera cada una en su poder,

sus limitaciones y las interpretaciones erróneas que se han hecho de ellas. Explora la necesidad de que cada uno de nosotros se ame a sí mismo como primer paso hacia un amor más grande por los demás. Solo a través del amor es posible seguir la estrategia de resistencia no violenta del activista y líder espiritual Mohandas K. Gandhi.

Incluso nos da la impresión de que la creencia de King en el amor de Dios hacia cada uno de nosotros es el único valor que pudo sostenerlo a través de las severas pruebas que tuvo que superar a lo largo de su vida: unos 29 arrestos, confinamiento en solitario, dos atentados con bombas incendiarias en su casa, amenazas constantes de muerte contra él y su familia, cargos de fraude fiscal fabricados (que, a la larga, fueron desestimados), perros de la Policía, manguerazos, un apuñalamiento, varias palizas. . . . Todo eso lo experimentó en solo 39 años de vida.

Los sermones y discursos seleccionados en estas páginas se han escogido para resaltar el material en el que King abordó el tema del amor en específico. En la introducción de cada capítulo se indica si lo que sigue es un fragmento del discurso o sermón, o el texto íntegro, y se marca con puntos suspensivos en el texto donde se ha omitido algo.

Como predicador que viajaba por los Estados Unidos y por el mundo, King a veces pronunciaba el mismo sermón en diferentes lugares, pero con variaciones. Por lo general, hemos incluido una versión representativa de esos sermones y luego agregamos las variaciones relevantes en orden cronológico.

Todos los textos de King, en su versión íntegra, son, por supuesto, muy valiosos para estudiar su obra, y deben leerse en su totalidad. Sin embargo, creemos que presentar la evolución de la filosofía de King ayudará a los lectores a entender mejor sus distintos puntos de vista sobre el valor en el que creía más que en ningún otro: el amor.

Es útil recordar algunos datos básicos de la biografía de King antes de leer esta colección. Martin Luther King Jr. nació en 1929, en el seno de una familia vinculada por completo a la iglesia bautista. Cuando el joven Martin tenía solo dos años, su padre se convirtió en el pastor principal de la Iglesia Bautista Ebenezer en Atlanta, Georgia. Su abuelo materno también era predicador allí, y su bisabuelo también había sido predicador en otros lugares. El espíritu de la acción social le corría por las venas. El padre de King había decidido convertirse en ministro debido a su admiración por otros predicadores que defendían la justicia racial, y había sido nombrado jefe de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés) de Atlanta.

King ingresó en Morehouse College, en Atlanta, a los 15 años, y se graduó en 1948. Después, su padre lo nombró pastor asociado en su iglesia. Ese mismo año, King comenzó sus estudios en el Seminario Teológico Crozer en Chester, Pensilvania, siendo uno de los once alumnos Negros* entre un alumnado de casi cien. En su tercer año fue elegido presidente de su clase.

Comenzó sus estudios doctorales en la Universidad de Boston en 1951. Tres años más tarde, se convirtió en pastor de la Iglesia Bautista de Dexter Avenue en Montgomery, Alabama, y recibió su doctorado al año siguiente.

El compromiso de King con la protesta no violenta se puso a prueba muy pronto. Fue arrestado por primera vez el 26 de enero de 1956 por su participación en el boicot a los autobuses de Montgomery. Las circunstancias del arresto fueron un indicio del acoso continuo que padecería a lo largo de su vida. King conducía por Montgomery y recogió a algunos de los participantes en el boicot a los autobuses, que esperaban en una esquina de la calle, y en el acto se le fueron detrás unos agentes de la Policía en motocicletas. En la siguiente parada, lo acusaron de conducir a 48 kilómetros por hora en una zona con un límite de cuarenta.

El activismo de King incitó muchos cambios, incluso legislativos. En 1957 y 1960, cuando King era un líder activo en la lucha por el trato igualitario para los afroestadounidenses, el presidente Dwight D. Eisenhower firmó dos leyes de derechos civiles. El sostenido activismo de King contribuyó a la aprobación de la Ley de Derechos Civiles de 1964, que prohibía la segregación y la discriminación laboral por motivos de raza, color, sexo, religión o país de origen.

Si bien King abordó cada vez con mayor vehemencia las deficiencias específicas de las políticas estadounidenses, tanto en el país (en particular la pobreza y la desigualdad de oportunidades) como en el extranjero (en particular la guerra de Vietnam y la amenaza de una guerra nuclear), sostuvo su creencia en el poder transformador del amor, si tan solo nos esforzáramos en recordar que lo poseemos.

King fue asesinado el 4 de abril de 1968 en el motel Lorraine de Memphis, Tennessee. Había viajado a esa ciudad para participar en una marcha en apoyo a los trabajadores de saneamiento, que estaban en huelga. Tenía 39 años.

Elizabeth Mitchell, editora ejecutiva
Ghjulia Romiti, editora adjunta

28 DE FEBRERO DE 1954

Redescubrir los valores perdidos

FRAGMENTO DEL SERMÓN EN LA SEGUNDA IGLESIA BAUTISTA

Detroit, Michigan

«Hay una ley del amor que rige el universo».

A los 25 años, el Dr. Martin Luther King Jr. viajó a Detroit para dirigirse a la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés) de Lansing y visitar la histórica Segunda Iglesia Bautista, donde su tío era pastor. Unas semanas antes, había audicionado con su primer sermón, «Three Dimensions of Life [Tres dimensiones de la vida]», en la Iglesia Bautista de Dexter Avenue en Montgomery, Alabama. A lo largo de los años, fue desarrollando ese sermón, una de cuyas versiones aparece más adelante en este volumen (here).

En el fragmento del sermón que se recoge aquí, pronunciado en la Segunda Iglesia Bautista, King se centra en los valores fundamentales que la sociedad había perdido. Observa que, de vez en cuando, hay que regresar al pasado para avanzar. Dios, afirma, es la única entidad atemporal, la única esencia que se resiste a las tendencias pasajeras, los deseos y las necesidades. Por lo tanto, dice King, se centrará en Dios, en lo perdurable.

Luego describe el amor como la ley inmutable de la vida. Al finalizar ese pasaje, critica el relativismo moral —entender que algo es bueno solo porque todo el mundo lo hace— y le recuerda a la gente que Dios tiene el control.

Las respuestas de la congregación se indican entre paréntesis.

[Fragmento]

. . .El primer principio de valía que debemos redescubrir es este: que la realidad en su conjunto depende de fundamentos morales. En otras palabras, que vivimos en un universo moral, y que hay leyes

morales en ese universo tan duraderas como las leyes físicas. *[Congregación: Señor, ayúdanos]*. No estoy tan seguro de que estemos convencidos de ello. No dudamos nunca de que haya leyes físicas en el universo que debemos obedecer. Eso nunca lo dudamos. Y por eso no saltamos de aviones ni edificios altos por diversión. Eso no lo hacemos. Porque, de forma inconsciente, sabemos que hay una ley de gravitación universal y que, si la desobedecemos, sufriremos las consecuencias. Eso lo sabemos. Aunque no conozcamos su formulación newtoniana, lo sabemos por intuición, y por eso no saltamos desde el edificio más alto de Detroit por diversión. Eso no lo hacemos, no. Porque sabemos que hay una ley de gravitación en el universo. (*Señor*). Si la desobedecemos, sufriremos las consecuencias.

Pero no estoy muy seguro de que sepamos que hay leyes morales tan constantes como las leyes físicas. De eso no estoy tan seguro. No estoy tan seguro de que creamos en serio que hay una ley del amor que rige el universo, y que, si la desobedecemos, sufriremos las consecuencias. (*Sí*). No estoy muy seguro de que en verdad creamos eso. . .

2 DE OCTUBRE DE 1955

El abismo insalvable (Parábola del rico y Lázaro)

SERMÓN EN LA IGLESIA BAUTISTA DE DEXTER AVENUE

Montgomery, Alabama

«Hay un abismo. Pero ese abismo se puede salvar con un poco de amor y compasión. Tendamos un puente sobre el abismo antes de que sea demasiado tarde. Ahora es salvable. Pero puede llegar a ser insalvable».

King aceptó el rol de pastor en la Iglesia Bautista de Dexter Avenue a los 25 años, el 14 de febrero de 1954, pero pospuso la fecha de inicio hasta el otoño. En mayo, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos decidió que la segregación escolar era inconstitucional en el caso *Brown vs. Junta de Educación de los Estados Unidos*.

Como diría después, cuando asumió el cargo: «No tenía la menor idea de que más tarde me vería implicado en una crisis en la que se pudiera aplicar la resistencia no violenta». Pero la decisión del Tribunal Supremo había establecido la ilegalidad fundamental de la segregación.

El boicot a los autobuses de Montgomery estaba a dos meses de comenzar cuando King pronunció el sermón que se reproduce íntegro a continuación. Este refuerza la necesidad del poder transformador del amor para que los ciudadanos blancos sean compasivos con sus conciudadanos Negros, y el papel del amor de Dios para salvar el abismo entre ambos.

La parábola completa del Evangelio de san Lucas también se incluye a modo de referencia.

LUCAS 16, 19-31 (NVI)

El rico y Lázaro

Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino fino, y daba espléndidos banquetes todos los días. A la puerta de su casa se tendía un mendigo llamado Lázaro, que estaba cubierto de llagas y que hubiera querido llenarse el estómago con lo que caía de la mesa del rico. Hasta los perros se acercaban y le lamían las llagas.

Resulta que murió el mendigo y los ángeles se lo llevaron para que estuviera al lado de Abraham. También murió el rico y lo sepultaron. En los dominios de la muerte, en medio de sus tormentos, el rico levantó los ojos y vio de lejos a Abraham y a Lázaro junto a él. Así que alzó la voz y lo llamó: «Padre Abraham, ten compasión de mí y manda a Lázaro que moje la punta del dedo en agua y me refresque la lengua, porque estoy sufriendo mucho en este fuego». Pero Abraham contestó: «Hijo, recuerda que durante tu vida te fue muy bien, mientras que a Lázaro le fue muy mal; pero ahora a él le toca recibir consuelo aquí, y a ti, sufrir mucho. Además de eso, hay un gran abismo entre nosotros y ustedes, de modo que los que quieren pasar de aquí para allá no pueden, ni tampoco pueden los de allá para acá».

Él respondió: «Entonces te ruego, padre, que mandes a Lázaro a la casa de mi padre, para que advierta a mis cinco hermanos y no vengan ellos también a este lugar de tormento». Pero Abraham contestó: «Ya tienen a Moisés y a los Profetas; ¡que les hagan caso a ellos!». «No les harán caso, padre Abraham —respondió el rico—; en cambio, si se les presentara uno de entre los muertos, entonces sí se arrepentirían». Abraham le dijo: «Si no hacen caso a Moisés y a los Profetas, tampoco se convencerán, aunque alguien se levante de entre los muertos».

Esta dramática parábola, contada en la Palestina del siglo primero, ha estado grabada durante mucho tiempo en las páginas mentales de las generaciones sucesivas. Fue esa parábola la chispa que encendió la llama humanitaria en la vida de Albert Schweitzer, quien llegó a la conclusión de que África, explotada y aplastada durante tanto tiempo por la civilización occidental, era un mendigo a las puertas de Europa. Por tal razón, renunció de forma voluntaria a las encantadoras melodías de Bach en el órgano y al prestigio de una

atractiva cátedra en una de las mejores universidades de Europa para establecer un hospital en África. Esta parábola tiene ese tipo de poder.

No debemos tomar la historia como una teología de la vida después de la muerte. No se trata de una guía Baedeker para el otro mundo[*]. Sus símbolos son símbolos, no hechos literales. Jesús aceptó el más allá como una realidad, pero nunca trató de describirlo[†]. Siempre corremos el riesgo de transformar la mitología en teología. Debemos recordar que siempre hay una penumbra de misterio que se cierne en torno a cada afirmación significativa sobre Dios y la vida después de la muerte. Quien busque describir el mobiliario del cielo y la temperatura del infierno estará arrancando el misterio de la religión y encarcelándolo en las paredes de una lógica ilógica[*]. Jesús no tenía tales intenciones. No hizo más que contar una parábola para explicar una verdad básica acerca de esta vida. Quien tome esa parábola como una descripción de la historia y la geografía de la vida después de la muerte, estará trasplantándola con violencia de su tierra natal a una literalidad estéril donde no podrá sobrevivir.

En primer lugar, traigamos esta imagen de forma vívida a nuestras mentes. Hay dos personajes principales en este drama: el rico y Lázaro, el mendigo a su puerta. El rico se viste con las mejores telas. Vive en una lujosa casa palaciega y se alimenta opíparamente de los mejores manjares. Luego Lázaro aparece como horrible contraste. Se postra a la puerta del hombre rico y, además de ser pobre, está muy enfermo. Está todo cubierto de llagas y tan débil que ni siquiera puede ahuyentar a los perros inmundos que vienen a lamerle las llagas. Sus circunstancias son tan trágicas que considera que comer las migajas de la mesa del hombre rico sería una gran fortuna[†].

La segunda escena del drama se desarrolla en el otro mundo. Lázaro está ahora en el seno de Abraham y el rico, atormentado. El rico pide que Lázaro alivie su tormento trayéndole una gota de agua. Pero el padre Abraham responde: «Hijo, recuerda que durante tu vida te fue muy bien, mientras que a Lázaro le fue muy mal; pero

ahora a él le toca recibir consuelo aquí, y a ti, sufrir mucho». Además de eso, Abraham le dice: «Hay un gran abismo entre nosotros y ustedes, de modo que los que quieren pasar de aquí para allá no pueden, ni tampoco pueden los de allá para acá»[*].

Así pues, podemos ver que es el rico quien termina siendo condenado en esta parábola. Como es natural, nos vemos obligados a plantear la pregunta: ¿por qué?

No hay ningún indicio de que el rico fuera condenado por haber obtenido su riqueza por medios deshonestos[†]. Según la historia, obtuvo su riqueza mediante la disciplina de una vida laboriosa. Es probable que tuviera ingenio para las inversiones. Su riqueza no provenía de una estafa corrupta o una explotación viciosa.

Más aún, el rico no era un mal hombre, según los estándares de este mundo[‡]. Es probable que fuera muy respetado en su comunidad. Poseía, al menos, algo de humanidad. Con toda probabilidad realizaba las obras de caridad habituales. El hecho de que el mendigo llegara hasta su puerta todos los días implica que le habían dado de comer[§].

No hay nada en esa parábola que sugiera que ser rico haya sido el delito del hombre. Debemos recordar que el rico estaba hablando desde el infierno con Abraham, que estaba en el cielo, y que Abraham era considerado el hombre más rico de su tiempo. Las riquezas del hombre apenas se compararían con los intereses que Abraham recibía de su ilimitada riqueza. Por lo tanto, en esta parábola no se condena la riqueza. Jesús nunca condena la riqueza en sí misma. Lo que condena es el culto desmesurado a la riqueza. Jesús advirtió a los hombres que la riqueza es muy peligrosa. Pero si el poseedor no se deja sugestionar por la seguridad falsa que la riqueza le brinda, y se ve a sí mismo como un administrador, entonces la riqueza puede ser una gran oportunidad[*]. En esencia, la riqueza no es mala, y tampoco es mala la pobreza. Si el infierno existe, habrá mucha gente pobre en él.

¿Cuáles fueron, entonces, los pecados que condujeron a la condenación del rico?

En primer lugar, el ensimismamiento del rico le impedía ver a los demás. Fue víctima de la trágica enfermedad del egocentrismo. Pasaba frente a Lázaro todos los días, pero no lo veía[†]. Estaba demasiado absorto en sí mismo como para ver. Era un hombre de grandes negocios y tenía que atender su fortuna, su casa y sus bienes. Pronto, el rico estaba tan ensimismado que no podía ver a Lázaro, aunque tenía al mendigo en su propia puerta. El rico se encerró en el rico. Se aferró tanto a sus posesiones que se quedó absorto en el poseedor. El delito del rico no fue su riqueza, sino un amor propio desmesurado[*].

En segundo lugar, el rico fue condenado porque su egoísmo le hizo perder la capacidad de compadecerse. No hay nada más trágico que encontrar a una persona que puede ver las circunstancias angustiosas y deplorables de otros seres humanos y no conmoverse. La riqueza había vuelto al rico frío y calculador; había apagado en él la tibieza de la compasión. El rico podía ver a los hombres abatidos por los arietes de las circunstancias y no conmoverse. Podía ver a su prójimo hambriento asfixiarse en la jaula hermética de la pobreza y no conmoverse. Podía ver a sus hermanos abatidos por los vientos fríos de la adversidad y no conmoverse. Vio al hambriento y no le dio de comer; vio al enfermo y no lo visitó; vio al desnudo y no lo vistió. Y por eso no era apto para el Reino de Dios. Solo era apto para un lugar de tormento[†].

A fin de cuentas, el mayor pecado del rico fue aceptar que las desigualdades de las circunstancias eran condiciones adecuadas de vida. Hay un abismo que se origina en el accidente de las circunstancias. Las circunstancias hacen posible que algunas personas obtengan una educación, mientras que a otras se les niega esa oportunidad. Las circunstancias hacen ricas a algunas personas, les dan prestigio social, mientras que otras se quedan royendo las migajas de la oscuridad. Hay ciertos abismos en la vida que se originan en el accidente de las circunstancias. Así, en la parábola, Lázaro era pobre no porque quisiera serlo, sino porque unas circunstancias trágicas lo habían hecho así. Y el rico era rico porque unas circunstancias afortunadas lo habían hecho así. Hay un abismo

circunstancial entre Lázaro y el hombre rico. Ahora bien, el pecado del rico no fue crear ese abismo entre él y Lázaro; ese abismo ya existía a causa de los accidentes de las circunstancias. El pecado del rico fue creer que el abismo que existía entre él y Lázaro era una condición de vida adecuada. El rico creía que la vida era así. Tomó el «ser» de los accidentes circunstanciales y los transformó en el «deber ser» de una estructura universal*. Se adaptó a las desigualdades evidentes de las circunstancias.

El rico es el hombre blanco que se niega a salvar el abismo de la segregación y elevar a su hermano Negro a la condición de ciudadanía de primera clase, porque piensa que la segregación es parte de la estructura inamovible del universo. El rico es el brahmán de la India que se niega a salvar el abismo que lo separa de su hermano porque piensa que el abismo creado por el sistema de castas es un principio fijo del universo. El rico es el capitalista estadounidense que no busca salvar el abismo económico entre él y el trabajador porque piensa que es natural que algunos vivan en el lujo desmedido mientras otros viven en la pobreza abyecta.

El pecado del rico no fue su crueldad hacia Lázaro, sino su negativa a cerrar la brecha de infortunios que existía entre ambos. La riqueza no fue su delito; la riqueza fue su oportunidad. Su pecado fue negarse a usar su riqueza para salvar el abismo entre los extremos de la riqueza superflua y desmedida y la pobreza abyecta y degradante.

Por lo tanto, cuando el rico le pide a Abraham una gota de agua de manos de Lázaro, Abraham le responde: «Hay un gran abismo entre nosotros y ustedes». Hubo un tiempo en que el hombre rico pudo haber tendido un puente sobre el abismo. Pudo haber usado el poder de la ingeniería del amor para construir un puente de compasión entre él y Lázaro. Pero se negó a hacerlo. Y ahora el abismo es inamovible. Ahora es un abismo insalvable. El tiempo se ha agotado. Ahora las trágicas palabras «demasiado tarde» marcarán para siempre la historia de la vida del rico.

La Biblia habla de otro abismo. En este caso, es un abismo entre Dios y el hombre. Ese abismo se originó en la circunstancia del

pecado. En esa situación, Dios es el rico; rico en gracia, rico en amor, rico en poder. El hombre es Lázaro, carente de poder, con el cuerpo cubierto de las llagas del pecado, postrado a las puertas del trono de Dios, mendigando las migajas de la gracia de Dios. El hombre, al igual que Lázaro, era demasiado débil para cerrar la brecha. Pero no estaba totalmente indefenso. Le quedaban suficientes fuerzas como para, al menos, arrastrarse hasta la puerta y desear el pan de la gracia. Pero no pudo salvar el abismo; solo Dios podrá hacerlo. La belleza del Evangelio cristiano es que Dios, el rico divino y omnipotente, no es como el rico de la parábola. Dios siempre está tratando de salvar el abismo. No está tan ensimismado que no puede ver a los demás. El Dios cristiano no es el Dios de Aristóteles, que se limita a contemplarse a sí mismo. No solo es un Dios que se conoce a sí mismo, sino también es un Dios siempre amoroso. No piensa que el abismo que existe entre Él y el hombre sea una condición de vida adecuada. Sabe que el abismo no debería existir. Así que en el clímax del Evangelio cristiano encontramos a Dios en Cristo intentando salvar el abismo. Ese es el significado de la escena dramática que tuvo lugar en el Calvario. La cruz es el puente infinito del amor divino, que conecta el tiempo con la eternidad, al hombre con Dios.

Cada vez que encontramos a Dios, Él está intentando salvar el abismo. Dijo Pablo: «En Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo»[*]. Dijo el autor del cuarto Evangelio: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único. . .»[†]. Dijo Juan en el Apocalipsis: «Mira que estoy a la puerta y llamo»[‡]. Dios es el rico supremo de la vida que intenta cerrar esa brecha entre Él y cada uno de los Lázaros.

La historia no termina aquí. Terminará solo en la medida en que se reproduzca en la vida de los hombres. «Así como yo los he amado, también ustedes deben amarse los unos a los otros»[§]. En otras palabras, Dios está diciendo: «Así como yo he tendido un puente sobre el abismo entre el hombre y Dios, ustedes deben tender un puente sobre el abismo entre el hombre y el hombre». Cada uno de nosotros es un rico en potencia, tal vez no rico en

bienes materiales, pero sí rico en educación, rico en prestigio social, rico en influencia, rico en encanto. A nuestra puerta está el pobre Lázaro que ha sido privado de todo eso. Hay un abismo. Pero ese abismo se puede salvar con un poco de amor y compasión. Tendamos un puente sobre el abismo antes de que sea demasiado tarde. Ahora es salvable. Pero puede volverse insalvable.

SUCESOS DE DICIEMBRE DE 1955

Según fueron descritos en *La autobiografía de Martin Luther King Jr.*

Montgomery, Alabama

«. . .intentar combinar dos términos aparentemente irreconciliables. Trataría de incitar al grupo a la acción, insistiendo en que su amor propio estaba en juego y que si aceptaban tales injusticias sin protestar, traicionarían su propio sentido de dignidad y los edictos eternos de Dios mismo. Pero lo equilibraría con una fuerte afirmación de la doctrina cristiana del amor».

El 1° de diciembre de 1955, Rosa Parks, una mujer Negra, viajaba en la parte delantera de la sección Negra de un autobús cuando la llegada de un pasajero blanco significaba que debía ceder su asiento. Las leyes de Jim Crow en el Sur de los Estados Unidos ordenaban la segregación racial en las instalaciones públicas. Montgomery, Alabama, tenía una política que ordenaba a los pasajeros Negros sentarse en la parte trasera del autobús, mientras que los pasajeros blancos ocupaban la parte delantera. Si un pasajero blanco necesitaba un asiento, el pasajero Negro debía levantarse. Rosa Parks se negó y fue arrestada y multada. En respuesta, los residentes Negros de Montgomery anunciaron un boicot a los autobuses urbanos hasta que los integraran. Cuatro días después, Martin Luther King Jr. fue elegido presidente de la Asociación de Mejoramiento de Misisipi, el ente organizador, convirtiéndose, así, en el portavoz de las protestas.

En este fragmento de su autobiografía, Martin Luther King Jr. relata lo que vivió en aquel momento, a la vez que considera cómo guiar a la comunidad en la búsqueda de sus derechos civiles.

[Fragmento]

Regresé a casa por primera vez desde las siete de la mañana, y encontré a Coretta descansando al cabo de un largo día de llamadas telefónicas y emoción general. Después de contarnos los acontecimientos del día, le dije, algo vacilante y sin saber cuál sería su reacción, que había sido elegido presidente de la nueva asociación. No tenía por qué haberme preocupado. Aún sorprendida, como es natural, veía que, dado que la responsabilidad había recaído sobre mí, no tenía más remedio que aceptarla. No hizo falta que le dijera que ahora pasaríamos aún menos tiempo juntos ni pareció inmutarse ante el posible peligro que corríamos todos en mi nueva posición.

—Sabes que, hagas lo que hagas, cuentas con mi respaldo —susurró.

Reconfortado, me fui a mi estudio y cerré la puerta. Los minutos transcurrían con velocidad. Apenas disponía de veinte minutos para preparar el discurso más decisivo de mi vida. Caí presa del miedo. Me enfrentaba a la ineludible tarea de preparar a toda prisa un discurso que debía darle un sentido de dirección a un pueblo imbuido en una nueva y todavía insondable pasión por la justicia. También era consciente de que los periodistas y reporteros televisivos estarían allí con sus lápices y cámaras listos para registrar mis palabras y enviarlas a todo el país.

Estaba casi abrumado, obsesionado por una sensación de insuficiencia. En ese estado de ansiedad, perdí cinco de los veinte minutos que tenía. Sin más que la fe en un poder cuya fuerza incomparable se opone a las flaquezas e insuficiencias de la naturaleza humana, me dirigí a Dios en oración. Mis palabras fueron breves y sencillas. Le pedí a Dios que restableciera mi equilibrio y que estuviera a mi lado en un momento en el que necesitaba Su guía más que nunca.

Quedaban menos de quince minutos cuando comencé a esbozar unos apuntes. En medio de todo eso, no obstante, me enfrenté a un nuevo y aleccionador dilema: ¿cómo componer un discurso que comunicara la militancia necesaria para instar a mi pueblo a la acción positiva, pero con la suficiente moderación para mantener ese fervor dentro de unos límites controlables y cristianos? Sabía que

muchos Negros eran víctimas de una amargura que podía alcanzar con facilidad proporciones desmedidas. ¿Qué podía decir para que se mantuvieran valientes y preparados para la acción positiva y, sin embargo, desprovistos de odio y resentimiento? ¿Sería posible combinar la militancia y la moderación en un solo discurso?

Decidí que tenía que afrontar el desafío e intentar combinar dos términos aparentemente irreconciliables. Trataría de incitar al grupo a la acción, insistiendo en que su amor propio estaba en juego y que si aceptaban tales injusticias sin protestar, traicionarían su propio sentido de dignidad y los edictos eternos de Dios mismo. Pero lo equilibraría con una fuerte afirmación de la doctrina cristiana del amor. Apenas había logrado bosquejar el discurso en mi mente, y ya se me había acabado el tiempo. Sin detenerme a cenar (no había comido desde la mañana) me despedí de Coretta y me dirigí a la iglesia de Holt Street. A cinco cuadras de la iglesia noté un atasco. Los automóviles estaban alineados hasta donde alcanzaba la vista a ambos lados de la calle.

Tardé quince minutos en abrirme paso hasta el despacho del pastor. A esas alturas, todas mis dudas sobre el éxito de nuestra empresa se habían disipado. La cuestión de cancelar la protesta se había vuelto académica. El entusiasmo de esas miles de personas arrasó con todo como un maremoto.

Pasó un buen rato antes de que los demás oradores pudieran llegar hasta el estrado en la iglesia abarrotada. La reunión comenzó con casi media hora de retraso. El himno de apertura fue el viejo y conocido *Onward Christian Soldiers* [Adelante soldados cristianos], y cuando esa gigantesca audiencia se puso de pie para cantar, y las voces en el exterior de la iglesia engrosaron el coro en el interior, resonó un poderoso timbre como el eco jubiloso del cielo mismo.

El presidente me presentó. Me levanté y me dirigí al púlpito. Las cámaras de televisión comenzaron a grabar desde todos los ángulos. La multitud hizo silencio.

Sin manuscrito ni notas, conté la historia de lo que le había sucedido a la señora Parks. Luego repasé la larga historia de abusos e insultos que los ciudadanos Negros habían sufrido en los autobuses urbanos:

Estamos aquí esta noche para tratar un asunto muy serio. Estamos aquí en un sentido general porque, ante todo, somos ciudadanos estadounidenses y estamos decididos a ejercer nuestra ciudadanía en la plenitud de su significado. Estamos aquí también por nuestro amor a la democracia, por nuestra profunda creencia en que la democracia, cuando pasa del papel endeble a la acción contundente, es la mejor forma de gobierno sobre la Tierra. . . .

Ustedes saben, amigos míos, que llega un momento en el que la gente se cansa de que la aplasten los pies de hierro de la opresión. Llega un momento, amigos míos, en el que la gente se cansa de que la arrojen al abismo de la humillación, donde experimenta la desolación de la desesperanza persistente. Llega un momento en el que la gente se cansa de que la expulsen de la brillante luz del sol del julio de la vida, de que la abandonen en medio del frío penetrante de un noviembre alpino.

Y no nos equivocamos. No nos equivocamos en lo que estamos haciendo. Si nos equivocáramos, el Tribunal Supremo de esta nación se equivocaría. Si nos equivocáramos, la Constitución de los Estados Unidos se equivocaría. Si nos equivocáramos, Dios Todopoderoso se equivocaría. Si nos equivocáramos, Jesús de Nazaret no habría sido más que un soñador utópico que nunca tuvo los pies sobre la tierra. Y aquí en Montgomery estamos decididos a trabajar y a luchar hasta que la justicia fluya como el agua y la rectitud, como un torrente caudaloso.

Quiero decirles que en todas nuestras acciones debemos mantenernos unidos. La unidad es lo que más necesitamos en este momento y, si nos unimos, podremos alcanzar muchas de esas cosas que no solo deseamos, sino que merecemos en aras de la justicia. Y no dejen que nadie los asuste. No nos asusta lo que estamos haciendo, porque lo estamos haciendo dentro de los parámetros de la ley. Jamás en nuestra democracia estadounidense debemos pensar que nos equivocamos al protestar. Nos reservamos ese derecho.

Nosotros, los desheredados de esta tierra, nosotros, que hemos sido oprimidos durante tanto tiempo, estamos cansados de vivir en la larga noche del cautiverio. Y ahora queremos alcanzar el amanecer de la libertad, la justicia y la igualdad. Permítanme decirles, amigos míos, para terminar. . . que debemos mantener. . . a Dios en un primer plano. Seamos cristianos en todas nuestras acciones. Pero esta noche quiero decirles que no basta con que hablemos del amor. El amor es uno de los puntos fundamentales de la fe cristiana. Hay otro lado que se llama justicia.

Estar del lado del amor es siempre justo, y solo estamos usando las herramientas de la justicia. No solo estamos usando las herramientas de la persuasión, sino que hemos visto que también debemos usar las

herramientas de la coerción. No se trata tan solo de un proceso de educación, sino también de un proceso de legislación.

De pie o sentados aquí esta noche, mientras nos preparamos para lo que se avecina, salgamos con la determinación absoluta y audaz de que vamos a mantenernos unidos. Vamos a trabajar juntos. Aquí mismo, en Montgomery, cuando se escriban los libros de historia en el futuro, alguien tendrá que decir: «Allí vivía una raza de gente, un pueblo Negro, de cabello crespo y tez negra, un pueblo que tuvo la valentía moral de defender sus derechos. Y así inyectaron un sentido nuevo en las venas de la historia y de la civilización».

Cuando me senté, la gente se puso de pie y aplaudió. Di gracias a Dios por que el mensaje se hubiera transmitido y por haber cumplido, al menos de forma parcial, la tarea de combinar la militancia y la moderación. La gente había demostrado el mismo entusiasmo cuando la instaba a amar que cuando la instaba a protestar.

Mientras escuchaba el aplauso cerrado, me di cuenta de que ese discurso había suscitado una respuesta mayor que cualquier otro discurso o sermón que hubiera pronunciado, y sin embargo, casi no lo había preparado. Llegué a entender por primera vez lo que los predicadores de antaño querían decir cuando afirmaban: «Abre la boca y Dios hablará por ti». Si bien no permitiría que esa experiencia me tentara a pasar por alto la necesidad de una preparación continua, siempre recordaría que Dios puede transformar la debilidad del hombre en una gloriosa oportunidad.

Entonces, llegó el momento de la importantísima resolución. Ralph Abernathy leyó las palabras despacio y de forma enérgica. La resolución instaba a los Negros a no volver a viajar en autobús hasta que (1) se garantizara un trato cortés por parte de los operadores de autobuses; (2) los pasajeros se sentaran por orden de llegada: los Negros desde la parte trasera del autobús hacia adelante, los blancos, desde el frente hacia la parte de atrás; y (3) los operadores de autobuses Negros fueran empleados en rutas predominantemente Negras. Al oír las palabras: «Todos los que estén a favor de la moción pónganse de pie», todos se pusieron de pie, y los que ya estaban de pie levantaron la mano. Los aplausos

comenzaron a resonar, tanto desde el interior como desde el exterior de la iglesia.

Me fui con el corazón henchido. Nunca había visto semejante entusiasmo por la libertad. Y, sin embargo, ese entusiasmo estaba moderado por una asombrosa autodisciplina. La unidad de propósito y el compañerismo de esas personas me habían conmovido de un modo indescriptible. Ningún historiador sería capaz de describir a cabalidad ese encuentro y ningún sociólogo sería capaz de interpretarlo de forma adecuada. Había que vivir la experiencia para comprenderla del todo. . .

DESCRIPCIÓN DE LOS ACONTECIMIENTOS DE ENERO DE 1956

Amor vs. bombas

FRAGMENTO DEL ARTÍCULO «MARCHA POR LA LIBERTAD»

«Exhorté a la gente a seguir manifestando amor y a seguir llevando la lucha con la misma dignidad y con la misma disciplina con las que habíamos empezado».

Como portavoz del boicot a los autobuses de Montgomery, King recibió numerosas amenazas por escrito, en persona y por teléfono. A finales de enero de 1956, recibió una llamada a altas horas de la noche, mientras intentaba conciliar el sueño junto a su esposa, Coretta. La persona que llamó utilizó un epíteto racista y le advirtió de la violencia que se avecinaba al final de la semana. La hijita de King dormía en otra habitación.

King, desesperado, fue a la cocina, se calentó un café y con la cabeza entre las manos pensó cómo podría «salir de la escena sin parecer un cobarde». En su autobiografía, Martin Luther King Jr. recuerda su oración: «Señor, estoy aquí intentando hacer lo correcto. Creo que me asiste la razón. Estoy aquí para defender lo que creo que es justo. Pero, Señor, confieso que ahora me siento débil, estoy flaqueando. Estoy perdiendo el valor. Tengo miedo. . . . Se me acaban las fuerzas. No me queda nada».

King recuerda escuchar la voz de Jesús: «Martin Luther, defiende la rectitud. Defiende la justicia. Defiende la verdad. Y he aquí que yo estaré contigo. Incluso hasta el fin del mundo».

«Casi de inmediato mis temores comenzaron a disiparse. Mi incertidumbre desapareció. Estaba preparado para enfrentarme a lo que fuera», escribiría King después.

En un artículo publicado en *Fellowship Magazine*, King reflexionó sobre la estrategia empleada durante el boicot y lo que ocurrió tras aquella llamada telefónica. Tomó el siguiente texto, que vincula el amor con la lucha por la justicia, de una entrevista que le hizo el Reverendo Glenn E. Smiley para una película titulada *Walk for Freedom* [Marcha por la libertad].

[Fragmento]

. . .El amor y solo el amor es nuestro gran instrumento y nuestra gran arma. El 30 de enero bombardearon mi casa. Mi esposa y mi bebé estaban allí; yo estaba en una reunión. Me enteré del atentado en la reunión cuando alguien se me acercó y me lo informó, e intenté aceptarlo con mucha calma. Primero pregunté por mi esposa y mi hija; después, cuando supe que estaban bien, me detuve en medio de la reunión, me dirigí al grupo y lo insté a no dejarse llevar por el pánico y a no hacer nada al respecto porque ese no era el camino.

De inmediato me fui a casa y, al pasar por el frente, vi que había entre unas quinientas y mil personas. Entré en la casa, eché un vistazo y regresé a ver a mi esposa y a ver si la bebé estaba bien, pero cuando me detuve en la parte de atrás, vi que cientos y cientos de personas seguían congregándose y me di cuenta de que había posibilidades de violencia.

Fue entonces cuando salí al porche e intenté decirle a la gente que no podíamos dejar que cundiera el pánico. No podíamos permitirnos tomar represalias con ningún tipo de violencia, sino que debíamos afrontar el problema con amor.

Una afirmación que hice —y en la cual creo con vehemencia— fue: «Los que a hierro matan, a hierro mueren»*. Exhorté a la gente a seguir manifestando amor y a seguir llevando la lucha con la misma dignidad y con la misma disciplina con las que habíamos empezado. Creo que en ese momento la gente decidió regresar a sus hogares, las cosas se tranquilizaron y todo terminó con mucha calma y mucha disciplina, algo de lo cual creo que nuestra comunidad debe sentirse orgullosa, y de lo que me sentí muy orgulloso, porque nuestra gente estaba decidida a no tomar represalias con violencia. . . .

30 DE ENERO DE 1956

Sermón en el porche

Casa Parroquial, Montgomery, Alabama

«Queremos amar a nuestros enemigos. Quiero que amen a nuestros enemigos. Sean buenos con ellos. Ámenlos y háganles saber que los aman».

El siguiente texto es el sermón íntegro que King pronunció desde su porche justo después del bombardeo de su casa.

Creemos en la ley y el orden. Que no cunda el pánico. No hagan nada por pánico. No tomen sus armas. Los que a hierro matan, a hierro mueren. Recuerden que esa es la palabra de Dios. No abogamos por la violencia. Queremos amar a nuestros enemigos. Quiero que amen a nuestros enemigos. Sean buenos con ellos. Ámenlos y háganles saber que los aman. Yo no empecé este boicot. Ustedes me pidieron que fuera su portavoz. Quiero que se sepa a lo largo y ancho de esta tierra que, si me detienen, este movimiento no se detendrá. Si me detienen, nuestro trabajo no se detendrá. Porque lo que hacemos está bien. Lo que hacemos es justo. Y Dios está con nosotros.

17 DE MAYO DE 1956

El «nuevo Negro» del Sur: el trasfondo de la historia de Montgomery

FRAGMENTO DEL ARTÍCULO PUBLICADO EN *SOCIALIST CALL*, BASADO EN EL DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CENA ANUAL DEL FONDO DE DEFENSA LEGAL Y EDUCACIÓN DE LA ASOCIACIÓN NACIONAL PARA EL PROGRESO DE LAS PERSONAS DE COLOR (NAACP, POR SUS SIGLAS EN INGLÉS)

Ciudad de Nueva York

«La ley no puede obligar a un hombre a que me ame; eso les corresponde a la religión y a la educación. . . pero sí puede impedir que me linche».

King pronunció este discurso en una cena que conmemoraba el segundo aniversario de la decisión del Tribunal Supremo en *Brown vs. Junta de Educación de los Estados Unidos*, que hizo ilegal la segregación racial en las escuelas.

El discurso comenzó con un debate sobre si las relaciones raciales en los Estados Unidos debían contemplarse con optimismo o con pesimismo. King argumentó que debían contemplarse con realismo. Se había avanzado mucho, señaló, pero aún quedaba mucho por hacer para alcanzar la tierra prometida.

A continuación, King habló de cómo la victoria del boicot a los autobuses en Montgomery había servido para aumentar la autoestima de los Negros, algo que ya nunca podría revertirse. Por último, reflexionó sobre qué crea el amor, y si un hombre odiado debe esperar por la protección del amor o si la ley puede intervenir antes.

A principios de ese año, 89 líderes del boicot, incluido King, habían sido acusados de violar una ley estatal de 1921 contra los boicots. El estado solo acusó a King, que había sido condenado apenas dos meses antes de pronunciar este

discurso. El siguiente fragmento proviene de un artículo basado en este discurso, que se publicó en *Socialist Call* en junio de 1965.

[Fragmento]

. . .Hay quienes sostienen que la integración solo puede llegar mediante la educación, aunque solo sea porque la moral no se puede legislar. Sin embargo, opto por ser dialéctico en este punto. No se trata de legislar o educar, sino de legislar y educar a la vez. Estoy de acuerdo con que es imposible cambiar los sentimientos internos de alguien tan solo mediante la ley. Esa nunca ha sido la intención de la ley.

La ley no pretende cambiar los sentimientos internos, sino controlar los efectos externos de esos sentimientos internos. Por ejemplo, la ley no puede obligar a un hombre a que me ame; eso les corresponde a religión y a la educación. . . pero sí puede impedir que me linche. La ley no puede obligar a un empresario a que se compadezca mí, pero sí puede impedir que se niegue a contratarme por el color de mi piel. La religión y la educación deben cambiar nuestros sentimientos internos, pero no es un acto moral exhortar a unos a que acepten la injusticia con paciencia hasta que a otros se les ablande el corazón. Lo único que pretendemos mediante la legislación es controlar los efectos externos de los sentimientos internos.

Junto con este énfasis en la legislación, debemos tener la valentía moral de levantarnos y protestar contra la injusticia dondequiera que la encontremos. Dondequiera que encontremos segregación debemos tener la fortaleza de resistirnos a ella de forma pasiva.

No debemos pensar en términos de la violencia vengativa. Intentar usar el método de la violencia en nuestra lucha sería tan impráctico como inmoral. La violencia crea muchos más problemas de los que resuelve. Hay una voz que grita a través de los siglos, y dice: «Los que a hierro matan, a hierro mueren». La historia está repleta de los huesos blanquecinos de las naciones que fallaron al asumir esta verdad. Así pues, no debemos intentar librar nuestras batallas por la libertad mediante las armas. El método debe ser el de

la resistencia no violenta, usando el amor como ideal regulador. En su lucha por la justicia, el Negro nunca debe sucumbir a la tentación de la amargura. . . .

SEPTIEMBRE DE 1956

Vivir bajo las tensiones de la vida moderna

SERMÓN PRONUNCIADO EN LA IGLESIA BAUTISTA DE DEXTER AVENUE

Montgomery, Alabama

«El Dios cristiano es un Dios que ama a los demás. Extiende Sus largos brazos llenos de compasión y amor, y abraza a todos Sus hijos. Eso le da a la vida un sentido y un propósito que nunca podría tener sin Él. Yo digo que, si no hubiera un Dios, debería haber uno; y puesto que debe haber un Dios, hay un Dios; y si el hombre no encuentra al Dios del universo, se creará un Dios».

En septiembre de 1956, King llevaba ya nueve meses dirigiendo a un pueblo cansado durante el boicot en Montgomery. Se incluye el sermón en su totalidad porque representa una de las expresiones más completas de King sobre el amor como fuerza psicológicamente sanadora. Se desconoce la fecha exacta del sermón.

El interés de King por Sigmund Freud y Carl Jung representaba un pensamiento bastante moderno. Aunque Freud y Jung habían visitado los Estados Unidos para dar conferencias ya en 1909, el psicoanálisis y la psicoterapia no despertaron un interés generalizado hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando se empezó a evaluar la aptitud mental de los soldados y las tensiones de la guerra provocaron una mayor necesidad de atención.

• • •

[Laguna en la grabación] . . .usar como tema esta mañana, «Vivir bajo las tensiones de la vida moderna»*. Usaremos como base para nuestra discusión el versículo 28 del capítulo 11 del Evangelio según

san Mateo: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados; yo les daré descanso».

Es innegable que la vida moderna se caracteriza por un sinfín de tensiones. En todos los aspectos de la vida, los hombres experimentan trastornos y conflictos, autodestrucción y falta de sentido. Y si volvemos la vista a nuestra nación, descubriremos que las salas de psicopatía de nuestros hospitales están llenas. El miedo y la ansiedad se han entronizado en la vida moderna, y muy pocas personas pueden escapar de la influencia de su poderosa dominación. Tal vez sea cierto que vivimos en una de las generaciones más insatisfechas, si no la más, de toda la historia de la humanidad. Ahora bien, ¿a qué se deben esa tensión, esa ansiedad, esa confusión tan característica de la vida moderna? ¿Cuál es la base causal de todas las tensiones de nuestro mundo moderno? Diré que, si queremos encontrar la causa, debemos buscar más de una causa, y es una pluralidad de causas que se han unido para provocar las tensiones de nuestra generación.

En primer lugar, existe una tensión que se deriva de la lucha competitiva por ganarse la vida. Es cierto que toda nuestra economía capitalista se basa en el afán de lucro bajo condiciones más o menos competitivas. Y, queramos o no, todos nos hallamos inmersos en esa lucha competitiva por ganarnos la vida. A veces llegamos al punto de sentir que la vida es una especie de lucha interminable por pagar las cuentas y los impuestos y comprar alimentos para comer. Salimos a trabajar para ganar dinero para comprar comida para reponer las fuerzas para volver a trabajar; y la vida a veces parece una cadena interminable de monotonía, una infinita rutina de lo mismo y lo mismo. La lucha competitiva por ganar dinero crea tensiones en toda la vida moderna, y por eso Karen Horney, la gran psicóloga, sostiene que esa lucha por ganarse la vida en la estructura competitiva de nuestro sistema económico es la causa de la personalidad neurótica de nuestro tiempo*. Hay algo de verdad en esto: la tensión surge de la lucha competitiva por ganarse la vida en este mundo moderno.

Así, encontramos que esa tensión surge de la totalidad de la urbanización moderna y de la estructura industrial de nuestra vida moderna. Vivimos en una época en la que los hombres habitan en grandes ciudades y poblaciones de alta densidad. Es una era de máquinas en la que hay vastos [*¿órdenes?*] industriales. Y existe el peligro de que, en un sistema como este, los hombres se sientan perdidos entre la multitud. Así pues, los hombres llegan a las grandes ciudades y se sienten perdidos, se sienten desorientados en medio de la enorme multitud con la que se encuentran día a día. Y luego está el peligro de que los hombres se sientan meros engranajes en una inmensa máquina industrial, porque vivimos en un mundo industrial y a menudo el hombre se despersonaliza; la máquina se convierte en el fin. Ese sentido de no pertenencia, esa sensación de soledad, caracteriza la vida moderna. Y muchos nos sentimos solos entre la multitud por ese impulso básico que caracteriza a toda la naturaleza humana: querer pertenecer, tener un sentido de estatus. Y hay tantas cosas en nuestro mundo moderno que nos hacen sentir que no pertenecemos a él, que no somos más que engranajes en una inmensa rueda industrial que gira sin cesar.

Además, está la tensión que se deriva de los temores que acompañan a un mundo devastado por la guerra. Hoy la guerra nos amenaza por todas partes, y nos preguntamos a menudo qué ocurrirá. A veces sentimos que el futuro es incierto, y miramos hacia fuera y sentimos que el futuro está envuelto en una oscuridad impenetrable, que no sabemos cómo se resolverán las cosas. Todo joven que crece en este mundo tiene que enfrentarse al hecho de que no sabe cómo será el futuro debido a la interminable rutina de los preparativos para la guerra. Y hoy sabemos que, gracias al desarrollo atómico, hemos llegado al punto de caminar por un estrecho [*palabra inaudible*] que bordea un infierno abrasador que Dante jamás hubiera podido describir*. Sabemos que en cualquier momento podemos ser lanzados al abismo de la destrucción atómica. Y todo eso nos hace temer y vivir en tensión y agonía, preguntándonos cómo se resolverán las cosas. Eso es parte del miedo, la tensión y la ansiedad generalizadas de la vida moderna.

Luego está la tensión resultante de la condición finita del hombre. El hombre tiene que enfrentarse al hecho de que es finito, de que está limitado de un modo inevitable, de que está atrapado en las categorías de tiempo y espacio. Y se enfrenta a lo que podría ser o no ser. Por eso, una gran escuela de la filosofía moderna, conocida como el existencialismo, clama que la gran amenaza de la vida moderna es la amenaza del no ser, y que todo hombre tiene que vivir bajo la amenaza del no ser; que tendrá que enfrentarse a ese hecho tarde o temprano en la vida; que la amenaza del no ser se cierne sobre él[*]. Se encuentra a sí mismo preguntándose con Shakespeare: «Ser o no ser, esa es la cuestión», pero se enfrenta al hecho de que podría no ser[†]. Y sabe que llegará el momento en que tendrá que entrar en su habitación y bajar las persianas y apagar las luces y quitarse los zapatos y caminar hacia las frías aguas de la muerte. Y se enfrenta a esa amenaza del no ser, que atraviesa toda la estructura de la vida moderna. Y por eso vive en tensión, consternación y desesperación, porque sabe que pende sobre él la nube del no ser, la amenaza de la nada. Y se pregunta: «¿Y ahora qué?». Esa es la tensión de la vida moderna, y eso es lo que explica la tensión. Todo eso se junta y nos coloca a todos en medio de la tensión de la vida moderna.

Sin embargo, en medio de todo eso, resuena a través de todas las generaciones una voz que dice: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados; yo les daré descanso». Esa voz nos grita: «Vengan a mí todos ustedes que trabajan cada día para ganarse la vida. Están atrapados en la rutina de la vida, en la cadena de la vida. Todos los que se afanan por intentar explicar la vida, los que trabajan en medio de todos los problemas de la vida, los que están agobiados por el peso de la desesperanza, los que están agobiados por el miedo, los que están agobiados por las ansiedades y las desilusiones, vengan a mí y yo les daré descanso». Esa es la voz que clama a la vida moderna, la que nos da un poco de consuelo para seguir adelante. Y si no escucháramos esa voz, no lograríamos sobrevivir. Esa voz nos dice que la respuesta a la tensión de la vida moderna es comprometernos lo suficiente con Cristo y estar seguros

de que tenemos un pedacito de vida religiosa auténtica. Porque, hasta que un hombre no descubre una actitud religiosa ante la vida, vive la vida en una eterna desilusión y se encuentra gritando de forma inconsciente con el Macbeth de Shakespeare que la vida es «un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y furia, que no tiene ningún sentido»[*]. Hasta que no adquiera algo de religión, no podrá resistir a las tensiones de la vida moderna. Por eso H. G. Wells clama y dice que un hombre que no es religioso empieza en ningún lugar y termina en la nada[†]. Porque la religión es como un viento poderoso que derriba puertas y derriba muros, que hace posible, y hasta fácil, lo que parece difícil e imposible. La religión, una fe religiosa adecuada, es la respuesta a las tensiones de la vida.

He traído una declaración de un hombre al que deberían conocer, el gran psiquiatra Jung, quien estuvo muy influenciado por Sigmund Freud, aunque fue un poco más allá que Freud. Pasó la mayor parte de su vida aconsejando a personas que se enfrentaban a los problemas de la vida, a la agonía de la vida moderna. Y esto es lo que dice Jung:

> Durante los últimos treinta años, personas de todos los países civilizados de la Tierra me han consultado. He tratado a cientos de pacientes, la mayoría, protestantes, unos cuantos judíos y no más de cinco o seis católicos creyentes. Entre todos mis pacientes que estaban en la segunda mitad de la vida —después de haber cumplido los treinta y cinco años—, no ha habido ninguno cuyo problema en última instancia no sea encontrar una perspectiva religiosa de la vida[‡].

Aquí no habla un predicador, habla un psiquiatra. Habla un psicoanalista. Lo que dice en esencia es que si las personas se enfrentan a las decepciones y experiencias desconcertantes de la vida con tanta frecuencia es porque no tienen la inclinación religiosa adecuada en la vida. Así pues, las experiencias de la vida se les presentan como vientos impetuosos y las derriban porque no tienen nada en su interior con qué hacerles frente. Afrontar las tensiones de la vida moderna con la fe religiosa adecuada. Eso es lo que dice Jesús: «Vengan a mí. Comprométanse lo suficiente con la religión y lo lograrán».

Ahora bien, ¿qué nos aporta la religión? ¿Qué nos aporta la religión genuina? ¿Qué nos da Cristo para ayudarnos a afrontar las tensiones de la vida y para levantarnos en medio de las tensiones de la vida? ¿Qué nos da para que sigamos adelante? ¿Qué nos ofrece la religión genuina para vivir el difícil [¿*mandato*?] de la vida? Creo que, en primer lugar, la religión nos da la capacidad de aceptarnos a nosotros mismos. Y creo que esa es una de las primeras lecciones que todos deberíamos aprender, el principio de la autoaceptación*. Esa es la causa de uno de los grandes problemas de la vida moderna. Muchas personas han sido lanzadas al abismo del fatalismo emocional porque no aprendieron esta lección tan sencilla: la lección de la autoaceptación. Muchos ocultamos esa trágica brecha entre el yo que desearíamos ser y nuestro yo real. Nos hallamos en la vida intentando ser lo que no somos y lo que no podremos ser. Así pues, la religión genuina nos dice sin ambages: «Acéptate a ti mismo». No puedes ser nadie más. Tú no puedes ser yo y yo no puedo ser tú. Y tu plegaria principal en la vida debería ser: «Señor, ayúdame a aceptar mis herramientas. Por aburridas que sean, ayúdame a aceptarlas. Y luego, Señor, después de aceptar mis herramientas, ayúdame a ponerme en marcha y a hacer lo que pueda hacer con mis herramientas». Porque en todos nosotros hay algo de creatividad latente que busca salir a la luz, y esa creatividad a menudo se bloquea porque intentamos ser otra persona, intentamos ser lo que no somos. No hay nada más trágico que ver a un individuo cuyas ambiciones superan su capacidad. Es un espectáculo trágico.

Por lo tanto, en esta vida tenemos la responsabilidad de estar seguros de que estamos dispuestos a afrontar nuestras capacidades tal y como son, y hacer lo mejor que podamos con ellas, y eso es lo único que Dios exige. Nuestro único deber es hacer bien las cosas. Y en el juicio de toda la eternidad habrá una gran recompensa: «¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! En lo poco has sido fiel; te pondré a cargo de mucho más. ¡Ven a compartir la felicidad de tu Señor!»*. Eso es cierto tanto para el hombre de dos talentos como para el

hombre de cinco talentos, y habría sido cierto también para el hombre de un solo talento si lo hubiera usado[†].

Debemos vivir según el principio de autoaceptación. Oh, hay muchas cosas en la vida que me gustaría tener, y no me queda más remedio que afrontar el hecho de que no las tengo y vivir de acuerdo con ello. Eso significa que debemos aceptarlo todo, incluso nuestro aspecto. Ojalá el Señor me hubiera hecho alto, bronceado y guapo; habría sido mucho mejor para mí. Me hubiera gustado que el espejo me importara más. Pero no puedo pasarme la vida acongojado porque el Señor no me hizo de esa manera. Debemos sacar una pizca de humor para comprender que tenemos que aceptarnos tal y como somos. Esa se convierte en la primera lección de la vida, y la religión genuina nos la da para que nos elevemos por encima de la tensión competitiva de la vida, porque nos aceptamos tal como somos, y para que digamos como dijo Moisés en *The Green Pastures* [Verdes pastos]: «Señor, no soy mucho pero es todo lo que tengo»[*]. Vivamos conforme a ese principio y vivamos la vida con una armonía que los hombres a nuestro alrededor nunca podrán comprender, porque hemos aprendido un gran secreto: el secreto y el principio de la autoaceptación.

Pero no solo eso, la religión más elevada, la religión genuina, nos da la capacidad de aceptar las realidades de la vida, no solo a nosotros mismos, sino también las circunstancias externas que en la vida nos golpean. Esa es otra de las causas de los problemas de la vida moderna: mucha gente no domina el arte de aceptar la vida desde una perspectiva equilibrada. Debemos comprender que la vida es un péndulo que oscila entre dos opuestos; un péndulo que oscila entre el desencanto y la plenitud, entre el éxito y el fracaso, entre la alegría y la tristeza. Y así es la vida. Y nunca debemos enmascarar la vida y pensar que la vida solo debe ser alegre y feliz y que debemos vivir en la plenitud. El desencanto es parte de la vida tanto como la plenitud. El fracaso es parte de la vida tanto como el éxito, la tristeza lo es tanto como la alegría. Eso es lo que la religión nos ayuda a comprender. Esa es la grandeza de Jesús. Y un día, Jesús aparece en medio de la luz del Viernes Santo. Sabe que el Viernes

Santo es parte de la vida tanto como la Pascua, y que la vida es en cierto modo un péndulo que oscila entre el Viernes Santo y la Pascua, que oscila entre la agonía y el triunfo, que oscila entre la oscuridad y la luz. Y quien aprende eso ha aprendido la lección de la vida, así que no se derrumba cuando se enfrenta al otro lado del péndulo. No se derrumba cuando llegan los momentos amargos de la vida ni se alegra cuando llegan los momentos dulces de la vida porque sabe que esa es la tendencia eterna de la vida.

Así es como se mueve. Eso es lo que hace que la vida continúe. Tal vez no lleguemos a comprender por qué, pero es así. La religión dice: «Sí, puedes llevar una corona, pero frente a esa corona hay una cruz que debes cargar». Lo aprendemos cuando aprendemos a vivir cerca de Jesús y vamos hacia Cristo. Él nos da el descanso que resulta de aprender, de aprender esa lección: que la vida es un péndulo y puede lanzarnos y arrojarnos *[de un modo salvaje cuando se lo permitimos. . .]*. Pero un día podríamos ser ricos y no nos importaría. Un día podríamos ser pobres y no nos importaría. Un día podríamos ser felices y no nos importaría demasiado; y un día podríamos ser infelices y no nos importaría mucho porque sabemos que la vida va a volver a oscilar en la dirección contraria.

Aprendemos eso y aprendemos entonces a vivir con una armonía, con una paz interior, que el mundo no puede entender. Por eso dice Jesús: «La paz les dejo; mi paz les doy. Yo no se la doy a ustedes como la da el mundo»*. El mundo no puede entender esa paz porque es una paz interior; un alma serena en medio de los accidentes externos de las circunstancias. Es lo que Cristo nos da. Si tan solo acudimos a Él, nos da la capacidad de aceptar los opuestos de la vida. Y no solo eso. La religión en su máxima expresión. Y cuando vamos a Cristo descubrimos esto: que hay algo que se llama perdón por los pecados que cometemos. Eso también es una gran liberación, ¿no les parece? Esa es otra lección que todos debemos aprender si queremos vivir en medio de las tensiones de la vida moderna.

Por todas partes los psicólogos nos dicen que hoy en día hay muchas personas insatisfechas y desilusionadas porque tienen

sentimientos de culpa, y esos sentimientos de culpa empiezan a acumularse. Estoy seguro de que ustedes saben lo suficiente de psicoanálisis como para entender de qué hablaban ellos, porque cuando al hablar, hablaban de algo realista. En su sistema psicológico sobre *[palabras inaudibles]*, Freud solía decir que el hombre tiene una impresión y, si esta no se convierte en expresión, se transforma en represión. Pero todos los psicólogos nos dicen que es peligroso reprimir nuestras emociones, que debemos mantenerlas siempre en un primer plano de la conciencia. Y debemos hacer algo más: no reprimir, sino sublimar. Esa es otra gran palabra de la psicología que usamos en el mundo moderno: sublimación. Pero la religión nos ofrece el arte de la sublimación para que no reprimamos las emociones; sustituimos lo negativo de la represión por algo positivo. Sublimamos en lugar de reprimir, y eso es lo que nos ofrece la religión cuando vamos a Cristo. Hay algo que nos dice en todo momento que podemos ser perdonados. Si cometemos un pecado, no tenemos que pasarnos la vida preocupados, pues vamos a cometer errores. Es normal. Es humano pecar, cometer errores y fracasar. Pero lo que dice la religión es que, si cuando fracasamos, nos humillamos y postramos ante los pies de Jesús y confesamos nuestros pecados, Él nos hará sentir perdonados y podremos levantarnos y seguir adelante. Y no nos quedaremos atascados en el pasado, sino que avanzaremos hacia el futuro. Así es como hay que vivir la vida.

Hace unas semanas hablaba con una joven que sentía que había cometido un grave error en su vida y no soportaba que la vieran *[¿en público?]*. Odiaba enfrentarse a otras personas, y odiaba enfrentarse a sí misma. Y ahí estaba, con ese sentimiento de culpa tan profundo, con miedo a enfrentarse a sí misma y con miedo a enfrentarse a la vida. Y le dije: «Tienes que considerar algo más. Cometiste un error, sí, pero todos los cometemos. Quizá los nuestros no se noten tanto como el tuyo. Puede que el tuyo sea evidente, es un error que todo el mundo puede ver, pero en nuestra vida privada todos cometemos errores igual de graves». Y les digo a ustedes esta mañana: «Póstrense ante los pies de Jesús, y ahí está su Dios, de Jesús, con la gracia de Dios expresada en su ser que nos perdonará

y nos dirá: "Levántense y sigan adelante"». Eso fue lo que le dijo Jesús a la mujer cuando unos hombres la rodearon para apedrearla y querían *[palabras inaudibles]*. Jesús los miró y dijo: «Aquel de ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra». Empezaron a soltar las piedras y a retirarse de aquella situación porque en el fondo sabían que ellos también estaban implicados en la culpa de la vida. Y después Jesús miró a la señora y le dijo: «Ahora vete y no vuelvas a pecar», como diciendo: «No te atasques en el camino ni te preocupes porque has cometido adulterio. Todo el mundo lo ha cometido, pero mira hacia el futuro y sigue adelante, y llegarás a ser alguien porque has aceptado mi gracia y mi poder perdonador»[*].

Hay un hombre perdido en el país extranjero de la vida, pero algo viene a él y se dice que entonces recupera el juicio. Pero no se queda ahí. El pasaje dice que se levantó y decidió subir por el camino polvoriento por el que otrora había descendido. Y cuando empieza a subir por ese camino, ve que al final hay un padre que le extiende los brazos y le dice: «Ven a casa y te aceptaré». Y se gira para agarrar el ternero cebado y le dice: «Ven al redil, y podrás volver a ser como antes» [†] . Y ese es el significado del arrepentimiento. Significa dar un giro total, no solo arrepentirse de sus pecados, sino darse la vuelta y decidir seguir adelante y no volver a hacerlo. Y si vuelven a cometer el mismo error, intenten darse la vuelta otra vez y seguir adelante. Y esa es la alegría, ese es el gran ejemplo que nos da la religión cristiana. Cristo dice: «Te perdonaré hasta setenta veces siete. Seguiré perdonándote si sigues arrepintiéndote»[*]. Esas palabras nos proporcionan una vida equilibrada. No es más que la gran psicología que Jesús descubrió hace años. Está diciendo lo mismo que dicen los psiquiatras hoy en día: mantén tus emociones en el primer plano de la conciencia y no las reprimas, porque si sigues haciéndolo tendrás un profundo sentimiento de culpa que te creará una personalidad mórbida y te convertirás en una guerra civil en pugna contra ti mismo. «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados; yo les daré descanso».

Y, finalmente, debo concluir. La religión logra algo más. Jesús logra algo más. Nos recuerda que en el centro del universo hay un Dios que se preocupa por el bienestar de sus hijos. La religión nos da eso. La religión más elevada confiere una gran personalidad. La religión en su máxima expresión no considera a Dios un proceso, una fuerza impersonal que es un mero orden moral que guía el destino del universo. La religión más elevada considera a Dios una personalidad. Oh, no es una personalidad limitada, como la nuestra. Dios está muy por encima de nosotros. Pero hay algo en Dios que nos ha hecho a su imagen. Dios puede pensar; Dios es un ser con autodeterminación. Dios tiene un propósito. Dios puede razonar. Dios puede amar.

Aristóteles solía hablar de Dios como el «motor inmóvil», pero ese no es el Dios cristiano. El Dios de Aristóteles no es más que un Dios que se conoce a sí mismo, pero el Dios cristiano es un Dios que ama a los demás. Extiende Sus largos brazos de compasión y amor y abraza a todos Sus hijos. Eso le da a la vida un sentido y un propósito que nunca podría tener sin Él. Yo digo que si no hubiera un Dios, debería haber uno; y puesto que debería haber un Dios, hay un Dios; y si el hombre no encuentra al Dios del universo, se creará un Dios. Tiene que encontrar algo a lo cual adorar y ofrecerle su máxima lealtad. Y digo esta mañana que la religión cristiana habla de un Dios, un Dios personal, que se preocupa por nosotros, que es nuestro Padre, que es nuestro Redentor. Y ese sentido de la religión y de la compañía divina nos dice, por un lado, que no estamos perdidos en un universo, luchando solos por la bondad, la justicia y el amor. Nos dice de alguna manera que, aunque vivamos en medio de las tensiones de la vida, aunque vivamos en medio de la injusticia, no importa en medio de qué vivamos, no va a ser así siempre.

Ahí hay una buena dosis de psicología. Y me alegro de que las personas esclavizadas fueran los mejores psicólogos que han conocido los Estados Unidos, pues aprendieron algo que todos siempre deberíamos aprender. Y lo dijeron en su lenguaje poco sofisticado: «Me alegro tanto de que los problemas no duren para

siempre»*. Aprendieron algo en la vida. Y eso es lo que nos da la fe real y decidida en Dios. Nos da la convicción de que, aunque abunden los problemas, aunque nos enfrentemos a las fuerzas de la injusticia, no será algo que dure para siempre, porque Dios controla el universo. Y entonces podremos vivir sin tensiones. Podremos vivir en medio de ellas.

Sé que a veces nos preocupa nuestra situación particular. Nos preocupa el hecho de vivir ahora en medio de las tensiones del Sur. Nos preocupa qué va a pasar, qué va a ocurrir en toda esa lucha hacia la integración. Escuchamos a quienes dicen en la televisión que el cerebro del Negro es más pequeño que el del blanco, que es inferior. Escuchamos a quienes afirman que utilizarán cualquier medio para bloquear el avance del Negro. Intentan mantener al Negro segregado y explotado, bajo el férreo yugo de la opresión. Y empezamos a dudar, y sé que a veces nos hacemos la pregunta: «¿Por qué? ¿Por qué Dios nos abandona así? Diecisiete millones de sus hijos aquí en los Estados Unidos, abandonados por Él en estas condiciones. ¿Por qué?». Pero entonces aparece algo por el otro lado y nos dice que esto no va a durar para siempre. Surge una convicción que crece: «Me alegra tanto que la segregación no vaya a durar para siempre». Y hay algo que nos grita que lo que dicen Kasper y Engelhardt y todos los demás hombres a los que escuchamos hablar —hombres siniestros que representan los estertores de muerte de un sistema moribundo— no son más que los últimos coletazos de un sistema que morirá de forma inevitable*. Porque la justicia, el amor y la buena voluntad gobiernan en este mundo, y triunfarán. Esos hombres comienzan a preguntarse sobre la nación, ¿cómo es posible que sigamos marchando en Montgomery? ¿Cómo es posible que tengamos tanto ímpetu? ¿Cómo es posible que sigamos viviendo en medio de las tensiones? Y podemos clamar a la nación: «Podemos porque sabemos que, mientras marchamos, Dios avanza con nosotros». *[Congregación: Sí]*

Sabemos que Dios está con nosotros en todas las experiencias de la vida. Y podemos marchar y no cansarnos nunca porque sabemos que hay un gran encuentro de fe en la tierra prometida de la libertad

y la justicia[*]. Y eso nos hace tener fe en Dios, nos da la seguridad de que en nada de lo que afrontemos en la vida estaremos solos, pues tenemos una compañía cósmica. Cuando afrontamos nuestros problemas individuales, hay un Dios que está con nosotros. ¿Y no es un consuelo que por fin podamos encontrar algo permanente, ya que vivimos en la vida y la vida es tan incierta? Como ya he dicho, se trata de un péndulo que oscila entre la alegría y la tristeza, entre la decepción y la plenitud, pero hay algo permanente que está por encima de todo. Si ponemos toda nuestra fe en ese algo, no nos preocuparemos por nada. Oh, cuando encontramos nuestra fe definitiva en Dios, nos puede acontecer lo que sea y, sin embargo, no desesperaremos porque sabemos que existe algo permanente.

Y en la mañana de hoy les digo que no voy a poner mi fe definitiva en esos pequeños dioses que hoy están aquí y mañana se han ido. No voy a depositar mi fe definitiva en unos cuantos dólares y centavos, en unos cuantos automóviles Cadillac y Buick descapotables. Voy a poner mi fe definitiva en el Dios del universo que es el mismo ayer, hoy y siempre[†]. Cuando todos esos dioses hayan perecido, Él seguirá en pie. Y Él es el compañero eterno.

Y ahora entiendo lo que querían decir nuestros antepasados. Clamaban a su modo poético porque no podían hablar de Dios con categorías filosóficas y teológicas. Solo podían hablar de él conforme a su imaginación poética particular expresada en las Escrituras. Podían clamar por los siglos de los siglos: «Él es una roca en el desierto y un resguardo contra la tormenta. Él es un lirio de los valles, una brillante estrella matutina». Y al declararlo, no se quedaron ahí, porque crearon una lengua y empezaron a gritar: «Él es mi todo. Él es mi hermana y mi hermano; Él es mi madre y mi padre. Él es todo encantador; Él es el más hermoso entre diez mil. Y voy a adorarle por siempre porque creo que Él puede guiarnos a lo largo de la vida»[*]. Vengan a mí todos los que trabajan y están cansados y agobiados por los problemas de la vida moderna. Vengan a mí y yo les daré el descanso que los sostendrá a través de las generaciones. Les daré una paz que el mundo nunca podrá comprender. Mi paz les dejo, no como la que da el mundo, sino una

paz que sobrepasa todo entendimiento[†]. Si Dios quiere, al descubrir eso seremos capaces de vivir en medio de las tensiones de la vida moderna.

Oh, Dios, nuestro bondadoso y celestial *[grabación interrumpida]*. Concédenos, oh, Dios, que nos aceptemos a nosotros mismos y aceptemos las realidades de la vida. Y que aprendamos a acudir a Ti en busca del perdón para que podamos lavar nuestra culpa y luego dedicar toda nuestra vida a Ti. Concédenos, oh, Dios, que, al hacerlo, resurjamos de entre las tensiones de la vida moderna. Podemos vivir en el mundo y, aun así, por encima de él. Podemos vivir entre la tensión y, aun así, más allá de ella. En el nombre y el espíritu de Jesús, oremos. Amén.

4 DE NOVIEMBRE DE 1956

Epístola de Pablo a los cristianos estadounidenses

SERMÓN EN LA IGLESIA BAUTISTA DE DEXTER AVENUE

Montgomery, Alabama

«Sigo creyendo que el amor es el poder más duradero del mundo. A lo largo de los siglos, los hombres han buscado descubrir el bien supremo. . . ¿Cuál es el *summum bonum* de la vida? Hermanos estadounidenses, creo que tengo la respuesta. Creo que he descubierto el bien supremo. Es el amor».

En este sermón, pronunciado en la Iglesia Bautista de la Avenida Dexter, King usa el recurso retórico de una carta imaginaria del apóstol Pablo. Para entonces, King tenía 27 años y llevaba casi un año liderando el boicot a los autobuses.

En el sermón se refiere a la decisión del Tribunal Supremo en *Brown vs. Junta de Educación de los Estados Unidos*, que declaró inconstitucional la segregación escolar. Tras la decisión, los funcionarios electos del Sur se comprometieron a luchar contra la integración e intentaron anular la decisión.

Una semana después de que King pronunciara este sermón, el Tribunal Supremo dictaminó que las leyes de segregación en los autobuses de Alabama eran inconstitucionales y que los autobuses ahora podían integrarse.

Presentamos la versión íntegra de este discurso porque es importante ver cómo King defiende el amor como el único camino posible.

Me gustaría compartir con ustedes una carta imaginaria de la pluma del apóstol Pablo. El matasellos revela que proviene de la ciudad de Éfeso. Tras abrir la carta, descubrí que estaba escrita en griego y no

en inglés. En la parte superior de la primera página aparecía la siguiente solicitud: «Por favor, léasela a su congregación lo antes posible y luego pásela a las demás iglesias».

Durante varias semanas he trabajado con asiduidad en la traducción. Por momentos ha resultado difícil, pero creo que ya he descifrado su verdadero significado. Permítanme apresurarme a pedirles que, si el contenido de esta carta les suena más kingiano que paulino, se lo atribuyan a mi falta de total objetividad y no a la falta de claridad de Pablo.

De hecho, resulta milagroso que el apóstol Pablo nos escriba una carta a ustedes y a mí casi 1900 años después de que su última epístola apareciera en el Nuevo Testamento. Cómo esto es posible es un enigma rodeado de misterio. Sin embargo, lo importante es que puedo imaginar que el apóstol Pablo les haya escrito una carta a los cristianos estadounidenses en 1956 d. C. Y esta es la carta que tengo ante mí.

Yo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, me dirijo a ustedes que están en los Estados Unidos, que la gracia sea con ustedes, así como la paz de Dios nuestro Padre, por medio de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo.

Durante muchos años he anhelado ir a verlos. He oído hablar mucho de ustedes y de lo que hacen. He oído hablar de los fascinantes y asombrosos avances que han logrado en el ámbito científico. He oído hablar de sus deslumbrantes trenes subterráneos y sus veloces aviones. Gracias a su genio científico, han podido reducir las distancias y encadenar el tiempo. Han podido abrir autopistas que atraviesan la estratosfera. Así pues, en su mundo han hecho que sea posible desayunar en la ciudad de Nueva York y cenar en París, Francia. También he oído hablar de sus rascacielos, con prodigiosas torres que se alzan hacia el firmamento. He oído hablar de sus grandes avances médicos, que han dado como resultado la curación de muchas plagas y enfermedades terribles y, por lo tanto, han prolongado sus vidas y aumentado su seguridad y bienestar físico. Todo eso es maravilloso. Ustedes hoy pueden hacer muchas cosas que yo no podía hacer en el mundo grecorromano en que viví. Hoy pueden recorrer en un día distancias que a mí me

tomaban tres meses de viaje. Eso es maravilloso. Han logrado enormes avances en el ámbito del desarrollo científico y tecnológico.

Pero, hermanos estadounidenses, al mirarlos desde lejos, me pregunto si su progreso moral y espiritual ha estado a la altura de su progreso científico. Me parece que su progreso moral va a la retaguardia de su progreso científico. Thoreau, su poeta, solía hablar de «medios mejorados para un fin no mejorado». Con cuánta frecuencia se cumple esto. Han permitido que los medios materiales por los que viven sobrepasen a los fines espirituales para los que viven. Han permitido que su mentalidad sobrepase a su moralidad. Han permitido que su civilización sobrepase a su cultura. Su genio científico ha hecho del mundo un vecindario, pero su genio moral y espiritual no han logrado hacer de él una hermandad. Por lo tanto, estadounidenses, los insto a que mantengan sus avances morales a la par de sus avances científicos.

Me siento exhortado a escribirles en relación con sus responsabilidades para vivir como cristianos en un mundo anticristiano. Eso es lo que yo tuve que hacer. Eso es lo que todo cristiano tiene que hacer. Pero entiendo que hay muchos cristianos en los Estados Unidos que les ofrecen su lealtad máxima a los sistemas y las costumbres creados por el hombre. Tienen miedo de ser diferentes. Su gran preocupación es ser aceptados por la sociedad. Viven conforme a principios como este: «Todo el mundo lo hace, así que debe estar bien». Para muchos de ustedes, la Moral no es más que un consenso grupal. En su jerga sociológica moderna, las costumbres se aceptan como lo correcto. Han llegado a creer de un modo inconsciente que lo correcto se descubre realizando una especie de encuesta de Gallup sobre la opinión de la mayoría. ¿Cuántos de ustedes les están ofreciendo lealtad máxima a esas costumbres?

Pero cristianos estadounidenses, debo decirles como les dije a los cristianos romanos hace años: «No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente»[*]. O como les dije a los cristianos filipenses: «Somos ciudadanos del cielo»[†]. Eso significa que, aunque vivan en la colonia del tiempo, su

lealtad máxima es al imperio de la eternidad. Ustedes tienen doble ciudadanía. Viven tanto en el tiempo como en la eternidad; tanto en el cielo como en la tierra. Por lo tanto, su lealtad máxima no es con el gobierno, no es con el estado, no es con la nación ni con ninguna institución creada por el hombre. El cristiano le debe su máxima lealtad a Dios, y si alguna institución terrenal entra en conflicto con la voluntad de Dios, su deber cristiano es levantarse en contra de ella. Nunca deben permitir que las exigencias transitorias y evanescentes de las instituciones creadas por el hombre prevalezcan sobre las demandas eternas de Dios Todopoderoso.

Entiendo que hay un sistema económico en los Estados Unidos conocido como capitalismo. Gracias a ese sistema económico, han podido hacer maravillas. Se han convertido en la nación más rica del mundo y han construido el mejor sistema de producción que la historia haya conocido. Todo eso es maravilloso. Pero, estadounidenses, existe el peligro de que hagan un mal uso de su capitalismo. Sigo sosteniendo que el dinero puede ser la raíz de todos los males[*]. Puede hacernos vivir una vida de grosero materialismo. Me temo que muchos de ustedes están más preocupados por ganarse la vida que por forjarse una vida. Son propensos a juzgar el éxito de su profesión por el índice de su salario y la distancia entre los ejes de sus automóviles más que por la calidad de su servicio a la humanidad.

El mal uso del capitalismo también puede llevar a una explotación trágica. Es algo que ha ocurrido con tanta frecuencia en su país. Me dicen que una décima parte del uno por ciento de la población controla más del cuarenta por ciento de la riqueza. Oh, Estados Unidos, con qué frecuencia has privado a las masas de lo básico para dar lujos a las clases altas. Si quieren ser una nación cristiana de verdad, deben resolver ese problema. No se puede resolver el problema recurriendo al comunismo, porque el comunismo se basa en un relativismo ético y en un materialismo metafísico que ningún cristiano puede aceptar. Ustedes pueden trabajar en el marco de la democracia para lograr una mejor distribución de las riquezas. Pueden usar sus poderosos recursos

económicos para erradicar la pobreza de la faz de la Tierra. Nunca fue la intención de Dios que un grupo de personas viva en una riqueza superflua y desmesurada, mientras otras viven en una pobreza abyecta y mortífera. Dios quiere que todos sus hijos tengan cubiertas las necesidades básicas de la vida y ha puesto en este universo «lo suficiente y más» para ese propósito. Así pues, los insto a salvar el abismo entre la pobreza extrema y la riqueza superflua.

Me gustaría poder estar con ustedes en persona para decirles cara a cara lo que me veo obligado a decirles por escrito. Oh, cuánto desearía compartir su amistad.

Permítanme apresurarme a decir algo acerca de la Iglesia. Debo recordarles, como les he dicho a tantos otros, que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo. Así pues, cuando la Iglesia es fiel a su naturaleza, no conoce la división ni la desunión. Pero me preocupa lo que le están haciendo al Cuerpo de Cristo. Me dicen que en los Estados Unidos hay más de 256 denominaciones dentro del protestantismo. La tragedia no es que haya tal multiplicidad de denominaciones, sino que la mayoría de ellas luchan entre sí argumentando que poseen la verdad absoluta. Ese sectarismo estrecho está destruyendo la unidad del Cuerpo de Cristo. Deben darse cuenta de que Dios no es bautista ni metodista; no es presbiteriano ni episcopal. Dios es más grande que todas nuestras denominaciones. Si quieren ser verdaderos testigos de Cristo, deben comprender eso.

Pero no debo limitarme a criticar al protestantismo. Me preocupa el catolicismo romano. Esa iglesia se presenta ante el mundo con su pompa y su poder, insistiendo en que posee la única verdad. Incorpora una altivez que se convierte en una peligrosa arrogancia espiritual. Defienden a su noble papa, que de alguna manera alcanza las milagrosas alturas de la infalibilidad cuando habla *ex cathedra*. Pero me preocupa que haya una persona o una institución que afirme ser infalible en este mundo. Me preocupa cualquier iglesia que se niegue a cooperar con otras bajo el pretexto de que es la única iglesia verdadera. Debo hacer hincapié en el hecho de que Dios no es católico romano, y que el alcance ilimitado de su revelación no puede circunscribirse al Vaticano. El catolicismo romano tiene que hacer mucho para enmendarse.

Hay otra cosa que me perturba muchísimo de las iglesias estadounidenses. Tienen una iglesia blanca y una iglesia negra. Han permitido que la segregación se infiltre por las puertas de la Iglesia. ¿Cómo puede existir tal división en el verdadero Cuerpo de Cristo? Deben enfrentarse al trágico hecho de que, cuando se ponen de pie a las once de la mañana del domingo para cantar «All Hail the Power of Jesus' Name [Viva el poder del nombre de Jesús]» y «Dear Lord and Father of All Mankind [Querido Señor y Padre de toda la humanidad]», lo hacen en la hora más segregada del cristianismo estadounidense. Me dicen que hay más integración en el mundo del entretenimiento y en otras agencias seculares que en la Iglesia cristiana. Eso es un espanto.

Entiendo que entre ustedes hay cristianos que intentan justificar la segregación basándose en la Biblia. Argumentan que el Negro es inferior por naturaleza debido a la maldición de Noé sobre los hijos de Cam. Oh, amigos míos, eso es una blasfemia. Va en contra de todo lo que defiende la religión cristiana. Debo decirles, como les he dicho a otros tantos cristianos antes: que en Cristo «Ya no hay judío ni no judío, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús»[*]. Además, debo reiterar las palabras que pronuncié en el Areópago: «El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él es Señor del cielo y de la tierra»[†].

Así que, hermanos estadounidenses, debo instarlos a que eliminen todos los aspectos de la segregación. El amplio universalismo que ocupa el centro del Evangelio hace que tanto la teoría como la práctica de la segregación carezcan de justificación moral. La segregación es una negación flagrante de la unidad que todos tenemos en Cristo. Sustituye la relación «yo-tú» por una relación «yo-eso»[‡]. El segregador relega al segregado al estado de cosa en lugar de elevarlo al estado de persona. La filosofía que subyace al cristianismo es todo lo opuesto de la filosofía que subyace a la segregación, y ni toda la dialéctica de los lógicos podrá jamás conciliarlas.

Felicito a su Tribunal Supremo por haber tomado una gran decisión hace apenas dos o tres años. Me alegra saber que tantas

personas de buena voluntad hayan aceptado la decisión como una gran victoria moral. Pero entiendo que entre ustedes hay algunos hermanos que se han alzado en abierto desafío. He oído que en sus cámaras legislativas resuenan palabras como «anulación» e «interposición». Han perdido el verdadero significado de la democracia y el cristianismo. Así pues, insto a cada uno de ustedes a que con paciencia supliquen a sus hermanos y les digan que ese no es el camino. Ustedes están obligados a tratar de cambiar sus actitudes con comprensión y buena voluntad. Háganles saber que, al oponerse a la integración, no solo se oponen a los nobles preceptos de su democracia, sino también a los eternos edictos de Dios mismo. Sí, aún es necesario que un Amós clame a la nación: «Que fluya el derecho como las aguas y la justicia como arroyo inagotable»*.

Permítanme decir unas palabras a los que luchan contra este mal. Asegúrese siempre de luchar con los métodos cristianos y las armas cristianas. Nunca sucumban a la tentación de amargarse. Cuando presionen por la justicia, asegúrense de actuar con dignidad y disciplina, usando solo el arma del amor. No dejen que nadie los arrastre tan bajo como para odiarlo. Eviten siempre la violencia. Si sucumben a la tentación de usar la violencia en su lucha, las generaciones por nacer serán las herederas de una larga y desoladora noche de amargura, y su principal legado para el futuro será un reinado interminable de caos sin sentido.

En su lucha por la justicia, háganles saber a sus opresores que no están intentando derrotarlos o humillarlos, ni siquiera hacerlos pagar por las injusticias que han cometido contra ustedes. Háganles saber que solo buscan la justicia para ellos y para ustedes. Háganles saber que la llaga supurante de la segregación debilita tanto al blanco como al Negro. Con esa actitud, podrán seguir luchando conforme a los altos estándares cristianos.

Muchas personas se darán cuenta de la urgencia de tratar de erradicar el mal de la segregación. Habrá muchos Negros que dedicarán su vida a la causa de la libertad. Habrá muchas personas blancas de buena voluntad y gran sensibilidad moral que se atreverán a defender la justicia. La sinceridad me mueve a admitir

que semejante postura requerirá la voluntad de sufrir y sacrificarse. Así que no desesperen si son condenados y perseguidos por causa de la justicia. Siempre que defiendan la verdad y la justicia, se expondrán a ser despreciados. A menudo los llamarán idealistas poco prácticos o radicales peligrosos. Algunas veces eso podría significar la cárcel. Si tal es el caso, deben honrar la cárcel con su presencia. Incluso podría significar la muerte física. Pero si la muerte física es el precio que algunos deben pagar para liberar a sus hijos de una vida permanente de muerte psicológica, entonces no hay nada más cristiano que morir*. No se preocupen por la persecución; no podrán evitarla si defienden un principio elevado. Puedo decir esto con cierta autoridad porque mi vida fue una serie continua de persecuciones. Después de mi conversión, fui rechazado por los discípulos en Jerusalén. Después fui juzgado por herejía en Jerusalén. Fui encarcelado en Filipos, golpeado en Tesalónica, acosado en Éfeso y reprimido en Atenas. Y, sin embargo, sigo adelante. Salí de cada una de esas experiencias más convencido de que «ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo que está por venir. . . podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor»*. Sigo creyendo que defender la verdad de Dios es lo más grande de este mundo. Ese el fin de la vida. El fin de la vida no es ser feliz. El fin de la vida no es lograr el placer y evitar el dolor. El fin de la vida es hacer la voluntad de Dios, a toda costa.

Debo terminar de escribir. Timoteo está esperando para entregar esta carta, y debo ir a otra iglesia. Pero antes de partir debo decirles, como le dije a la iglesia de Corinto, que sigo creyendo que el amor es el poder más duradero del mundo. A lo largo de los siglos, los hombres han buscado descubrir el bien supremo. Esta ha sido la búsqueda principal de la filosofía ética. Esta ha sido una de las grandes interrogantes de la filosofía griega. Los epicúreos y los estoicos intentaron responderla; Platón y Aristóteles intentaron responderla. ¿Cuál es el *summum bonum* de la vida? Hermanos estadounidenses, creo que tengo la respuesta. Creo que he descubierto el bien supremo. Es el amor. Ese principio está en el

centro del cosmos. Como dice Juan: «Dios es amor». El que ama participa de la existencia de Dios. El que odia no conoce a Dios[†].

Por lo tanto, cristianos estadounidenses, podrán dominar las complejidades del idioma inglés. Podrán poseer toda la elocuencia del discurso articulado. Aun así: «Si hablara en lenguas humanas y angelicales, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo que hace ruido»[*].

Podrán tener el don de la profecía y de entender todos los misterios[†]. Podrán irrumpir en el almacén de la naturaleza y sacar a la luz muchas ideas que los hombres jamás soñaron siquiera que estuvieran allí. Podrán ascender a las alturas del saber académico y poseer todo el conocimiento del mundo. Podrán presumir de las grandes instituciones de aprendizaje a las que asistieron y de la extensión ilimitada de sus diplomas. Pero, sin amor, todo eso equivale a absolutamente nada.

Más aún, podrán donar sus bienes para alimentar a los pobres. Podrán hacer grandes obras de caridad. Podrán alcanzar la cumbre de la filantropía. Pero si no tienen amor, no significa nada. Incluso podrán entregar su cuerpo para ser quemado y morir como mártires. La sangre derramada puede ser un símbolo de honor para las generaciones que aún no han nacido, y es posible que miles de personas los elogien como los héroes supremos de la historia. Aun así, si no tienen amor, su sangre se habrá derramado en vano[‡]. Deben darse cuenta de que es posible que un hombre sea egoísta en su abnegación y arrogante en su autosacrificio. Que sea generoso para alimentar su ego y piadoso para alimentar su orgullo. El hombre tiene la trágica capacidad de relegar una virtud elevada a un vicio trágico. Sin amor, la benevolencia se convierte en egoísmo y el martirio en arrogancia espiritual.

La mayor de todas las virtudes es el amor. Es aquí donde encontramos el verdadero significado de la fe cristiana. Ese es, en el fondo, el significado de la cruz. El gran acontecimiento del Calvario es mucho más que un drama sin sentido que tuvo lugar en el escenario de la historia. Es un telescopio a través del cual contemplamos la larga visión de la eternidad y vemos el amor de

Dios emerger en el tiempo. Es un recordatorio eterno para una generación borracha de poder de que el amor es el poder más duradero del mundo y que, en el fondo, es el latido del cosmos moral. Solo si logran ese amor podrán aspirar a ingresar en la universidad de la vida eterna.

Debo despedirme ahora. Espero que esta carta los encuentre fortalecidos en la fe. Es probable que no pueda verlos en los Estados Unidos, pero los veré en la eternidad de Dios. Y ahora, a Aquel que puede evitar que nos caigamos y puede elevarnos de la fatiga de la desesperación a la vitalidad de la esperanza, de la medianoche de la desesperación al amanecer de la alegría, para Él sean el poder y la autoridad por los siglos de los siglos. Amén*.

3 DE DICIEMBRE DE 1956

Ante el desafío de una nueva era

FRAGMENTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL PRIMER INSTITUTO ANUAL SOBRE LA NO VIOLENCIA Y EL CAMBIO SOCIAL CON EL TEMA «LIBERTAD Y DIGNIDAD A TRAVÉS DEL AMOR», ORGANIZADO POR LA SOCIEDAD DE MEJORAS DE MONTGOMERY

Montgomery, Alabama

«La urgencia del momento exige líderes con buen juicio y sólida integridad: líderes que no estén enamorados del dinero, sino de la justicia; líderes que no estén enamorados de la publicidad, sino de la humanidad».

Este evento marcó el aniversario de la formación de la Montgomery Improvement Association [Sociedad de Mejoras de Montgomery]. En los primeros días de la fundación de la asociación, a King se le pidió que fungiera como presidente de la organización y, por lo tanto, se convirtió en el portavoz del boicot a los autobuses de Montgomery. Varias semanas antes de que King pronunciara este discurso, el Tribunal Supremo había dictado su decisión, que declaraba inconstitucionales las leyes del estado de Alabama y la ciudad de Montgomery, reivindicando así a la Montgomery Improvement Association.

En este discurso, del cual se ha incluido un fragmento, King evoca muchos de los temas que relaciona con el amor, en especial el ágape, el amor entre Dios y los humanos. También habla sobre los desafíos del hombre moderno para mantener un enfoque moral mientras los avances tecnológicos nos desconciertan y deslumbran.

• • •

[Fragmento]

. . . lo otro que debemos hacer para acelerar la llegada de la nueva era es desarrollar un liderazgo inteligente, valiente y dedicado. Esa es una de las necesidades urgentes de este momento. En este período de transición y creciente cambio social, hay una necesidad imperiosa de líderes sosegados y, al mismo tiempo, positivos; líderes que eviten los extremos de la «impulsividad» y del «tío-tomismo». La urgencia del momento exige líderes con buen juicio y sólida integridad: líderes que no estén enamorados del dinero, sino de la justicia; líderes que no estén enamorados de la publicidad, sino de la humanidad; líderes que puedan someter sus egos particulares a la grandeza de la causa. . . .

6 DE FEBRERO DE 1957

No violencia y justicia racial

FRAGMENTO DEL ARTÍCULO PUBLICADO EN *CHRISTIAN CENTURY*

Berkeley, California

«En el centro de la no violencia se yergue el principio del amor. . . En el camino de la vida, alguien debe tener la sensatez y la moral suficientes para cortar la cadena del odio».

La publicación semanal *Christian Century* había apoyado el boicot a los autobuses de Montgomery. Sin embargo, los líderes religiosos del movimiento por la justicia racial se sintieron desalentados por la falta de un respaldo fuerte de la comunidad cristiana blanca.

En septiembre de 1956, el organizador y activista de derechos civiles Bayard Rustin, 17 años mayor que King, lo alentó a enviar un artículo a *Christian Century* para convencer a sus lectores de que oponerse a la segregación no era solo una opción política, sino moral. Adjuntó una copia de sus propios escritos a modo de ejemplo. Dos meses después, King presentó su artículo.

El texto seleccionado es un fragmento de ese artículo. Al inicio, King analiza las causas por las cuales la raza se había convertido en un tema de interés dominante en la cultura. Entre estas, destaca la decisión del Tribunal Supremo que en 1954 prohibió la segregación en las escuelas, la creciente autoestima entre los Negros y la clara hostilidad de las legislaturas sureñas hacia los ciudadanos Negros. Las culturas locales no solo habían intimidado a los Negros, sino que, en la práctica, habían creado un ambiente en el que ellos tenían miedo de ejercer sus derechos. En 1957, por ejemplo, solo el 20 % de los afroestadounidenses se había registrado para votar.

En este artículo, King repite temas de sermones anteriores, pero los desarrolla en su reflexión sobre el amor como un arma táctica.

[Fragmento]

La cuestión básica a la que se enfrentan los oprimidos del mundo es: ¿cómo librar la lucha contra las fuerzas de la injusticia? Hay dos respuestas posibles. Una es recurrir al método demasiado frecuente de la violencia física y el odio corrosivo. El peligro de ese método es su futilidad. La violencia no resuelve ningún problema social; solo crea problemas nuevos y más complicados. A través de los siglos, una voz sigue gritando a cada Pedro potencial: «¡Vuelve esa espada a su funda!»[*]. Las orillas de la historia están emblanquecidas por los huesos de las naciones y comunidades que no siguieron este mandamiento. Si los Negros estadounidenses y otras víctimas de la opresión sucumben a la tentación de usar la violencia en la lucha por la justicia, las generaciones no nacidas vivirán en una noche desoladora y amarga, y su principal legado será un reinado de caos sin fin.

Alternativa a la violencia

La alternativa a la violencia es la resistencia no violenta. Ese método se hizo famoso en nuestra generación gracias a Mohandas K. Gandhi, quien lo utilizó para liberar a la India del dominio del Imperio británico. Se pueden destacar cinco puntos con respecto a la no violencia como método para lograr mejores condiciones raciales.

En primer lugar, no es un método para cobardes; sí, hay que resistirse. El opositor no violento se resiste al mal contra el que protesta con la misma firmeza que la persona que usa la violencia. Su método es pasivo o no agresivo en el sentido de que no inflige una agresión física a su oponente. Pero su mente y sus emociones están siempre activas, buscando en todo momento persuadir al oponente de que está equivocado. Este método es pasivo en el sentido físico, pero muy activo en el sentido espiritual; no es agresivo en lo físico, pero es agresivo y dinámico en lo espiritual.

Un segundo punto es que la resistencia no violenta no busca derrotar o humillar al oponente, sino ganarse su amistad y comprensión. El opositor no violento a menudo debe expresar su

protesta mediante la no cooperación o el boicot, pero se da cuenta de que la no cooperación y los boicots no son fines en sí mismos; son solo medios para despertar un sentimiento de vergüenza moral en el oponente. Su fin es la redención y la reconciliación. La secuela de la no violencia es la creación de una comunidad amada, mientras que la secuela de la violencia es la amargura trágica.

Una tercera característica de este método es que el ataque se dirige contra las fuerzas del mal y no contra las personas que están atrapadas en esas fuerzas. Es el mal lo que buscamos derrotar, no a las personas que son víctimas del mal. Los que luchamos contra la injusticia racial debemos darnos cuenta de que la tensión básica no es entre las razas. Como me gusta decirle a la gente de Montgomery, Alabama: «La tensión en esta ciudad no es entre los blancos y los Negros. En el fondo, la tensión es entre la justicia y la injusticia, entre las fuerzas de la luz y las fuerzas de la oscuridad. Y si hay una victoria, será una victoria no solo para cincuenta mil Negros, sino una victoria para la justicia y las fuerzas de la luz. Nuestro objetivo es derrotar la injusticia y no a las personas blancas que pueden ser injustas».

Un cuarto punto que debe destacarse con respecto a la resistencia no violenta es que evita no solo la violencia física externa, sino también la violencia espiritual interna. En el centro de la no violencia se yergue el principio del amor. Al luchar por la dignidad humana, los pueblos oprimidos del mundo no deben permitirse amargarse ni dedicarse a las campañas de odio. Tomar represalias con odio y amargura no hará más que intensificar el odio en el mundo. A lo largo del camino de la vida, alguien debe tener la sensatez y la moral suficientes para cortar la cadena del odio. Eso solo puede lograrse proyectando la ética del amor en el centro de nuestras vidas.

El significado del «amor»

Al hablar del amor en este punto, no nos referimos a una emoción sentimental. Sería absurdo instar a los hombres a amar a sus

opresores de un modo afectuoso. En este sentido, «amor» significa buena voluntad comprensiva. En el Nuevo Testamento griego se usan tres palabras para nombrar el amor*. En primer lugar, está el eros. En la filosofía platónica, eros significaba el anhelo del alma por el reino de lo divino. Ahora ha pasado a significar una especie de amor estético o romántico. En segundo lugar está la filia, que significaba afecto íntimo entre amigos. La filia denota una especie de amor recíproco: la persona ama porque es amada. Cuando hablamos de amar a quienes se oponen a nosotros no nos referimos ni al eros ni a la filia; nos referimos a un amor que se expresa en la palabra griega *ágape*. El ágape no tiene un significado sentimental o afectivo; significa comprensión, buena voluntad redentora para todos los hombres, un amor desbordante que no busca nada a cambio. Es el amor de Dios obrando en la vida de los hombres. Cuando amamos en el nivel del ágape, amamos a los hombres no porque nos gusten, no porque sus actitudes y formas de actuar nos atraigan, sino porque Dios los ama. Aquí nos elevamos a la posición de amar a la persona que comete una mala acción al mismo tiempo que odiamos la acción que comete*.

Por último, el método de la no violencia se basa en la convicción de que el universo está del lado de la justicia. Esa profunda fe en el futuro hace que la resistencia no violenta acepte el sufrimiento sin represalias. Sabe que en su lucha por la justicia tiene una compañía cósmica. Esa creencia en que Dios está del lado de la verdad y la justicia proviene de la larga tradición de nuestra fe cristiana. Hay algo en la médula de nuestra fe que nos recuerda que el Viernes Santo podrá tener vigencia por un día, pero en última instancia debe dar paso al triunfante ritmo de los tambores de la Pascua. El mal puede moldear los acontecimientos de forma tal que César ocupe un palacio y Cristo una cruz, pero un día, ese mismo Cristo se levantará y dividirá la historia en d.C. y a.C., de modo que incluso la vida de César deberá fecharse por Su nombre. Así pues, en Montgomery podemos marchar y no cansarnos nunca porque sabemos que habrá un gran encuentro de fe en la tierra prometida de la libertad y la justicia†.

Este es, en resumen, el método de resistencia no violenta. Es un método que reta a todas las personas que luchan por la justicia y la libertad. Dios, concédenos librar la lucha con dignidad y disciplina. Que todos los que sufren opresión en este mundo rechacen el método contraproducente de la violencia vengativa y elijan el método que busca redimir. Al utilizar este método con sabiduría y valentía, saldremos de la sombría y desoladora medianoche de la inhumanidad del hombre hacia el hombre y llegaremos al brillante amanecer de la libertad y la justicia.

4 DE JUNIO DE 1957

El poder de la no violencia

FRAGMENTO DE UN DISCURSO PRONUNCIADO EN LA UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA, BERKELEY

Berkeley, California

«La resistencia no violenta también es un asunto interno. No solo evita la violencia externa o la violencia física externa, sino también la violencia espiritual interna. Y así, en el centro de nuestro movimiento se erigió la filosofía del amor».

King había viajado a Berkeley para hablar con los estudiantes de la Universidad de California por invitación del Interfraternity Council [Consejo Interfraternal]. Unos siete mil estudiantes permanecieron de pie bajo el sol para escucharlo.

En esos días, el presidente de Vietnam del Sur acababa de visitar los Estados Unidos y había sido recibido como un héroe por aniquilar a miles de comunistas en su país. Estados Unidos financiaba casi por completo esa guerra y había movilizado cientos de tropas. La agitación estudiantil contra la guerra empezaba a intensificarse. Mientras tanto, el presidente Dwight D. Eisenhower había propuesto una legislación de derechos civiles cuya aprobación impulsaría aún más la creación de derechos equitativos y declararía ilegal la intimidación racial.

Lo que hace a este breve fragmento en particular interesante es la idea de King de que el amor es casi una vacuna contra las heridas psicológicas de ser atacado por defender la justicia.

• • •

[Fragmento]

. . . otro tema básico que debemos superar es que la resistencia no violenta también es un asunto interno. No solo evita la violencia externa o la violencia física externa, sino también la violencia

espiritual interna. Y así, en el centro de nuestro movimiento se erigió la filosofía del amor. La postura de que la única forma de cambiar a la humanidad y construir la sociedad que todos anhelamos es que el amor siga siendo el centro de nuestras vidas. . . .

11 DE AGOSTO DE 1957

Vencer el egocentrismo

SERMÓN PRONUNCIADO EN LA IGLESIA BAUTISTA DE DEXTER AVENUE

Montgomery, Alabama

Este sermón se incluye en su totalidad porque es uno de los análisis más detallados de King del amor propio y sus peligros. Al momento de pronunciarlo, King ya era famoso en todo el país. Había aparecido en la portada de la revista *Time* y había ofrecido su primer discurso nacional en el Monumento a Lincoln con la siguiente consigna a los legisladores: «Dennos la papeleta».

Quiero hacer dos o tres anuncios cortos para que podamos seguir adelante con nuestro servicio religioso y no tengamos que permanecer aquí demasiado tiempo en el calor extremo. Por desgracia, no tenemos una iglesia con aire acondicionado, así que padecemos las consecuencias. Intentaré tenerlo en cuenta esta mañana para que nuestro servicio sea lo más breve posible.

Notarán en su boletín que el diácono [S. D.] Turner, quien fuera diácono de esta iglesia durante muchos, muchos años, falleció la semana pasada. Y el funeral se celebrará mañana a las once de la mañana en la capilla Ross-Clayton, en la funeraria que está ahí, en la capilla de la funeraria. Insto a todos los miembros a que respondan con su presencia en el funeral de mañana. En especial, le pido al coro que esté allí, a todos los que puedan, y a todos los diáconos. Me gustaría pedirles a los diáconos que ayuden a portar el féretro. Como tal vez sepan, el hermano Turner no tiene parientes. Entiendo que tiene un hijo, pero no podemos ponernos en contacto con él. No se ha enterado. Recuerdo que cuando lo visitaba, a menudo mencionaba al hijo, pero el hijo no, no había tenido noticias

de su hijo desde hacía más de veinte o treinta años. Así que no sabemos cómo ponernos en contacto con su hijo. Y yo tuve que organizar el funeral. Quiero instar a todos los diáconos de esta iglesia a estar presentes mañana y servir como portadores del féretro. Espero que se lo informen a los diáconos que no están aquí esta mañana. Mañana, a las once de la mañana, en la capilla de la funeraria Ross-Clayton. Y a tantos miembros como sea posible, los que puedan llegar, los esperamos, y también al coro. Porque el hermano Turner sirvió aquí muchos, muchos años. La mayoría de ustedes no lo conocen porque llevaba enfermo unos catorce años. Estuvo en el hospital fraternal, donde falleció hace unos días. Así que es probable que por eso no lo conozcan. Pero fue un diácono que estuvo con nosotros hasta que ingresó en el hospital y allí permaneció desde entonces.

El informe financiero se distribuirá después del servicio matutino. Podemos darles copias. Y quisiera decir que me he dado cuenta de que, por alguna razón, varios miembros están atrasados en sus promesas. No sé a qué pueda deberse, pero me gustaría instarlos a que se pongan al día en sus promesas, pues nuestras responsabilidades siguen siendo las mismas. Tenemos un presupuesto que ejecutar en los meses de verano, como en cualquier otro periodo del año. Y los insto a que lo hagan y a que suban esas promesas lo antes posible, para que podamos atender las muchas responsabilidades que tenemos por delante en nuestra iglesia.

[King prosigue con sus anuncios y da la bienvenida a los visitantes al servicio].

¿Pueden acercarse los ujieres para la ofrenda matutina? Preparémonos para dar con generosidad, con el corazón y el espíritu abiertos a las causas que se avecinan. He dicho hace unos minutos que, por alguna razón, muchos de nuestros feligreses están atrasados en sus promesas y espero que no se atrasen demasiado, que se mantengan al día. Porque eso es de vital importancia para asegurar que nuestro presupuesto se mantenga equilibrado en todo momento. Recordémoslo mientras los ujieres se acercan.

Oh, Dios, nuestro Padre Celestial, te damos gracias por la vida y te damos gracias por la salud. Te agradecemos la posibilidad de trabajar y vivir en esta sociedad. Ayúdanos a darnos cuenta de que, cuando ganamos dinero, una parte te la debemos a Ti. Y ayúdanos a darlo con corazones y espíritus abiertos, entendiendo que al dar, damos para la continuidad de Tu reino aquí en la Tierra. Amén. *[La grabación se interrumpe.]*

¡Bendito seas!
¡Oh, palabras llenas de consuelo celestial!
Haga lo que haga, haga lo que haga, esté donde esté,
Son las manos de Dios las que me guían.
Él me guía, Él me guía,
Con Sus propias manos Él me guía.
Su fiel seguidor seré,
Porque con Su mano Él me guía[*].

Cantemos las tres primeras estrofas. *(La congregación canta «He Leadeth Me* [Él me guía]*».)*

En la mañana de hoy, quiero continuar la serie de sermones que inicié hace varias semanas; la serie dedicada a los problemas de integración de la personalidad. En la mañana de hoy nuestro tema es «vencer el egocentrismo». «Vencer el egocentrismo». Es probable que, debido al calor, no me alcance el tiempo para hacer justicia a este tema tan complejo. Y no quiero que mi sermón se extienda demasiado. Pero en el tiempo que queda, quiero al menos sugerir algunas maneras de vencer el egocentrismo y, aunque sea, presentarles el tema. Para que puedan añadirle otros ingredientes e intenten, de algún modo, que tenga sentido y sea práctico en su diario vivir.

Nos dirigimos al Nuevo Testamento para nuestra lectura de esta mañana, un pasaje muy familiar, un pasaje que leí en la lección matutina. Se encuentra en todos los Evangelios sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas: «Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará»[*].

Un individuo no empieza a vivir hasta que puede elevarse por encima de los estrechos horizontes de sus preocupaciones

individualistas particulares hacia las preocupaciones más amplias de toda la humanidad. Y ese es uno de los grandes problemas de la vida: que muchas personas nunca llegan a elevarse por encima de sí mismas. Y así acaban siendo las trágicas víctimas del egocentrismo. Acaban siendo víctimas de una personalidad distorsionada y perturbada.

La vida tiene su principio y la madurez llega cuando el individuo se eleva por encima de sí mismo hacia algo mayor. Pocos individuos lo aprenden, y van por la vida tan solo existiendo, nunca viviendo. Hoy podemos ver señales en el diario vivir de individuos que son víctimas del egocentrismo. Son las personas que viven un «yo» eterno. No tienen la capacidad de proyectar el «yo» en el «tú»*. No están mentalmente equipados para un altruismo eterno, peligroso y a veces costoso. Viven en perpetuo egoísmo toda la vida. Y por doquier son víctimas del dilema egocéntrico. En cuanto uno habla con estas personas, comienzan a decir lo que pueden hacer, lo que han hecho. Antes de pasar cinco minutos conversando con ellas, dirán dónde han estado y a quiénes conocen. Son estas las personas que en unos segundos pueden contar los títulos que poseen, dónde estudiaron y cuánto dinero tienen. Nos cruzamos con ellas a diario. Por tanto, este no es un tema ajeno. No es algo lejano. Es un problema que encontramos en el día a día. Lo encontramos en nosotros mismos, lo encontramos en los demás: el problema del egocentrismo.

Ahora bien, podemos decir hasta cierto punto que las personas que se encuentran en esa situación son personas que en realidad nunca han crecido. En cierto sentido, aún son niños. Pues verán, un niño es por fuerza y por necesidad egocéntrico. Es un manojo de sus propias sensaciones, que clama atención. Y, por supuesto, tiene su propio contexto social. Es inseparable de su madre, pero solo se interesa por ella porque quiere que lo alimente y lo proteja. No se preocupa por su madre por el bien de ella; se preocupa por su madre por su propio bien. Así pues, un niño no puede evitar ser egocéntrico. Y por eso, el Dr. [William Henry] Burnham afirma que, durante los primeros seis o siete años del desarrollo, el ego es

dominante en el niño. Y tanto en su comportamiento como en sus actitudes, el niño es víctima del egocentrismo*. Eso forma parte del desarrollo temprano de un niño pequeño. Cuando las personas maduran, deben superarlo. Todos los días miro a mi hijita y observo que ella quiere ciertas cosas y cuando las quiere, las quiere. Y casi grita: «Quiero lo que quiero cuando lo quiero». No le preocupa lo que yo piense al respecto ni lo que piense la Sra. King al respecto. Quiere algo y punto. Es una niña, y eso es muy natural y normal en una niña. No puede evitar ser egocéntrica porque es una niña.

Pero cuando uno madura, cuando uno se eleva por encima de los primeros años de la infancia, empieza a amar a las personas por el bien de ellas. Se orienta hacia lealtades más elevadas. Se entrega a algo fuera de sí mismo. Se entrega a causas por las que vive y por las que a veces incluso moriría. Llega al punto de poder elevarse por encima de sus preocupaciones individualistas y comprender lo que Jesús quiso decir cuando afirmó: «Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará»†. En otras palabras, el que encuentre su ego lo perderá, pero el que pierda su ego por mí, lo encontrará. Y así, verán a personas en apariencia egoístas; no es solo una cuestión ética, sino psicológica*. Son víctimas de un retraso en el desarrollo y siguen siendo niños. No han crecido. Y como dice una novelista moderna sobre uno de sus personajes: «Edith es un pequeño país limitado al este y al oeste, al norte y al sur, por Edith» † . Y muchos individuos son pequeños países, limitados por sí mismos, que nunca consiguen salir de sí mismos. Y esos individuos son víctimas de un retraso en el desarrollo.

Ahora bien, las consecuencias, los efectos perturbadores de tal egocentrismo, de tales deseos egocéntricos, son trágicos. Y los vemos a diario. Al principio, conducen al descontento, la desilusión y la infelicidad en muchos aspectos. Porque por lo general cuando las personas son egocéntricas, lo son porque buscan atención, quieren ser admiradas y es así como pretenden lograrlo. Pero en el proceso, debido a su egocentrismo, dejan de ser admiradas; resultan personas empalagosas y la gente no quiere tener nada que ver con

ellas. Así pues, eso que buscan, nunca lo consiguen. Y acaban descontentas, infelices y desilusionadas[‡].

Estoy seguro de que han visto personas que están tan deseosas de llamar la atención que, si no logran llamar la atención a través de los canales normales, a través de los canales sociales normales, la buscarán a través de medios antisociales. Hay personas que están tan deseosas de llamar la atención que, si todo el mundo dice «sí», ellas dirán «no» para ser vistas y escuchadas. Son tan egocéntricas que tienen que llamar la atención y ser vistas para sobrevivir. Quieren ser admiradas y, en su búsqueda de la admiración, no la consiguen y, al no conseguirla, se sienten descontentas, confundidas y desilusionadas.

Esto, además, provoca una susceptibilidad extrema. El individuo que solo se mira a sí mismo, el individuo egocéntrico, acaba siendo muy susceptible, una persona suspicaz. Y este es uno de los efectos trágicos de la actitud egocéntrica: que conduce a una respuesta muy susceptible y suspicaz hacia el universo. A esas personas hay que tratarlas con guantes de seda porque son susceptibles, son suspicaces. Y son suspicaces porque son egocéntricas. Están demasiado absortas en sí mismas y cualquier cosa las provoca, cualquier cosa las enfada. Cualquier cosa las hace sentir que la gente las desprecia a causa de un trágico egocentrismo. Eso lleva incluso a que la persona no sea capaz de afrontar los problemas y los momentos duros de la vida. Uno puede volverse tan egocéntrico, tan centrado en sí mismo que, cuando llegan los momentos duros y difíciles de la vida, no puede afrontarlos porque está demasiado absorto en sí mismo. Esas son las personas que no pueden afrontar las decepciones. Esas son las personas que no pueden afrontar que las derroten. Esas son las personas que no pueden afrontar que las critiquen. Esas son las personas que no pueden afrontar muchas de las experiencias inevitables de la vida porque están demasiado centradas en sí mismas. Con el tiempo, alguien las critica, alguien dice algo de ellas que no les agrada mucho, con el tiempo se sienten decepcionadas, con el tiempo son derrotadas, incluso en un simple

juego, y terminan con el corazón roto. No lo pueden soportar porque están centradas en su propio ego.

A la larga, esto puede alcanzar una morbosidad de proporciones ominosas y desembocar en un trágico sentimiento de persecución. Hay personas que llegan al punto de ser tan egocéntricas que terminan con un complejo de persecución y el resultado final es la locura. Acaban pensando que el universo está en su contra, que todo el mundo está en su contra. Giran en torno a sí mismas. Son como pequeños sistemas solares; no pueden ver más allá de sí mismas. Y como resultado de su incapacidad para salirse de sí mismas, acaban sufriendo complejo de persecución y, a veces, insensatez y locura. Esos son algunos de los efectos del egocentrismo.

Ahora bien, tenemos que plantearnos la pregunta: ¿cómo vencer el egocentrismo? ¿Cómo alejarnos de eso que llamamos egocentrismo? ¿Cómo podemos vivir en este universo con un equilibrio y con una perspectiva que nos mantenga calmados sin estar demasiado absortos en nosotros mismos? ¿Cómo lo hacemos? Permítanme hacerles dos o tres sugerencias, y les aseguro que esas sugerencias no resolverán en absoluto el problema. Porque, en muchos aspectos, tendrán que resolverlo por ustedes mismos. Pero al menos espero que les sirvan de guía.

Creo que una de las mejores formas de afrontar el problema del egocentrismo es descubrir alguna causa, alguna meta, alguna lealtad fuera de nosotros mismos y entregarnos a ella. La mejor forma de manejar el egocentrismo no es suprimir el ego, sino ampliarlo hacia canales que tengan un significado concreto*. Y mucha gente es infeliz porque no hace nada. Son egocéntricos porque no hacen nada. No se han entregado a nada y solo giran en sus pequeños círculos. Una de las formas de superar ese egocentrismo es alejarse de ustedes mismos y concretarse en algo que los trascienda. Encontrar alguna gran causa y algún gran propósito, alguna lealtad a la que puedan entregarse y llegar a estar tan absortos en ese algo que le entreguen a ello la vida. Así lo han hecho muchos hombres y mujeres a lo largo de las generaciones.

Mediante la proyección del yo en algo fuera del yo han encontrado esa satisfacción necesaria del ego que la vida presenta y que uno desea. Como ya he dicho, el problema no se resuelve intentando pisotear el ego por completo. Eso no resuelve el problema. Porque siempre tendrán el ego, y el ego tiene ciertos deseos, ciertos deseos de trascendencia. Los tres grandes psicoanalistas de esta época, de este siglo, señalaron que los seres humanos tienen ciertos deseos básicos, que anhelan y persiguen a toda costa. Y así, para Freud, el deseo básico era ser amado. Jung diría que el deseo básico es sentirse seguro. Pero luego llega Adler y dice que el deseo básico de la naturaleza humana es sentirse importante y tener algún sentido de relevancia[*]. Y creo que de todos ellos —y sin duda todos son importantes— el que menciona Adler es tal vez más importante que los demás: todos los seres humanos tienen el deseo de pertenecer y de sentirse relevantes e importantes[†].

Y la forma de resolver el problema no es ahogar el ego, sino encontrar ese sentido de importancia en algo fuera del yo. Y así serán capaces de vivir porque han entregado su vida a algo exterior y a algo que tiene sentido, algo concreto. Se han elevado por encima del ensimismamiento hacia algo fuera de ustedes. Lo vemos a lo largo de la historia. Lo encontramos con frecuencia en las biografías. Vemos a un Wilberforce[*]. Lo vemos de algún modo satisfacer su deseo al dedicar su vida a la trata esclavista, a quienes son víctimas de la trata. Vemos a una Florence Nightingale[†]. La vemos encontrar un propósito y un sentido de pertenencia entregándose a una gran causa: los heridos necesitados de atención. Vemos a un Albert Schweitzer, que mira a los hombres del África oscura que han sido víctimas del colonialismo y del imperialismo, y entrega su vida a ello. Se concretiza en esa gran causa. E incluso vemos a Jesús concretarse por completo cuando exclama: «Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí»[‡].

Esa es la forma de ir por la vida con equilibrio, con la perspectiva adecuada, porque se han entregado a algo más grande que el yo. A veces son los amigos, a veces es la familia, a veces es una gran

causa, una gran lealtad, pero entréguense a ese algo y su vida cobrará sentido. He conocido a personas que encontraron un sentido tan alto en su trabajo y quedaron tan absortas en él que no tuvieron tiempo de volverse egocéntricas. Les encantaba su trabajo. Y la gran oración que cualquiera podría rezar en este momento es: «Oh, Dios, ayúdame a amar mi trabajo como esta persona ama el suyo. Oh, Dios, ayúdame a entregarme a mi trabajo y a mi empleo y a mis lealtades como lo hace este individuo». Y esa es la salida. Y creo que a eso se refería [Ralph Waldo] Emerson cuando dijo: «Oh, miren cómo las masas de hombres se afanan en tumbas sin nombre, mientras que aquí y allá, alguna gran alma desinteresada se olvida en la inmortalidad». Y eso se convierte en un punto de equilibrio cuando pueden olvidarse de sí mismos en la inmortalidad. No están absortos en sí mismos, sino que están absortos en algo más allá del yo.

Y hay otra manera de elevarse por encima del egocentrismo y es teniendo la actitud interior apropiada a nuestra posición o a nuestro estatus en la vida o lo que sea. Vencemos el egocentrismo cuando comprendemos que estamos donde estamos hoy porque alguien nos ayudó a llegar allí. Y muchas personas viven una vida egocéntrica porque su actitud es creerse responsables de todo y de su posición en la vida. De todo lo que hacen en la vida, de algún modo sienten que son los responsables, los únicos responsables.

Un individuo se aleja de ese tipo de egocentrismo cuando se detiene lo suficiente como para ver que, haga lo que haga en la vida, lo hace porque alguien le ayudó a hacerlo. Y entonces adquiere el tipo de perspectiva y el tipo de equilibrio que le impide volverse egocéntrico. Llega a ver que hay alguien tras bastidores que a menudo hace algo pequeño a lo grande, que le ha posibilitado a él a hacer lo que hace. ¿Pueden creerlo? No importa dónde estén parados, no importa cuánta popularidad tengan, no importa cuánta educación tengan, no importa cuánto dinero tengan, lo tienen porque alguien en este universo les ha ayudado a conseguirlo. Y cuando comprenden eso, no pueden ser arrogantes, no pueden ser soberbios. Descubren que su posición se debe a los acontecimientos

de la historia y a las personas que tras bastidores hicieron posible que estén ahí.

¿Me permiten compartir con ustedes una experiencia personal esta mañana? Y lo digo solo porque creo que guarda relación con este mensaje. Uno de los problemas que debo afrontar e incluso combatir cada día es el problema del egocentrismo, esa tendencia que podría llegar sin dificultad a mi vida ahora que soy un poco especial, que soy un poco importante. Desde hace un año, casi no puedo ir a ninguna ciudad o pueblo de esta nación sin que personas de todas las razas y de todos los credos me colmen de hospitalidad. Apenas puedo ir a ningún lugar a hablar en esta nación sin que cientos y miles de personas se queden fuera por falta de espacio. Y después de hablar, a menudo tengo que salir a toda prisa para alejarme de la multitud que viene pedirme autógrafos. Apenas puedo caminar por la calle en ninguna ciudad de esta nación sin encontrarme con gente que corre calle arriba diciendo: «¿No es ese el reverendo King de Alabama?». Al vivir así es fácil, es peligroso que llegue a creerme que soy algo especial, que estoy en algún lugar en este universo debido a mi ingenio y que soy importante, que puedo andar por la vida con cierta arrogancia gracias a que tengo alguna importancia. Y una de las oraciones que rezo a Dios todos los días es: «Oh, Dios, ayúdame a verme en mi verdadera perspectiva. Ayúdame, oh, Dios, a ver que solo soy un símbolo de un movimiento. Ayúdame a ver que soy víctima de lo que los alemanes llaman *zeitgeist*, algo que estaba a punto de suceder en la historia; algo para lo que la historia estaba preparada. Y que en Montgomery, Alabama, se habría producido un boicot aun si yo nunca hubiera venido a Alabama. Ayúdame a darme cuenta de que estoy donde estoy gracias a las fuerzas de la historia y a los cincuenta mil Negros de Alabama que nunca aparecerán en los periódicos ni en los titulares. Oh, Dios, ayúdame a ver que hoy estoy donde estoy porque otros me ayudaron y porque las fuerzas de la historia me proyectaron aquí. Y que este momento histórico habría llegado incluso si M. L. King nunca hubiera nacido». Y cuando comprendemos eso, nos levantamos con humildad. Esa es la oración que rezo a Dios todos los días: «Señor, ayúdame a ver a M. L. King

como M. L. King en su verdadera perspectiva». Porque si no lo veo, me convertiré en el mayor necio de los Estados Unidos.

Y creo que por eso Jesús miró un día a un hombre y lo llamó necio*. El hombre estaba hablando de sus graneros. Y dijo: «Ya sé lo que voy a hacer: derribaré mis graneros y construiré otros más grandes, donde pueda almacenar todo mi grano y mis bienes. Y diré: Alma mía, ya tienes bastantes cosas buenas guardadas para muchos años. Descansa, come, bebe y goza de la vida». Jesús miró a aquel hombre y lo llamó necio. Y Jesús lo llamó necio porque no tenía el sentido suficiente para darse cuenta de que estaba donde estaba con respecto a sus graneros y a su riqueza porque alguien tras bastidores lo había ayudado a llegar allí. Nunca llegamos a ninguna parte en este mundo sin que las fuerzas de la historia y las personas individuales tras bastidores nos ayuden a llegar allí.

Pensamos en Marian Anderson†. Pensamos en esa gran persona que está en el escenario de la historia, con todo el prestigio y toda la fama que puede llegar a tener un individuo. No olvidemos nunca que Marian Anderson, esa gran contralto, está hoy ahí porque alguien tras bastidores la ayudó a llegar. Porque ahí estuvo esa madre dispuesta a trabajar días y noches hasta que se le chamuscaron las cejas y se le resecaron las manos para que su hija pudiera formarse y recibir una educación. Hubo gente en la Union Baptist Church de Filadelfia, Pensilvania, el coro en el que ella cantaba, que dijo: «Tienes el don, adelante, estaremos contigo». Y por eso hoy Marian Anderson es grande, porque lo reconoce. Un día, alguien le preguntó a la señorita Anderson: «Señorita Anderson, ¿cuál ha sido el momento más feliz de su vida?». Ella respondió: «No fue cuando me presenté ante los críticos del mundo y canté con la Orquesta Filarmónica de Nueva York y los críticos se deshicieron en elogios. No fue cuando canté ante los reyes y reinas de Europa. No fue cuando canté ante Sibelius de Finlandia y me dijo: "Mi techo es demasiado bajo para una voz así". No fue siquiera cuando el gran Toscanini dijo que poseo una voz que solo se da una vez en un siglo*. El momento más feliz de mi vida fue cuando pude decir: "Madre, ya puedes dejar de trabajar"».

Marian Anderson descubrió que hoy se encuentra en una posición de fama y prestigio porque alguien tras bastidores la ayudó a llegar hasta allí. Y solo cuando vemos eso podemos elevarnos. Si tienen el privilegio de una buena educación, pues lo tienen porque alguien lo hizo posible. Si tienen el privilegio de haber obtenido riqueza y algunos de los bienes del mundo, pues lo tienen porque alguien lo hizo posible. Así que no presuman, no sean arrogantes. En ese momento, elévense por encima de su egocentrismo hacia el tipo de vida que los convertirá en personalidades íntegras.

Por último, una fe religiosa apropiada brinda ese tipo de equilibrio y de perspectiva de los que les estoy hablando. Eso, como ven, es parte del genio de la gran religión: que otorga al hombre, por un lado, un sentido de pertenencia y por otro, un sentido de dependencia de algo superior, así se da cuenta de que hay algo más en lo que «vivimos, nos movemos y existimos», e incluso se mueve y se apodera de su ser[†]. Eso es lo que la gran religión hace por él.

Como saben, la mitología griega solía hablar de la diosa Némesis y esa era una de las funciones de la diosa Némesis. La diosa Némesis mantenía todo equilibrado. Si estabas demasiado deprimido y abatido, si sentías que no dabas la talla, si te sentías incapaz e inferior, esa diosa te levantaba. Y luego, si te empinabas demasiado, si sentías demasiado elevado, demasiado exaltado, esa diosa hacía lo que solían decir los mayores: «Te bajaba los humos». Y todo se mantenía equilibrado. Y todos deberíamos tener algo en nuestras vidas que sea como una diosa Némesis que nos humille cuando nos elevemos demasiado alto y nos eleve cuando nos sintamos insuficientes. Y eso es lo que hace la religión en su máxima expresión. Nos mantiene en un punto en el que no nos sentimos demasiado abajo ni demasiado arriba, sino que mantenemos ese tipo de equilibrio. Y comprendemos que somos un adjetivo, no un sustantivo. Solo Dios es un sustantivo, nosotros somos una cláusula dependiente, no independiente. A través de la gran religión llegamos a entender que hay un solo ser en este universo que puede decir: «Yo soy» sin condiciones. Volvemos al Génesis y leemos que Dios dice: «Yo soy el que soy», y que es el único ser que puede decir

eso*. Pero el hombre es hijo de Dios y debe decir siempre: «Yo soy gracias a». Cuando comprendan eso, verán que su existencia es adjetival; depende de otra cosa. Su existencia depende de la existencia de un poder superior y no pueden pasearse por el universo con arrogancia. No pueden andar por el universo con un espíritu altivo porque saben que hay un Dios del que dependen en este universo.

Y me alegro mucho de que la nueva ciencia haya hecho algo por humillar nuestros espíritus arrogantes. Durante mucho tiempo, el hombre se ha sentido el centro del universo y todo su saber se lo ha permitido. En el pasado creció con lo que se conocía como la teoría geocéntrica: la Tierra era el centro del universo y todo giraba alrededor de la Tierra. Luego vinieron Copérnico y Galileo y otros que dijeron que el Sol era el centro, y así surgió la teoría heliocéntrica. Y eso nos recordó que dependemos de algo. No estamos en el centro de este universo. Solo estamos en el centro en la medida en que nos entregamos y le juramos lealtad a Dios Todopoderoso.

Y me alegro tanto de que la nueva ciencia haya surgido para reducir nuestra arrogancia. Nos dice que nuestro planeta terrestre es un planeta dependiente; es un pequeño planeta en las órbitas de este universo. El Sol es el centro de este universo, y el hombre debe mirar más allá de sí mismo para descubrir su significado. Y eso obra algo en cada uno de nosotros para que podamos ver que, cuando tenemos fe en Dios, no tenemos nada de qué jactarnos, no tenemos ningún motivo por el cual ser arrogantes, sino que vivimos con una humildad que nos permite seguir adelante.

El otro día fui a la prisión de Kilby a rezar con unos condenados a muerte. Y siempre es una experiencia muy trágica; no tanto una experiencia trágica como una especie de experiencia triste ver a hombres que han cometido grandes crímenes y ahora están en una pequeña celda sin casi nada, en una pequeña celda entre cuatro paredes. Y no pueden ver mucho y solo aguardan el día de su muerte y el día de su condena final. Y fui a rezar con algunos de esos hombres. Y nunca podré olvidar que, al salir de allí después de

rezar y dejar atrás todos esos barrotes, no podía caminar con arrogancia. No podía salir de allí con la sensación de que no soy como esos hombres. No podía salir con la actitud del fariseo: «Oh, Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres»[*]. Mientras salía por aquella puerta, algo resonaba en mi corazón diciendo: «Si no fuera por la gracia de Dios, estarías aquí»[†]. Cuando veo a diario a los borrachos que caminan por las calles de Montgomery y de otras ciudades, me encuentro diciendo: «Si no fuera por la gracia de Dios, tú también serías un borracho». Cuando veo a los que han perdido su propio equilibrio y a los que se han entregado a una trágica vida de placer y tiran por la borda todo lo que tienen en una vida desenfrenada, me encuentro diciendo: «Si no fuera por la gracia de Dios, yo también estaría ahí». Y cuando vemos eso, no podemos ser arrogantes, sino que caminamos por la vida con una humildad que nos quita ese egocentrismo que nos convierte en personalidades desintegradas. Y empezamos a cantar:

¡Asombrosa gracia! ¡Qué dulce es el sonido
que a mí, pecador, salvó!
Una vez estuve perdido, pero ahora me he encontrado,
Estaba ciego, pero ahora veo.

A través de muchos peligros, obstáculos y trampas,
Ya he regresado;
Fue la gracia la que me trajo a salvo hasta aquí,
Y la gracia me llevará a casa[*]*.*

Y cuando adoptamos esa actitud, entramos en la habitación de nuestra vida y quitamos los espejos porque ya no podemos vernos a nosotros mismos. Pero los espejos de alguna manera se transforman en ventanas y al mirar al mundo objetivo vemos que somos lo que somos gracias a alguien más. Ustedes son lo que son por la gracia de Dios Todopoderoso. El que busque encontrar su ego lo perderá. Pero el que pierda su ego por una gran causa, un gran propósito, un gran ideal, una gran lealtad; el que descubra que está donde está por las fuerzas de la historia y por otros individuos; el que descubra que está donde está por la gracia de Dios, se encontrará a sí mismo.

Se perderá en ese algo, pero después se encontrará a sí mismo. Y ese es el camino, me parece, hacia una personalidad íntegra.

Oh, Dios, nuestro bondadoso Padre Celestial, ayúdanos a salir de nuestra actitud de egocentrismo, de nuestro egoísmo. Ayúdanos a elevarnos hasta el punto de tener fe en Ti y darnos cuenta de que dependemos de Ti. Y cuando nos demos cuenta de esto, oh, Dios, viviremos la vida con un nuevo significado y con una nueva comprensión y con una nueva integración. Te pedimos que nos concedas todas esas bendiciones en el nombre y el espíritu de Jesús. Amén.

¿Hay alguien que acepte a Cristo esta mañana? Estoy seguro de que en esta congregación hay quienes no se han unido a ninguna iglesia en Montgomery, en esta congregación hay quienes no se han unido a ninguna iglesia en ninguna ciudad. Y en la mañana de hoy quiero hacerles un llamado especial. Quiero hacerles una invitación especial. ¿Quién tomará la decisión esta mañana? ¿Quién aceptará a Cristo esta mañana? ¿Quién de ustedes entrará en esta iglesia y, tal como es, formará parte de esta comunidad cristiana? Ahora es el momento de tomar la decisión. Volvamos al himno número 162.

[Hablando por encima del canto de la congregación.] ¿Hay alguien esta mañana que tomará la decisión? ¿Hay alguien más? ¿Y alguien más?

El himno de despedida es el 371. Una vez más, permítanme decirles que estamos muy felices de tener a todos nuestros visitantes aquí, en la mañana de hoy. Y estaré encantado de saludarles cuando salgan del santuario. Asegúrense, muchas gracias *[King, a quien una persona no identificada tal vez le ha entregado o dicho algo, da las gracias a esa persona en medio de estas palabras a la congregación]*, asegúrense de volver esta tarde para la Cena del Señor, que es a las siete, solo una hora. E insto a todos los miembros de esta iglesia a llegar a tiempo, al coro y a los diáconos y a todos los demás miembros. Y estaremos aquí solo una hora. ¿Podrían hacerlo, por favor, todos los miembros? Y a los que no han recibido la diestra de compañerismo, los instamos a que vengan con ese propósito para darles la bienvenida a nuestra congregación. Pasemos ahora al himno de despedida 371. *(La congregación canta*

las primeras dos estrofas de I Love to Tell the Story *[Me gusta contar la historia].)*

17 DE NOVIEMBRE DE 1957

Amar a nuestros enemigos

SERMÓN PRONUNCIADO EN LA IGLESIA BAUTISTA DE DEXTER AVENUE

Montgomery, Alabama

«Cuando nos elevamos al nivel del amor, de su gran belleza y poder, solo buscamos vencer a los sistemas malignos. A las personas que están atrapadas en ese sistema las amamos, pero buscamos vencer al sistema».

En este sermón, pronunciado en su iglesia en noviembre de 1957, y reproducido aquí en su totalidad, King amplió sus referencias al ámbito internacional. Una semana antes había pronunciado un sermón similar en la Universidad de Howard.

En aquel momento, las relaciones internacionales parecían volátiles. Varios países de África y Asia habían comenzado a afirmar su independencia, entre ellos Ghana y Taiwán. En enero de 1957, el presidente Eisenhower declaró que cualquier país de Oriente Medio que se sintiera amenazado podría solicitar el apoyo de los Estados Unidos, una política que se conocería como la Doctrina Eisenhower.

En octubre, los soviéticos lanzaron el primer satélite a la órbita terrestre, el Sputnik 1. Esa inesperada y asombrosa proeza tecnológica dejó entrever la avanzada capacidad militar de Rusia y conmocionó al mundo, sobre todo combinada con el terror de las armas nucleares. Estados Unidos entró en la carrera espacial.

En septiembre, el Congreso de los Estados Unidos aprobó una versión diluida de la Ley de Derechos Civiles de Eisenhower de 1957, que establecía una Comisión de Derechos Civiles.

En la mañana de hoy me veo obligado a predicar con cierta desventaja. De hecho, tuve que ir al médico antes de venir a la iglesia. Y dijo que sería mejor que me quedara en la cama esta mañana. E insistí en que tenía que venir a predicar. Así que me permitió salir con una condición: que no subiera al púlpito hasta la hora de predicar y que después regresara de inmediato a casa y me metiera en la cama. Así que voy a tratar de seguir sus instrucciones.

El tema del cual quiero hablar en la mañana de hoy es un tema muy familiar, y es familiar para ustedes porque ya he predicado sobre este tema, a mi entender, dos veces en este púlpito. Intento convertir en una especie de costumbre o tradición predicar sobre este pasaje de la Escritura al menos una vez al año, añadiendo nuevas reflexiones que voy desarrollando sobre la marcha a partir de nuevas experiencias cada vez que ofrezco estos mensajes. Aunque el contenido básico es el mismo, esas nuevas reflexiones y experiencias dan lugar, como es natural, a nuevas ilustraciones.

Así que quiero que presten atención a este tema: «Amar a nuestros enemigos». Es tan fundamental para mí porque forma parte de mi orientación filosófica y teológica básica: la idea del amor, la filosofía del amor. En el quinto capítulo del Evangelio según san Mateo, leemos esas sorprendentes palabras, que brotan de los labios de nuestro Señor y Maestro: «Ustedes han oído que se dijo: "Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo". Pero yo digo: amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen para que sean hijos de su Padre que está en los cielos. Él hace que salga el sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos»[*].

Son sin duda grandes palabras, palabras que se elevan a proporciones cósmicas. Y a lo largo de los siglos, muchas personas han argumentado que se trata de un mandato en extremo difícil. Muchos han llegado a decir que no es posible practicar ese glorioso mandamiento. Dicen que no es más que otra prueba de que Jesús era un idealista poco práctico que no tenía los pies en la tierra. Así pues, abundan los argumentos. Pero lejos de ser un idealista poco práctico, Jesús se ha convertido en el realista práctico. Las palabras de ese texto brillan ante nuestros ojos con renovada urgencia. Lejos

de ser el piadoso mandamiento de un soñador utópico, ese mandamiento es una necesidad absoluta para la supervivencia de nuestra civilización. Sí, el amor es lo que salvará a nuestro mundo y a nuestra civilización, incluso el amor hacia los enemigos.

Permítanme apresurarme a decir que Jesús hablaba muy en serio cuando nos dio ese mandamiento; no estaba bromeando. Comprendía que es difícil amar a los enemigos. Comprendía que es difícil amar a las personas que buscan derrotarnos, a las personas que dicen cosas malas de nosotros. Comprendía que es muy difícil, en extremo difícil. Pero no estaba bromeando. Y no podemos descartar ese pasaje como una hipérbole más; una especie de exageración para comunicar una idea. Esta es una filosofía fundamental de todo lo que escuchamos salir de los labios de nuestro Maestro. Porque Jesús no bromeaba; porque hablaba en serio. Tenemos la responsabilidad cristiana y moral de intentar descubrir el significado de esas palabras y descubrir cómo podemos vivir según ese mandamiento, y por qué debemos vivir según este mandamiento.

Abordemos primero esta pregunta, de orden práctico: ¿cómo amar a nuestros enemigos? Creo que lo primero es esto: para amar a nuestros enemigos, debemos comenzar por analizarnos a nosotros mismos. Y estoy seguro de que les parece extraño que lo primero que les diga esta mañana sea que, para amar a nuestros enemigos, comencemos por mirarnos a nosotros mismos. Me parece que eso es lo primero y lo más importante que hay que hacer para llegar a un descubrimiento adecuado del cómo de esta situación. Ahora bien, soy consciente de que habrá algunas personas a las que ustedes no les gustarán, no porque ustedes les hayan hecho algo, sino porque no les caen bien y punto. Soy muy consciente de ello. A algunas personas no les gustará cómo caminan; a otras no les gustará cómo hablan. A algunas personas no les caerán bien porque pueden hacer su trabajo mejor que ellas. A algunas personas ustedes no les caerán bien porque les caen bien a otras personas, porque gozan de popularidad y porque son muy queridos; ustedes no les gustarán. A algunas personas no les gustarán porque ustedes tienen el pelo un poco más corto que el suyo o porque tienen el pelo un poco más

largo que el suyo. A algunas personas no les gustarán porque su piel es un poco más clara que la suya; y a otras no les gustarán porque su piel es un poco más oscura que la suya. Así pues, a algunas personas ustedes no les gustarán. Les van a caer mal, no por algo que ustedes les hayan hecho, sino por celos y otras reacciones muy frecuentes en la naturaleza humana.

Pero después de considerar todo eso y admitirlo, debemos enfrentarnos al hecho de que podemos caerle mal a un individuo por algo que hicimos en un pasado lejano, por algún atributo de nuestra personalidad, algo que hicimos hace mucho tiempo y hemos olvidado; pero ese algo fue lo que suscitó la respuesta de odio en el individuo. Por eso digo que hay que empezar por uno mismo. Puede que haya algo dentro de nosotros que despierte la trágica respuesta de odio en otro individuo.

Eso es cierto en nuestra lucha internacional. Vemos la lucha, la lucha ideológica entre el comunismo por un lado y la democracia por otro, y vemos la lucha entre los Estados Unidos y Rusia. Ahora bien, es cierto que nunca podremos ser fieles al estilo de vida ruso, al estilo de vida comunista, porque el comunismo se basa en un relativismo ético y un materialismo metafísico que ningún cristiano puede aceptar. Cuando observamos los métodos del comunismo, una filosofía en la que de alguna manera el fin justifica los medios, no podemos aceptarla porque creemos como cristianos que el fin es preexistente a los medios. Pero a pesar de todas las debilidades y los males inherentes al comunismo, debemos ver al mismo tiempo las debilidades y los males de la democracia.

En mi opinión, la democracia es la mejor forma de gobierno que el hombre ha concebido, pero su debilidad es que nunca la hemos alcanzado. ¿No es cierto que hemos privado a las masas de lo básico para dar lujos a las clases altas? ¿No es cierto que en nuestra democracia a menudo hemos pisoteado a individuos y a razas con el hierro de la opresión? ¿No es cierto que a través de nuestras potencias occidentales hemos perpetuado el colonialismo y el imperialismo? Y todo eso debe tenerse en cuenta al observar a Rusia. Debemos afrontar el hecho de que el compás de los profundos estruendos del descontento de Asia y África es, en el

fondo, una revuelta contra el imperialismo y el colonialismo perpetuados por la civilización occidental durante todos estos años. El éxito del comunismo en el mundo actual se debe al fracaso de la democracia en estar a la altura de los nobles ideales y principios inherentes a su sistema.

Y a eso se refería Jesús cuando dijo: «¿Por qué te fijas en la astilla que tiene tu hermano en el ojo y no le das importancia a la viga que está en el tuyo?». O como dice la traducción de Moffatt: «¿Cómo es que ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en tu propio ojo?»[*]. Y esa es una de las tragedias de la naturaleza humana. Así pues, empezamos a amar a nuestros enemigos y a las personas que nos odian, ya sea en la vida colectiva o en la individual, solo si nos miramos a nosotros mismos.

Lo segundo que un individuo debe hacer al intentar amar a su enemigo es descubrir en su enemigo el elemento de bondad, y cada vez que comience a odiar a esa persona o piense en odiarla, debe darse cuenta de que esa persona tiene algo bueno y debe mirar esos aspectos buenos que compensarán por mucho los malos. Les he dicho en muchas ocasiones que cada uno de nosotros es una especie de personalidad esquizofrénica. Estamos escindidos y divididos en contra de nosotros mismos. Y en nuestras vidas hay algo parecido a una guerra civil. Hay un sur recalcitrante en nuestras almas que se rebela contra el norte de nuestras almas. Y hay una lucha continua dentro de la estructura misma de cada vida individual. Todos tenemos algo que nos hace gritar con Ovidio, el poeta romano: «Veo y apruebo lo mejor, pero hago lo peor»[*]. Todos tenemos algo que nos hace gritar con Platón que la personalidad humana es como un auriga con dos caballos testarudos que quieren correr en direcciones opuestas[†]. Hay algo dentro de cada uno de nosotros que nos hace gritar con Goethe: «Hay en mí suficiente material para ser tanto un caballero como un canalla». Hay algo dentro de cada uno de nosotros que nos hace gritar con el apóstol Pablo: «Veo y apruebo lo mejor, pero hago lo peor»[‡].

Así que, de algún modo, el «ser» de nuestra naturaleza actual no está en armonía con el «deber ser» eterno que siempre

confrontamos. Y eso significa tan solo esto: que, dentro de lo mejor de nosotros, hay algo de maldad, y dentro de lo peor de nosotros, hay algo de bondad. Cuando comprendemos eso, adoptamos una actitud diferente hacia los individuos. La persona que más los odia tiene algo de bondad en su interior; incluso la nación que más los odia tiene algo de bondad; incluso la raza que más los odia tiene algo de bondad. Y cuando lleguen al punto de mirar de frente a cada hombre y ver en lo más profundo de su ser lo que la religión llama «la imagen de Dios», empezarán a amarlo a pesar de eso. No importa lo que haga, ustedes podrán ver la imagen de Dios. Hay un elemento de bondad que nunca podrá borrarse. Descubran el elemento de bondad en sus enemigos. Y aunque quieran odiarlos, busquen en ellos el núcleo de la bondad, fijen en eso su atención y desarrollarán una nueva actitud.

Otra forma de amar a su enemigo es esta: cuando se les presente la oportunidad de vencer a su enemigo, es ese el momento en el que no deben hacerlo. Con frecuencia llegará el momento en que la persona que más los odie —la persona que más haya abusado de ustedes, la persona que más haya hablado mal sobre ustedes, la persona que más haya difundido falsos rumores sobre ustedes—, llegará el momento en que se les presentará la oportunidad de vencer a esa persona. Puede ser mediante una recomendación para un puesto de trabajo o ayudando a esa persona a dar un paso en su vida. Ese es el momento en que deben hacerlo. Ese es el sentido del amor. A fin de cuentas, el amor no es ese algo sentimental de lo que hablamos. No es solo algo emocional. El amor es buena voluntad creativa y comprensiva hacia todos los hombres. Es negarse a vencer a quien sea. Cuando nos elevamos al nivel del amor, de su gran belleza y su poder, solo buscamos vencer los sistemas malignos. A las personas que están atrapadas en ese sistema las amamos, pero buscamos vencer al sistema.

La lengua griega, como ya he dicho tantas veces, es muy poderosa en este tema. Acude en nuestra ayuda de un modo maravilloso dándonos el significado verdadero y la profundidad de toda la filosofía del amor. Y creo que es bastante oportuno en este momento, pues resulta interesante que la lengua griega tenga tres

palabras para nombrar el amor. Habla del amor como eros. Esa es una palabra para referirse al amor. Eros es una especie de amor estético. Platón habla mucho de ello en sus *Diálogos*, una especie de anhelo del alma por el reino de los dioses. Y ha llegado a nosotros con el sentido de una especie de amor romántico, que no deja de ser un amor hermoso. Todo el mundo ha experimentado el eros en su máximo esplendor cuando encuentra a un individuo que le atrae y vuelca todo su amor en él. Ese es el eros, como ven, y es un amor poderoso y hermoso que nos llega a través de toda la belleza de la literatura; hemos leído sobre él.

Luego en griego se habla de la filia, y ese es otro tipo de amor que también es hermoso. Es una especie de afecto íntimo entre amigos cercanos. Y ese es el tipo de amor que sentimos por las personas con las que tenemos una relación de amistad, nuestros amigos íntimos o la gente a la que llamamos por teléfono y con la que salimos a cenar, nuestro compañero de habitación en la universidad y ese tipo de cosas. Es una especie de amor recíproco. En ese sentido, la persona nos cae bien porque nosotros le caemos bien a esa persona. Amamos en ese nivel porque somos amados. Amamos en ese nivel porque hay algo en la persona a la que amamos que nos resulta agradable. Ese también es un amor hermoso. Podemos comunicarnos con la persona; tenemos ciertas cosas en común; nos gusta hacer cosas juntos. Eso es la filia.

La lengua griega propone otra palabra para designar el amor. Es la palabra *ágape*, y ágape es más que eros. Ágape es más que filia. Ágape es la buena voluntad comprensiva, creadora y redentora hacia todos los hombres. Es un amor que no busca nada a cambio. Es un amor desbordante; es lo que los teólogos llamarían el amor de Dios que actúa en la vida de los hombres. Y cuando nos elevamos a ese nivel de amor, empezamos a amar a los hombres no porque sean agradables, sino porque Dios los ama. Vemos a cada hombre y lo amamos porque sabemos que Dios lo ama. Y puede ser la peor persona que hayan conocido en la vida[*].

Y eso es lo que pienso que Jesús quiso decir en ese mismo versículo cuando dice: «Ama a tus enemigos». Y es significativo que

no diga: «Que te guste tu enemigo». Gustar denota algo sentimental, algo afectuoso. Hay muchas personas que resulta difícil que me gusten. No me gusta lo que me hacen. No me gusta lo que dicen de mí y de otras personas. No me gustan sus actitudes. No me gustan algunas cosas que hacen. No me gustan. Pero Jesús dice que las amemos. Y amar es más que gustar. El amor es comprensión, buena voluntad redentora para con todos los hombres, de modo que amamos a todos, porque Dios los ama. Nos negamos a hacer cualquier cosa que pueda vencer a un individuo porque tenemos ágape en el alma. Y aquí llegamos al punto de amar al individuo que comente una mala acción, aunque odiemos la acción que la persona comete. A eso se refiere Jesús cuando dice: «Amen a sus enemigos». Esta es la forma de hacerlo. Cuando se les presente la oportunidad de vencer a su enemigo, no deben hacerlo.

En los minutos que nos quedan, pasemos del cómo práctico al por qué teórico. No solo es necesario saber cómo proceder para amar a los enemigos, sino también profundizar en la cuestión de por qué debemos amar a nuestros enemigos. Creo que la primera razón por la que debemos amar a nuestros enemigos, y creo que esto era medular en el pensamiento de Jesús, es la siguiente: que el odio por el odio solo intensifica la existencia del odio y del mal en el universo. Si yo te pego y tú me pegas y yo te devuelvo el golpe y tú me devuelves el golpe y así sucesivamente. Como ven, eso sigue *ad infinitum*. No acaba nunca. En algún lugar alguien debe tener un poco de sentido común, y esa es la persona fuerte. La persona fuerte es la que puede cortar la cadena del odio, la cadena del mal. Y esa es la tragedia del odio: que no la corta. Solo intensifica la existencia del odio y el mal en el universo. Alguien debe tener la religión y la moral suficientes para cortarla e inyectar en la estructura misma del universo ese elemento fuerte y poderoso que es el amor.

Creo que ya he mencionado antes que una tarde hace algún tiempo mi hermano y yo viajábamos en automóvil desde Atlanta hasta Chattanooga, Tennessee. Él conducía. Y por alguna razón los demás conductores estaban muy descorteses esa noche. No atenuaban las luces; casi ningún conductor que nos encontramos de

frente atenuó las suyas. Y recuerdo muy vívidamente que mi hermano A. D. me miró y dijo con rabia:

—Ya sé lo que voy a hacer. Cuando venga el próximo automóvil que se niegue a atenuar las luces, no voy a atenuar las mías, sino que pondré las más intensas.

Me giré hacia él al instante y le dije:

—Ah, no. No hagas eso. Habría demasiada luz en esta autopista y eso acabaría en la destrucción para todos. Alguien tiene que demostrar sentido común en esta autopista.

Alguien debe tener suficiente sentido común para atenuar las luces, y ese es el problema, ¿no es cierto? A medida que las civilizaciones del mundo avanzan por la autopista de la historia, tantas civilizaciones ven que otras civilizaciones se niegan a atenuar sus luces y deciden negarse a atenuar las suyas. Y Toynbee cuenta que de las 22 civilizaciones que se han levantado, todas menos unas siete cayeron en el basurero de la destrucción. Eso se debe a que las civilizaciones no han tenido el suficiente sentido común para atenuar las luces[*]. Y si alguien no tiene el suficiente sentido común para encender las luces tenues, bellas y poderosas del amor en este mundo, toda nuestra civilización se precipitará al abismo de la destrucción. Y todos acabaremos destruidos porque nadie se condujo con sentido común en la autopista de la historia. Alguna vez alguien debe tener algo de sentido común. Los hombres deben ver que la fuerza engendra fuerza, el odio engendra odio, la dureza engendra dureza. Y todo cae en una espiral descendente que termina en la destrucción de todos. Alguien debe tener el suficiente sentido común y la suficiente moral para cortar la cadena del odio y la cadena del mal en el universo. Y eso se hace con amor.

Hay otra razón por la que debemos amar a nuestros enemigos y es porque el odio distorsiona la personalidad del que odia. Solemos pensar en lo que el odio le hace al individuo que es odiado o a los individuos que son odiados o a los grupos que son odiados. Pero es aún más trágico, es aún más ruinoso y perjudicial para el individuo que odia. Cuando uno empieza a odiar a alguien, empieza a hacer cosas irracionales. No se puede ver bien cuando se odia. No

podemos caminar recto cuando odiamos. No podemos mantenernos erguidos. Se nos distorsiona la visión. No hay nada más trágico que ver a un individuo cuyo corazón está lleno de odio. Llega al punto de convertirse en un caso patológico. La persona que odia puede levantarse y ver a otra persona, y esa persona puede ser hermosa, pero la llamará fea. Para la persona que odia, lo bello se convierte en feo y lo feo, en bello. Para la persona que odia, lo bueno se convierte en malo y lo malo, en bueno. Para la persona que odia, lo verdadero se convierte en falso y lo falso, en verdadero. Eso es lo que hace el odio. No nos deja ver bien. Se pierde el símbolo de la objetividad. El odio destruye la estructura misma de la personalidad del que odia.

Y por eso Jesús dice que debemos estar en armonía con nosotros mismos, y la manera de estar en armonía con nosotros mismos es estar seguros de que enfrentamos cada situación de la vida con un amor abundante. Nunca odien porque eso siempre acaba en respuestas trágicas y neuróticas*. Los psicólogos y psiquiatras nos dicen hoy que cuanto más odiamos, más sentimientos de culpa desarrollamos, y empezamos a reprimir de forma inconsciente o a suprimir de forma consciente ciertas emociones, y todas ellas se amontonan en nuestro subconsciente y dan lugar a respuestas trágicas y neuróticas. ¿Y acaso no es esta la neurosis de muchos individuos cuando se enfrentan a la vida? Porque ahí hay un elemento de odio. Y la psicología moderna ahora nos hace un llamado a amar. Pero mucho antes de que surgiera la psicología moderna, el psicólogo más grande del mundo, que caminaba por los montes de Galilea, nos dijo que amáramos. Miró a los hombres y dijo: «Amen a sus enemigos; no odien a nadie». No nos basta con odiar a los amigos —amar, amar a los amigos— porque cuando empezamos a odiar a alguien, destruimos el núcleo mismo de nuestra respuesta creativa a la vida y al universo. Por lo tanto, amen a todo el mundo. El odio es un cáncer que corroe el centro vital de nuestras vidas y de nuestra existencia. Es como un ácido corrosivo que se come lo mejor y el centro objetivo de nuestras vidas. Por eso

Jesús dice que amemos, porque el odio destruye tanto al que odia como al que es odiado.

Hay una última razón por la que creo que Jesús dice: «Amen a sus enemigos». Es esta: que el amor guarda en sí un poder redentor. Y ahí hay un poder que acaba transformando a los individuos. Por eso Jesús dice: «Amen a sus enemigos». Porque si odian a sus enemigos, no tendrán forma de redimirlos y transformarlos. Pero si aman a sus enemigos, descubrirán que en la raíz misma del amor está el poder de la redención. Sigan amando a las personas y ámenlas, aunque los maltraten. He aquí aquel que es un vecino, y aquel les está haciendo algo malo, etcétera. Sigan siendo amables con esa persona. Sigan amándola. No hagan nada que la avergüence. Sigan amándola y no resistirá demasiado. Oh, al principio las personas reaccionan de muchas maneras. Reaccionan con amargura porque les molesta que las amen así. Reaccionan con sentimientos de culpa, y a veces los odiarán un poco más durante ese periodo de transición, pero sigan amándolas. Y se doblegarán bajo el peso del poder de su amor. Eso es el amor. Es redentor, y por eso Jesús dice amen. Hay algo en el amor que construye y es creativo. Hay algo en el odio que destroza y es destructivo. «Amen a sus enemigos».

Se me ocurre uno de los mejores ejemplos al respecto. Todos recordamos al gran presidente de los Estados Unidos Abraham Lincoln. Recuerdan que, cuando Abraham Lincoln se presentó a la presidencia de los Estados Unidos, había un hombre que recorría todo el país hablando de Lincoln. Decía muchas cosas malas sobre Lincoln, muchas cosas desagradables. Y a veces llegaba al punto de aludir incluso a su aspecto, diciendo: «Ustedes no querrán que un hombre alto, larguirucho e ignorante como ese sea el presidente de los Estados Unidos». Y seguía y seguía con esa actitud y escribía sobre ello. Por fin un día, Abraham Lincoln fue elegido presidente de los Estados Unidos. Y si leen la gran biografía de Lincoln, si leen las grandes obras escritas sobre él, descubrirán que, como a todo presidente, le llegó el momento de tener que elegir un gabinete[*]. Y llegó el momento de escoger a un secretario de Guerra. Buscó por

todo el país y decidió escoger a un hombre llamado Stanton. Y cuando Abraham Lincoln se reunió con sus asesores y se los mencionó, le dijeron:

—Sr. Lincoln, ¿usted está loco? ¿Sabe lo que el Srxs. [Edwin M.] Stanton ha estado diciendo de usted? ¿Sabe lo que le ha hecho, lo que ha intentado hacerle? ¿Sabe que ha intentado vencerlo por todos los medios? ¿Lo sabe, Sr. Lincoln? ¿Ha leído todas esas declaraciones despectivas que ha escrito sobre usted?

Abraham Lincoln se puso de pie ante los asesores que le rodeaban y dijo:

—Oh sí, lo sé. Lo he leído. Yo mismo lo he escuchado. Pero después de examinar el país, creo que es el mejor hombre para el cargo.

El Sr. Stanton se convirtió en secretario de Guerra, y unos meses después Abraham Lincoln fue asesinado[†]. Y si van a Washington, descubrirán que las mejores palabras, la mejor declaración jamás hecha sobre Abraham Lincoln, fue la de este hombre Stanton. Y cuando Abraham Lincoln llegó al final de su vida, Stanton se levantó y dijo: «Ahora pertenece a la historia». E hizo una hermosa declaración sobre el carácter y la estatura de ese hombre. Si Abraham Lincoln hubiera odiado a Stanton, si Abraham Lincoln hubiera respondido a todo lo que Stanton había dicho, Abraham Lincoln no habría transformado y redimido a Stanton. Stanton se habría ido a la tumba odiando a Lincoln, y Lincoln se habría ido a la tumba odiando a Stanton. Pero gracias al poder del amor, Abraham Lincoln pudo redimir a Stanton.

Eso es. Hay un poder en el amor que nuestro mundo aún no ha descubierto. Jesús lo descubrió hace siglos. El Mahatma Gandhi de la India lo descubrió hace unos años, pero la mayoría de los hombres y la mayoría de las mujeres nunca lo descubren. Porque creen en el golpe por golpe; creen en el ojo por ojo y diente por diente; creen en el odio por odio; pero Jesús viene a nosotros y nos dice: «Ese no es el camino».

Oh, y esta mañana, mientras pienso en el hecho de que nuestro mundo atraviesa ahora mismo una transición. El mundo entero se

enfrenta a una revolución. Nuestra nación se enfrenta a una revolución, nuestra nación. Una de las cosas que más me preocupa es que, en medio de la revolución del mundo y en medio de la revolución de esta nación, podamos descubrir el significado de las palabras de Jesús. Por desgracia, la historia convierte a unos en oprimidos y a otros, en opresores. Y los individuos oprimidos tienen tres formas de enfrentarse a su opresión. Una es alzarse contra sus opresores con violencia física y odio corrosivo. Oh, pero ese no es el camino. Porque el peligro y la debilidad de ese método son su futilidad. La violencia crea muchos más problemas sociales de los que resuelve. Y he dicho en tantas ocasiones que cuando el Negro en particular y todos los pueblos de color del mundo luchan por la libertad, si sucumben a la tentación de usar la violencia en su lucha, las generaciones por nacer serán las destinatarias de una larga y desoladora noche de amargura, y nuestro principal legado al futuro será un reinado interminable de caos sin sentido. La violencia no es el camino.

Otra opción es consentir y ceder, resignarse a la opresión. Algunas personas lo hacen. Descubren las dificultades del desierto para entrar en la tierra prometida, y prefieren regresar a los déspotas de Egipto porque les resulta difícil entrar en la tierra prometida. Y así se resignan al destino de la opresión; de alguna manera la consienten. Pero ese tampoco es el camino, porque la no cooperación con el mal es una obligación moral, tanto como lo es la cooperación con el bien.

Pero hay otro camino. Y es organizar una resistencia no violenta masiva basada en el principio del amor. Me parece que es la única manera de mirar hacia el futuro. Miremos hacia adelante a través de los años y de las generaciones y desarrollémonos y avancemos aquí mismo. Debemos descubrir el poder del amor, el poder, el poder redentor del amor. Y cuando lo descubramos, podremos hacer de este viejo mundo un mundo nuevo. Podremos hacer mejores a los hombres. El amor es el único camino. Jesús lo descubrió.

No solo lo descubrió Jesús, incluso los grandes líderes militares lo descubrieron. Un día, cuando Napoleón se acercaba al final de su carrera, miró hacia el pasado a través de los años; el gran Napoleón,

quien a una edad muy temprana casi había conquistado el mundo. Nadie pudo detenerlo hasta que luchó en la batalla de Leipzig y luego en Waterloo. Pero ese mismo Napoleón un día se detuvo a reflexionar sobre el pasado, y dijo: «Alejandro, César, Carlomagno y yo hemos construido grandes imperios. Pero ¿de qué han dependido? Han dependido de la fuerza. Pero hace mucho tiempo Jesús comenzó un imperio que dependía del amor, y aún hoy millones morirían por él».

Sí, veo a Jesús caminar por los montes y los valles de Palestina. Y lo veo contemplar el Imperio romano con toda su fascinante e intrincada maquinaria militar. Pero en medio de todo eso, puedo oírlo decir: «No utilizaré ese método. Tampoco odiaré al Imperio romano». *[La grabación se interrumpe.]* . . .y empezar a marchar[*].

Y me enorgullece estar aquí, en Dexter, en la mañana de hoy y decir que ese ejército sigue marchando. Pasó de ser un grupo de once o doce hombres a más de setecientos millones en la actualidad. Gracias al poder y la influencia de su personalidad, ese Cristo fue capaz de dividir la historia en a.C. y d.C. Gracias a su poder, fue capaz de sacudir los goznes de las puertas del Imperio romano. Y en todo el mundo, esta mañana, oímos resonar el eco alegre del cielo: «Jesús reinará dondequiera que el sol trace sus recorridos sucesivos. Su reino se extenderá de orilla a orilla, hasta que la luna mengüe y no crezca más»[*].

Oímos cantar a otro coro: «Alabado sea el poder del nombre de Jesús».

Oímos cantar a otro coro: «¡Aleluya, aleluya! Es Rey de Reyes y Señor de Señores. ¡Aleluya, aleluya!».

Oímos cantar a otro coro: «En Cristo no hay oriente ni occidente. En Él no hay norte ni sur, sino una gran comunión de amor a lo largo y ancho del mundo»[†]. Ese es el único camino.

Y nuestra civilización debe hacer ese descubrimiento. Los individuos deben descubrir eso al tratar con otros individuos. Hay un pequeño árbol plantado en una pequeña colina, y de ese árbol pende el personaje más influyente que jamás haya venido a este mundo. Pero no piensen que ese árbol es un drama sin sentido que

tuvo lugar en los escenarios de la historia. Es un telescopio a través del cual contemplamos la extensa visión de la eternidad y vemos el amor de Dios emerger en el tiempo. Es un recordatorio eterno a una generación ebria de poder de que el amor es el único camino. Es un recordatorio eterno a una generación que depende de la energía nuclear y atómica, a una generación que depende de la violencia física, de que el amor es el único poder creativo, redentor y transformador del universo.

Así pues, en la mañana de hoy, mientras los miro a los ojos, y miro a los ojos de todos mis hermanos de Alabama, de todos los Estados Unidos y del mundo, les digo: «Los amo». Preferiría morir antes que odiarlos. Y soy lo bastante insensato como para creer que, gracias al poder de este amor, en alguna parte, los hombres más recalcitrantes se transformarán. Y entonces estaremos en el reino de Dios. Podremos ingresar en la universidad de la vida eterna porque tuvimos el poder de amar a nuestros enemigos, de bendecir a las personas que nos maldijeron, incluso de decidir ser buenos con las personas que nos odiaron, e incluso orar por las personas que nos utilizaron con desprecio.

Oh, Dios, ayúdanos en nuestras vidas y en todas nuestras actitudes a desarrollar esa fuerza controladora del amor, ese poder controlador que puede resolver cada problema que enfrentamos en todas las áreas. Oh, hablamos de política; hablamos de los problemas a los que se enfrenta nuestra civilización atómica. Concédenos que todos los hombres se unan y descubran que al resolver la crisis y resolver esos problemas —los problemas internacionales, los problemas de la energía atómica, los problemas de la energía nuclear y, sí, incluso el problema racial— nos uniremos en una gran comunión de amor y nos postremos a los pies de Jesús. Danos esa determinación. En el nombre y el espíritu de este Cristo, oremos. Amén.

27 DE JUNIO DE 1958

No violencia y justicia racial

DISCURSO EN LA FRIENDS GENERAL CONFERENCE GATHERING [CONFERENCIA GENERAL DE AMIGOS]

Cape May, Nueva Jersey

«Bombardeen nuestras casas y escupan a nuestros hijos, y los seguiremos amando. Envíen a sus encapuchados violentos a nuestras comunidades a medianoche, llévennos a una carretera, golpéennos y déjennos medio muertos, y les seguiremos amando. Recorran todo el país con su propaganda y hagan creer que no somos aptos moral o culturalmente, o en ningún otro sentido, para la integración, y los seguiremos amando. Pero los cansaremos con nuestra capacidad de sufrimiento, y un día ganaremos nuestra libertad. Y no solo ganaremos la libertad para nosotros. Apelaremos tanto a su corazón y a su conciencia que les ganaremos en el proceso, y por lo tanto nuestra victoria será una doble victoria».

En junio de 1958, King se dirigió a la organización nacional de cuáqueros, que había apoyado el boicot de autobuses de Montgomery y estaba comprometida por credo con la no violencia. A continuación, reproducimos el discurso en su totalidad. King presentó una versión anterior de este discurso en Chicago en febrero de 1957.

• • •

Es imposible asomarse al amplio escenario de la vida en los Estados Unidos sin advertir una verdadera crisis en las relaciones raciales. Esta crisis la ha precipitado, por un lado, la decidida resistencia de los elementos reaccionarios del Sur a la decisión del Tribunal Supremo que prohibió la segregación en las escuelas públicas. Dicha

resistencia ha alcanzado con frecuencia proporciones ominosas. Muchos estados se han pronunciado en abierto desafío. He oído que en sus cámaras legislativas resuenan palabras como «anulación» e «intervención». El Ku Klux Klan ha vuelto a activarse, así como otros llamados respetables Consejos de Ciudadanos Blancos. Ambas organizaciones tienen como objetivo básico derrotar y obstaculizar el cumplimiento de la decisión del Tribunal Supremo sobre la segregación. Están decididas a preservar la segregación a toda costa. Así pues, todas esas fuerzas se han unido para crear una resistencia masiva.

Pero resulta interesante que la crisis la haya precipitado, por otro lado, un cambio radical en la valoración que el Negro ha hecho de sí mismo. No habría crisis en las relaciones raciales si el Negro siguiera pensándose inferior y aceptara con paciencia la injusticia y la explotación. Pero es justo en ese punto donde se ha producido el cambio. Algo le ha pasado al Negro. Las circunstancias le han hecho posible y necesario viajar más; con la llegada del automóvil, las convulsiones de dos guerras mundiales y una gran depresión, su pasado rural de plantación ha dado paso a la vida industrial urbana. Su vida cultural se ha ido enriqueciendo poco a poco gracias al declive constante del analfabetismo paralizante. Incluso su vida económica ha ido en ascenso gracias al crecimiento de la industria y otras influencias. Las masas de Negros de todo el mundo han empezado a revalorizarse, y el Negro empieza a sentir que es alguien. Su religión le ha revelado que Dios ama a todos sus hijos y que todos los hombres están hechos a su imagen. Y así ha llegado a ver que lo importante en un hombre no es su especificidad, sino su fundamento; no es la textura de su cabello o el color de su piel, sino la textura y calidad de su alma.

Dado que la lucha [por la libertad y la dignidad humana] continuará, la cuestión es la siguiente: ¿cómo se librará la lucha por la justicia racial? ¿Cuáles son las fuerzas que intervendrán? ¿Qué método se utilizará? ¿Qué harán los pueblos oprimidos del mundo en esta lucha por lograr la justicia racial? Hay varias respuestas a esta pregunta, pero me gustaría discutir solo dos. Una es que los pueblos oprimidos de la Tierra podrían recurrir al método demasiado

frecuente de la violencia física y el odio corrosivo. Todos conocemos ese método; estamos familiarizados con él. Es algo así como el gemelo inseparable del materialismo occidental. Incluso se ha convertido en el sello distintivo de su grandeza.

Ahora bien, no puedo afirmar que la violencia jamás haya obtenido una victoria; de vez en cuando lo hace. Muchas naciones han logrado su independencia mediante el uso de la violencia. Pero la violencia solo consigue una victoria pasajera; nunca podrá lograr la paz definitiva. Crea muchos más problemas sociales de los que resuelve. Y la violencia acaba derrotándose a sí misma. Por lo tanto, tengo la firme convicción de que, si el Negro sucumbe a la tentación de utilizar la violencia en su lucha por la justicia, las generaciones venideras serán las destinatarias de una larga y desoladora noche de amargura. Y nuestro principal legado al futuro será un reinado interminable de caos sin sentido.

El otro método al que podrían recurrir los oprimidos en su lucha por la justicia racial es el de la resistencia no violenta, que se ha hecho famoso en nuestra generación gracias a Mohandas K. Gandhi, de la India, quien lo utilizó con eficacia para liberar a su pueblo de la dominación política, la explotación económica y la humillación que le infligía Gran Bretaña. Podemos decir varias cosas sobre ese método. En primer lugar, no es un método de cobardía o de pasividad estancada, pues sí se resiste. Quien se resiste a un mal sin violencia se opone a este tanto como quien lo hace con violencia. Se resiste al mal, pero se resiste sin violencia. Este método es muy activo. Sin duda, es pasivo en el sentido de que quien se resiste de forma no violenta nunca agrede de forma física a su oponente, pero la mente siempre está activa, buscando sin cesar cómo persuadir al oponente de que está equivocado.

Este método no busca derrotar y humillar al adversario, sino ganarse su amistad y comprensión. De vez en cuando, el que se resiste sin violencia participará en boicots y en la no cooperación. Pero la no cooperación y el boicot no son fines en sí mismos; son solo un medio para despertar un sentimiento de vergüenza en el opresor y despertar su conciencia adormecida. El fin es la redención; el fin es la reconciliación. La secuela de la no violencia es la creación

de una comunidad amada, mientras que la secuela de la violencia es la amargura trágica. El método de la no violencia apunta a las fuerzas del mal más que a los individuos atrapados por las fuerzas del mal. El que se resiste sin violencia busca derrotar a los sistemas malvados en lugar de a los individuos que son víctimas de los sistemas malvados.

El que se resiste sin violencia acepta el sufrimiento sin represalias. Acepta de buen grado el sufrimiento. El que se resiste sin violencia se da cuenta de que el sufrimiento inmerecido es redentor; está dispuesto a recibir la violencia, pero nunca es perpetrador de la violencia. Se da cuenta de que el sufrimiento afecta tanto a quien lo padece como a quien lo inflige.

De algún modo, el Negro debe llegar al punto de poder decirles a sus hermanos blancos que usarían la violencia para impedir la integración: «Igualaremos su capacidad de infligir sufrimiento a nuestra capacidad de soportar sufrimiento». Nos enfrentaremos a su fuerza física con la fuerza del alma. No los odiaremos, pero no podemos, por cuestión de principios, obedecer sus leyes injustas. Hágannos lo que quieran y los seguiremos amando. Bombardeen nuestras casas y escupan a nuestros hijos, y los seguiremos amando. Envíen a sus encapuchados violentos a nuestras comunidades a medianoche, llévennos a una carretera, golpéennos y déjennos medio muertos, y les seguiremos amando. Recorran todo el país con su propaganda y hagan creer que no somos aptos moral o culturalmente, o en ningún otro sentido para la integración, y los seguiremos amando. Pero los cansaremos con nuestra capacidad de sufrimiento, y un día ganaremos nuestra libertad, y no solo ganaremos la libertad para nosotros. Apelaremos tanto a su corazón y a su conciencia que les ganaremos en el proceso, y por lo tanto nuestra victoria será una doble victoria.

Ese es otro asunto fundamental de la resistencia no violenta. El que se resiste sin violencia no solo evita la violencia física externa, sino que evita también la violencia interna del espíritu. No solo se niega a dispararle a su oponente, sino que se niega a odiarlo. Los oprimidos del mundo no deben sucumbir a la tentación de amargarse o entregarse a campañas de odio. De alguna manera

debemos comprender que eso solo nos sumerge más y más en el fango; responder al odio con odio no hace más que intensificar la existencia del odio y del mal en el universo. Así pues, la gente de este universo debe tener suficiente sentido común y moral para responder al odio con amor.

Ahora bien, cuando hablo de amor, no me refiero a una emoción sentimental afectuosa. Hablo de algo mucho más profundo. En griego hay tres palabras para designar el amor. El griego, por ejemplo, habla del eros, una especie de amor estético. Platón habla mucho de esto en sus diálogos, un anhelo del alma por el reino de lo divino. Ha llegado a nosotros como el amor romántico. Por eso conocemos el eros. Hemos vivido con el eros.

Y el griego habla de la filia, que también es un tipo de amor que hemos experimentado. Es un afecto íntimo entre amigos cercanos; es un amor recíproco. En ese nivel amamos porque somos amados; amamos a la gente porque nos gusta, porque tenemos cosas en común. Y así todos experimentamos este tipo de amor.

Además, la lengua griega usa otra palabra para referirse al amor; lo llama *ágape*, buena voluntad creadora, comprensiva y redentora para todos los hombres. Es un amor espontáneo que no busca nada a cambio; es un amor desbordante. Los teólogos dirían que es el amor de Dios que actúa en la vida de los hombres. Cuando nos elevamos a ese nivel de amor, amamos a los hombres no porque nos gusten ni porque nos atraigan sus costumbres; los amamos porque Dios los ama. Llegamos al punto de amar a la persona que realiza la mala acción, aunque odiemos la acción que la persona realiza. Y creo que a eso se refería Jesús cuando dijo: «Amen a sus enemigos».

El que resiste sin violencia tiene fe en el futuro. De alguna manera cree que el universo está del lado de la justicia. Así que sigue su camino, luchando por la humanidad del hombre hacia el hombre, luchando por la justicia, por el triunfo del amor, por esa fe en el futuro y esa seguridad de que tiene una compañía cósmica en su lucha.

Llámenlo como quieran, ya sea el ser en sí, como Paul Tillich, o el principio de concreción, como Whitehead; ya sea un proceso de

integración, como lo llama Wieman, una especie de brahmán impersonal como lo llama el hinduismo o un Dios personal con poder ilimitado y amor infinito; hay algo en este universo que trabaja en todo momento para unir los elementos desconectados de la realidad en un todo armonioso. Hay un poder que intenta derribar las cumbres prodigiosas del mal y abatir los gigantescos montes de la injusticia, y esta es la fe, esta es la esperanza que puede mantenernos en pie en medio de la tensión y la oscuridad de cualquier momento de transición social. Entendemos que la oscuridad del universo moral es larga, pero se inclina hacia la justicia. Estas son la fe y la esperanza que nos ayudarán a seguir adelante.

El que se resiste sin violencia es capaz de percibir en el universo aquello que yace en el núcleo y en el pulso del cosmos moral y que hace posible la unión. Hay algo en este universo que justifica a James Russell Lowell cuando dice:

La verdad por siempre en el patíbulo
el mal por siempre en el trono,
pero ese patíbulo mueve el futuro, y tras la incertidumbre tenebrosa,
Dios está entre las sombras, velando por los suyos[*].

Así pues, en Montgomery, Alabama, podemos marchar y no cansarnos nunca, porque sabemos que hay un gran encuentro de fe en la tierra prometida de la libertad y la justicia.

El problema de la raza es sin duda el principal dilema moral de nuestra nación. Ahora nos enfrentamos a la tremenda responsabilidad de resolver este problema antes de que sea demasiado tarde. El estado del mundo actual no nos permite el lujo de una democracia anémica, y el reloj del destino dice que el tiempo se está acabando. Debemos resolver este problema antes de que sea demasiado tarde. Debemos salir una vez más e instar a todos los hombres de buena voluntad a que pongan manos a la obra, instar a todos los organismos de nuestra nación, al Gobierno federal, a los liberales blancos del Norte, a los moderados blancos del Sur, a los trabajadores organizados, a la Iglesia y a todos los organismos religiosos, y al propio Negro. Y todos esos organismos deben unirse

para trabajar con asiduidad ahora mismo, a fin de hacer realidad el sueño de nuestra democracia. El progreso social avanza sobre las ruedas de la inevitabilidad. Solo se consigue mediante el trabajo persistente y los incansables esfuerzos de los individuos entregados a su causa. Sin ese trabajo persistente, el propio tiempo se convierte en aliado de las fuerzas insurgentes y primitivas del emocionalismo irracional y del estancamiento social. Pienso en la gran labor que ha realizado la Sociedad de Amigos. Nos da nuevas esperanzas a todos los que luchamos por la justicia, y esta noche solo les puedo decir: sigan en esa lucha, sigan con esa misma determinación, sigan con esa misma fe en el futuro.

En la psicología moderna hay una palabra que se utiliza quizás con más frecuencia que cualquier otra. Es la palabra inadaptado. Todos deseamos llevar una vida equilibrada. Sé que yo lo hago, y debemos esforzarnos por llevar una vida bien adaptada para evitar las personalidades neuróticas y esquizofrénicas. Pero les digo, para terminar, que me siento orgulloso de ser un inadaptado respecto a ciertas cosas de nuestro orden social, y les pido que no se adapten a ninguna de esas cosas. No pienso adaptarme nunca a la segregación y a la discriminación. No pienso adaptarme a la crueldad del gobierno de la mafia. No pienso adaptarme nunca a las condiciones económicas que privan a las masas de lo básico para dar lujos a las clases pudientes. No pienso adaptarme nunca a la locura del militarismo ni a los efectos autodestructivos de la violencia física.

Los invito a que no se adapten a ninguna de esas cosas. Es posible que la salvación de nuestro mundo esté en manos de los inadaptados. Así que seamos inadaptados. Tan inadaptados como el profeta Amós, quien en medio de las injusticias de su tiempo supo clamar con palabras que resuenan a través de las generaciones: «Que fluya el derecho como las aguas y la justicia como arroyo inagotable». Tan inadaptados como Abraham Lincoln, quien tuvo la visión de comprender que esta nación no podía sobrevivir siendo mitad esclava y mitad libre. Tan inadaptados como Thomas Jefferson, quien en medio de una época asombrosamente adaptada a la esclavitud clamó con palabras elevadas a proporciones cósmicas: «Que todos los hombres son creados iguales; que son

dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre estos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Tan inadaptados como Jesús de Nazaret, quien podía mirar a los hombres de su generación y exclamar: «Amen a sus enemigos, bendigan a los que los maldicen, oren por los que los ultrajan».

A través de esa inadaptación podremos salir de la sombría y desolada medianoche de la inhumanidad del hombre contra el hombre hacia el brillante y resplandeciente amanecer de la libertad y la justicia. Eso es lo que nos queda por delante. Hemos progresado y debemos progresar mucho más si queremos hacer realidad los sueños de nuestra democracia, los sueños del cristianismo, los sueños de las grandes religiones del mundo.

Concluyo citando las palabras de un viejo predicador Negro y esclavizado, que no era muy entendido en gramática. Pero pronunció unas palabras con profundo significado. Las palabras tenían forma de oración: «Señor, no somos lo que queremos ser, no somos lo que debemos ser, no somos lo que vamos a ser, pero gracias a Dios no somos lo que éramos»[*]. Y por eso esta noche digo: «No somos lo que deberíamos ser, pero gracias a Dios no somos lo que éramos». Y sigamos, amigos míos, avanzando y avanzando hacia esa gran ciudad en la que todos los hombres vivirán juntos como hermanos respetando la dignidad y el valor de toda personalidad humana. Ese será un gran día, un día, en el sentido figurado, en que las «estrellas de la mañana cantarán juntas, y los hijos de Dios gritarán de alegría».

22 DE MARZO DE 1959

Sermón del Domingo de Ramos sobre Mohandas K. Gandhi

SERMÓN EN LA IGLESIA BAUTISTA DE DEXTER AVENUE

Montgomery, Alabama

«He aquí un hombre de la no violencia, que cayó a manos de un hombre de la violencia. He aquí un hombre del amor, que cayó a manos de un hombre del odio. Tal parece ser el camino de la historia».

King pasó dos meses sin predicar en su iglesia natal debido a los viajes que lo llevaron de Europa a la India, Líbano, Jerusalén y Egipto. Pero regresó para predicar el Domingo de Ramos, que se celebra la semana antes de la Pascua. El Domingo de Ramos marca el regreso triunfal de Jesús a Jerusalén antes de sufrir, la semana siguiente, traiciones mezquinas y profundas, su arresto y su crucifixión.

El sermón se incluye en su totalidad debido a la importancia de Gandhi para King como ejemplo del líder que puso el amor en el centro de su existencia y logró generar un cambio masivo para su pueblo. Ya en 1950, King se preguntaba si el mandamiento «amen a sus enemigos» podría funcionar más allá de las relaciones personales, pero una conferencia de Mordecai Johnson, presidente de la Universidad de Howard, le hizo cambiar de opinión y comenzó a estudiar la vida de Gandhi.

King había pronunciado una variante de esta pieza de oratoria en su primer sermón como pastor asociado junto con su padre en la Iglesia Bautista Ebenezer de Atlanta. El sermón se titulaba «Follow the Way of Love» [Sigan el camino del amor] y se incluyó en su libro *The Measure of a Man* [La medida de un hombre] (Philadelphia: Christian Education Press, 1959).

Sobre la cruz y su significado en la experiencia humana.

Esta es la época del año en la que pensamos en el amor de Dios que irrumpe en el tiempo desde la eternidad. Esta es la época del año en la que nos damos cuenta de que las fuerzas más poderosas del universo no son las fuerzas del poder militar, sino las fuerzas del poder espiritual. Y mientras cantamos juntos ese gran himno de nuestra Iglesia, la Iglesia cristiana, el himno número 191, volvamos a pensar en esto.

Cuando contemplo la maravillosa cruz,
En la que murió el príncipe de la gloria,
No cuento mis ganancias, sino mis pérdidas
Y derramo desdén sobre todo mi orgullo.

Un himno precioso. Creo que si hay un himno de la Iglesia cristiana al cual llamaría mi himno favorito, es este. Y luego continúa, en esa última estrofa:

Si todo el reino de la naturaleza fuera mío,
Sería un regalo demasiado pequeño.
Un amor tan asombroso, tan divino,
Exige mi vida y mi todo[*]*.*

En los días venideros, pensemos en Cristo y en la cruz; en cuando anduvo por Jerusalén y fue llevado desde Jerusalén hasta el Calvario, donde fue crucificado. Pensemos en esa maravillosa cruz.

[La congregación canta When I Survey the Wondrous Cross*.]*

Hoy es, como saben, lo que siempre se ha conocido en la Iglesia cristiana como Domingo de Ramos. Y de ordinario se espera que el predicador predique un sermón sobre Cristo como Señor y Rey, sobre su entrada triunfal o algo que se relacione con ese gran evento, cuando Jesús entró en Jerusalén, porque después de eso fue crucificado. Y recuerdo, el otro día, hará unos siete u ocho días, estar en el Monte de los Olivos mirando unos pocos metros más adelante y reparar en esa puerta, que todavía está allí en Jerusalén, a través de la cual Cristo entró en Jerusalén, en la ciudad vieja[*]. Las ruinas de aquella puerta permanecen allí, y uno percibe el sentido de la misión de Cristo al contemplarlas. Y uno mira hacia Jerusalén y ve

lo que pudo ocurrir en tal escenario. Y allí también se aprecia el lugar donde estaba el templo, y por ahí Jesús pasó y entró en el templo y echó a los usureros[†].

Así pues, si hablara sobre eso en la mañana de hoy, podría hablar no solo a partir de lo que dice la Biblia, sino desde la experiencia personal, la experiencia de primera mano. Pero les ruego que me permitan hablar esta mañana de la vida de un hombre que vivió en la India. Y creo que puedo justificarlo porque pienso que ese hombre, más que nadie en el mundo moderno, captó el espíritu de Jesucristo y lo vivió de la forma más plena en su vida. Se llamaba Gandhi, Mohandas K. Gandhi. Y después de vivir unos años, el poeta Tagore, que vivía en la India, le dio otro nombre: «Mahatma», la gran alma[*]. Y lo conocemos como Mahatma Gandhi.

Me gustaría utilizar dos textos para lo que he de decir esta mañana; ambos se encuentran en el Evangelio según san Juan. Uno se encuentra en el capítulo 10, versículo 16, y dice: «Tengo otras ovejas que no son de este redil». «Tengo otras ovejas que no son de este redil». Y el otro se encuentra en el capítulo 14, versículo 12 de Juan. Dice: «Les aseguro que el que cree en mí también hará las obras que yo hago y aun las hará mayores, porque yo vuelvo al Padre».

Quiero que se fijen en esos dos pasajes de las Escrituras. Por un lado, «tengo otras ovejas que no son de este redil». Creo que lo que en esencia Jesús dice aquí es: «Tengo seguidores que no pertenecen a este círculo íntimo». En esencia, está diciendo que «hay personas dedicadas que siguen mis enseñanzas, que no están vinculadas a la institución que rodea mi nombre. Tengo otras ovejas que no son de este redil. Y mi influencia no se limita a la institución de la Iglesia cristiana». Creo que, si Jesús viviera hoy, diría eso en relación con este pasaje: «Hay gente que me sigue que nunca se ha unido a la Iglesia cristiana como institución».

Y luego en el otro pasaje, creo que Jesús quiso decir. . . es algo extraño, antes me preguntaba qué quiso decir Jesús cuando exclamó: «¡Vas a ver aún cosas más grandes que estas!»[†]. Y he pensado en la gloria y el honor que rodean la vida de Cristo, y he

pensado en el hecho de que él representó la revelación absoluta de Dios. Y he pensado en el hecho de que, en su vida, representó toda la gloria de la eternidad en el tiempo. ¿Cómo alguien podría llevar a cabo obras mayores que las de Cristo? ¿Cómo podría alguien igualarlo o siquiera aproximarse a su obra?

Pero he comprendido lo que Cristo quiso decir. Cristo quiso decir que en su vida solo tocaría a unas pocas personas. Y en su vida. . . si estudian la vida de Cristo y conocen la Biblia, se darán cuenta de que Cristo nunca viajó fuera de Palestina, y que la influencia que ejerció durante su vida se limitó a un pequeño grupo de personas. No tuvo más de doce seguidores en toda su vida; otros oyeron hablar sobre él y otros fueron a verlo, pero en realidad nunca tuvo más de doce seguidores, y tres de ellos no resultaron muy buenos que digamos. Pero él imaginó el día en que su espíritu y su influencia trascenderían las fronteras de Palestina; que los hombres captarían su mensaje y lo llevarían por todo el mundo; que los hombres de todo el mundo captarían la verdad de su evangelio. Y serían capaces de hacer cosas que él no podría hacer. Viajarían a lugares a los que él no podría viajar. Y serían capaces de convertir a gente que él no podría convertir en vida. A eso se refería cuando dijo: «¡Vas a ver aún cosas más grandes que estas!».

Y recuerdo, el martes pasado por la mañana, estar en esa hermosa colina llamada la Acrópolis de Atenas. Y estar allí, en torno al Partenón, que se erige en todas sus bellas e impresionantes proporciones, y que aunque ha sido algo destruido por las guerras, sigue en pie. Y justo enfrente de la Acrópolis se ve la Colina de Marte. Y recuerdo cuando nuestro guía dijo: «Esa es la colina donde predicó el apóstol Pablo»*.

Ahora bien, si pensamos en el hecho de que Atenas está muy lejos de Jerusalén, pues sobrevolamos Damasco, donde Pablo se convirtió, y Damasco está al menos a cinco horas de vuelo desde Atenas. Y uno piensa en el hecho de que Pablo captó ese mensaje y lo llevó más allá del camino de Damasco por todo el mundo, y llegó hasta la lejana Grecia, hasta la lejana Atenas, para predicar el evangelio de Jesucristo. Eso quería decir Jesús cuando afirmó:

«Alguien captará mi mensaje, y será capaz de llevarlo a lugares a donde yo no podré llevarlo, y será capaz de hacer cosas en su vida que yo no podré hacer».

Y creo que esos dos pasajes de las Escrituras se aplican de un modo más singular a la vida y obra de Mahatma Gandhi que a la de ningún otro individuo en la historia del mundo. Pues he aquí un hombre que no era cristiano en el sentido de que no era miembro de la Iglesia cristiana, pero era cristiano. Y una de las extrañas ironías del mundo moderno es que el mayor cristiano del siglo XX no fuera miembro de la Iglesia cristiana. Y lo segundo es que ese hombre tomó el mensaje de Jesucristo y fue capaz de hacer obras aún mayores que las que Jesús hizo en vida. Jesús mismo lo predijo: «¡Vas a ver aún cosas más grandes que estas!»[*].

Ahora veamos la vida, de la forma más breve posible, la vida de ese hombre y su obra, y veamos lo que nos da, y lo que esa vida nos revela respecto a las luchas que tenemos por delante. Yo diría que lo primero que debemos observar de esa vida es que Mahatma Gandhi fue capaz de lograr la independencia para su pueblo *[Congregación*: *Sí.]* por medios no violentos. Creo que deben subrayar eso. Fue capaz de lograr para su pueblo la independencia de la dominación del Imperio británico sin agarrar una sola pistola y sin pronunciar una sola palabra soez. Lo hizo con el espíritu de Jesucristo en el corazón y el amor de Dios; y eso era todo lo que tenía. No tenía armas. No tenía ejércitos, entiéndase un poder militar. Y, sin embargo, fue capaz de lograr la independencia del mayor imperio de la historia del mundo sin tocar un arma o munición.

Gandhi nació en la India, en un pequeño lugar llamado Porbandar, casi en el centro del país. Y fue testigo de las condiciones de ese país. India llevaba muchos años bajo la dominación del Imperio británico. Y bajo la dominación del Imperio británico, el pueblo de la India sufría todo tipo de explotaciones. Pensemos en el hecho de que mientras Gran Bretaña estaba en la India, de una población de 400 millones de personas, más de 365 millones

ganaban menos de 50 dólares al año. Y más de la mitad de eso debían destinarlo a pagar impuestos.

Gandhi veía todo eso. Veía a sus compatriotas que vivían en guetos y tugurios, y a muchos de ellos en la calle. Incluso hoy, después de haber sido explotados durante tantos años, no han sido capaces de resolver esos problemas. Aterrizamos en Bombay, India, y nunca olvidaré aquella noche. Nos levantamos temprano por la mañana para tomar un avión con destino a Delhi. Y de camino al aeropuerto, vimos las calles y vimos a la gente que dormía en las aceras y en las calles, y fue así en todos los lugares que visitamos. Si uno va a la estación de tren, apenas se puede subir al tren porque hay gente durmiendo en los andenes de la estación. No tienen casas donde vivir. En Bombay, India, donde viven tres millones de personas, quinientas mil duermen en la calle por la noche. Sin un lugar donde dormir, sin casas donde vivir, ganando apenas 15 o 20 dólares al año, incluso menos.

Y esa fue la explotación que Mahatma Gandhi observó hace años. Y lo que es más, esas personas eran humilladas, avergonzadas y segregadas en su propia tierra. Había lugares a los que los indios siquiera podían entrar en su propia tierra. Los británicos habían llegado y habían establecido clubes y otros espacios, incluso hoteles, donde los indios no podían entrar, en su propia tierra. Gandhi vio todo eso y, siendo un joven abogado, después de salir de Inglaterra y licenciarse en Derecho, viajó a Sudáfrica. Y en Sudáfrica vio que incluso allí los indios eran explotados*.

Y un día tomó un tren a Pretoria; iba en primera clase en ese tren. Y cuando pasaron a recoger los billetes se dieron cuenta de que era indio, que tenía el rostro marrón, y le dijeron que se bajara y pasara a la sección de tercera clase, que no debía estar viajando en primera clase. Y ese día Gandhi se negó a moverse, y lo sacaron del tren. Y allí, en aquella fría estación, pasó toda la noche y empezó a meditar sobre su difícil situación y la de su pueblo. A partir de ese momento, decidió que nunca se sometería a la injusticia ni a la explotación.

Al día siguiente convocó una reunión de todos los indios de Sudáfrica, de esa región de Sudáfrica, y les contó lo que le había sucedido, lo que les ocurría día tras día, y les dijo: «Tenemos que hacer algo al respecto. Debemos organizarnos para liberar a nuestra comunidad, la comunidad sudafricana así como a la comunidad india en nuestro país, de la dominación y la explotación de potencias extranjeras»[†].

Pero Mahatma Gandhi comprendió algo más en ese momento. Cuando empezó a organizar sus fuerzas en Sudáfrica, leyó el Sermón de la montaña[‡]. Después leyó las obras del poeta estadounidense Thoreau. Y más tarde leyó al autor ruso, Tolstoi. Y en todos ellos encontró algo que lo hizo reflexionar. Empezó a leer en la Biblia: «Pon la otra mejilla», «resiste al mal con el bien», «bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra»[*]. Y todo eso lo inspiró muchísimo. Leyó a Thoreau, que dijo que ningún hombre justo puede someterse a nada malo, aunque eso signifique levantarse y desobedecer las leyes del Estado. Y con todo eso formuló un nuevo método y le dijo a su pueblo: «Ahora, es posible resistirse al mal; esa es su primera responsabilidad; nunca se adapten al mal, resístanse a él. Pero si pueden resistirse al mal sin recurrir a la violencia o al odio, podrán hacerles frente y seguir amando a los individuos que mantienen el sistema malvado al que se están resistiendo»[†].

Y unos años después, tras ganar en Sudáfrica, regresó a la India. Y allí su pueblo lo llamó, clamó su liderazgo para que lo organizara y lo preparara para las pruebas que se avecinaban, y así lo hizo. Regresó y en 1917 inició su primera campaña en la India[‡]. Y durante toda su larga lucha allí, siguió el camino de la resistencia no violenta. Nunca pronunció una palabra soez, fíjense. Nunca poseyó un instrumento de violencia. En su corazón no tenía más que amor y buena voluntad comprensiva por la gente que buscaba derrotarlo y que explotaba y humillaba a su pueblo.

Y llegó un día en que le dijo al pueblo de la India: «Voy a marcharme de esta comunidad». Se había instalado en un lugar llamado Ahmedabad, donde estaba el ashram Sabarmati. Vivía allí

con un grupo de personas; su ashram era un lugar de tranquilidad y meditación donde la gente convivía. Y un día le dijo a esa gente: «Voy a marcharme de este lugar, y no volveré hasta que la India haya recibido su independencia». Eso fue en 1930. Y ya había organizado a toda la India; la gente había abandonado sus trabajos. Personas con enormes y poderosos bufetes de abogados abandonaron sus trabajos. El presidente de la India, que era un abogado que ganaba casi un millón de rupias —un millón de dólares —, abandonó su cargo y le entregó todo al movimiento. El padre, el presidente, el primer ministro de la India, el Sr. [Motilal] Nehru, dejó su bufete de abogados para unirse al movimiento por la libertad con Gandhi, que había organizado a toda la India*.

Y ustedes han leído sobre la Marcha de la Sal, que fue muy importante en la lucha india. Y demuestra cómo Gandhi utilizó el método de la no violencia y cómo movilizó a su pueblo y galvanizó a la nación entera para lograr la victoria. En la India, los británicos habían llegado al punto de cobrarle al pueblo un impuesto sobre la sal. No podían tocarla, iba contra la ley; ni siquiera les permitían obtener su propia sal de ninguno de los mares del país. Y Gandhi consiguió hacerle ver a todo el pueblo indio lo injusto que era. Y un día decidió que marcharían desde Ahmadabad hasta un lugar llamado Dandi.

Tuvimos el privilegio de pasar un día más o menos en Ahmadabad, en el ashram de Sabarmati, y estuvimos en el lugar donde Gandhi comenzó su larga marcha de 350 kilómetros. Empezó la marcha allí con ochenta personas. Y poco a poco el número fue creciendo hasta llegar a un millón, y creció hasta sumar millones y millones. Y siguieron caminando y caminando hasta que por fin llegaron a la pequeña aldea de Dandi. Y allí, Gandhi fue al río, o más bien al mar, y sacó un poco de sal con la mano para demostrar y dramatizar el hecho de que estaban rompiendo esa ley en protesta contra las injusticias que habían enfrentado a lo largo de los años con esas leyes de la sal.

Y Gandhi le dijo a su pueblo: «Si los golpean, no devuelvan los golpes; aun si les disparan, no devuelvan los disparos; si los

maldicen, no devuelvan las maldiciones *(Sí, sí*), pero sigan adelante. Puede que algunos tengamos que morir antes de llegar; puede que a algunos nos metan en la cárcel antes de llegar, pero sigamos adelante». Y siguieron avanzando, y caminaron y caminaron y, cuando por fin llegaron a ese lugar, se les habían unido millones de ellos. Y el Imperio británico supo entonces que ese hombrecillo había movilizado al pueblo de la India de forma tal que nunca podrían derrotarlo. Y se dieron cuenta, en ese mismo instante, de que era el principio del fin del Imperio británico en la India.

Gandhi fue capaz de movilizar y galvanizar a más gente en su vida que ninguna otra persona en la historia del mundo. Y solo con un poco de amor en el corazón y buena voluntad comprensiva, y negándose a cooperar con una ley perversa, fue capaz de romper la columna vertebral del Imperio británico. Y eso, creo, es uno de los acontecimientos más importantes de la historia universal, y más de 390 millones de personas alcanzaron la libertad. Y lo lograron de forma no violenta cuando un hombre se negó a seguir el camino del odio, y se negó a seguir el camino de la violencia, y decidió tan solo seguir el camino del amor y de la buena voluntad comprensiva, y se negó a cooperar con cualquier sistema del mal.

Y lo importante es que, si se sigue ese camino, cuando la batalla llega a su fin surge una nueva amistad y una reconciliación entre los opresores y los oprimidos. Hoy no existe mayor amistad en ninguna parte del mundo que entre el pueblo indio y el pueblo británico. Si les preguntan a los indios hoy en día a quién quieren más, a qué pueblo, si a los estadounidenses o a los británicos, les dirán sin pensarlo que quieren más a los británicos.

La noche que cenamos con el primer ministro Nehru, las personas que se sentaron a la mesa con nosotros, como invitadas del primer ministro en aquel entonces, fueron lady Mountbatten y su hija, la esposa de lord Mountbatten, que era el virrey de la India cuando esta recibió su independencia[*]. Y tienen una gran amistad, maravillosa y duradera. Ahí hay una amistad duradera. Y eso se debe tan solo a que Gandhi siguió el camino del amor y la no violencia, negándose a odiar y a seguir el camino de la violencia. Y

existe una nueva amistad. Las secuelas de la violencia son siempre amargas; las secuelas de la no violencia son la creación de la comunidad amada para que, al final de la batalla, acabe todo y nazca un nuevo amor y una nueva comprensión y una nueva relación entre el oprimido y el opresor.

Ese hombrecillo es uno de los mayores conquistadores que el mundo ha conocido. Alguien dijo que cuando Mahatma Gandhi viajó a Inglaterra para asistir a la conferencia de la mesa redonda en 1932, había un grupo de personas esperando [†] . Y, mientras esperaban, alguien señaló y dijo: «¿Ven ese acantilado? Por ahí entró Julio César cuando invadió a Gran Bretaña hace años». Y entonces alguien señaló hacia otro lugar y dijo: «Por ahí entró Guillermo el Conquistador. Invadieron hace años en la batalla de Hastings». Entonces otro miró y dijo: «Ahí viene otro conquistador. En apenas unos minutos, el tercer y mayor conquistador que ha llegado a Gran Bretaña». Y por extraño que parezca, ese hombrecillo llegó sin ejércitos, sin guardias a su alrededor, sin poderío militar, sin ropas hermosas, solo un taparrabos, pero ese hombre resultó ser el mayor conquistador al que se enfrentó el Imperio británico. Fue capaz de lograr, mediante el amor y la no violencia, la independencia de su pueblo y quebrarle la columna vertebral al Imperio británico. «¡Vas a ver aún cosas más grandes que estas!». Y eso se ejemplifica en la vida de Mahatma Gandhi.

Permítanme apresurarme a agregar una segunda cosa: he aquí un hombre que logró en su vida la autodisciplina absoluta. Autodisciplina absoluta. Así pues, en su vida no hubo un abismo entre lo privado y lo público; no hubo un abismo en su vida entre el «ser» y el «deber ser». He aquí un hombre que absolvió el «ser» y el «debería ser» de su existencia. Y ese fue uno de sus mayores logros. Gandhi solía decirle a su gente: «No tengo secretos. Mi vida es un libro abierto». Y lo vivía cada día. Logró en su vida la autodisciplina absoluta.

Empezó como un joven abogado. Fue a Sudáfrica y se convirtió en un próspero y prometedor abogado que ganaba más de treinta mil dólares al año. Y entonces se dio cuenta de que tenía por

delante la tarea de liberar a su pueblo. Hizo voto de pobreza, decidió deshacerse de todo el dinero que había ganado, regresó a la India y empezó a vestir las mismas ropas que llevaban todas las masas desheredadas de la India. Había sido un joven popular en Inglaterra, llevaba ropas bonitas y su esposa, los bellos saris de la India hechos de hermosa seda, pero entonces llegó el momento en que le dijo a su esposa: «Tienes que dejar todo esto». Y empezó a llevar lo que se llamaba el dhoti, un taparrabos, lo mismo que llevaban esas masas de gente. Lo hizo, se identificó por completo con ellos.

Y no tenía ingresos; no tenía nada en este mundo, ni siquiera una propiedad. Ese hombre logró en su vida la autodisciplina absoluta, hasta el punto de renunciar al mundo. Y cuando murió, lo único que poseía eran unas gafas, unas sandalias, un taparrabos, unos dientes postizos y aquellos tres monos sabios que no ven el mal, no oyen el mal y no dicen el mal. Eso era todo lo que tenía. Y si hoy le preguntan a la gente de la India por qué Mahatma Gandhi pudo hacer lo que hizo en la India, les dirán que lo siguieron por su absoluta sinceridad y su absoluta dedicación. He aquí un hombre que logró en su vida salvar el abismo entre el «debería ser» y el «ser». Logró en su vida la autodisciplina absoluta.

Y hay una última cosa que Mahatma Gandhi fue capaz de hacer. Tuvo una capacidad asombrosa, una asombrosa capacidad para la crítica interna. La mayoría de la gente tiene la asombrosa capacidad de la crítica externa. Siempre podemos ver el mal en los demás; siempre podemos ver el mal en nuestros opresores. Pero Gandhi tenía la asombrosa capacidad de ver no solo la paja en el ojo de su oponente, sino también las vigas en su propio ojo y en el ojo de su pueblo[*]. Tenía la asombrosa capacidad de la autocrítica. Y eso se aplicaba a su vida personal, se aplicaba a su vida familiar y se aplicaba a la vida de su pueblo. No solo criticó al Imperio británico, sino que también criticó a su propio pueblo cuando hizo falta, y se criticó a sí mismo cuando hizo falta.

Y siempre que cometía un error, lo confesaba públicamente. He aquí un hombre que le decía a su pueblo: «No soy perfecto. No soy infalible. No quiero que empiecen una religión en torno a mí. No soy

un dios». Y estoy convencido de que hoy habría una religión en torno a Gandhi si Gandhi no hubiera insistido toda su vida en que «no quiero una religión en torno a mí porque soy demasiado humano. Soy demasiado falible. Nunca piensen que soy infalible».

Y cada vez que cometía un error, incluso en su vida personal, aun en las decisiones que tomaba en la lucha por la independencia, salía en público y decía: «Cometí un error». En 1922, cuando inició una de sus primeras campañas de no violencia, hubo personas que empezaron a ponerse violentas, hubo indios que se pusieron violentos, y mataron a unos veintiocho británicos en ese enfrentamiento. Y en medio de ese enfrentamiento, Gandhi salió a la palestra y suspendió la campaña. Se levantó ante el pueblo indio y ante el pueblo británico y dijo: «He cometido un error como el Himalaya. Pensé que mi gente estaba preparada; pensé que estaría disciplinada para esta tarea»[*]. Y la gente alrededor de Gandhi se enfadó con él. Incluso el primer ministro Nehru dice en *Toward Freedom* [Hacia la libertad] que se enfadó. Su padre se enfadó. Todas las personas que habían dejado sus cientos y miles de dólares para seguir a Gandhi y su movimiento se enfadaron cuando lo suspendió[†]. Pero lo suspendió porque, como dijo, «he cometido un error garrafal». Y nunca dudó en reconocer ante la opinión pública cuando cometía un error. Y siempre regresaba y decía: «Me he equivocado. Me retiraré para repensarlo, me retiraré para meditarlo. Y volveré. No crean que la lucha ha terminado, no crean que me retiro de forma permanente y definitiva. Solo me retiro por un tiempo, porque he cometido un error».

Pero no solo eso, también confesó los errores y las equivocaciones de su familia. Incluso cuando su hijo, uno de sus hijos, obró mal, escribió en su periódico al respecto[*]. Y una vez, su esposa cometió un acto que para él era pecaminoso. Gandhi había hecho voto de pobreza y de nunca utilizar lo más mínimo del dinero que recibieran para su beneficio personal. Y un día su esposa tuvo la necesidad de usar parte de ese dinero que habían recibido y decidió hacerlo. Gandhi lo descubrió y escribió en su periódico que su esposa había cometido un pecado grave[†]. No le importaba que el

mundo lo supiera. He aquí un hombre que confesaba sus errores en público y al que no le importaba que lo vieran fracasar. Vio sus propios defectos, los defectos de su familia, y luego vio los defectos de su propio pueblo.

Fuimos a algunos pueblecitos, y en ellos vimos a cientos de personas que dormían en el suelo. No tenían camas donde dormir. Vimos en esos mismos pueblos que no había agua corriente, nada con lo que lavarse. Vimos en esos pueblos a la gente en sus pequeñas chozas y en sus pequeñas habitaciones, y la vaca, su vaquita o sus terneros dormían en la misma habitación con ellos. Si tenían algunas gallinas, estas también dormían en la misma habitación con ellos. Vimos a esas personas que no tienen nada que nosotros consideraríamos conveniente; ninguna de las comodidades de la vida. Y ahí estaban, durmiendo en la misma habitación con la bestia del campo. Era todo lo que tenían. Pronto descubrimos que a esas personas antes las llamaban los «intocables».

Ahora sabemos que en la India hay lo que se conoce como un sistema de castas, que ha existido durante años. Y allí estaban estas personas, los parias, unos setenta millones de personas. Las llamaban los intocables. Y estas eran las personas explotadas y pisoteadas incluso por los propios indios. Y Gandhi observó ese sistema. Gandhi no podía soportar ese sistema, se volvió a su pueblo y dijo: «Ustedes me han escogido y me han pedido que los libere de la dominación política y de la explotación económica que les inflige Gran Bretaña. Y aquí están, pisoteando y explotando a setenta millones de sus hermanos». Y decidió que nunca se adaptaría a ese sistema y que se pronunciaría en su contra y se alzaría en su contra por el resto de su vida.

Y habrán leído que lo primero que hizo cuando llegó a la India fue adoptar a una niña intocable[*]. Y su esposa, que pertenecía a una de las castas altas, pensó que se había vuelto loco. Y le dijo:

—¿Cómo es posible que adoptes a una intocable? No debemos tocar a esa gente.

Y él respondió:

—Esa jovencita va a ser mi hija.

Y la llevó a su ashram, y la joven vivió allí, y aún vive en la India. Y Gandhi demostró en su propia vida que la intocabilidad tenía que desaparecer. Y una de las mayores labores jamás realizadas por Mahatma Gandhi fue contra la intocabilidad.

Un día se presentó ante su pueblo y dijo: «Ustedes están explotando a los intocables. A pesar de que estamos luchando con todas las fuerzas de nuestros cuerpos y nuestras almas para liberarnos de la esclavitud del Imperio británico, estamos explotando a esas personas y les estamos quitando la identidad y el respeto por sí mismas». Y agregó: «Ni siquiera le permitimos a esta gente entrar en el templo». No podían entrar en el templo y adorar a Dios como los demás. No podían sacar agua como los demás, y había ciertas calles por las que ni siquiera podían caminar.

Gandhi veía todo eso. Un día dijo: «A partir del 21 de septiembre, a las doce en punto, me negaré a comer. Y no comeré hasta que los líderes del sistema de castas vengan a mí con los líderes de los intocables y digan que se acabará con la intocabilidad. Y no comeré hasta que los templos hindúes de la India abran sus puertas a los intocables». Y se negó a comer. Y pasaron los días. No pasaba nada. Por fin, cuando Gandhi estaba a punto de exhalar su último suspiro y su cuerpo estaba casi consumido y había perdido muchos kilos, un grupo se acercó a él. Un grupo de intocables y otro de la casta brahmánica acudieron a él y firmaron una declaración en la que expresaban que ya no se adherirían al sistema de castas ni a la intocabilidad. Y los sacerdotes del templo vinieron a él y le dijeron que el templo estaría abierto a los intocables. Y aquella tarde, los intocables de toda la India entraron en los templos, y todos esos miles y millones de personas abrazaron a los brahmanes y a las gentes de otras castas. Cientos y millones de personas que no se habían tocado en dos mil años cantaron y alabaron juntas a Dios. Y esta fue la gran contribución de Mahatma Gandhi*.

Y hoy, en la India, la intocabilidad es un delito castigado por la ley. Y si alguien practica la intocabilidad, puede ser encarcelado hasta tres años. Y como me dijo un líder político: «Hoy no se puede encontrar en la India a cien personas dispuestas a firmar una

declaración pública de apoyo a la intocabilidad». He aquí un hombre que tenía la asombrosa capacidad de la crítica interna hasta el punto de ver los defectos de su propio pueblo. Y se mostró tan firme en hacer algo al respecto como en acabar con la explotación del Imperio británico. Y eso es lo que lo convierte en uno de los grandes hombres de la historia.

Y lo último que me gustaría decirles en la mañana de hoy es que al mundo no le gustan las personas como Gandhi. Resulta extraño, ¿verdad? No le gusta la gente como Cristo. No le gusta la gente como Abraham Lincoln. Los asesinan. Y ese hombre, que había hecho tanto por la India, ese hombre que había dado su vida y que había movilizado y galvanizado a cuatrocientos millones de personas por la independencia, para que en 1947 la India recibiera su independencia, se convirtió en el padre de esa nación. Ese mismo hombre decidió que no descansaría hasta ver a los musulmanes y a los hindúes unidos; habían estado luchando entre sí, habían participado en disturbios entre sí, y él quería solucionar eso. Y uno de sus propios compañeros hindúes sintió que tal vez estaba favoreciendo demasiado a los musulmanes, sintió que estaba cediendo demasiado a los musulmanes.

Y una tarde, mientras pasaba unos días en la Casa Birla, en Delhi, con uno de los grandes empresarios industriales, Gandhi se dirigió a su reunión de oración vespertina[*]. Todas las noches celebraba una reunión de oración a la que acudían cientos de personas y rezaba con ellas. Y al salir esa tarde, uno de sus compañeros hindúes le disparó. He aquí un hombre de la no violencia, que cayó en manos de un hombre de la violencia. He aquí un hombre del amor, que cayó a manos de un hombre del odio[†]. Tal parece ser el camino de la historia.

¿Y no es significativo que muriera el mismo día en que murió Cristo, un viernes? Esa es la historia de la historia. Pero gracias a Dios, no termina aquí. Gracias a Dios, el Viernes Santo no es el final. Y el hombre que le disparó a Gandhi solo lo disparó hacia el corazón de la humanidad. Igual que cuando le dispararon a Abraham Lincoln, fíjense, por la misma razón que le dispararon a Mahatma Gandhi, es

decir, por intentar curar las heridas de una nación dividida. Cuando el gran líder Abraham Lincoln fue asesinado, el secretario Stanton se colocó junto al cuerpo de este líder y proclamó: «Ahora pertenece a la historia». Y lo mismo puede decirse de Mahatma Gandhi en este momento[*]. Pertenece a la historia, y pertenece especialmente a esta época, una época que se desvía una vez más hacia su perdición[†]. Y él nos ha revelado que debemos aprender a ir por otro camino.

Pues en una época en la que los Sputniks y los Explorers surcan el espacio exterior y los misiles balísticos guiados trazan autopistas de la muerte a través de la estratosfera, ninguna nación podrá ganar una guerra. Ya no se trata de elegir entre la violencia y la no violencia, sino entre la no violencia y la no existencia. ¿Acaso no será Mahatma Gandhi el llamado que nos hace Dios para esta era, una era que va a la deriva hacia su perdición? Y esta advertencia, y este llamado es siempre una forma de advertencia: «Los que a hierro matan, a hierro mueren»[‡]. Jesús lo dijo hace siglos. Cuando los hombres siguen y contemplan ese camino, empiezan a surgir nuevos horizontes y se despliega un mundo nuevo. ¿Quién seguirá hoy a Cristo en su camino y lo seguirá de forma tal que seremos capaces de hacer cosas más grandes aún que las que él hizo, porque seremos capaces de lograr la paz del mundo y movilizar a cientos y miles de hombres para que sigan el camino de Cristo?

Concluyo citando las palabras de John Oxenham:

A todo hombre se le abre un camino, se le abren caminos, se le abre el camino
El alma elevada sube por el camino elevado, y el alma baja va a tientas por el bajo,
Y entre medias, en las llanuras brumosas, el resto va a la deriva de un lado a otro.
Pero a todo hombre, a toda nación, a toda civilización, se le abre un camino elevado y otro bajo.
Cada alma decide el camino que tomará[*].

Y Dios quiera que elijamos el camino elevado, aunque este signifique el asesinato, aunque este signifique la crucifixión, porque

al ir por ese camino descubriremos que la muerte será solo el principio de nuestra influencia.

Dice Jesús: «Tengo otras ovejas que no son de este redil. Y si creen en mí y siguen mi camino, serán aún, podrán hacer obras aún mayores que las que yo hice en vida».

Oh, Dios, nuestro bondadoso Padre celestial, te damos gracias por haber inspirado a hombres y mujeres de todas las naciones y culturas. Te llamamos de diferentes maneras: unos te llaman Alá; otros te llaman Elohim; otros te llaman Jehová; otros te llaman Brahma; otros te llaman el Motor Inmóvil; otros te llaman el Buen Arquitecto. Pero sabemos que todos esos son nombres diferentes para un mismo Dios, y sabemos que Tú eres solo uno.

Y concédenos, oh, Dios, que Te sigamos y nos comprometamos de forma tal con Tu camino y Tu reino que seamos capaces de establecer en nuestras vidas y en este mundo una fraternidad. Seremos capaces de establecer aquí un reino de comprensión, donde los hombres convivan como hermanos y respeten la dignidad y el valor de toda personalidad humana.

En el nombre y el espíritu de Jesús, oremos. Amén. *[Suena el órgano.]*

Ahora abrimos las puertas de la iglesia. ¿Hay alguien que acepte a Cristo esta mañana? ¿Quién tomará esa decisión cuando nos pongamos en pie y cantemos juntos? Himno 162. *(La congregación canta* Just As I Am *[Tal como soy].)*

Quedémonos de pie para el himno de despedida. Le damos gracias a Dios por estas personas que han venido a unirse a la iglesia. Debo mencionar, justo antes de irme, que esta tarde se celebra el concurso de bebés que patrocina el club August. . . *[La grabación se interrumpe.]*

29 DE MARZO DE 1959

Un paseo por Tierra Santa

SERMÓN DEL DOMINGO DE PASCUA EN LA IGLESIA BAUTISTA DE DEXTER AVENUE

Montgomery, Alabama

«[La cruz] nos habla no solo de la valentía y el compromiso, el compromiso moral de Jesucristo, sino también del amor de Dios mismo; hasta dónde está dispuesto a llegar Dios para restaurar las comunidades rotas».

Una semana después del sermón sobre Gandhi, King pronunció en la Iglesia Bautista de Dexter Avenue este sermón, que se incluye en su totalidad, para celebrar el Domingo de Pascua.

En una hermosa tarde, hace unas semanas, nos dirigíamos al aeropuerto desde nuestro hotel en Beirut, Líbano, para tomar un avión con destino a Jerusalén. El Líbano es el hermoso país de Oriente Medio que recordamos de los tiempos bíblicos porque de vez en cuando leemos sobre los cedros del Líbano. Y Beirut es esa hermosa ciudad que se alza sobre una colina con vistas al imponente mar Mediterráneo. Muy pronto nos hallamos sobrevolando lugares como Damasco. Ustedes también recordarán Damasco; en estos tiempos modernos, lo recordamos como la capital del pequeño país de Siria. Pero recordamos Damasco como una ciudad antigua, pues fue en el camino de Damasco donde el apóstol Pablo se convirtió. Recordamos que un día, ante el rey Agripa, dijo: «A eso del

mediodía, oh rey, mientras iba por el camino, vi una luz del cielo, más brillante que el sol, que con su resplandor nos envolvió a mí y a mis acompañantes»*. Y tras ver esa luz y obtener una nueva visión, pasó de ser Saulo, el perseguidor, a Pablo, el cristiano, y se convirtió en uno de los grandes santos cristianos de todas las generaciones.

Después de unas dos horas de vuelo, nos pidieron que nos abrocháramos los cinturones; empezábamos a descender hacia el aeropuerto de Jerusalén. Ahora bien, debo decir que cuando se dice «aterrizar en Jerusalén» hay que matizar lo que se dice y decir en qué parte de Jerusalén. Eso se debe a que los hombres allí no han resuelto sus problemas sociales y todavía se nos prohíbe entrar porque su Jerusalén, la antigua ciudad santa, ha sido dividida, separada y repartida. Y antes de entrar en un lado de la ciudad, debe quedar claro que uno no entrará en el otro, porque un lado es Jerusalén, Israel, y el otro lado es Jerusalén, Jordania. La ciudad está dividida debido al conflicto árabe-israelí. Y si en el visado se revela que uno planea viajar a alguna nación árabe, solo podrá entrar en Israel si renuncia a volver a cualquier país árabe hasta que su pasaporte haya caducado; el odio se ha intensificado. Fue una sensación extraña ir a la antigua ciudad de Dios y ver las tragedias provocadas por el odio y la maldad del hombre, que lo obligan a luchar y vivir en conflicto.

Pero íbamos a Jerusalén, Jordania. Y en esa sección de Jerusalén se conserva el conjunto de todos los yacimientos antiguos. Los lugares sagrados. Aterrizamos allí, en Jerusalén, Jordania, y en unos instantes nos habíamos registrado en nuestro hotel, que era un hotel de la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA). Tras registrarnos, pronto descubrimos que allí había muchas personas de todo el mundo, muchas también de los Estados Unidos, que estaban de gira por el mundo y que provenían de diversos lugares. Ese es siempre uno de los aspectos interesantes de viajar: uno aprende a conocer gente. Uno conoce a gentes de todas las razas y culturas, y tiende a superar el provincianismo, el chovinismo y lo que los sociólogos llaman etnocentrismo. Uno llega a ver una unidad en la humanidad. Si por mí fuera, recomendaría a todos los estudiantes que puedan

permitírselo que vayan a la universidad cinco años; estudien en esa universidad cuatro años y usen el dinero de su matrícula, manutención y demás gastos para viajar al extranjero por un año. Creo que es la mejor educación que puede recibir un individuo. Creo que si más de nuestros hermanos blancos del Sur hubieran viajado un poco más, muchos de nuestros problemas estarían hoy resueltos. Solemos vivir dentro de nuestros pequeños caparazones porque nunca nos hemos elevado por encima de la provincia. Nunca hemos superado el sectarismo. Así pues, fue un gran placer conocer a gente de distintas partes del mundo y de nuestra propia nación.

Nos levantamos temprano a la mañana siguiente porque sabíamos que ese día comenzaría nuestra peregrinación por la ciudad santa; ese día recorreríamos Jerusalén en sí. Al día siguiente iríamos a Hebrón. Allí abundan los lugares por donde pasó Abraham. Allí veríamos las tumbas de Abraham, Isaac, Jacob, Sara y otros. Y de allí nos trasladaríamos a Belén, esa ciudad, «oh pequeña ciudad de Belén»; oímos a Phillips Brooks hablar de ella. Cantamos sobre ella. Decimos que «en sus calles oscuras brilla la luz eterna». Pensamos en ella como la ciudad donde «las esperanzas y los temores de todos los años se reúnen esta noche»[*]. Y los reyes magos decidieron ir a esa ciudad porque se estaba produciendo un acontecimiento, y fueron a verlo y a formar parte de él[*]. Iríamos allí para ver el lugar y el sitio donde nació nuestro Cristo. Y ver la pequeña posada, que aún se conserva, donde no había cabida, no había cabida para Cristo, y fue desplazado[†]. Cuando uno es testigo de eso, no puede evitar pensar en el hecho de que es esa la larga historia de la humanidad. Lo desplazamos porque nos ocupan otras cosas. Eso no significa que nos ocupen cosas malas. A menudo, en la vida no escogemos entre lo malo y lo bueno, sino entre lo bueno y lo mejor. Y muchas veces no conseguimos dar cabida a lo mejor porque estamos colmados con lo bueno. Aquella noche no había gente mala en la posada. Eran buenas personas, estoy seguro, y estaban allí con propósitos nobles; y el posadero era bueno, pero no tenía sitio para los mejores. Esa es a menudo la tragedia de la vida. Y lo recordé mientras estábamos allí.

Un día después viajaríamos a Samaria. Pienso en los tiempos antiguos, cuando los judíos no trataban con los samaritanos. Subimos al monte Gerizim, donde estaba el templo de los samaritanos, y asistimos a un servicio una tarde. Solo quedan 230 samaritanos en todo el mundo, que viven en esa pequeña y antigua costa. Y fuimos y vimos a aquella gente, que había conservado en su pequeño templo un antiguo documento conocido como el Pentateuco, los cinco primeros libros de la Biblia. Se cree que es el documento más antiguo del mundo. Y tuvimos el privilegio de ver esos cinco libros de la Biblia —Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio—; el privilegio de verlos escritos en su antiguo hebreo.

Luego iríamos a Jericó a ver esa gran ciudad. Y a reflexionar sobre el camino de Jericó del que habló Jesús, ese camino sinuoso. Y cuando uno viaja por esa carretera puede ver por qué a cualquiera podían robarle. Jesús lo explicó un día con una parábola[*]. Y luego se ven las murallas de Jericó, que han sido excavadas en tiempos recientes. Y uno piensa en los muros de Jericó, y piensa en Josué, y piensa en Josué en la batalla de Jericó[†]. Y, después, cerca de Jericó está el mar Muerto y también el río Jordán. Y todas esas cosas aguardaban por nosotros.

Y estábamos en la ciudad santa, pero ese día solo daríamos una vuelta por la ciudad de Jerusalén. Nuestro guía llegó temprano esa mañana, justo después de que desayunáramos. Partimos y es curioso que nuestra primera parada aquella mañana fuera en una montaña, una montaña de la que todos hemos oído hablar, llamada el Monte de los Olivos. Hemos oído hablar de esa montaña en nuestra Biblia; hemos leído sobre ella. Y cada noche, cada primer domingo por la noche cuando comulgamos, leemos sobre ella. Pues bien, recordemos que dice que, después de la última cena, cantaron un himno y salieron al Monte de los Olivos[‡]. Aquella fue una montaña importante en la vida de Cristo. Tiene muchas connotaciones interesantes. Y estando allí, en el Monte de los Olivos, se puede contemplar toda Jerusalén. Así de alto, así de elevado es, y uno puede mirar a su alrededor y ver la ciudad vieja y la ciudad

nueva. Allí estábamos, en el Monte de los Olivos, con todo su significado sagrado. Justo debajo de ese monte, en la parte inferior, se ve un pequeño jardín. Se conoce como el Huerto de Getsemaní, y aún se conserva con hermosas flores; es un jardín hermoso.

Pero hay algo en ese jardín que debemos recordar siempre. Es el jardín donde Cristo agonizó con su propia alma[*]. Es el jardín donde Cristo pronunció una declaración que revela que era, de un modo asombroso, humano. No quería morir, pues leemos que dijo: «Padre mío, si no es posible evitar que yo beba este trago amargo, hágase tu voluntad»[†]. Era un trago doloroso y difícil. Pero ahí vemos el sentido de la religión y su profundo significado; la transformación que se produce cuando se ama a Dios y cuando se le conoce. Lo oímos decir unos minutos después en ese mismo jardín: «No se haga mi voluntad, sino la Tuya»[‡]. En ese mismo jardín. Y hay algo más que deben recordar sobre ese jardín. Ese fue el huerto donde Jesús afrontó los momentos de mayor soledad de su vida. Ese fue el huerto donde sus tres amigos le fallaron y no se preocuparon lo suficiente por él como para permanecer despiertos mientras él rezaba allí. Leemos en las escrituras que se fueron a dormir sin ninguna preocupación[§]. ¿No les parece trágico y triste que ni siquiera las personas en las que confiamos, en las que creemos y a las que llamamos amigos sean capaces de comprendernos? Y que en los momentos más difíciles de la vida nos dejen solos en el camino. Pero así es la vida. Así pues, Getsemaní no es solo un punto en el mapa. Getsemaní es una experiencia en el corazón y en el alma. Getsemaní es algo que enfrentamos a diario. Porque cada vez que nuestros amigos nos fallan, nos enfrentamos a Getsemaní. Cada vez que nos encontramos ante grandes decisiones morales en la vida y descubrimos que debemos mantenernos firmes mientras los demás nos dan la espalda y piensan que estamos locos, nos enfrentamos a Getsemaní. Getsemaní es una historia que nos acontece a todos en la vida. Al ver ese jardín, recordamos todo eso.

Justo al otro lado de Getsemaní vimos una puerta. Y nuestro guía nos informó que esa era la puerta por la que Jesús había entrado en Jerusalén. Esa era la puerta por la que Jesús había hecho su entrada

triunfal. Lo hemos leído. Hemos leído sobre su entrada triunfal aquel día en que Jesús llegó a Jerusalén. Arribó a través del Monte de los Olivos, por cierto, y entró en aquella ciudad santa, la ciudad donde habían tenido lugar tantos hechos en la larga historia del judaísmo. La ciudad que había apedreado a sus profetas, la ciudad que había crucificado a hombres que defendían lo correcto. Fue esa la ciudad en la que Jesús entró, y entró por esa puerta. ¿Por qué hizo esa entrada triunfal? No lo sabemos. Algunos estudiosos dicen que fue en ese momento en el que Jesús decidió revelar el secreto; el secreto mesiánico había sido un secreto durante mucho tiempo y ahora Jesús quería que los hombres supieran que él era el Mesías. Otros dirán que no fue el propio Jesús quien lo hizo, sino sus seguidores. Aquellos en quienes él había confiado, a quienes les había permitido conocer el secreto, ahora se lo revelarían a los demás, así que fueron ellos los que precipitaron la entrada triunfal. Otros afirman que ese era el día de la Fiesta de los Tabernáculos. Ese día solía haber grandes desfiles y grandes multitudes. Y resulta que Jesús entró en el día de la Fiesta de los Tabernáculos, y la gente decidió que querían honrar a ese gran profeta tan pronto entrara en la ciudad en el día de la Fiesta de los Tabernáculos*.

Quizás haya algo de verdad en estas tres teorías. Pero hay algo más fundamental y es que Jesús entró en Jerusalén como un rey, pero de otro tipo. No entro como David, con un gran poder militar y una gran fuerza militar, o como Saúl, con todo el poderío militar. *[Palabra inaudible]* Ni siquiera como Salomón, con toda su riqueza. Entró montado en un humilde asno, lo que revelaba que se trataba de un nuevo tipo de rey, no el mismo tipo que había llegado en el pasado, sino un rey que tenía otro tipo de reino. Y en su escolta no habría lanzas, sino palmas. Y entraría con las voces de los niños, no con los gritos de los soldados. Un nuevo tipo de reino y un nuevo tipo de rey.

Él entró por esa puerta y nosotros caminamos por allí, y muy pronto, a unos quince metros de la puerta, llegamos a otro lugar y el guía dijo: «Aquí es donde estaba el antiguo templo, el Templo de Jerusalén». Recuerdan que el templo cayó en el año 70 d. C. El

Imperio romano detuvo un levantamiento en Palestina y destruyó el templo. Pero el lugar sigue reservado, y en el medio hay una gran piedra donde en aquella época se hacían todos los sacrificios en el altar. En ese templo entró Jesús nada más llegar a Jerusalén y echó a los usureros*. Allí fue donde Jesús cometió su mayor error. ¿Y cuál fue su mayor error? Su mayor error fue ir más allá de decir lo que creía, fue estar dispuesto a hacer algo al respecto. Estuvo dispuesto a actuar de acuerdo con la verdad, y el mundo considera que eso fue un error.

Contemplamos el templo y luego empezamos a recorrer las antiguas calles de Jerusalén. Y no se puede caminar por las callejuelas estrechas de esa ciudad vieja, y atravesar la puerta de Damasco y la puerta de Corinto, sin experimentar una sensación vívida de la historia y de la antigüedad de esa ciudad. Recorrimos aquellas estrechas calles y esa tarde llegamos finalmente a otro lugar. El lugar conocido como la sala del juicio de Pilato. En el Jerusalén de hoy en día, todos los lugares sagrados están enclavados; ahora están rodeados de iglesias. Helena, la madre de Constantino, visitó Jerusalén en el siglo IV. Tras identificar todos aquellos lugares sagrados relacionados con la muerte y la vida de Jesús y la Resurrección de Jesús, hizo erigir iglesias en todos ellos. Encontrarán entonces que, en cada hito sagrado de Jerusalén, se ha erigido una iglesia. Y allí estuvimos, donde ahora está la iglesia, en ese lugar conocido como la sala del juicio de Pilatos. Ahí fue donde Jesús fue juzgado. Ahí fue donde Jesús se enfrentó a una multitud que desde afuera gritaba: «Crucifícalo»*. Ahí fue donde Jesús tuvo que enfrentarse a un hombre que sabía que él no había cometido ningún delito, pero que, por contentar al pueblo, decidió crucificarlo. Y uno no puede salir de ahí sin llorar por Pilato, porque he aquí un hombre que sacrificó la verdad en el altar de su propio interés. He aquí un hombre que crucificó a la justicia en la cruz de su egoísmo.

Luego uno abandona ese lugar, que es la sala del juicio, e inicia un nuevo recorrido. Se conoce como la Vía Dolorosa. Es el camino del dolor. Y es el camino que anduvo Jesús desde la sala del juicio hasta la cruz. Se camina —como un kilómetro y medio— desde ese

punto hasta el Gólgota, el lugar de la calavera o el Calvario. Ese camino es noble. Es un camino que provoca algo en el alma porque, como se imaginarán, al caminar por ahí uno recorre el camino de dolor que Cristo recorrió. Y a medida que se avanza por el camino, hay paradas. Las llaman estaciones —primera estación, segunda estación—, y entre la sala del juicio de Pilato y el lugar a donde Jesús fue llevado y luego crucificado hay catorce estaciones. Y en cada estación, ocurrió algún acontecimiento importante, pasó algo. En una estación Jesús tropezó; en otra estación Jesús cayó; en otra estación se levantó; en otra estación alguien vino a ayudarle en el camino. Y jamás olvidaré lo que experimenté cuando el guía dijo: «En esta estación Jesús tropezó y cayó con esa pesada cruz que cargaba al hombro». Esa era la tradición: cuando una persona era crucificada la obligaban a llevar la cruz. Era pesada, y Jesús se quebró bajo la carga y cayó.

Y me puse a pensar en algo que había oído decir a mi amigo Archibald Carey hace algún tiempo[*]. En ese momento pensé en el hecho de que cuando Jesús cayó y tropezó bajo esa cruz fue un hombre Negro el que la levantó por él y le dijo: «Yo te ayudaré», y llevó la cruz hasta el Calvario. Y creo que sabemos que hoy en día hay una lucha, una lucha desesperada, en el mundo. Dos terceras partes de los habitantes del mundo son personas de color. Sufren dominación política y explotación económica, han sido pisoteadas y humilladas. Hoy en día, esas personas luchan por conseguir la libertad y la dignidad humana. Y creo que un día Dios recordará que fue un hombre Negro el que ayudó a su único hijo en el momento más oscuro y de mayor desolación de su vida. Fue un hombre Negro quien cargó esa cruz por él y quien llevó esa cruz hasta el Calvario. Dios recordará eso. Y en todas nuestras luchas por la paz y la seguridad, la libertad y la dignidad humana, un día Dios recordará que fue un hombre Negro quien ayudó a su unigénito en la hora más oscura de su vida[†].

Uno sigue caminando por esa vía, ese camino de dolor, ese camino de pruebas y tribulaciones, y por fin llega a la iglesia conocida como la Iglesia del Santo Sepulcro. Y ahí, dentro de esa

iglesia, se encuentra el lugar donde Jesús fue crucificado. Ahí está la cruz del Cristo Jesús. Ahora bien, la cruz que está ahí hoy no es la misma cruz en la que Jesús fue crucificado, pero olvidemos eso por el momento. Uno empieza a sentir que está cerca del lugar donde él fue crucificado. Nunca olvidaré esa experiencia. De pie ante aquella cruz y en aquel lugar, algo en mi interior empezó a brotar. Allí había algo cautivador, había algo que me sobrecogía, y antes de darme cuenta estaba de rodillas rezando. Y antes de darme cuenta estaba llorando. Fue un hecho importante que sacudió al mundo y lo transfiguró. Y recuerdo que estábamos ahí con otras personas y, después de eso, regresé al hotel. Dejé a Coretta y a los demás y dije que me iba al hotel, y volví solo. Volví por el mismo camino y regresé solo al hotel e intenté meditar sobre el significado de aquella cruz y el significado de la experiencia que acababa de vivir. Y empecé a pensar sobre el significado de la cruz de una manera en la cual no había pensado nunca.

Y mientras meditaba sobre esa cruz, se me ocurrieron varias ideas. Mientras intentaba calcular en mi propia mente y dentro de mis limitaciones el significado de esa cruz, se me ocurrieron las siguientes ideas. Primero, que Jesús no tenía que haber aceptado esa cruz. Hizo de forma voluntaria algo que nadie podía exigirle. Nadie podía exigirle que sacrificara su vida de ese modo. Y no tenía que haberlo hecho. Pudo haberse retractado y todo habría salido bien. Pudo haber regresado por la ladera del Monte de los Olivos y haber retornado a Galilea, pudo haberse olvidado de todo el asunto, y todo habría salido bien. Pero he aquí un hombre que tenía la asombrosa capacidad de ser obediente a lo que no se le podía imponer. Creo que eso es lo que nos dice la cruz esta mañana. Si hay algo que me gustaría que se llevaran con ustedes esta mañana es que un hombre no es un hombre sino hasta que hace lo que no se le puede obligar a hacer.

Hay tres tipos de personas en el mundo. Por un lado, están los sin ley, los que violan las leyes, que están en nuestras cárceles, los que nunca siguen los códigos de la sociedad, ya sean leyes escritas o costumbres. Esa es la gente sin ley. Luego hay un segundo grupo: las personas respetuosas de la ley, cuyas normas de conducta

provienen en su mayoría del exterior. Sus normas provienen de las leyes hechas por el hombre, ya sean las leyes escritas en los libros o las costumbres y las tradiciones de la sociedad. Hay mucha gente que encaja en esa categoría. Sospecho que la mayoría de los presentes la mañana de hoy encajamos en esa categoría. No somos gente sin ley; somos respetuosos de la ley. Seguimos lo que dice la ley y seguimos lo que dicen las leyes externas; sin duda somos fieles a los usos y las costumbres de nuestra comunidad. Hay un tercer grupo: las personas comprometidas con una ley interior, las personas que tienen un criterio interior de conducta. Y esa es la diferencia. Esas son las personas que tienen una *[palabra inaudible*] interior. Esas son las personas que obedecen a lo que no se les puede obligar. Esas son las personas obedientes a lo que la ley externa nunca podría exigirles y lo que ninguna ley escrita podría demandarles. Esa es la gente a la que se refería Shakespeare cuando escribió aquellas hermosas palabras sobre Desdémona: «Que su virtud considera como un vicio no hacer más de lo que se le pide»[*]. Esas son las personas que cambian la historia y que hacen historia. Aparecen de vez en cuando.

Podría ser un Sócrates que dialoga con su amigo Critón, quien le dice que puede marcharse y que todo saldrá bien, y que no tiene que enfrentarse a la tragedia de la cicuta. Sócrates mira hacia atrás y le dice: «Debo mantenerme en lo que considero correcto y verdadero, aunque me traiga la muerte»[†]. Y al final de la *Apología* dice: «Yo voy a la muerte y ustedes van a la vida. Quién de nosotros va a la mejor vida, nadie lo sabe excepto Dios. Pero yo voy porque creo en la verdad»[‡].

Podría ser un Martín Lutero que se presenta ante los oficiales de la Iglesia católica. Intentaban que se retractara y negara todo lo que había dicho sobre la corrupción del sistema de indulgencias, las 95 tesis que clavó en la puerta de Wittenberg. Y de pie ante ellos dijo: «Aquí estoy. No puedo hacer otra cosa, que Dios me ayude».

Podría ser un Jesús de Nazaret que bien pudo haberse dado la vuelta y regresado a Nazaret, y haber sido un personaje insignificante de la historia, pero se dijo a sí mismo: «Oh, no, no

puedo seguir ese camino. Debo ser fiel a lo que sé que es verdad y a lo que sé que es correcto. Lo que sé a la larga formará parte de la estructura del universo». Y eso es lo que la cruz nos dice esta mañana: la grandeza en la vida llega cuando obedecemos a lo que no se nos puede obligar.

Una gran nación no solo es una que tiene ciudadanos obedientes a las leyes escritas en los libros, sino también personas que obedecen las leyes que no se pueden imponer. Una gran familia, un hermoso hogar que se funda no sobre lo que se puede imponer, sino sobre lo que no. En última instancia, hay una cualidad que no se puede imponer. A un hombre no se le puede obligar a que le sea fiel a su esposa, o a la esposa, a que le sea fiel a su esposo. En última instancia, el individuo debe hacer lo que no se le puede obligar a hacer. A un hombre no se le puede imponer que mantenga a sus hijos y les sea fiel. La ley puede dictar que debemos mantener a nuestros hijos, pero no puede obligarnos a amarlos. La ley no puede obligarnos a dedicarles a nuestros hijos todo el tiempo que deberíamos. La ley no puede impedirnos realizar un sinfín de actividades y funciones sociales que nos impidan atender a nuestros hijos. La ley no puede obligarnos a dejar de hacer esas cosas. En última instancia, se trata de la obediencia a lo que no se puede obligar. Y siempre que un hombre se eleva a ese nivel, se eleva a la grandeza de Jesucristo en la cruz.

Eso es, sobre todo, lo que me dice la cruz: que hubo un hombre con la asombrosa capacidad de obedecer a una obligación que no se le podía imponer. Y eso fue lo que él quiso decir en su vida, lo que vivió en su vida. Recordemos que dijo: «Si alguien te obliga a llevarle la carga una milla, llévasela dos»[*]. Ahora bien, ¿qué estaba diciendo Jesús? Lo repitió: «Si un hombre te pide que lo perdones, no te detengas en siete veces; perdónalo hasta setenta veces siete»[†]. Tal vez les puedan exigir que perdonen siete veces. Pero lo que Jesús dice es lo siguiente: que el privilegio de la generosidad comienza donde termina lo que exige la ley. Eso dijo Jesús, y fue eso lo que hizo en la cruz. La cruz es el punto culminante de todo lo que había vivido y manifestado en su vida. Recorrer la segunda milla no

significa otra cosa que ser obediente a lo que no se puede imponer. Eso fue lo que me dijo esa cruz.

Pero me dijo algo más que tenía mucho significado mientras pensaba en ello. La cruz es la expresión eterna de hasta dónde está dispuesto a llegar Dios para restaurar una comunidad fracturada. Creo que esto es muy importante. [La cruz] no solo nos habla de la valentía y el compromiso, el compromiso moral de Jesucristo, sino también del amor de Dios mismo; hasta dónde está dispuesto a llegar Dios para restaurar las comunidades fracturadas. Con nuestros pecados, con nuestra maldad y con nuestra perversidad hemos roto comunidades. Hemos destrozado la sociedad. Las familias están divididas; los hogares están divididos; las culturas están divididas; las naciones están divididas; las generaciones están divididas; las civilizaciones están divididas. Lo mismo experimentó Jesús en su tiempo. Él lo sabía, y Dios lo veía; veía a Israel y sabía que Israel había sido un niño travieso. Se había prostituido a otros dioses. Había provocado una división en el centro mismo de su ser. Y la cruz no es sino la forma que tiene Dios de decirle a un hijo descarriado: «Todavía te amo y estoy dispuesto a llegar hasta donde sea, incluso hasta sacrificar la vida de mi unigénito, para redimirte. Y para decirte que si ves mi poder en ese Cristo agonizante en la cruz, podrás ser transformado. Y serás redimido». Esa cruz es una expresión del amor eterno de Dios nuestro Padre.

Hay un último punto. La cruz no es solo la expresión del amor de Dios y del coraje y el compromiso moral de Jesucristo, que fue obediente hasta en aquello a lo que no se le podía imponer. Pero empecé a pensar en lo siguiente: desde donde nos paramos frente a la cruz, había un camino corto, de unos 18 o 22 metros. Nos dijeron que ahí estaba la tumba donde había sido enterrado Jesús. Por extraño que parezca, era una tumba prestada[*]. Una tumba prestada: Jesús no tenía nada; no tenía dinero. No tenía dónde recostar la cabeza[†]. Incluso cuando murió en una cruz, una de las muertes más ignominiosas que podemos señalar en la historia, tuvo que ser enterrado en una tumba prestada. Estuvimos allí. Y aquel guía empezó a hablar, y lo hizo con elocuencia. Dijo: «Pero quiero

que sepan que este sepulcro está vacío. Él no está aquí. Es solo un símbolo de dónde estuvo, pero ahora no está aquí». Y, oh, esa cruz para mí es la manifestación de algo. Es un triunfo, ¿verdad? No es solo una tragedia; también es un triunfo. Es una revelación del poder de Dios para vencer en última instancia a todas las fuerzas del mal.

Lo que crean en la mañana de hoy sobre la Resurrección no es importante. La forma en que crean no es lo importante. Lo importante es el hecho de que la revelación, la Resurrección, es algo que nadie puede refutar. Algunas personas pensaban, los discípulos pensaban, que se trataba de una resurrección física, que el cuerpo físico ascendía. Entonces llegó Pablo, que se había formado en la filosofía griega, que sabía un poco de filosofía griega y quizás había leído a Platón y a otros que creían en la inmortalidad del alma, e intentó sintetizar la doctrina griega de la inmortalidad del alma con la doctrina judeohebraica de la resurrección. Y como recordarán y habrán leído, hablaba de un cuerpo espiritual. Un cuerpo espiritual. Cuál sea su forma, eso no importa ahora. Lo importante es que se produjo esa Resurrección. Lo importante es que esa tumba estaba vacía. Lo importante es el hecho de que Jesús se entregó a ciertas verdades eternas y a ciertos principios eternos a los que nadie podrá crucificar ni escapar. De modo que ni todos los clavos del mundo podrían atravesar jamás esta verdad. Ni todas las cruces del mundo podrían bloquear jamás ese amor. Ni todas las tumbas del mundo podrían enterrar jamás esa bondad. Jesús se entregó a ciertos principios universales. Y hoy el Jesús y el Dios a los que adoramos son ineludibles.

Podemos hablar esta mañana del Cristo ineludible. Podemos recorrer el mundo en el que vive hoy. Hoy vive en la sociedad; hoy vive en nuestras vidas; hoy vive en el mundo. Y esa es nuestra esperanza. Eso es lo que nos permite seguir adelante. En la cruz hay algo que no es solo un elemento de tragedia; hay un elemento de triunfo en esa cruz. Así que en la mañana de hoy pueden salir con una esperanza renovada, con una nueva esperanza para el futuro. No importa cuánto oscurezca, recuerden que, al final, Dios transforma el Viernes Santo en Pascua.

Hace algunos años, alguien le preguntó a William Howard Taft: «¿Qué hay de la Sociedad de Naciones?». Él respondió que la mayoría de las cosas buenas de este mundo son crucificadas y, a la larga, depositadas en una tumba[*]. Siempre hay un tercer día. ¿No es cierto? Aquella Sociedad de Naciones que un día fue crucificada, hoy, *[silencio en la cinta]* ha resucitado en las Naciones Unidas. Woodrow Wilson quizás murió infeliz y decepcionado porque los hombres carecían de la visión para darse cuenta[*]. No tuvieron la visión para perseverar. Pero hoy existen las Naciones Unidas, que no son más que la antigua Sociedad de Naciones a mayor escala. Y antes de que pueda haber paz en este mundo, debemos recurrir a instrumentos como las Naciones Unidas y desarmar a todo el mundo y desarrollar un poder policial mundial para que ninguna nación posea bombas atómicas o de hidrógeno de destrucción. Esa es nuestra esperanza, ¿no es cierto? Un día fue enterrada, pero ahora ha resucitado. Hace años, allá por 1896, se crucificó una doctrina, la doctrina de la justicia, la doctrina de tratar a los hombres por igual. La doctrina de la integración fue crucificada. Hubo un hombre, el Juez [John Marshall] Harlan, que fue crucificado junto con ella. Supongo que condenado porque dio un voto discrepante cuando se emitió la decisión de *Plessy vs. Ferguson*[†]. Pero gracias a Dios, llegó el 17 de mayo de 1954 y resucitó[‡]. En una decisión unánime del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, una opinión minoritaria de 1896 se convirtió en una opinión mayoritaria en 1954. ¿Qué nos dice esto? La cruz nos revela que, en última instancia, los idealistas poco prácticos de ayer se convierten en los realistas prácticos de hoy. La cruz nos revela que lo que ayer era una opinión minoritaria mañana se convertirá en una opinión mayoritaria, y el mundo olvida que alguna vez la pisoteó porque se levantará con una nueva verdad, un nuevo significado y una nueva belleza. Eso es lo que nos dice la cruz. Nos trae esperanza.

Por eso, en la mañana de hoy, no nos desilusionemos. No perdamos la fe. Nos han crucificado muchas veces. Nos han enterrado en muchas tumbas: la tumba de la inseguridad económica, la tumba de la explotación, la tumba de la opresión.

Hemos visto cómo se pisotea la justicia y se crucifica la verdad. Pero en la mañana de hoy estoy aquí para decirles que la Pascua nos recuerda que no será así para siempre. Nos recuerda que Dios tiene una luz que puede brillar en medio de las tinieblas. Y que puede hacer brotar toda la luz del día de la oscuridad de la medianoche.

Termino con esta pequeña anécdota de hace unas semanas, hará unos cuatro domingos. La Sra. King y yo viajamos a una ciudad de la India llamada Trivandrum. Es una ciudad que está en el último estado, el punto más meridional de la India. Y luego fuimos desde Trivandrum hasta un lugar conocido como Cabo Comorín. Ahí termina la tierra firme de la India y comienzan las vastas y ondulantes aguas del océano. Es uno de los lugares más bellos de todo el mundo. El lugar donde confluyen tres grandes masas de agua en todo su majestuoso esplendor: el golfo de Bengala, el mar Arábigo y el océano Índico.

Recuerdo que aquella tarde salimos y nos sentamos en una roca que sobresalía un poco hacia las aguas, hacia el océano. Contemplamos las olas de esas grandes masas de agua desplegarse en procesión casi rítmica. Luego contemplamos el hermoso cielo, toda su radiante belleza. Entonces miramos al sol, que parecía una gran bola cósmica de fuego; empezaba a ponerse. Y ya saben que al ponerse el sol se ve esa fusión resplandeciente de colores tan característica de los atardeceres. Lo observamos. Se puso. Estábamos sentados en aquella roca, golpeada por las olas, mirando al sol. Y ese sol empezó a bajar y bajar, y parecía que se hundía en el mismísimo océano. Por fin el sol se puso por completo, de modo que ya no podíamos verlo. Empezó a ponerse un poco oscuro y brumoso. Entonces, justo en ese momento, me giré y le dije a Coretta: «Pero mira, hay otra luz». Era la luz de la luna sobre el este. Y es interesante porque ese es, como he dicho, uno de los lugares más hermosos de todo el mundo. Y ese resultó ser uno de esos días de luna llena. Y ese es uno de los pocos lugares en todo el mundo donde se pueden ver al mismo tiempo la puesta de sol y la salida de la luna. Al ver eso, se me ocurrió algo que tuve que compartir con Coretta y con el Dr. Reddick y con las demás personas

que nos acompañaban en ese momento. Me dije que había algo allí que es una analogía de la vida.

A menudo llegamos a esos momentos en los que oscurece. Parece que la luz de la vida se ha apagado. La luz del día se desplaza fuera de nuestro ser y de lo que nos queda de fe. Nos sentimos desilusionados y confundimos y sucumbimos a la desesperación. Pero si miramos a nuestro alrededor descubriremos que Dios tiene otra luz. Y cuando la descubrimos, no tenemos que caminar en la oscuridad. Lo he visto muy a menudo en mi experiencia personal. Porque cuando había oscuridad y tragedia a mi alrededor, cuando parecía que la luz del día se había apagado, cuando estaba oscuro por doquier y la luz del sol desaparecía, hallé la fuerza suficiente en mí ser para girarme y descubrir que Dios tiene otra luz. Este sería un universo trágico si Dios no tuviera más que una luz. Pero llegué a ver, como no lo había hecho antes, que Dios tiene otra luz, una luz que puede guiarnos a través de la oscuridad de cualquier medianoche. ¿Están desilusionados esta mañana? ¿Están confundidos respecto a la vida? ¿Alguien los ha decepcionado? ¿Han enterrado sus sueños y esperanzas más sublimes? ¿Están a punto de sucumbir a la desesperación? Yo les digo: «No se rindan porque Dios tiene otra luz, y es la luz que puede brillar en medio de la oscuridad de mil medianoches». Eso es lo que nos dice la cruz. Nos recuerda que cuando los hombres apagan la luz del sol, Dios tiene la luz de la luna. Y por más oscuro que esté, Dios permanece con todo su poder. Se apagó la luz el Viernes Santo, pero Dios la volvió a encender la mañana de Pascua. La luz se ha apagado tantas veces en la historia. He visto a imperios, reyes y gobernantes apagarla. Pero Dios tiene otra luz. Vayan por los valles, entre los arbustos y por los caminos y díganles a los hombres que Dios tiene otra luz. Que podrán apagar la luz, pero Él tiene otra luz. Y entonces descubrirán que Él mismo enciende esa luz que volvió a apagarse.

Por último, pensé que aquella luz que se apagaba en la India se encendía en Montgomery, Alabama. En el momento en que la luz se apagaba en la India, la luz del sol se levantaba en Montgomery porque hay doce horas de diferencia. E incluso esa misma luz que se

encenderá en Montgomery y se apagará, volverá a encenderse en la India. No podemos tapar las luces de Dios. Él las manipula y las controla. Y jamás tendremos que caminar en la oscuridad porque Dios tiene una luz para la noche y una luz para el día, y Él las controla a ambas. Esa es nuestra esperanza. Eso es lo que nos dice la Resurrección. Eso es lo que nos dice la Pascua. Y eso es lo que descubrí mientras caminaba por aquella tierra santa y me detuve al lado de esa cruz.

Sean obedientes, no solo a las leyes externa escritas, sino a las leyes internas escritas en sus corazones; obedezcan a lo que no se les puede obligar. No solo eso, agradézcanle a Dios Su amor. Y aun así no podrán pagárselo. Porque cuando contemplamos esa maravillosa cruz en la que murió el príncipe de la gloria, hay algo que nos recuerda que no debemos contar nuestras ganancias, sino nuestras pérdidas y derramar desdén sobre nuestro orgullo. E incluso después nos encontraremos diciendo: «Si todo el reino de la naturaleza fuera mío, sería un regalo demasiado pequeño». Un amor tan asombroso, tan divino, exige mi vida y mi todo*. Y no solo eso. Sepan que Dios tiene el universo en Sus manos. Y por eso, la segregación morirá algún día. Y por eso, todas las naciones de África serán libres algún día. Hace varios años, cuarenta años, solo dos eran libres: Liberia y Etiopía. Hoy se han sumado ocho, y en 1960 se sumarán algunas más: Nigeria, Togo, Camerún y Somalia*. Y predigo que, en quince años, todas serán libres, y no habrá una sola potencia colonial en ningún lugar de este mundo. ¿Por qué? Porque Dios lleva las riendas del universo en Sus manos, y cuando la luz se apaga a una hora, se enciende a otra con el poder de Su ser. Y esa es la esperanza que puede mantenernos en pie y evitar que en nuestro andar por el camino de la vida nos desanimemos. Oremos. Oh, Dios nuestro y misericordioso *[La grabación se interrumpe.]*

18 DE ABRIL DE 1959

Discurso en la Marcha de la Juventud por las Escuelas Integradas

FRAGMENTO DEL DISCURSO EN EL MONUMENTO A WASHINGTON

Washington D. C.

«Conviértanse en luchadores dedicados por los derechos civiles. . . . Les dará esa rara sensación de nobleza que solo puede brotar del amor y de la ayuda desinteresada al prójimo».

King se dirigió a 26 000 estudiantes universitarios y de secundaria que habían viajado desde todo el país para marchar en apoyo a la decisión del Tribunal Supremo de 1954 de eliminar la segregación en las escuelas. En el fragmento del discurso que se presenta aquí habla de lo esperanzado que se sentía de ver un mar de rostros blancos y Negros, y de lo que el futuro podía deparar.

[Fragmento]

. . .A medida que se acerca junio, con sus ceremonias y discursos de graduación, se me ocurre una idea. Oirán hablar mucho de carreras, seguridad y prosperidad. Dejaré la discusión de esos asuntos a sus decanos, directores y compañeros más destacados. Pero sí tengo una reflexión de graduación que transmitirles. Sea cual sea la carrera que elijan —medicina, abogacía, enseñanza—, permítanme proponerles una afición. Conviértanse en dedicados luchadores por los derechos civiles. Conviertan eso en una parte central de su vida.

Los hará mejores médicos, mejores abogados, mejores maestros. Enriquecerá su espíritu como nada más podría hacerlo. Les dará esa rara sensación de nobleza que solo puede brotar del amor y de la ayuda desinteresada al prójimo. Hagan de la humanidad una carrera. Comprométanse con la noble lucha por la igualdad de derechos. Harán de sí mismos personas más grandes, harán de su país una nación más grande y harán del mundo un lugar mejor donde vivir.

11 DE DICIEMBRE DE 1960

Las tres dimensiones de una vida plena

SERMÓN EN LA IGLESIA UNITARIA DE GERMANTOWN

Filadelfia, Pensilvania

«Antes de poder amar a los demás como es debido, debemos amarnos a nosotros mismos como es debido».

En 1960, King, desconsolado por tener que partir, abandonó la Iglesia Bautista de Dexter Avenue en Montgomery para unirse a su padre como pastor asociado de la Iglesia Bautista Ebenezer en Atlanta, Georgia, lo que lo situaría más cerca de la sede de la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur. Este sermón fue el mismo que pronunció cuando predicó por primera vez en Ebenezer tras incorporarse al pastorado y pronunció una versión más corta en su audición para ser pastor de la Iglesia Bautista de Dexter Avenue.

Reverendo [Max Franklin] Daskam y miembros y amigos de esta gran iglesia, damas y caballeros*. No tengo que detenerme para decir lo encantado que estoy de estar aquí hoy y de estar con ustedes y con esta comunidad y de tener la oportunidad de compartir este gran púlpito ecuménico. Siempre es un verdadero placer volver a Filadelfia y a esta región. Nunca me siento extranjero cuando vuelvo porque viví en esta comunidad unos tres años y fui estudiante en el seminario teológico*. En aquella época conocí a mucha, mucha gente de esta región y siento que tengo amigos

auténticos en Filadelfia. Así que siempre es una experiencia gratificante volver a esta región. Y es un gran placer estar en este púlpito, y quiero expresar mi agradecimiento personal al Reverendo Daskam por extenderme la invitación.

Y en la mañana de hoy me gustaría que reflexionaran conmigo sobre el tema: «Las tres dimensiones de una vida plena». Las tres dimensiones de una vida plena. Hace muchos, muchos siglos, un hombre llamado Juan estaba encarcelado en una isla solitaria y oscura llamada Patmos. Mientras se hallaba en esa situación, Juan imaginó que veía a la nueva Jerusalén descender del cielo desde Dios. Una de las mayores glorias de esa nueva ciudad de Dios que vio Juan fue su plenitud. No era parcial y unilateral, sino plena en sus tres dimensiones. Por eso, al describir la ciudad en el capítulo XVI del libro del Apocalipsis, Juan dice lo siguiente: «Medía lo mismo de largo que de ancho»[†]. En otras palabras, esa nueva ciudad de Dios, esa ciudad de la humanidad ideal no es un ente desequilibrado, sino que está completo por todos lados. Y Juan está diciendo algo muy importante aquí. [Para] muchos de nosotros el Apocalipsis es un libro difícil de descifrar. Lo vemos como una especie de enigma envuelto en misterio. Y supongo que el libro del Apocalipsis puede ser un libro difícil envuelto en misterios impenetrables si aceptamos todo lo que aparece en el libro como un registro de sucesos históricos reales. Pero si miramos más allá de la peculiar jerga de su autor, lo que los teólogos llaman el simbolismo apocalíptico predominante, encontraremos allí muchas verdades eternas que confrontamos siempre, y una de esas verdades es la verdad de ese texto. Porque lo que Juan está diciendo es lo siguiente: que la vida en su mejor forma y la vida como tendría que ser es tridimensional; está completa por todos lados. Así pues, hay tres dimensiones de cualquier vida plena, a las que podemos sin duda nombrar con las palabras de ese texto: longitud, amplitud y altura[*].

La longitud de la vida, tal como la utilizaremos aquí, no es la longevidad, su duración, no es cuánto dura, sino un impulso, el impulso de una vida hacia adelante para alcanzar sus fines y

ambiciones personales. Es la preocupación interior por el propio bienestar. La amplitud de la vida es la preocupación exterior por el bienestar de los demás. La altura de la vida es la forma en que se extiende hacia Dios. Esas son las tres dimensiones. Por un lado, encontramos a la persona individual; por otro lado, encontramos a otras personas; y en la cima encontramos a la persona suprema e infinita. Las tres deben trabajar juntas; deben concatenarse en una vida individual si esa vida ha de ser plena, pues la vida plena es la vida tridimensional.

Ahora, pensemos, en primer lugar, en la longitud de la vida, y esa es la dimensión de la vida, como he dicho, en la que el individuo se ocupa de desarrollar sus poderes interiores. En cierto sentido, esa es la dimensión egoísta de la vida. Existe tal cosa como el interés propio racional, sano y moral. Si un individuo no se preocupa por sí mismo, no puede preocuparse de verdad por los demás. Hace algunos años, un brillante rabino judío, el difunto Joshua Liebman, escribió un libro titulado *Peace of Mind* [Tranquilidad]. Y hay un capítulo en ese libro que se titula «Ámate a ti mismo como es debido»[*]. En esencia, lo que dice en ese capítulo es lo siguiente: que antes de poder amar a los demás como es debido, tenemos que amarnos a nosotros mismos como es debido. Y muchas personas se han hundido en el abismo del fatalismo emocional porque no se aman a sí mismas como es debido. Así pues, tenemos una obligación legítima: preocuparnos por nosotros mismos. Tenemos la obligación legítima de salir a la vida y ver para qué hemos sido creados, encontrar ese centro de creatividad, porque todos tenemos un centro de creatividad que busca brotar y tenemos la responsabilidad de descubrirlo, de descubrir esa obra de vida.

Entonces, una vez que descubrimos para qué hemos sido creados, qué estamos llamados a hacer en la vida, debemos empezar a hacerlo con todas las fuerzas y todo el poder que podamos reunir. Los individuos deben intentar realizar su labor en la vida tan bien que no haya un ser vivo, muerto o por nacer que pueda realizarla mejor. Debemos verla como algo que tiene una importancia cósmica; no importa lo pequeña que sea o lo

insignificante que nos inclinemos a sentir que es, debemos comprender que tiene una gran importancia, que es para la edificación de la humanidad. Así pues, para llevarlo a un extremo, si a alguien le toca ser barrendero, debe intentar barrer las calles como Miguel Ángel tallaba el mármol, como Rafael pintaba sus cuadros. Debe intentar barrer las calles como Beethoven componía música o como Shakespeare escribía poesía. Debe tratar de barrer las calles tan bien que todas las huestes del cielo y de la tierra tengan que detenerse y decir: «Aquí vivió un gran barrendero e hizo bien su trabajo»[*]. Y creo que eso es lo que Douglas Malloch quiso decir cuando afirmó: «Si no puedes ser un pino en lo alto de la colina, sé un arbusto en el valle; pero sé el mejor arbusto de la orilla del arroyo; sé un arbusto si no puedes ser un árbol». Si no puedes ser una carretera, sé un sendero; si no puedes ser el sol, sé una estrella, pues no es tu tamaño lo que te hará ganar o fracasar; sé lo mejor en lo que seas»[†]. Ese poder de descubrir para qué hemos sido creados, ese impulso hasta el final de la realización personal, la longitud de la vida de un hombre.

No debemos detenernos aquí. Es peligroso detenerse en la longitud de la vida. Algunas personas nunca superan esa primera dimensión de la vida. A menudo son personas brillantes. Desarrollan sus poderes interiores. Desempeñan sus tareas de una forma extraordinaria. Viven la vida como si no existiera nadie más en el mundo. Los demás se convierten en simples medios a través de los cuales escalan hacia sus fines personales o hacia sus ambiciones personales. Su amor es solo un amor utilitario. No hay nada más trágico en la vida que encontrar a un individuo sumido en la longitud de la vida, desprovisto de su amplitud.

La amplitud de la vida es la preocupación exterior por el bienestar de los demás. Debo decirles esta mañana que a menos que un individuo pueda elevarse por encima de los estrechos confines de sus preocupaciones individualistas hasta las preocupaciones más amplias de toda la humanidad, no habrá empezado a vivir siquiera[*]. Ustedes recuerdan que un hombre se acercó un día a Jesús para plantearle algunas preguntas serias;

estaba interesado por la vida y su sentido eterno. Por fin le hizo la pregunta: «¿Y quién es mi prójimo?»[†]. Ahora bien, aquello pudo haber acabado con facilidad en una especie de debate filosófico, en una discusión abstracta. Al instante, Jesús agarró esa pregunta al vuelo y la lanzó en una curva peligrosa entre Jerusalén y Jericó. Habló de un hombre que cayó en manos de unos ladrones. Tres hombres pasaron por su lado, ustedes lo recuerdan. Uno era un levita; el otro, un sacerdote. Ambos siguieron de largo; no se detuvieron a ayudar al hombre. Y por fin se acercó un hombre de otra raza. El samaritano, lo recuerdan. Se detuvo, le prestó primeros auxilios y ayudó al hombre necesitado. Jesús da a entender que ese samaritano era bueno, que era grande, porque tenía la capacidad de proyectar el «yo» en el «tú».

Ahora bien, cuando leemos esta parábola tendemos a usar mucho nuestra imaginación. Yo lo hago cada vez que la leo. Empezamos a preguntarnos por qué no se detuvo el sacerdote y por qué no se detuvo el levita. Pues bien, cuando empezamos a usar nuestra imaginación encontramos muchas razones. Es posible que estuvieran ocupados y que anduvieran con mucha prisa porque tenían que asistir a alguna reunión eclesiástica. Esa es una posibilidad. Y no tenían tiempo; tenían que llegar allí a tiempo; no querían llegar tarde; creían que sus deberes eclesiásticos eran más importantes. También existe la posibilidad de que se dirigieran a Jericó para organizar a la Sociedad de Fomento de la Carretera de Jericó. Esa es otra, una posibilidad concreta.

Pues bien, hay otra posibilidad en la que pienso a menudo cuando pienso en esta parábola. Es muy posible que esos hombres tuvieran miedo. El camino de Jericó es un camino peligroso. Hace unos meses, la Sra. King y yo estuvimos en Jerusalén, alquilamos un automóvil y recorrimos la carretera de Jerusalén a Jericó[*]. Y mientras recorríamos ese camino —un camino sinuoso, lleno de curvas— le dije que no me costaba entender por qué Jesús lo había usado como escenario de la parábola, porque ese camino tiene algo de peligrosidad, y es propicio para los robos. Aquí está Jerusalén, a unos 800 metros sobre el nivel del mar, y aquí está Jericó, a unos

300 metros bajo el nivel del mar, y esa distancia se recorre en unos 25 o 26 kilómetros. Un camino empinado, peligroso, sinuoso, por lo que es probable que el sacerdote y el levita tuvieran un poco de miedo. Los ladrones podían estar aún por allí, y ellos [el sacerdote y el levita] se habrán preguntado lo siguiente. Puede que sigan allí; o puede que el hombre que está en el suelo esté fingiendo y solo quiera llevarnos hasta ahí para robarnos. Quizás la primera pregunta que se hizo el sacerdote o la primera pregunta que se hizo el levita fue: «Si me detengo a ayudar a este hombre, ¿qué me pasará a mí?». Entonces se acercó el buen samaritano y, dada la naturaleza de su interés, invirtió la pregunta: «Si no me detengo a ayudar a este hombre, ¿qué le pasará a él?»[†]. Y por eso fue un gran hombre, porque estaba mentalmente equipado para un altruismo peligroso. Fue un gran hombre porque no solo había ascendido a las alturas de la seguridad económica, sino porque pudo descender hasta las profundidades de la necesidad humana. Fue un gran hombre porque descubrió en su propia vida que el más importante entre ustedes será siervo de los demás[*].

Ahora bien, este texto tiene mucha relevancia, toda esa cuestión de la amplitud de la vida tiene mucho que ver con la crisis en las relaciones raciales que enfrentamos en nuestra propia nación. Estoy convencido de que los problemas que enfrentamos en el Sur hoy en día provienen del hecho de que demasiados de nuestros hermanos blancos se preocupan solo por la longitud de la vida en lugar de por la amplitud de la vida; se preocupan por su supuesto estilo de vida; se preocupan por perpetuar una posición económica privilegiada; se preocupan por preservar una especie de estatus y poder políticos; se preocupan por preservar un supuesto estatus social. Cuando examinamos esos problemas, nos decimos: si tan solo le añadieran amplitud a la longitud, la dimensión de la generosidad a la dimensión del egoísmo, las discordancias en el Sur se convertirían en una hermosa sinfonía de fraternidad.

Por ejemplo, la Nueva Orleans de hoy, ¿qué vemos allí? Encontramos a cientos, cientos y miles de personas envenenadas por el odio. Encontramos un cuerpo legislativo que usa todos los

miedos y las emociones de la gente para mantenerla confundida[†]. En muchos casos, a esos líderes políticos solo les interesa perpetuar su poder político. Así pues, en los estados del Sur vemos a un sinfín de dirigentes irresponsables, que se sirven de eso mismo para mantener a la gente confundida y alentar sus temores a fin de resultar electos; se interesan tan solo por la longitud de la vida, no por su amplitud. Como ven, en realidad el propio sistema de segregación es erróneo porque se basa en la cuestión de la longitud y no de la amplitud; es exclusivo y no inclusivo. La segregación es errónea porque sustituye la relación yo-tú por una relación yo-eso[*]. La segregación es errónea porque relega a las personas a la condición de cosas. La segregación es errónea porque supone que Dios se equivocó y estampó un sello de inferioridad a ciertas personas por el color de su piel[†]. Por lo tanto, todos los hombres de buena voluntad tienen la obligación moral de trabajar con asiduidad para extirpar esa enfermedad cancerosa del cuerpo de nuestra nación. Hay que trabajar no solo para responder al desafío comunista, aunque sería conveniente hacerlo por la vía diplomática. Hay que trabajar no solo para atraer a los pueblos asiáticos y africanos, aunque sería conveniente atraerlos. En última instancia, la segregación y la discriminación deben desaparecer de nuestra nación porque son moralmente erróneas. Entran en conflicto con todos los nobles principios de nuestra herencia judeocristiana. Hay que eliminarlos porque son erróneos en su esencia.

No quiero dar la impresión de que los individuos que luchan para eliminar el sistema y los que han estado en el extremo oprimido del antiguo orden no deban interesarse por la amplitud. Pero me doy cuenta de que muy a menudo en la historia, cuando los oprimidos se levantan contra lo que los oprimen, se preocupan demasiado por la longitud. Estoy convencido de que los que hemos estado en el extremo oprimido del antiguo orden tenemos la misma responsabilidad que cualquiera de interesarnos por la amplitud. Por eso creo con tanta firmeza en la no violencia. Nuestro objetivo no debe ser tan solo conseguir derechos para los Negros o derechos para la gente de color. Si solo nos interesamos por eso, buscaremos

pasar de una posición de desventaja a una de ventaja, subvirtiendo así la justicia. El objetivo nunca debe ser ese, sino lograr la democracia para todos. Y esa es la razón por la cual discrepo con tanta vehemencia de cualquier filosofía de supremacía Negra, pues estoy convencido de que a Dios no le interesa solo la libertad de los Negros, de los hombres de piel marrón y de los de piel amarilla. A Dios le interesa la libertad de todo el género humano, la creación de una sociedad en la que todos los hombres vivan juntos como hermanos y en la que cada hombre respete la dignidad y el valor de toda la personalidad humana. Y una doctrina de supremacía blanca solo se interesa por la longitud de la vida, no por su amplitud. Así pues, el objetivo del Negro nunca debe ser derrotar o humillar al hombre blanco, sino ganarse su amistad y su comprensión.

Como he dicho, la tensión a la que nos enfrentamos hoy en los Estados Unidos no es tanto una tensión entre Negros y blancos, sino entre la justicia y la injusticia, una lucha entre las fuerzas de la luz y las fuerzas de la oscuridad. Y de haber una victoria, será una victoria no solo para 17 o 18 millones de Negros. Será una victoria para la democracia, una victoria para la justicia, una victoria para la libertad. Y admiro mucho a esos cientos y miles de estudiantes de todo nuestro Sur, no solo porque trabajan por fines constructivos, sino porque han decidido utilizar medios que apuntan a la amplitud. Durante todos estos meses han tomado los profundos gemidos, los apasionados anhelos del pueblo Negro y los han filtrado en sus propias almas, transformándolos en una protesta creativa, que es una epopeya ya conocida en toda nuestra nación. Sí, se han movido en una órbita significativa de un modo singular, [¿impartiendo?] luz y calor a satélites distantes. Y estoy convencido de que, cuando se escriban los libros de Historia, los historiadores tendrán que registrar este movimiento como una de las epopeyas más significativas de nuestro legado no solo porque tiene fines humanitarios, sino también porque usa medios humanitarios.

Y este texto no tiene que ver solo con nuestra lucha en los Estados Unidos en el ámbito de las relaciones raciales, tiene mucho que ver también con la crisis del mundo en las relaciones internacionales. Este texto nos dice en esencia que cada nación

debe preocuparse por las demás naciones. Hoy en día ninguna nación puede vivir aislada. Ahora vivimos en un mundo que es uno en el sentido geográfico. Tenemos la tarea de hacerlo uno en el sentido espiritual. Hace unos meses, la Sra. King y yo viajamos a ese gran país del Lejano Oriente conocido como la India. Nunca olvidaré la experiencia; fue una experiencia de lo más gratificante, una que recordaré mientras se alarguen las cuerdas de la memoria, la experiencia de hablar con los grandes líderes del gobierno. Conocer a cientos y miles de personas de toda la India fue una experiencia de lo más gratificante. Y esta mañana les digo que hubo momentos deprimentes. ¿Cómo puede uno evitar deprimirse cuando ve con sus propios ojos a millones de personas que se acuestan con hambre por la noche? ¿Cómo puede uno evitar conmoverse y preocuparse cuando ve con sus propios ojos a millones de personas durmiendo en las aceras por la noche? Solo en Calcuta, más de un millón de personas duermen cada noche en las aceras. En Bombay, más de 500 mil personas duermen cada noche en las aceras, no tienen hogares donde vivir ni camas donde dormir. ¿Cómo puede uno evitar deprimirse si descubre que, de los 400 millones de habitantes de la India, más de 350 millones tienen ingresos anuales inferiores a 60 dólares? La mayoría de esas personas nunca ha ido al médico ni al dentista. Muchas de esas condiciones existen porque durante muchísimos años esas personas han sufrido dominación política y explotación económica, han sido segregadas y humilladas por potencias extranjeras.

Mientras observaba esas condiciones, me preguntaba: ¿podemos en los Estados Unidos quedarnos de brazos cruzados y no preocuparnos? Pensé en el hecho de que gastamos millones de dólares al día en almacenar excedentes de alimentos, y empecé a pensar, yo sé dónde podríamos almacenar esos alimentos de forma gratuita: en los estómagos encogidos de los cientos y miles y millones de personas en todo el mundo que pasan hambre. Quizás en los Estados Unidos gastamos demasiado dinero en establecer bases militares en todo el mundo en lugar de establecer bases de auténtica preocupación y comprensión. Y lo único que digo es esto: que toda la vida está interrelacionada. De alguna manera, todos

estamos cosidos en el mismo tejido del destino, atrapados en una red ineludible de reciprocidad, donde lo que afecta a uno de forma directa afecta a todos de forma indirecta. Mientras haya pobreza en este mundo, nunca podremos ser ricos de verdad, aunque tengamos mil millones de dólares. Mientras proliferen las enfermedades y millones de personas tengan una expectativa de vida de 30 o 32 años a lo sumo, nunca podremos estar saludables del todo, aunque nos den un certificado de buena salud de la Clínica Mayo o del Hospital Johns Hopkins. Por extraño que parezca, yo nunca podré ser lo que debo ser hasta que ustedes sean lo que deben ser, y ustedes nunca podrán ser lo que deben ser hasta que yo sea lo que debo ser. Así está hecho el mundo; yo no lo hice así, pero así es. Y John Donne lo observó hace años y lo puso en términos gráficos: «Ningún hombre es una isla, entero en sí mismo; todo hombre es un pedazo del continente, una parte del todo». Y hacia el final dice: «La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque soy parte de la humanidad; por eso nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti»[*]. Solo cuando descubramos eso seremos capaces de dominar la amplitud de la vida.

Por último, existe otra dimensión. No debemos detenernos en la longitud y la amplitud. Hay otra dimensión. Ahora bien, algunas personas nunca pasan de las primeras dos. Son personas brillantes y, en muchos casos, aman a la humanidad. Se preocupan de forma activa por la sociedad. Se detienen ahí, así que buscan vivir la vida sin un cielo. Solo viven en el plano horizontal, sin preocuparse de veras por el plano vertical. Ahora sé que hay muchas razones por las cuales la gente descuida esa tercera dimensión, ese punto de alcanzar al Dios eterno[†]. Algunas personas, estoy seguro, tienen razones sinceras para no perseguir los fines de la tercera dimensión. Algunas personas se han asomado al mundo y se han percatado del mal en todas sus flagrantes y colosales dimensiones. Es lo que el poeta Keats llamó «la gigantesca agonía de la vida»[‡]. Se preguntan cómo es posible que un Dios bueno, que es al mismo tiempo un Dios todopoderoso, permita que exista tanto mal en el mundo. Así pues,

se encuentran atrapados en el problema del mal. Por eso acaban descuidando la tercera dimensión.

Y otros que se han indignado con la religión organizada y como resultado de su indignación con la religión organizada y con esas personas que afirman creer en Dios mientras viven en contra de todas las exigencias de la religión, han decidido que la tercera dimensión es una pérdida de tiempo. Y debemos admitir que, con demasiada frecuencia, la Iglesia ha sido la archiconservadora del *statu quo*. La Iglesia ha sido con demasiada frecuencia la institución que sirve para cristalizar las pautas de la sociedad a través de patrones a menudo perversos. ¿Cuántas veces hemos tenido en la Iglesia alta presión arterial de credos y anemia de hechos? La gente, al ver que tantas veces la Iglesia se ha proyectado en la sociedad sin conciencia social, ha decidido descuidar la tercera dimensión. Y luego hay otros a los que les cuesta cuadrar su visión intelectual del mundo con los dogmas a veces poco científicos de la religión.

Pero supongo que la mayor parte de la gente pertenece a otra categoría muy distinta. No son ateos teóricos; son ateos prácticos. No niegan la existencia de Dios con su mente y sus labios, sino que niegan la existencia de Dios en sus vidas. Porque, en muchos casos, algunas de esas otras personas que tienen dudas teóricas y dudas sinceras demuestran un compromiso más profundo porque, aunque niegan la existencia de Dios con sus mentes, en el fondo de sus corazones y en sus vidas afirman la existencia de Dios. Pero hay otro tipo de ateísmo que es mucho más perjudicial. Y así, hay muchas personas que han descuidado esa tercera dimensión solo porque se han involucrado demasiado en cosas *[salto en la cinta]* la civilización griega. . . creyendo de un modo inconsciente que solo aquello que podemos ver y tocar. . . aplican los cinco sentidos a su existencia*.

Pero a pesar de nuestra negación teórica, aún sentimos en la vida otro orden que se cierne sobre nosotros. A pesar de nuestras dudas, seguimos teniendo experiencias espirituales en la vida que no pueden explicarse en términos materialistas. A pesar de nuestra desmesurada adoración de las cosas, algo sigue recordándonos que las cosas eternas del universo son las que no se ven. Salimos por la

noche y miramos las hermosas estrellas que adornan los cielos como linternas oscilantes de eternidad y nos creemos que lo estamos viendo todo. Entonces algo nos dice: «Oh, no». Nunca podremos ver la ley de la gravitación que las mantiene allí. Miramos el bello edificio de esta iglesia, vemos su hermosa arquitectura y nos creemos que lo estamos viendo todo. Oh, no. Nunca podremos ver la mente del arquitecto que dibujó el plano; nunca podremos ver el amor, la fe y la esperanza de las personas que la construyeron. Ustedes miran aquí esta mañana y dirán: «Vemos a Martin Luther King». Lamento decepcionarlos. Solo ven mi cuerpo. No pueden ver mi mente; no pueden ver mi personalidad; no pueden ver el yo que me hace ser yo. Así que, en realidad, todo lo que vemos en esta vida es algo así como la sombra que proyecta lo que no vemos. Platón tenía razón: «Lo visible es la sombra de lo invisible».

Así pues, a pesar de nuestra negación, nos lo siguen recordando, ¿no será que Dios aún está por aquí? Y nuestros nuevos conocimientos no disminuirán ni un ápice Su ser. Nuestros nuevos desarrollos no podrán desterrar a Dios ni de la brújula microcósmica del átomo ni de los vastos e insondables abanicos del espacio interestelar. Vivimos en un universo en el que nos vemos obligados a medir la distancia estelar en años luz, confrontados por la extensión sin límite del universo en el que las estrellas están a 800 millones de miles de millones de kilómetros de la Tierra, en el que los cuerpos celestes viajan a una velocidad increíble y en el que las edades de los planetas se calculan en miles de millones de años. El hombre moderno se ve obligado a exclamar con el consuelo de antaño: «Cuando contemplo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que allí fijaste, me pregunto: "¿Qué es el hombre para que en él pienses? ¿Qué es el hijo del hombre para que lo tomes en cuenta?"»[*]. Y por eso es muy posible que Dios aún siga por aquí. Así pues, cultivemos la tercera dimensión, pues puede dar un nuevo sentido a la vida. Puede dar un nuevo impulso a la vida, y hablo por experiencia propia.

En los últimos años, las circunstancias me han obligado muchas veces a mantenerme de pie en medio *[inaudible]* del mar inquieto de

la vida*. Momentos de desilusión, los vientos helados de la adversidad a mi alrededor, pero siempre ha habido algo muy dentro de mí que me ha hecho seguir adelante, una extraña sensación de que no estamos solos en esta lucha, de que la lucha por la buena vida es una lucha en la que el individuo tiene una compañía cósmica. Tantas veces he podido caminar con mi gente y no cansarme nunca porque estoy convencido de que hay un gran encuentro de fe en la tierra prometida del universo de Dios†. Quizás San Agustín tenía razón: fuimos hechos para Dios; no estaremos tranquilos hasta que encontremos descanso en Él‡.

Ámate a ti mismo si eso significa interés propio racional, sano y moral. Se te ordena hacerlo; esa es la longitud de la vida. Ama a tu prójimo como a ti mismo. Se te ordena hacerlo; esa es la amplitud de la vida. Pero nunca olvides que hay un primer mandamiento aún mayor: «Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente»*. Esa es la altura de la vida. Cuando un individuo lo hace, vive una vida plena. Gracias, Dios, por Juan, que hace siglos captó la visión de la Nueva Jerusalén, y concédenos a los que tenemos que caminar por las calles y las carreteras de la vida que también captemos la visión de la Nueva Jerusalén, que decidamos avanzar hacia esa ciudad de vida plena en nuestras vidas individuales, en nuestras vidas nacionales, donde la longitud y la amplitud y la altura sean iguales.

Oremos. Dios eterno, Padre nuestro, te damos gracias por las intuiciones de antaño, por las intuiciones de los profetas y de los que han vivido cerca de ti. Concédenos que, a medida que sigamos viviendo, tratemos de desarrollar todas esas dimensiones que nos aportarán la plenitud. Concédenos que de alguna manera aprendamos a interesarnos por nosotros mismos, pero al mismo tiempo, danos ese gran interés por los demás. Al mismo tiempo, ayúdanos a interesarnos por ti y a adorarte en espíritu y en verdad†. Haz que de alguna manera lleguemos a la gran conclusión de que, a menos que tengamos las tres cosas, viviremos vidas incompletas. Amén.

16 DE SEPTIEMBRE DE 1962

Los niveles del amor

SERMÓN PRONUNCIADO EN LA IGLESIA BAUTISTA EBENEZER

Atlanta, Georgia

«El otro día hablaba con un hombre blanco en Albany, Georgia. . . Me dijo. . .: "Yo antes amaba a los Negros, pero ya no siento por ellos el mismo amor que antes" . . . .Y me dije a mí mismo: "Tú nunca has amado a los Negros *(así es)*, porque tu amor era un amor condicionado. Estaba condicionado a que el Negro permaneciera en su lugar, y en el momento en que se levantó como hombre para ser alguien, dejaste de amarlo porque tu amor era un amor utilitario, que surgió de los oscuros días de la esclavitud y de casi cien años de segregación"».

Este sermón repite ideas que King ya había expresado antes, pero las reúne en una visión general del amor. El verano anterior había estado encarcelado dos semanas por participar en una vigilia de oración en Atlanta, Georgia.

Espero que en este momento no pronuncien una palabra a menos que esa palabra esté dirigida a Dios. Por lo pronto se elevarán por encima del miasma y el ajetreo de la vida cotidiana y centrarán su visión en esas verdades eternas, esos valores eternos que deben de conformar nuestro destino. La vida es difícil. Es el camino que recorremos, pero al recorrer este camino nos topamos con lugares escabrosos. En algunas partes, el camino es sinuoso; tiene numerosas curvas; tiene tramos empinados; y nos esforzamos para remontar las colinas. A veces es doloroso; a veces es agotador. Pero

[¿de alguna manera?] tenemos fe y creemos que, aunque el camino de la vida sea sinuoso, escabroso y difícil, podremos atravesarlo si Dios nos guía y nos conduce. Seguimos adelante con esa fe, y podemos seguir adelante. Podemos sonreír cuando otros a nuestro alrededor sucumban a la desesperanza. Dirígeme. Guíame. Acompáñame en el camino de la vida.

Abramos ahora nuestros corazones y nuestros espíritus mientras escuchamos las palabras del coro. *[El coro canta.]*

En la mañana de hoy quisiera continuar la serie de sermones que he estado predicando sobre el amor. Esta mañana predicaré un sermón que pronuncié desde este mismo púlpito hace unos dos años, pero sobre el que he tenido ocasión de reflexionar un poco más[*]. Y espero que aclare algunos de los asuntos que hemos estado discutiendo en los dos sermones anteriores. Recuerdan que empezamos la serie predicando sobre el tema «Amar a nuestros enemigos». El segundo sermón de la serie fue «El amor en acción», que se basa en la oración de Jesucristo en la cruz: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»[†].

Y en la mañana de hoy me gustaría utilizar como tema «Los niveles del amor» para intentar exponer el significado de los distintos tipos de amor. Está claro que no hay palabra en la lengua inglesa más conocida que la palabra «amor». Y sin embargo, a pesar de nuestra familiaridad con la palabra, es una de las más incomprendidas. En cierto sentido es un término ambiguo. Y a menudo nos confundimos cuando empezamos a analizar el significado del amor y cuando intentamos definirlo. Y creo que gran parte de la confusión se debe a que mucha gente cree que el amor puede definirse en una sola categoría, en un solo patrón, en un solo tipo. Pero para comprender el amor, su significado y sus múltiples facetas, sus cualidades, debemos comprender que el amor tiene niveles. Y eso es lo que quisiera proponer esta mañana como tesis e intentar exponer esos diversos niveles del amor.

En primer lugar, está lo que yo llamaría el amor utilitario. Ese es el nivel más básico del amor. En él uno ama al otro porque le resulta útil. El individuo ama a las personas que puede utilizar. Gran parte

de la amistad se basa en eso, y por lo tanto es una pseudo amistad sin significado, porque se basa en la idea de utilizar al objeto del amor. *[Congregación: así es.]* Hay algunas personas que nunca llegan más allá del nivel del amor utilitario. Ven a otras personas como meros peldaños por los que pueden ascender hacia sus fines y ambiciones personales y en cuanto descubren que ya no pueden utilizar a esas personas, se desvinculan de ellas, pierden *(muy bien*) ese afecto que antes sentían hacia ellas. *(Así es)*

Podemos ver sin dificultad cuál es el problema inherente a ese tipo de amor. Primero: se funda en el verdadero egoísmo, porque en realidad la persona que se dedica al amor utilitario solo se está amando a sí misma *(así es)* a través de otra persona. El segundo problema es que acaba despersonalizando a las personas. El gran filósofo Immanuel Kant dijo, en lo que llamó su imperativo categórico, que «todo hombre debe vivir de tal modo que trate a todos los demás hombres como un fin y nunca como un medio»[*]. Kant tenía algo de razón en ese sentido, porque en el momento en que utilizamos a una persona como medio la despersonalizamos, y esa persona se convierte en un mero objeto. Eso es lo que hacemos con las cosas. Usamos las cosas, y siempre que utilizamos a alguien, en nuestras propias mentes estamos cosificando a esa persona. Un gran filósofo judío llamado Martin Buber escribió un libro titulado *Yo y tú*, y en ese libro dice que la vida en su mejor expresión siempre está en el nivel del «yo-tú» y cuando se degenera al nivel del «yo-eso», se vuelve peligrosa y terrible[†]. Siempre que tratamos a las personas no como a un tú, siempre que tratamos a un hombre no como a un él, a una mujer no como a una ella, sino como a un eso, los convertimos en una cosa, y esa es la tragedia de este nivel del amor. Esa es la tragedia de la segregación racial. En última instancia, la segregación es errónea no solo porque ocasiona inconvenientes físicos, no solo porque mantiene a las personas segregadas en una situación de inferioridad, sino porque, en última instancia, sustituye la relación «yo-tú» por una relación «yo-eso», y relega a las personas a la condición de cosas. Ese es el amor utilitario. Y el otro

problema es que siempre es un amor condicionado; y el amor en su máxima expresión es siempre incondicional.

El otro día hablaba con un hombre blanco en Albany, Georgia, y cuando nos pusimos a conversar me dijo: «Lo que más me preocupa de este movimiento es que está creando mucha tensión, y teníamos unas relaciones raciales muy pacíficas y armoniosas». Y luego continuó diciendo: «Yo antes amaba a los Negros, pero ya no siento por ellos el mismo amor que antes. Yo solía dar dinero a las iglesias negras. Incluso al hombre que trabajaba para mí, le daba algo extra cada año; le regalaba un traje. Pero ahora no siento lo mismo. Ya no amo a los Negros como antes». Y me dije a mí mismo: «Tú nunca has amado a los Negros *(así es)*, porque tu amor era un amor condicionado. Estaba condicionado a que el Negro se quedara en su lugar, y en el momento en que se levantó como hombre para ser alguien, dejaste de amarlo porque tu amor era un amor utilitario, que surgió de los oscuros días de la esclavitud y de casi cien años de segregación». Eso es lo que el sistema ha hecho, como ven. *(Sí)* Es el nivel más burdo del amor. El amor utilitario es el nivel más bajo del amor.

Sin embargo, hay otro tipo de amor, que es el amor verdadero, y ahora nos elevamos al amor genuino, significativo y profundo. Se explica con la palabra griega eros. Platón utilizaba mucho esa palabra en sus diálogos como una especie de anhelo del alma por el reino de lo divino. Pero ahora lo vemos como un amor romántico, y hay algo hermoso en el amor romántico. Cuando alcanza su apogeo, no hay nada más hermoso en todo el mundo. El amor romántico se eleva por encima del amor utilitario en el sentido de que tiene cierto grado de altruismo, pues una persona que ama de verdad con amor romántico moriría por el objeto de su amor. Una persona que está comprometida con el verdadero amor romántico haría cualquier cosa por satisfacer al objeto de ese amor, el gran amor. Hemos leído sobre él en todas las bellezas de la literatura, ya sea antigua o medieval. Podemos leer sobre él en Romeo y Julieta, Antonio y Cleopatra, Tristán e Isolda; la belleza del amor romántico. Edgar Allan Poe habla de él en su hermoso poema «Annabel Lee», donde

el amor se envuelve en un halo de eternidad[*]. Ya les he citado esas grandes palabras de Shakespeare que explican la belleza del amor romántico:

> *. . .No es el amor,*
> *que enseguida se altera, cuando descubre cambios*
> *o tiende a separarse de aquel que se separa.*
> *El amor es igual que un faro inamovible,*
> *que ve las tempestades y no es zarandeado.*
> *Es la estrella que guía la nave a la deriva*[†]*.*

Ah, es un amor hermoso. Hay algo en el amor romántico que lo eleva por encima del burdo nivel del amor utilitario.

Pero debo advertirles que el amor romántico no es el amor más elevado. Y eso nunca debemos olvidarlo. Con toda su belleza, no puede ser la forma más elevada del amor porque es en esencia egoísta. A menudo es difícil entenderlo, pero es cierto. Uno ama a una amante porque hay algo en esa persona que le atrae. Si eres un hombre, puede ser que te atraiga el aspecto de ella. Puede ser su forma de hablar. Puede ser su resplandeciente feminidad. Pueden ser sus cualidades intelectuales. Pueden ser otras cualidades físicas; ella tiene algo que nos atrae. Si eres una mujer, puede que haya algo en ese hombre que te atraiga, y aunque no puedas expresarlo con palabras, acabas diciendo: «No sé muy bien qué es, pero sé que me inquieta». *[Risas]* Ese es, ese es el amor romántico. Es un amor egoísta. Y a pesar de toda su belleza, nunca podrá considerarse la más alta calidad del amor.

Pues bien, existe otro tipo de amor, que sin duda está al mismo nivel que el amor romántico, y es el amor de madre. *(Así es)* Oh, cuando la vida lo presenta en todo su esplendor, nos regala algo que nunca olvidamos, pues no hay nada más hermoso que el cuidado amoroso, la tierna preocupación y la paciencia *(así es)* de una verdadera madre. *(Así es)* Es un gran amor, y la vida sería fea sin él. El amor de madre trae la luz del sol a los lugares oscuros. *(Sí)* Y hay algo en ese amor que nunca se rinde. *(Amén, así es)* El hijo podrá deambular por algún país lejano, extraño y oscuro, pero siempre estará esa madre que aguarda por él *(sí, Señor)* y su mente incluso

viajará a ese país lejano. *(Sí, Señor)* No importa cuánto se equivoque, no importa cuán bajo caiga un hijo, si es una madre de verdad, lo seguirá amando. *(Alabado sea, Señor)* Qué hermoso es. *(Oh, sí)* También se ha escrito sobre él, en un lenguaje bello y brillante. Hemos leído sobre él. Lo hemos visto en hermosas historias. Es un gran amor.

Hay otro nivel de amor que me gustaría mencionar esta mañana. Pero antes de mencionarlo, permítanme decir que ni siquiera el amor de madre puede ser el más elevado. *(Así es)* No nos gusta escuchar esto, supongo, pero como ven, una madre ama a su hijo porque es su hijo. *(Así es)* Y a menos que se esfuerce, no podrá amar al hijo de otra persona como ama a su hijo. *(Así es)* Incluso el amor de madre tiene algo de egoísmo. *(Sí)*

Bien, ahora pasamos a otro nivel del amor que se explica mediante otra palabra griega: la palabra filia, que es el tipo de afecto íntimo entre amigos. Eso es la amistad. En cierto sentido, se eleva un poco más, no porque ese amor en sí sea más profundo, no porque la persona que participa de ese amor tenga un interés más genuino, sino porque su alcance es más amplio, porque es más inclusivo. Como ven, el amor romántico, en el mejor de los casos, es siempre entre dos individuos de sexos opuestos, pero cuando nos elevamos a la amistad, un hombre puede amar a un hombre, una mujer puede amar a una mujer. La amistad se convierte en una de las cosas más bellas de todo el mundo. Uno puede tener cinco amigos, diez amigos, veinte amigos y, aunque se amplíe el horizonte y aunque se agrande el grupo, no afloran los celos. *(Así es)* En el amor romántico, siempre afloran los celos cuando un individuo realiza un acto amoroso con otro individuo, y con razón. Pero en la amistad, que no se basa en el sexo, que no se basa en la atracción física, nos elevamos a otro nivel del amor en el que estamos hombro con hombro, unidos por un interés común hacia algo que va más allá de nosotros mismos. En el amor romántico, los enamorados se sientan frente a frente, absortos uno en el otro. En la amistad los individuos se sientan uno al lado del otro, absortos en algún gran interés, alguna gran causa, algún gran asunto más allá de ellos mismos, algo que les gusta hacer juntos. Puede ser la caza. Puede

ser ir a nadar juntos. Puede ser debatir grandes ideas juntos. Puede ser participar un gran movimiento de libertad juntos. La amistad es hermosa. *(Sí Señor)* Tiene una belleza que siempre perdurará. No hay nada más hermoso en todo el mundo que ver una amistad verdadera; y no abundan. *(Así es)* Hay que esforzarse mucho para encontrar a un amigo verdadero y genuino *(sí, Señor, dilo)*; a alguien que esté tan cerca de nosotros que conozca los latidos de nuestro corazón. Debo apresurarme a decir que, al hablar de estos niveles del amor, debemos recordar que uno puede participar en varios niveles al mismo tiempo. Una joven que ama a su esposo participa en el amor romántico, pero más tarde tendrá hijos, así que también participará en el amor maternal, y si es una persona maravillosa de verdad, será una buena amiga de su esposo. Así pues, uno puede participar al mismo tiempo en el amor romántico, el amor maternal y la amistad. Ese es un nivel precioso.

Pero ni siquiera la amistad puede ser el nivel más alto del amor porque hay algo en la amistad que es egoísta. Uno ama a la gente que le gusta. Y es difícil ser amigo del Sr. [James O.] Eastland[*]. Es difícil ser amigo del Sr. Marvin Griffin si uno cree en la democracia[†]. La amistad siempre se basa en el afecto por alguien que nos gusta, y es difícil que nos guste el Sr. Griffin. Y es difícil que nos guste el Sr. Eastland, porque no nos gusta lo que hacen. Sin embargo, este mundo sería terrible si Dios no nos hubiera proporcionado algo para que podamos amar al Sr. Griffin, aunque sea imposible que llegue a gustarnos. Y la amistad limita el círculo, a pesar de que lo amplía por encima del amor romántico y maternal. Lo limita porque el amigo es la persona con la que compartimos inquietudes y la persona con la que nos gusta estar, con la que nos gusta hablar *(así es)*, con la que nos gusta tratar.

Pues hay un amor que va un poco más allá. Lo llamamos amor humanitario. Es un poco más elevado porque es un poco más amplio e inclusivo. El individuo se eleva hasta el punto de amar a la humanidad. Y llega a decir que en cada hombre hay una chispa divina. Llega a decir que en cada hombre hay algo sagrado y, por tanto, hay que amar a toda la humanidad. Y así, cuando uno se

eleva al amor hasta ese nivel, se eleva un poco más porque intenta en serio amar a todo el mundo. Pero ese tampoco puede ser el nivel más elevado porque entraña cierto peligro. Es impersonal. Dice: amo a ese algo abstracto llamado humanidad, que nunca llega a concretarse en un individuo. Dostoyevski, el gran novelista ruso, dijo en una de sus novelas: «amo tanto a la humanidad en general, que no amo a nadie en particular»*. *[Risas]* Mucha gente llega hasta ese nivel. Es muy fácil amar una abstracción llamada humanidad y no amar a los seres humanos individuales. Y cuánta gente se ha visto atrapada ahí. *(Así es)* Piensen en los millones de dólares que muchas de las iglesias blancas del Sur y de todos los Estados Unidos han recaudado y enviado a África para el esfuerzo misionero gracias a un amor humanitario. Y, sin embargo, si los africanos que recibieron ese dinero intentaran ir a sus iglesias a rezar el domingo por la mañana, los echarían a patadas. *(Sí que lo harían)* Aman a la humanidad en general, pero no aman a los africanos en particular. *[Risas] (Así es)* Siempre existe el peligro de que el amor humanitario no sea suficiente. La grandeza del amor de Dios es que Su amor es lo suficientemente grande como para amar a todo el mundo y lo suficientemente pequeño como para amarme incluso a mí. *(Así es)* Y por eso el amor humanitario no puede ser el más elevado.

Permítanme que me apresure a ir sobre este punto, que se explica mediante la palabra griega *ágape*. El ágape es superior a todo lo que he mencionado. ¿Por qué es superior? Porque no tiene motivos; es espontáneo; es desbordante; no busca nada a cambio. No está motivado por alguna cualidad del objeto. El amor utilitario está motivado por una cualidad del objeto, a saber, su utilidad para el individuo. El amor romántico está motivado por una cualidad del objeto, quizás la belleza del objeto o esa cualidad que inquieta al individuo. El amor de una madre está motivado por el hecho de que se trata de su hijo, algo en el objeto que tiene ante sí. Pasemos a la amistad, que está moti vada por la cordialidad y el interés, que son mutuos. Subamos hasta la humanidad, el amor humanitario, que está motivado por algo en el objeto, a saber, una chispa divina; a saber, algo sagrado de la personalidad humana. Pero cuando nos

elevamos al ágape, al amor cristiano, este es superior a todo. Se convierte en el amor de Dios que opera en el corazón humano. *(Amén, sí Señor)* Su grandeza estriba en que amamos a todos los hombres no por nosotros mismos, sino por ellos mismos. Y amamos a todos los hombres porque Dios los ama. *(Amén, así es)* Y de ese modo incluye a todos. La persona puede ser fea o puede ser guapa. La persona puede ser alta o baja. La persona puede tener la piel clara u oscura. La persona puede ser rica o pobre. La persona puede vivir en una mansión; la persona puede vivir en la calle. La persona puede ser blanca; la persona puede ser Negra. La persona puede ser judía; la persona puede ser gentil. La persona puede ser católica; la persona puede ser protestante. Dicho de otro modo, se llega al punto de amar a todos los hombres y ese amor se convierte en un amor que incluye a todos. Es el amor de Dios que opera en el corazón humano. Y llega al punto de que se ama incluso al enemigo*. *(Amén)* El amor cristiano hace algo que ningún otro amor puede hacer. Dice que amamos a todos los hombres. Odiamos el acto que comete si es nuestro enemigo y es malvado, pero amamos a la persona que hace algo malo.

Y esa es la distinción que quiero que vean esta mañana. Y en todos los demás niveles tenemos un amor de necesidad, pero cuando llegamos al ágape tenemos un amor que es un don. Y así es el amor que incluye a todo el mundo. Y la única prueba para que sepamos si tenemos un amor verdadero y genuino es que amemos a nuestros enemigos *(sí)*, porque si no amamos a nuestros enemigos, no hay manera de que podamos encajar en la categoría del amor cristiano. Lo ponemos a prueba en nuestra capacidad de amar a nuestros enemigos*.

Y eso es a lo que nos enfrentamos como cristianos. Eso es lo que Dios nos ha entregado. Nos ha entregado un amor. Como Él nos amó, amemos así al hermano. Y por eso, esta mañana estoy convencido de que el amor es la fuerza más grande de todo el mundo. A lo largo de los siglos, los hombres se han preguntado por el bien supremo; han querido conocerlo. Todos los grandes filósofos se han planteado la pregunta: «¿Cuál es el *summum bonum* de la

vida? ¿Cuál es el bien supremo?» Los epicúreos y los estoicos trataron de responder esa pregunta. Platón y Aristóteles trataron de responderla. ¿Cuál es ese bien que es productivo y que produce todos los demás bienes? Y esta mañana estoy convencido de que es el amor. Dios es luz. Dios es amor. El que no ama no conoce a Dios. Pero el que ama, en ese momento, se eleva hasta el conocimiento de Dios[†].

Y así podrán hablar bien, podrán elevarse a la elocuencia del discurso articulado, pero si no tienen amor se volverán como el metal que tintinea o el címbalo que resuena. *(Sí, Señor)* Podrán tener el don de la profecía para comprender todos los misterios. Podrán asaltar el almacén de la naturaleza y sacar a la luz muchos conocimientos que los hombres nunca supieron que existían. Podrán tener todos los conocimientos para construir grandes universidades. Podrán tener un sinfín de títulos. Pero si no tienen amor, no significa nada. Sí, podrán dar sus dones y sus bienes para alimentar a los pobres. Podrán llegar muy alto en la filantropía, pero si no tienen amor, sus dones habrán sido dados en vano. Sí, podrán dar su cuerpo para ser quemado *(es cierto)*, y podrán morir como mártires. Podrán derramar su sangre y que esta se convierta en un símbolo de honor para las generaciones que aún no han nacido. Aun así, si no tienen amor, su sangre se habrá derramado en vano[*]. *(Es cierto)* Deben darse cuenta de que es posible que un hombre sea egoísta en su autosacrificio y arrogante en su abnegación. Podemos ser generosos con el fin de alimentar nuestro ego. Podemos ser piadosos con el fin de alimentar nuestro orgullo. Y así, sin amor, la arrogancia espiritual se vuelve una realidad en nuestra vida, e incluso el martirio se convierte en egoísmo.

El amor es la fuerza más poderosa que hay en el mundo. Y por eso Jesús fue grande. Se dio cuenta de eso en su vida, y tomó esa fuerza y dividió la Historia en a.C. y d.C. de modo que toda la Historia tiene que cantar sobre él y hablar sobre él porque hizo del amor el centro de su vida. ¿Y qué significa la cruz? Significa que el amor de Dios brilla ante nosotros a través de esa cruz en todas sus dimensiones. Y así, «cuando contemplo la maravillosa cruz, en la

que murió el príncipe de la gloria, no cuento mis ganancias, sino mis pérdidas, y derramo desdén sobre todo mi orgullo. Si todo el reino de la naturaleza fuera mío, sería un regalo demasiado pequeño. Un amor tan asombroso, tan divino, exige mi vida y mi todo»[†]. Ese es nuestro legado. Eso es lo que poseemos. Y sigamos adelante con un amor en el corazón que nos cambie y cambie la vida de los que nos rodean. Y haremos de este viejo mundo un mundo nuevo. Y el reino de Dios será una realidad.

Ahora abrimos las puertas de la iglesia. Hay alguien aquí, esta mañana, que necesita aceptar a Cristo. Alguien tiene que decidirse por Él. Si tienes fe, Él tiene el poder. ¿Quién vendrá esta mañana? Tal como eres, ¿vendrás? Tal como eres, ¿vendrás? Y hagan de esta iglesia no solo un lugar al que acudir como asistentes habituales, sino un hogar espiritual. ¿Quién tomará esta mañana esa decisión mientras cantamos ese gran himno, *Tal como soy*[*]? Dondequiera que estés, ¿aceptarás a Cristo? Por experiencia cristiana, el bautismo *[palabras inaudibles]*. Dondequiera que estés, ven esta mañana. El amor de Dios está ante nosotros. El amor de Dios siempre está dispuesto. Te está llamando ahora. Hagan de la iglesia el centro de su vida, porque aquí nos acercamos al propiciatorio. Aquí aprenden las grandes realidades de la vida. *[La congregación canta]*

Ahora pongámonos de pie para la siguiente estrofa, y si estás ahí seguimos invitándote a que vengas donde quiera que estés. ¿Quién vendrá esta mañana? Tal como eres, dondequiera que estés, ¿vendrás? ¿Hay alguien que acepte a Cristo esta mañana?

Ahora cantemos esa última estrofa, y mientras nos preparamos para cantar, hago este último ruego. Aquí hay alguien esta mañana sin un hogar eclesiástico. Hay alguien aquí esta mañana que se encuentra entre dos opiniones. Hay alguien aquí esta mañana que vive en Atlanta, que era cristiano en su tierra, pero que no se ha unido a una iglesia en esta ciudad. Te damos la oportunidad, en nombre de Cristo, de venir mientras cantamos esta última estrofa. Esta es la hora de la decisión. *[La congregación canta]*

Dios los bendiga *[grabación interrumpida*]

27 DE DICIEMBRE DE 1962

Las exigencias éticas de la integración

FRAGMENTO DEL DISCURSO EN LA CONFERENCIA DE LA IGLESIA

Nashville, Tennessee

«La aplicación enérgica de las leyes de derechos civiles podrá poner fin a las instalaciones públicas segregadas, que son un obstáculo para la verdadera abolición de la segregación social, pero no podrá acabar con los miedos, los prejuicios, el orgullo y la irracionalidad, que son el obstáculo para la verdadera integración social. Esas respuestas oscuras y demoníacas solo desaparecerán en la medida en que a los hombres los posea la ley invisible e interior que graba en sus corazones la convicción de que todos los hombres son hermanos y de que el amor es el arma más potente de la humanidad para la transformación personal y social».

El fragmento del discurso que se presenta a continuación es una variación de los exámenes previos de King sobre los límites del amor y la necesidad de una legislación para incrementarlo: «La ley no puede obligar a un hombre a que me ame, pero sí puede impedir que me linche». Aquí King entra en un terreno más personal: la dureza de corazón de la gente en general y subraya la necesidad de una conversión moral que va más allá de la ley. Sin pronunciar la palabra «amor propio» se está refiriendo a él. Y se refiere al concepto de las leyes inmutables del universo que trata en uno de sus textos tempranos, «Redescubrir los valores perdidos» (véase la here).

[Fragmento]

El problema de los prejuicios por raza y color sigue siendo el mayor dilema moral de los Estados Unidos. Si consideramos el impacto que tiene en nuestra nación, tanto en su interior como en su exterior, su resolución bien podría determinar nuestro destino. La historia le ha impuesto a nuestra generación una tarea de una importancia indescriptible: completar un proceso de democratización que nuestra nación ha desarrollado con demasiada lentitud por demasiado tiempo, pero que es nuestra arma más poderosa para ganarnos el respeto y la emulación del mundo. Cómo afrontemos esta situación crucial determinará nuestra salud moral como individuos, nuestra salud cultural como región, nuestra salud política como nación y nuestro prestigio como líderes del mundo libre. La configuración del mundo actual no nos permite el lujo de una democracia anémica. El precio que los Estados Unidos deben pagar por la continua opresión del Negro es el precio de su propia destrucción. Se hace tarde; el reloj del destino no se detiene; debemos actuar ahora antes de que sea demasiado tarde. . . .

La abolición de la segregación es «exigible», pero no así la integración

Puedo resumir todo lo que he dicho afirmando que las demandas de la abolición de la segregación son demandas exigibles mientras que las demandas de integración caen en el ámbito de las demandas no exigibles. Hace algún tiempo, el Dr. Harry Emerson Fosdick hizo una distinción impresionante entre las obligaciones exigibles y las obligaciones no exigibles. Las primeras están reguladas por los códigos de la sociedad y la firme aplicación de las fuerzas del orden. El incumplimiento de esas obligaciones, recogidas en miles de páginas de libros de Derecho, ha llenado muchas cárceles. Pero las obligaciones no exigibles están fuera del alcance de las leyes de la sociedad. Son las actitudes interiores, las relaciones auténticas entre las personas y las expresiones de compasión que los libros de leyes no pueden regular y las cárceles no pueden rectificar. Tales obligaciones se cumplen mediante el compromiso de cada cual con

una ley interior, escrita en el corazón. Las leyes hechas por el hombre aseguran la justicia, pero una ley superior produce amor. Un código de conducta jamás ha obligado a un padre a amar a sus hijos o a un esposo a ser afectuoso con su esposa. El tribunal podrá obligarlo a proporcionar el pan a su familia, pero no puede obligarlo a proporcionarles el pan del amor. Un buen padre es obediente hasta en lo que no se puede obligar.

La ley puede ayudar

No sucumbamos a la tentación de creer que la legislación y los decretos judiciales solo desempeñan un papel secundario en la solución de este problema. La moral no puede legislarse, pero la conducta sí puede regularse. Puede que los decretos judiciales no cambien el corazón de la gente, pero sí pueden frenar a los desalmados. La ley no puede obligar a un empresario a amar a un empleado, pero sí puede impedir que se niegue a contratarme por el color de mi piel. Los hábitos, cuando no los corazones de la gente, han sido y son alterados cada día por actos legislativos, decisiones judiciales y órdenes ejecutivas. No nos dejemos engañar por quienes sostienen que no se puede acabar con la segregación por la fuerza de la ley.

Pero al reconocer esto, debemos admitir que la solución definitiva al problema racial reside en la voluntad de los hombres de obedecer lo que no se puede exigir. Las órdenes judiciales y los organismos federales son de un valor incalculable para lograr la eliminación de la segregación, pero eso es solo un primer paso, aunque necesario, hacia el objetivo final que pretendemos alcanzar: una auténtica convivencia intergrupal e interpersonal. La eliminación de la segregación derribará las barreras legales y unirá a los hombres en el plano físico, pero algo debe tocar los corazones y las almas de los hombres para que se unan en el plano espiritual porque es lo natural y lo correcto. La aplicación enérgica de las leyes de derechos civiles podrá poner fin a las instalaciones públicas segregadas, que son un obstáculo para la verdadera abolición de la segregación social, pero

no podrá acabar con los miedos, los prejuicios, el orgullo y la irracionalidad, que son el obstáculo para la verdadera integración social. Esas respuestas oscuras y demoníacas solo desaparecerán en la medida en que a los hombres los posea la ley invisible e interior que graba en sus corazones la convicción de que todos los hombres son hermanos y de que el amor es el arma más potente de la humanidad para la transformación personal y social. La verdadera integración la lograrán los buenos vecinos que obedezcan de buen grado las obligaciones que no se pueden exigir.

La disciplina de la no violencia

No puedo concluir sin decir que la integración plantea ciertas exigencias éticas a quienes han estado en el extremo de los oprimidos del viejo orden. Tal vez por eso mi convicción personal es que el instrumento más potente que la comunidad Negra puede utilizar para conseguir la emancipación total en los Estados Unidos es la resistencia no violenta. La prueba de los últimos años refuerza mi fe en que mediante el uso de la no violencia se puede hacer mucho para que el Negro se ponga de pie y recupere su autoestima y su dignidad humana. El concepto gandhiano de no lastimar es paralelo a la enseñanza hebraico-cristiana del carácter sagrado de todo ser humano.

En el contexto de la lucha del Negro por el pleno ejercicio de sus privilegios constitucionales, la no violencia ha introducido el añadido que le ha ayudado a mantenerse digno. Cuando una biblioteca se ha declarado integrada, la presencia y la práctica de la no violencia le han permitido solicitar su uso sin miedo ni aprensión. Más que eso, le han infundido el brío necesario para hacerle frente a la segregación y a la discriminación en cualquiera de sus manifestaciones. La no violencia le ha dado al Negro un nuevo sentido de que «es alguien». El impacto de la disciplina no violenta ha contribuido en gran medida a crear en la mente del Negro una nueva imagen de sí mismo.

Ha exaltado a la persona del Negro en el Sur ante a las confrontaciones diarias que le gritan que es inferior o que es menos por el accidente de su nacimiento.

Cómo ayuda la no violencia

La no violencia ayuda a los individuos a adherirse a medios y objetivos apropiados. La técnica de la no violencia es eficaz por partida doble: no solo ha contribuido a que el Negro haya desarrollado una nueva imagen de sí empleando sus tácticas, sino también ha frustrado el crecimiento de la amargura. En gran medida, la no violencia ha ayudado a disminuir la ira y el descontento reprimidos por tanto tiempo. Al respetar la disciplina de la vía no violenta, el Negro ha aprendido que debe respetar al adversario que le impone el sistema, y desarrollar la capacidad de odiar la segregación pero amar al segregacionista. En medio de sus decididos esfuerzos por destruir el sistema que lo ha encadenado durante tanto tiempo, aprende que el compromiso con la no violencia exige que respete la personalidad de su oponente. Así, la no violencia exalta tanto la personalidad del segregacionista como la del segregado. El denominador común de los flujos de cambio social en el Sur es la creciente conciencia por parte de los oponentes respectivos de que se enfrentan a la eternidad del valor fundamental de cada miembro de la familia humana. . . .

DEL 3 DE ABRIL AL 10 DE MAYO DE 1963

Tarjeta de compromiso de Birmingham

Birmingham, Alabama

«MARCHARÉ y HABLARÉ con amor, porque Dios es amor».

La Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur se había centrado en lograr cambios en Birmingham, Alabama, una de las ciudades más segregadas de los Estados Unidos. El plan consistía en que los estudiantes universitarios del norte, los Pasajeros por la libertad, viajarían en autobús durante el fin de semana de Pascua y participarían en marchas a favor de la integración.

A los participantes en los boicots y sentadas de Birmingham se les pidió que rellenaran tarjetas de compromiso, con su nombre, dirección, pariente más cercano y las actividades que realizarían de forma voluntaria bajo los siguientes compromisos.

Por la presente me comprometo —mi persona y mi cuerpo— con el movimiento no violento, por lo tanto, ¡cumpliré los siguientes diez mandamientos!

1. MEDITARÉ diariamente sobre las enseñanzas y la vida de Jesús.

2. RECORDARÉ siempre que el movimiento no violento de Birmingham busca la justicia y la reconciliación, no la victoria.

3. MARCHARÉ y HABLARÉ con amor, porque Dios es amor.

4. ORARÉ diariamente para que Dios me use con el propósito de que todos los hombres sean libres.

5. SACRIFICARÉ mis deseos personales para que todos los hombres sean libres.

6. OBSERVARÉ tanto con amigos como con enemigos las reglas comunes de cortesía.

7. BUSCARÉ realizar algún servicio de forma regular para los demás y para el mundo.

8. ME ABSTENDRÉ de la violencia del puño, la lengua o el corazón.

9. ME ESFORZARÉ por gozar de buena salud espiritual y corporal.

10. SEGUIRÉ las instrucciones del movimiento y del capitán en las manifestaciones.

16 DE ABRIL DE 1963

Carta desde la cárcel de Birmingham

FRAGMENTO DE LA CARTA ABIERTA ESCRITA EN BIRMINGHAM, ALABAMA

«Poco a poco empecé a sentirme satisfecho de ser considerado un extremista. ¿No fue Jesús un extremista del amor?».

El Viernes Santo, King fue arrestado por ignorar una orden judicial contra los boicots. Fue recluido en régimen de aislamiento, donde escribió lo que llamó su carta abierta más larga en respuesta a ocho clérigos blancos liberales que habían escrito su propia carta abierta pidiendo a King que desistiera y permitiera que los tribunales federales y locales decidieran la cuestión de la integración. Le advirtieron que sus acciones incitarían a una mayor discordia.

El texto que sigue es un fragmento de la carta que contiene el material relacionado con el amor. En las primeras páginas, explica por qué decide escribir, dado que recibía críticas con regularidad y optó por ignorarlas. Pero expresa su decepción con los líderes religiosos que ignoran la inmoralidad de la segregación. Aclara que fue invitado por una filial local a unirse a la protesta no violenta en su calidad de presidente de la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur. A continuación, aborda las críticas de forma sistemática.

Un mes después, el 10 de mayo, Birmingham aceptó eliminar la segregación en fuentes de agua, comedores, baños y probadores.

• • •

[Fragmento]

. . .El Negro tiene muchos resentimientos reprimidos y un descontento latente. Tiene que sacárselos de adentro. Pues permítanle que marche alguna vez; que haga sus peregrinaciones de

oración a la alcaldía; que entienda por qué tiene que hacer sentadas y marchar por la libertad. Si sus emociones reprimidas no salen a la luz de estas formas no violentas, lo harán en ominosas expresiones de violencia. No se trata de una amenaza, sino de un hecho histórico. Por eso no le he dicho a mi gente: «Desháganse de su descontento». Pero sí he intentado decirle que ese descontento normal y saludable puede canalizarse a través de la salida creativa de la acción directa no violenta. Ahora bien, este planteamiento se tacha de extremista. Debo admitir que al principio me decepcionó que se me categorizara de ese modo.

Pero a medida que seguía reflexionando sobre el asunto, poco a poco empecé a sentirme satisfecho de ser considerado un extremista. ¿No fue Jesús un extremista del amor? «Amen a sus enemigos, bendigan a los que los maldicen, oren por los que los ultrajan». ¿No fue Amós un extremista de la justicia? «Que fluya el derecho como las aguas y la justicia como arroyo inagotable» ¿No fue Pablo un extremista del evangelio de Jesucristo? «Llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús». ¿No fue Martín Lutero un extremista? «Aquí estoy. No puedo hacer otra cosa, que Dios me ayude». ¿No fue John Bunyan un extremista? «Permaneceré en la cárcel hasta el fin de mis días antes de burlarme de mi conciencia». ¿No fue Abraham Lincoln un extremista? «Esta nación no puede sobrevivir siendo mitad esclava y mitad libre». ¿No fue Thomas Jefferson un extremista? «Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales». Así pues, la cuestión no es si seremos extremistas, sino qué tipo de extremistas seremos. ¿Seremos extremistas del odio o seremos extremistas del amor? ¿Seremos extremistas de la preservación de la injusticia o seremos extremistas de la causa de la justicia?

[Fragmento]

Esperaba que el moderado blanco viera esto. Tal vez fui demasiado optimista. Tal vez esperaba demasiado. Supongo que debí darme cuenta de que pocos miembros de una raza que ha oprimido a otra pueden entender o apreciar los profundos gemidos y los

apasionados anhelos de los que han sido oprimidos; mucho menos tener la visión para comprender que la injusticia debe ser erradicada mediante una acción fuerte, persistente y decidida. Estoy agradecido, sin embargo, de que algunos de nuestros hermanos blancos hayan comprendido el significado de esta revolución social y se hayan comprometido con ella. Siguen siendo pocos en cantidad, pero son grandes en calidad. . . .

[Fragmento]

He viajado a lo largo y lo ancho de Alabama, Misisipi y todos los demás estados sureños. En los sofocantes días de verano y en las frescas mañanas de otoño he contemplado las hermosas iglesias del Sur con sus altas torres que se alzan hacia el cielo. He contemplado los impresionantes contornos de sus enormes edificios de educación religiosa. Una y otra vez me he preguntado: «¿Qué clase de gente ora aquí? ¿Quién es su Dios? ¿Dónde estaban sus voces cuando los labios del Gobernador Barnett hablaban de interposición y anulación? ¿Dónde estaban cuando el gobernador Wallace hizo un llamamiento al desafío y al odio? ¿Dónde estaban sus voces de apoyo cuando los lastimados y cansados hombres y mujeres Negros decidieron salir de las oscuras mazmorras de la autocomplacencia hacia las brillantes colinas de la protesta creativa?».

Sí, me sigo haciendo esas preguntas. Con profunda decepción he llorado por la laxitud de la Iglesia. Pero tengan por seguro que mis lágrimas han sido lágrimas de amor. No puede haber una decepción profunda donde no hay un amor profundo. Sí, amo a la Iglesia. ¿Cómo podría no amarla? Me encuentro en la posición única de ser hijo, nieto y bisnieto de predicadores. Sí, veo a la Iglesia como el cuerpo de Cristo. Pero, ¡oh!, cómo hemos ensuciado y llenado de cicatrices ese cuerpo por negligencia social y por miedo a ser inconformistas. . . .

PUBLICADO EN JUNIO DE 1963

La fuerza de amar

SELECCIONES DEL LIBRO

«[Jesús] no trató de vencer al mal con el mal. Venció al mal con el bien. Aunque crucificado por el odio, respondió con amor agresivo».

La fuerza de amar fue el segundo libro de King, pero el primero en recoger su filosofía. Por ello, *La fuerza de amar* fue recibido con curiosidad por la prensa, que lo veía como una clave para entender las motivaciones del carismático líder. El libro obtuvo muy buenas reseñas. *El New York Times* lo calificó de «llamado convincente». Un crítico del *Detroit News* escribió: «Los métodos del Dr. King dejan la cuestión moral muy clara».

En la primavera de 1963, King recorrió el país hablando ante grandes multitudes en Los Ángeles (25 000) y Chicago (10 000) exigiendo, en esencia, la igualdad ahora, un programa real para abordar la pobreza y cambiar las condiciones de los guetos estadounidenses. A raíz de la atención que suscitó su «Carta desde la cárcel de Birmingham», más personas se unieron a su protesta: los Negros estadounidenses estaban organizándose en sus ciudades y manifestándose en masa, y los blancos estaban admitiendo el argumento moral esencial de la igualdad racial.

A finales de mayo, King esperaba que hubiera una marcha nacional para presionar al presidente John F. Kennedy a crear una legislación que respaldara las intenciones con acciones. El activista Bayard Rustin llevaba años albergando la idea de una marcha nacional. Dos meses después de la publicación de *La fuerza de amar*, King y un cuarto de millón de líderes y manifestantes participarían en la Marcha en Washington, donde King pronunció su famoso discurso «Tengo un sueño».

La fuerza de amar es una recopilación de sermones reescritos por King para su impresión. Preparó gran parte del material en 1962, mientras estuvo encarcelado quince días en una mugrienta prisión de Albany, Georgia, por celebrar una vigilia de oración frente a la alcaldía. Como King señaló en su prefacio, no creía que los

sermones toleraran bien la lectura silenciosa. En el libro se reproducen las versiones originales de varios de los sermones, y aquí destacamos secciones de sus versiones reelaboradas que muestran una evolución de sus conceptos sobre el amor o que introducen alguna idea nueva.

Hemos omitido capítulos que eran en esencia idénticos a los sermones predicados, como «Las tres dimensiones de una vida plena» (here) y «Epístola de Pablo a los cristianos estadounidenses» (here). Se incluyen aquí el prefacio completo de King y capítulos seleccionados. Incluimos:

Capítulo IV, «El amor en acción», que muestra cómo amplió no solo la idea de que el amor es la respuesta a nuestros problemas sociales, sino también de que la ceguera del alma es un obstáculo para el amor.

Capítulo V, «Amar a nuestros enemigos», íntegro, en el que King refina ideas incluidas anteriormente en este libro (here) y ejerce aún más confianza en su expresión.

Capítulo VI, «Una llamada a medianoche», sobre cómo la vida moderna nos deja sintiendo que nadie nos ama.

Capítulo X, «Sueños rotos», íntegro, en el que advierte sobre lo que puede ocurrirle a una persona que renuncia al amor y a la esperanza.

Capítulo XIV, «Antídotos contra el miedo», íntegro, que explica el papel de Dios en la concesión de la paz e incluso de la cordura.

Un fragmento del último capítulo, el capítulo XVII, «Peregrinación a la no violencia», en el que afirma que estamos bajo el control de un propósito amoroso. King creía que el amor era el requisito previo para una estrategia de no violencia; sin amor como base, el activista sería incapaz de persistir y absorbería el daño en su propia alma. Este sermón va más allá del tema del amor, pero se incluye porque aclara sus ideas sobre Dios como presencia amorosa.

Prólogo

En estos turbulentos días de incertidumbre, los males de la guerra y de la injusticia económica y racial amenazan la supervivencia misma de la raza humana. En efecto, vivimos en una época de grave crisis. Los sermones de este volumen tienen como telón de fondo la crisis actual; y han sido seleccionados para este volumen porque, de un

modo u otro, abordan los problemas personales y colectivos que presenta la crisis. En estos sermones he tratado de poner de manifiesto el mensaje cristiano sobre los males sociales que enturbian nuestros días, el testimonio personal y la disciplina que se requieren. Todos estos sermones fueron escritos para mis antiguos feligreses de la Iglesia Bautista de Dexter Avenue de Montgomery, Alabama, y para mis actuales feligreses de la Iglesia Bautista Ebenezer de Atlanta, Georgia. Muchos de los sermones se predicaron después en congregaciones de todo el país.

Todos estos sermones se pronunciaron durante o después de la protesta de los autobuses en Montgomery, Alabama, y he extraído varios ejemplos de ese movimiento en particular, algunos de los cuales se incluyeron en mi libro *Stride Toward Freedom* [Avance hacia la libertad]. Tres de los sermones —«El amor en acción», «Amar a sus enemigos» y «Sueños rotos»— fueron escritos durante mi estancia en las cárceles de Georgia. «Peregrinación a la no violencia» es una revisión y actualización de un material que apareció con anterioridad en *The Christian Century* y *Stride Toward Freedom*. Aunque no se trata de un sermón, se ha incluido al final del volumen a petición expresa del editor.

He sido bastante reacio a hacer imprimir un volumen de sermones. Mis recelos surgen del hecho de que un sermón no es un ensayo para ser leído, sino un discurso para ser escuchado. Debe ser un llamamiento convincente a una congregación que escucha. Por lo tanto, un sermón se dirige al oído que escucha más que al ojo que lee. Aunque he intentado reescribir estos sermones para el ojo, estoy convencido de que semejante empresa nunca podría tener éxito. Así pues, aunque este volumen va a la imprenta, no he superado del todo mis recelos. Pero por deferencia a mi antigua congregación, a mi congregación actual, a mis estrechos colaboradores de la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur y a mis muchos amigos de todo el país que me han pedido copias de determinados sermones, ofrezco estos discursos con la esperanza de que algún mensaje pueda cobrar vida para los lectores de estas palabras impresas.

Me complace expresar mi profunda gratitud a muchos colaboradores. Estoy en deuda con mi amigo íntimo y asistente ejecutivo, Wyatt Tee Walker, un excelente predicador por derecho propio, quien leyó todo el manuscrito y me ofreció valiosas sugerencias. También estoy en deuda con mi profesor y amigo, Samuel W. Williams, por sus útiles y estimulantes sugerencias. Charles L. Wallis prestó una valiosa ayuda editorial en el manuscrito final. Mi agradecimiento también a mi eficiente secretaria, la Srta. Dora E. McDonald, quien siempre me ofreció palabras de aliento y pasó mis páginas manuscritas a copia mecanografiada. Sobre todo, debo dar las gracias a mi abnegada esposa, Coretta, quien ha leído todo el manuscrito y ha aportado inestimables sugerencias e inspiración. Su amor y paciencia le permitieron ser comprensiva ante mi creciente ausencia de ella y de nuestros hijos mientras completaba este volumen.

Martin Luther King, Jr.

El amor en acción

CAPÍTULO IV DE *LA FUERZA DE AMAR*

«Surge el momento de la prueba. Cristo, el inocente Hijo de Dios, es clavado a una cruz en dolorosa agonía. ¿Qué lugar hay ahora para el amor y el perdón?».

«Luego Jesús dijo: "Padre, por favor, perdónalos porque no saben lo que hacen"»[*].

LUCAS 23, 34

Pocas palabras en el Nuevo Testamento expresan de forma más clara y solemne la magnanimidad del espíritu de Jesús que aquella sublime expresión desde la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Eso es amor en su máxima expresión.

Nunca comprenderemos a cabalidad el gran significado de la oración de Jesús si no nos fijamos primero en que el texto se abre

con la palabra «luego». El versículo anterior dice así: «Cuando llegaron al lugar llamado la Calavera, lo crucificaron junto con los criminales, uno a su derecha y el otro a su izquierda». Luego Jesús dijo: Padre, perdónalos. Luego —cuando estaba siendo sumergido en el abismo de la agonía persistente—. Luego —cuando el hombre se había rebajado a lo peor—. Luego–cuando estaba muriendo, una muerte ignominiosa—. Luego —cuando las manos perversas de la criatura se atrevieron a crucificar al Hijo único del Creador—. Luego Jesús dijo: «Padre, perdónalos». A ese «luego» bien pudo haberle seguido algo diferente. Pudo haber dicho: «Padre, véngate de ellos» o «Padre, suelta los poderosos rayos de la justa ira y destrúyelos» o «Padre, abre las compuertas de la justicia y permite que se derrame sobre ellos la abrumadora avalancha del castigo». Pero ninguna de esas fue su respuesta. Aunque sometido a una agonía inexpresable, sufriendo un dolor atroz, y despreciado y rechazado, clamó: «Padre, perdónalos».

Tomemos nota de dos lecciones básicas que se desprenden de este texto.

I

En primer lugar, es una expresión maravillosa de la capacidad de Jesús de hacer coincidir las palabras con los hechos. Una de las grandes tragedias de la vida es que los hombres rara vez salvan el abismo entre lo que practican y lo que profesan, entre lo que hacen y lo que dicen. Una esquizofrenia persistente deja a muchos de nosotros divididos de forma trágica contra nosotros mismos. Por un lado, profesamos con orgullo ciertos principios sublimes y nobles, pero por otro, es lamentable que practiquemos la antítesis misma de esos principios. ¡Cuántas veces nuestra vida se caracteriza por una alta presión de credos y una anemia de obras! Hablamos con elocuencia de nuestro compromiso con los principios del cristianismo y, sin embargo, nuestras vidas están saturadas de las prácticas del paganismo. Proclamamos nuestra devoción a la democracia, pero por desgracia practicamos justo lo contrario del credo democrático.

Hablamos apasionadamente de la paz, y al mismo tiempo nos preparamos con asiduidad para la guerra. Abogamos con fervor por el elevado camino de la justicia y luego pisoteamos sin pestañear el camino bajo de la injusticia. Esta extraña dicotomía, ese agonizante abismo entre el deber ser y el ser, representa el tema trágico de la peregrinación terrenal del hombre.

Pero en la vida de Jesús descubrimos que ese abismo se salva. Nunca en la historia hubo un ejemplo más sublime de coherencia entre las palabras y los hechos. Durante su ministerio en las soleadas aldeas de Galilea, Jesús habló con pasión sobre el perdón. Esa extraña doctrina despertó la mente inquisitiva de Pedro.

—¿Cuántas veces —preguntó— pecará mi hermano contra mí, y yo le perdonaré? ¿Hasta siete veces?

Pedro quería ser legalista y estadístico. Pero Jesús respondió afirmando que el perdón no tiene límites.

—No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

En otras palabras, el perdón no es una cuestión de cantidad, sino de calidad. Un hombre no puede perdonar hasta 490 veces sin que el perdón se convierta en parte de la estructura de los hábitos de su ser. El perdón no es un acto ocasional; es una actitud permanente.

Jesús también amonestó a sus seguidores a amar a sus enemigos y a orar por los que los maltrataban. Esa enseñanza sonó en los oídos de muchos de sus oyentes como una música extraña de una tierra lejana. Sus oídos no estaban sintonizados con las cualidades tonales de un amor tan asombroso. Les habían enseñado a amar a sus amigos y a odiar a sus enemigos. Habían condicionado sus vidas para buscar la reparación en la consagrada tradición de la represalia. Y, sin embargo, Jesús siguió enseñándoles que solo a través de un amor creativo hacia sus enemigos podrían ser hijos de su Padre celestial, y también que el amor y el perdón eran necesidades absolutas para la madurez espiritual.

Surge el momento de la prueba. Cristo, el inocente Hijo de Dios, es clavado a una cruz en dolorosa agonía. ¿Qué lugar hay ahora para el amor y el perdón? ¿Cómo reaccionará Jesús? ¿Qué dirá? La respuesta a estas preguntas irrumpe con majestuoso esplendor. Jesús levanta la cabeza coronada de espinas y grita con palabras de

proporciones cósmicas: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Ese fue el mejor momento de Jesús; esa fue su respuesta celestial a su cita terrenal con el destino.

Sintamos la grandeza de esa súplica al contrastarla con la naturaleza, que atrapada en la finalidad de su propia estructura impersonal, no perdona. A pesar de las súplicas agónicas de los hombres atrapados en la trayectoria de un huracán que se precipita o del grito angustioso del constructor que cae del andamio, la naturaleza solo expresa una indiferencia fría, serena y sin pasión. Debe honrar por siempre sus leyes fijas e inmutables. Cuando se violan esas leyes, no le queda otra alternativa que seguir, inexorable, su camino de uniformidad. La naturaleza no perdona ni puede perdonar.

O contrastemos la súplica de Jesús con la lentitud del hombre en perdonar. Vivimos según la filosofía de que la vida es cuestión de desquitarse y de salvar las apariencias. Nos postramos ante el altar de la venganza. Sansón, sin fijarse en Gaza, reza con fervor por sus enemigos, pero tan solo por su destrucción total. La belleza potencial de la vida humana se ve siempre empañada por el recurrente canto de venganza del hombre.

O contrastemos esa súplica con una sociedad aún menos propensa a perdonar. La sociedad debe tener sus estándares, normas y costumbres. Debe tener sus controles legales y sus restricciones jurídicas. Los que no cumplen las normas y los que desobedecen las leyes suelen quedar en un oscuro abismo de condena y no tienen esperanza de una segunda oportunidad. Que se lo pregunten a una joven inocente que, tras un momento de pasión desbordante, se convierte en madre de un hijo ilegítimo. Les dirá que la sociedad es lenta para perdonar. Pregúntenle a un funcionario público que, en un momento de descuido, traiciona la confianza pública. Les dirá que la sociedad es lenta para perdonar. Vayan a cualquier prisión y pregúntenles a sus habitantes, que han escrito líneas vergonzosas en las páginas de sus vidas. Desde detrás de los barrotes les dirán que la sociedad es lenta para perdonar. Diríjanse al corredor de la muerte y hablen con las trágicas víctimas de la criminalidad. Mientras se preparan para hacer su patética marcha

hacia la silla eléctrica, su grito desesperado es que la sociedad no perdona.

Tal es la persistente historia de la vida mortal. Los océanos de la Historia se vuelven turbulentos por las mareas siempre crecientes de la venganza. El hombre nunca ha superado el mandato de la *lex talionis*: «Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie». A pesar de que la ley de la venganza no resuelve ningún problema social, los hombres continúan siguiendo su desastrosa dirección. La historia está plagada de restos de naciones e individuos que siguieron ese camino contraproducente.

Jesús afirmó con elocuencia desde la cruz una ley superior. Sabía que la vieja filosofía del ojo por ojo dejaría a todos ciegos. No intentó vencer al mal con el mal. Venció al mal con el bien. Aunque crucificado por el odio, respondió con amor agresivo.

¡Qué magnífica lección! Las generaciones se alzarán y descenderán; los hombres continuarán adorando al dios de la venganza y postrándose ante el altar de la represalia; pero una y otra vez esa noble lección del Calvario será un recordatorio persistente de que solo la bondad puede expulsar al mal y solo el amor puede vencer al odio.

II

Una segunda lección nos llega de la súplica de Jesús en la cruz. Es una expresión de que Jesús era consciente de la ceguera intelectual y espiritual del hombre. «No saben lo que hacen», dijo Jesús. La ceguera era su problema; la iluminación, su necesidad. Debemos reconocer que Jesús fue sacrificado en la cruz no solo por el pecado, sino también por la ceguera. Los hombres que gritaban «Crucifícalo» no eran hombres malos, sino más bien ciegos. La turba socarrona que bordeaba el camino que conducía al Calvario no estaba compuesta por gente malvada, sino por ciegos. No sabían lo que hacían. ¡Qué tragedia!

La historia está llena de testimonios de esa vergonzosa tragedia. Hace siglos, a un sabio llamado Sócrates lo obligaron a beber cicuta.

Los que pidieron su muerte no eran hombres malos, por sus venas no corría sangre demoníaca. Por el contrario, eran ciudadanos sinceros y respetables de Grecia. En realidad, pensaban que Sócrates era ateo porque su idea de Dios tenía una profundidad filosófica que iba más allá de los conceptos tradicionales. No fue la maldad, sino la ceguera, lo que mató a Sócrates. Saúl no tenía malas intenciones cuando perseguía a los cristianos. Era un devoto sincero y concienzudo de la fe de Israel. Pensaba que tenía razón. Perseguía a los cristianos, no porque careciera de integridad, sino porque carecía de iluminación. Los cristianos que participaron en infames persecuciones y vergonzosas inquisiciones no eran hombres malvados; estaban equivocados. Los hombres de la Iglesia que creían tener un edicto de Dios para oponerse al progreso de la ciencia, ya fuera en forma de una revolución copernicana o de una teoría darwiniana de la selección natural, no eran hombres malintencionados, sino mal informados. Y así, las palabras de Cristo desde la cruz están escritas con nitidez en algunas de las tragedias más inexpresables de la historia: «No saben lo que hacen».

Esa trágica ceguera se expresa de muchas formas ominosas en nuestros días. Algunos hombres siguen pensando que la guerra es la respuesta a los problemas del mundo. No son personas malvadas. Por el contrario, son ciudadanos buenos y respetables cuyas ideas se revisten con los ropajes del patriotismo. Hablan de la política del riesgo calculado y del equilibrio del terror. Creen con toda sinceridad que la continuación de la carrera armamentística tendrá consecuencias más benéficas que maléficas. Por eso piden con vehemencia bombas más grandes, mayores reservas nucleares y misiles balísticos más veloces.

La sabiduría nacida de la experiencia debería decirnos que la guerra está obsoleta. Quizás hubo un tiempo en el cual la guerra servía como un bien negativo para impedir la propagación y el crecimiento de una fuerza maligna, pero el poder destructivo de las armas modernas elimina incluso la posibilidad de que la guerra pueda servir como un bien negativo. Si asumimos que vale la pena vivir y que el hombre tiene derecho a la supervivencia, entonces debemos encontrar una alternativa a la guerra. En una época en la

que hay vehículos que surcan el espacio y misiles balísticos dirigidos que trazan autopistas de la muerte a través de la estratosfera, ninguna nación puede cantar victoria en la guerra. Una supuesta guerra limitada dejará poco más que un calamitoso legado de sufrimiento humano, agitación política y desilusión espiritual. Una guerra mundial —¡Dios no lo quiera!— solo dejará cenizas humeantes cual mudo testimonio de una raza humana cuya locura la condujo sin remedio a una aniquilación prematura. Sin embargo, hay quienes creen que el desarme es un mal y que la negociación internacional es una abominable pérdida de tiempo. Nuestro mundo está amenazado por la sombría perspectiva de la aniquilación atómica porque todavía hay demasiados hombres que no saben lo que hacen.

Noten también cómo la verdad de este texto se revela en las relaciones raciales. La esclavitud en los Estados Unidos se perpetuó no solo por la maldad humana, sino también por la ceguera humana. Es cierto que la base causal del sistema de esclavitud debe remontarse en gran medida al factor económico. Los hombres estaban convencidos de que la moral de un sistema tan lucrativo debía ser justificable. Formularon elaboradas teorías de superioridad racial. Sus racionalizaciones vistieron errores evidentes con los hermosos ropajes de la justicia. Ese trágico intento de dar sanción moral a un sistema lucrativo dio origen a la doctrina de la supremacía blanca. Se citaron la religión y la Biblia para cristalizar el statu quo. Se recurrió a la ciencia para demostrar la inferioridad biológica del Negro. Incluso la lógica filosófica fue manipulada para dar credibilidad intelectual al sistema de esclavitud. Alguien formuló el argumento de la inferioridad del Negro mediante un silogismo aristotélico:

Todos los hombres están hechos a imagen de Dios;
Dios, como todo el mundo sabe, no es Negro;
Por lo tanto, el Negro no es un hombre.

Así pues, los hombres torcieron a su conveniencia las ideas de la religión, la ciencia y la filosofía para sancionar la doctrina de la supremacía blanca. Pronto esa idea se propagó en todos los libros

de texto y se predicó en casi todos los púlpitos. Se convirtió en una parte estructurada de la cultura. Y los hombres abrazaron entonces esa filosofía no como la racionalización de una mentira, sino como la expresión de una verdad definitiva. Llegaron a creer que el Negro era inferior por naturaleza y que la esclavitud había sido ordenada por Dios. En 1857, el sistema de esclavitud recibió su mayor apoyo jurídico con las deliberaciones del Tribunal Supremo de los Estados Unidos en la sentencia de *Dred Scott*. El Tribunal afirmó que el Negro no tenía derecho alguno que el hombre blanco estuviera obligado a respetar. Los jueces que tomaron esa decisión no eran hombres malvados. Al contrario, eran hombres decentes y dedicados. Pero fueron víctimas de una ceguera espiritual e intelectual. No sabían lo que hacían. Todo el sistema de esclavitud fue perpetuado en gran medida por personas honestas, pero de una gran ignorancia espiritual.

Esa trágica ceguera se encuentra también en la segregación racial, prima no muy lejana de la esclavitud. Algunos de los más enérgicos defensores de la segregación son sinceros en sus creencias y serios en sus motivos. Aunque algunos hombres son segregacionistas por meras razones de conveniencia política y beneficio económico, no toda la resistencia a la integración es una movida de la retaguardia de fanáticos profesionales. Algunas personas creen que su intento de preservar la segregación es lo mejor para sí mismas, para sus hijos y para su nación. Muchas son buenas personas que van a la iglesia, ancladas en la fe religiosa de sus madres y padres. Cuando se les presiona para que hagan una reivindicación religiosa de sus convicciones, llegan a afirmar que Dios fue el primer segregacionista. Sostienen que: «Los pájaros rojos y los pájaros azules no vuelan juntos». Insisten en que sus opiniones sobre la segregación pueden explicarse de un modo racional y justificarse en el sentido moral. Si se les presiona para que justifiquen su creencia en la inferioridad del Negro, recurren a algún escrito pseudocientífico y argumentan que el cerebro del Negro es más pequeño que el del hombre blanco. No saben, o se niegan a saber, que la idea de una raza inferior o superior ha sido refutada mediante las mejores pruebas de la ciencia antropológica. Grandes

antropólogos, como Ruth Benedict, Margaret Mead y Melville J. Herskovits, coinciden en que, aunque puede haber individuos inferiores y superiores dentro de todas las razas, no existe una raza superior o inferior. Y los segregacionistas se niegan a reconocer que la ciencia ha demostrado que existen cuatro tipos de sangre, y que esos cuatro tipos de sangre se encuentran en todos los grupos raciales. Creen a ciegas en la validez eterna de un mal llamado segregación y en la verdad intemporal de un mito llamado supremacía blanca. ¡Qué tragedia! Millones de Negros han sido crucificados por la ceguera sincera. Con Jesús en la cruz, debemos mirar con amor a nuestros opresores y decirles: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

III

De todo lo que he intentado decir debería desprenderse que la sinceridad y la conciencia no bastan por sí solas. La historia ha demostrado que esas nobles virtudes pueden degenerar en vicios trágicos. No hay nada más peligroso en el mundo que la ignorancia sincera y la estupidez franca. Shakespeare escribió:

> *Que las cosas más dulces se agrian por sus actos,*
> *y un lirio corrompido, huele cual mala hierba*[*].

Como principal guardiana moral de la comunidad, la Iglesia debe implorar a los hombres que sean buenos y bienintencionados, y debe ensalzar las virtudes de la bondad del corazón y la honestidad. Pero en algún punto del camino, la Iglesia debe recordar a los hombres que, desprovistas de inteligencia, la bondad y la honestidad se convertirán en fuerzas brutales que conducirán a crucifixiones vergonzosas. La Iglesia nunca debe cansarse de recordarles a los hombres que tienen la responsabilidad moral de ser inteligentes.

¿No debemos admitir que la Iglesia con frecuencia ha pasado por alto esa exigencia moral de ilustración? A veces se ha expresado como si la ignorancia fuera una virtud y la inteligencia un delito. Con su oscurantismo, su cerrazón y su obstinación ante las nuevas

verdades, la Iglesia a menudo ha alentado de forma inconsciente a sus fieles a mirar con recelo la inteligencia.

Pero si queremos llamarnos cristianos, más vale que evitemos la ceguera intelectual y moral. A lo largo del Nuevo Testamento se nos recuerda la necesidad de ilustración. Se nos ordena amar a Dios, no solo con el corazón y el alma, sino también con la mente. Cuando el apóstol Pablo se dio cuenta de la ceguera de muchos de sus oponentes, dijo: «Puedo declarar en favor de aquellos que muestran celo por Dios, pero su celo no se basa en el conocimiento». Una y otra vez la Biblia nos recuerda el peligro del celo sin conocimiento y de la sinceridad sin inteligencia.

Así pues, tenemos el mandato tanto de vencer el pecado como de vencer la ignorancia. El hombre moderno tiene hoy en día una cita con el caos no solo a causa de la maldad humana, sino también a causa de la estupidez humana. Si la civilización occidental sigue degenerando hasta que, como 24 de sus predecesoras, caiga sin remedio en un vacío sin fondo, la causa no será solo su innegable pecaminosidad, sino también su espantosa ceguera. Y si la democracia estadounidense se va desintegrando de un modo gradual, se deberá tanto a la falta de perspicacia como a la falta de compromiso con el bien. Si el hombre moderno sigue coqueteando sin vacilar con la guerra y acaba transformando su hábitat terrenal en un infierno como ni siquiera la mente de Dante pudo imaginar, sería el resultado de una franca maldad y también de una franca estupidez.

«No saben lo que hacen». Eso dijo Jesús. La ceguera era su principal problema. Y aquí radica el quid de la cuestión: no tenemos que ser ciegos. A diferencia de la ceguera física que suele infligirse a los individuos como resultado de fuerzas naturales que escapan a su control, la ceguera intelectual y moral es un dilema que el hombre se inflige a sí mismo por su trágico mal uso de la libertad y por no utilizar su mente en toda su capacidad. Algún día aprenderemos que el corazón nunca puede estar del todo en lo cierto si la cabeza está del todo equivocada. Solo mediante la unión de cabeza y corazón —inteligencia y bondad— podrá el hombre elevarse a la plenitud de su verdadera naturaleza. Tampoco hay que ser filósofo o poseer una

amplia formación académica para alcanzar una buena vida. Conozco a muchas personas con escasa educación formal que tienen una inteligencia y una clarividencia asombrosas. El llamado a la inteligencia es un llamado a la amplitud de miras, al buen juicio y al amor a la verdad. Es un llamado a los hombres para que superen el estancamiento de la cerrazón y la parálisis de la ingenuidad. No hace falta ser un profundo erudito para ser abierto de mente, ni un académico entusiasta para dedicarse a la búsqueda asidua de la verdad.

La luz ha llegado al mundo. Una voz que grita a través de la vista del tiempo llama a los hombres a caminar en la luz. La vida terrenal del hombre se convertirá en una trágica elegía cósmica si no atiende a ese llamado. Dijo Juan: «Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, pero la humanidad prefirió la oscuridad a la luz, porque sus obras eran malas»[*].

Cada vez que miro la cruz recuerdo la grandeza de Dios y el poder redentor de Jesucristo. Me recuerda la belleza del amor sacrificado y la majestuosidad de la devoción inquebrantable a la verdad. Me hace decir con John Bowring:

En la cruz de Cristo glorificado,
Que se eleva sobre los restos del tiempo;
Toda la luz de la historia sagrada
Se reúne en torno a su cabeza sublime[†].

Sería maravilloso poder mirar la cruz y solo sentir esa reacción tan sublime. Sin embargo, no puedo volver los ojos a esa cruz sin darme cuenta también de que simboliza una extraña mezcla de grandeza y pequeñez, de bien y de mal. Al contemplar esa cruz erigida no solo recuerdo el poder ilimitado de Dios, sino también la sórdida debilidad del hombre. No solo pienso en el resplandor de lo divino, sino también en el sabor amargo de lo humano. Me recuerda no solo a Cristo en su mejor momento, sino al hombre en su peor momento.

Debemos ver la cruz como el magnífico símbolo del amor que vence al odio y de la luz que vence a las tinieblas. Pero en medio de

esa brillante afirmación, no olvidemos nunca que nuestro Señor y Maestro fue clavado en esa cruz a causa de la ceguera humana. Los que lo crucificaron no sabían lo que hacían.

Amar a nuestros enemigos

CAPÍTULO V DE *LA FUERZA DE AMAR*

«La psicología moderna reconoce lo que Jesús enseñó hace siglos: el odio divide la personalidad, y el amor la une de un modo asombroso e inexorable».

> Ustedes han oído que fue dicho: «Amarás a tu prójimo, y odiarás a tu enemigo». Pero yo les digo: amen a sus enemigos, bendigan a los que los maldicen, hagan bien a los que los odian y oren por quienes los persiguen, para que sean ustedes hijos de su Padre que está en los cielos.
>
> MATEO 5, 43-45 (RVC)

Es probable que ningún mandato de Jesús haya sido más difícil de seguir que el mandamiento «amen a sus enemigos». Algunos hombres han considerado en serio que practicarlo en realidad no es posible. Es fácil, dicen que amen a quienes los aman, pero ¿cómo se puede amar a quienes de una forma abierta e insidiosa buscan derrotarnos? Otros, como el filósofo Nietzsche, sostienen que la exhortación de Jesús a amar a los enemigos es testimonio de que la ética cristiana está diseñada para los débiles y cobardes, y no para los fuertes y valientes. Jesús, dicen, era un idealista poco práctico.

A pesar de esas preguntas insistentes y objeciones persistentes, ese mandato de Jesús nos interpela con nueva urgencia. Convulsión tras convulsión nos ha recordado que el hombre moderno viaja por un camino llamado odio, en un viaje que nos llevará a la destrucción y a la condenación. Lejos de ser el requerimiento piadoso de un soñador utópico, el mandato de amar al enemigo es una necesidad absoluta para nuestra supervivencia. El amor, incluso hacia los enemigos, es la clave para solucionar el problema de nuestro

mundo. Jesús no es un idealista poco práctico; es el realista práctico.

Estoy seguro de que Jesús comprendía la dificultad inherente al acto de amar al enemigo. Nunca se unió a las filas de los que decían con ligereza que la vida moral era fácil. Se dio cuenta de que toda expresión genuina de amor nace de una entrega coherente y total a Dios. Por eso, cuando Jesús dijo «Amen a sus enemigos», no ignoraba sus estrictas cualidades. Sin embargo, hablaba en serio. Nuestra responsabilidad como cristianos es descubrir el significado de este mandato y tratar de vivirlo con pasión en nuestra vida cotidiana.

I

Seamos prácticos y preguntémonos: ¿Cómo amamos a nuestros enemigos?

En primer lugar, debemos desarrollar y mantener la capacidad de perdonar. Quien carece del poder de perdonar carece del poder de amar. Es imposible siquiera comenzar el acto de amar a los enemigos sin la previa aceptación de la necesidad, una y otra vez, de perdonar a quienes nos infligen males y nos injurian. También es necesario darse cuenta de que el acto de perdonar siempre debe ser iniciado por la persona que ha sido agraviada, la víctima de algún gran daño, el receptor de alguna tortuosa injusticia, el que absorbe algún terrible acto de opresión. El infractor puede pedir perdón. Puede recapacitar y, como el hijo pródigo, avanzar por algún camino polvoriento con el corazón palpitante por el deseo del perdón. Pero solo el vecino herido, el padre amoroso que está en casa, puede derramar las cálidas aguas del perdón.

Perdonar no significa ignorar lo que se ha hecho o poner una falsa etiqueta a un acto malvado. Significa, más bien, que el acto malo deja de ser un obstáculo para la relación. El perdón es un catalizador que crea la atmósfera necesaria para empezar de nuevo, para un nuevo comienzo. Es la liberación de una carga o la cancelación de una deuda. Las palabras «te perdonaré, pero nunca

olvidaré lo que has hecho» no podrían explican la verdadera naturaleza del perdón. Sin duda, no es posible olvidar, si eso significa borrarlo del todo de la mente. Pero cuando perdonamos, olvidamos en el sentido de que la mala acción ya no es una barrera mental que impida una nueva relación. Del mismo modo, nunca podemos decir: «Te perdonaré, pero no tendré nada más que ver contigo». El perdón significa reconciliación, volver a estar juntos. Sin eso, ningún hombre podrá amar a sus enemigos. El grado en que somos capaces de perdonar determina el grado en que somos capaces de amar a nuestros enemigos.

En segundo lugar, debemos reconocer que la mala acción del vecino-enemigo, lo que duele, nunca expresa todo lo que esa persona es. Incluso en nuestro peor enemigo se puede encontrar algún elemento de bondad. Cada uno de nosotros es una especie de personalidad esquizofrénica, dividida de un modo trágico contra nosotros mismos. En toda nuestra vida se libra una guerra civil persistente. Algo dentro de nosotros hace que nos lamentemos con Ovidio, el poeta latino: «Veo y apruebo lo mejor, pero sigo lo peor»; o que estemos de acuerdo con Platón en que la personalidad humana es como un auriga que tiene dos caballos testarudos, cada uno de los cuales quiere ir en una dirección distinta, o que repitamos con el apóstol Pablo: «De hecho, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero»[*].

Esto solo significa que hay algo bueno en el peor de nosotros y algo malo en el mejor de nosotros. Cuando descubrimos eso, somos menos propensos a odiar a nuestros enemigos. Cuando miramos bajo la superficie, bajo el acto impulsivo de maldad, vemos dentro de nuestro enemigo-prójimo una medida de bondad y sabemos que la vileza y la maldad de sus actos no son representativos de todo lo que es. Lo vemos bajo una nueva luz. Reconocemos que su odio nace del miedo, el orgullo, la ignorancia, los prejuicios y la incomprensión, pero a pesar de ello, sabemos que la imagen de Dios está grabada en su ser de forma inefable. Entonces amamos a nuestros enemigos dándonos cuenta de que no son malos por

completo y de que no están fuera del alcance del amor redentor de Dios.

En tercer lugar, no debemos tratar de derrotar o humillar al enemigo, sino de ganarnos su amistad y su comprensión. A veces somos capaces de humillar a nuestro peor enemigo. Es inevitable que tenga un momento de debilidad y podamos clavar en su costado la lanza de la derrota. Pero no debemos hacer eso. Cada palabra y cada acto deben contribuir a un entendimiento con el enemigo y a liberar esas vastas reservas de buena voluntad que han sido bloqueadas por los impenetrables muros del odio.

El significado del amor no debe confundirse con una efusión sentimental. El amor es algo mucho más profundo que la palabrería emocional. Quizás la lengua griega pueda aclarar nuestra confusión en este aspecto. En el Nuevo Testamento griego hay tres palabras para referirse al amor*. La palabra *eros* es una especie de amor estético o romántico. En los diálogos platónicos, el eros es un anhelo del alma por el reino de lo divino. La segunda palabra es *filia*, amor recíproco, afecto íntimo y amistad entre amigos. Amamos a las personas que nos gustan, y las amamos porque nos aman. La tercera palabra es *ágape*, comprensión y buena voluntad creadora y redentora para todos los hombres. Un amor desbordante que no busca nada a cambio, el ágape es el amor de Dios que actúa en el corazón humano. En ese nivel amamos a los hombres no porque nos gusten ni porque nos atraigan sus maneras, ni siquiera porque posean una especie de chispa divina; amamos a todos los hombres porque Dios los ama. En este nivel, amamos a la persona que comete una mala acción, aunque odiemos la acción que lleva a cabo.

Ahora podemos ver a qué se refería Jesús cuando dijo: «Amen a sus enemigos». Deberíamos alegrarnos de que no nos dijera: «Que les gusten sus enemigos». Es casi imposible que nos gusten algunas personas. «Gustar» es una palabra sentimental y cariñosa. ¿Cómo podemos ser afectuosos con una persona cuyo objetivo declarado es aplastar nuestro propio ser y poner innumerables escollos en nuestro camino? ¿Cómo puede gustarnos una persona que amenaza a nuestros hijos y bombardea nuestros hogares? Eso es imposible.

Pero Jesús reconoció que amar es mucho más que gustar. Cuando Jesús nos pide que amemos a nuestros enemigos, no habla ni de eros ni de filia; habla de ágape, de comprensión y de buena voluntad creadora y redentora para con todos los hombres. Solo siguiendo ese camino y respondiendo con este tipo de amor podremos ser hijos de nuestro Padre que está en los cielos.

II

Pasemos ahora del cómo práctico al por qué teórico: ¿por qué debemos amar a nuestros enemigos? La primera razón es bastante obvia. Devolver odio por odio multiplica el odio, añadiendo más oscuridad a una noche ya desprovista de estrellas. La oscuridad no puede expulsar a las tinieblas; solo la luz puede hacerlo. El odio no puede expulsar al odio; solo el amor puede hacerlo. El odio multiplica el odio, la violencia multiplica la violencia y la dureza multiplica la dureza en una espiral descendiente de destrucción. Por eso, cuando Jesús dice «amen a sus enemigos», está lanzando un mandato profundo y, en última instancia, ineludible. ¿No hemos llegado a un callejón sin salida tal en el mundo moderno que debemos amar a nuestros enemigos? La reacción en cadena del mal —odio que engendra odio, guerras que producen más guerras— debe romperse, o nos sumergiremos en el oscuro abismo de la aniquilación.

Otra razón por la que debemos amar a nuestros enemigos es que el odio deja cicatrices en el alma y distorsiona la personalidad. Conscientes de que es una fuerza maligna y peligrosa, con demasiada frecuencia pensamos en lo que el odio le hace a la persona odiada. Es comprensible, porque el odio causa daños irreparables a sus víctimas. Hemos visto sus horribles consecuencias en la ignominiosa muerte de seis millones de judíos a manos de un loco obsesionado por el odio llamado Hitler; en la indescriptible violencia infligida a los Negros por turbas sedientas de sangre; en los oscuros horrores de la guerra y en las terribles indignidades e

injusticias perpetradas contra millones de hijos de Dios por opresores desmesurados.

Pero hay otro aspecto que nunca debemos pasar por alto. El odio es igual de perjudicial para la persona que odia. Cual cáncer descontrolado, el odio corroe la personalidad y carcome su unidad vital. El odio destruye el sentido de los valores y la objetividad de los hombres. Los lleva a describir lo bello como feo y lo feo como bello, y a confundir lo verdadero con lo falso y lo falso con lo verdadero.

El Dr. E. Franklin Frazier, en un interesante ensayo titulado «The Pathology of Race Prejudice [La patología del prejuicio racial]»*, incluyó varios ejemplos de personas blancas que eran normales, amables y simpáticas en sus relaciones cotidianas con otras personas blancas, pero cuando las retaban a pensar en los Negros como iguales o incluso a discutir la cuestión de la injusticia racial, reaccionaban con una irracionalidad increíble y un desequilibrio anormal. Eso ocurre cuando el odio persiste en nuestra mente. Los psiquiatras afirman que muchas de las cosas extrañas que ocurren en el subconsciente, muchos de nuestros conflictos internos, tienen su origen en el odio. Dicen: «Ama o perece». La psicología moderna reconoce lo que Jesús enseñó hace siglos: el odio divide la personalidad, y el amor, de forma asombrosa e inexorable, la une.

La tercera razón por la cual debemos amar a nuestros enemigos es porque el amor es la única fuerza capaz de transformar a un enemigo en amigo. Nunca nos libramos de un enemigo enfrentando al odio con odio; nos libramos de un enemigo librándonos de la enemistad. Por su propia naturaleza, el odio destruye y derriba; por su propia naturaleza, el amor crea y construye. El amor transforma con poder redentor.

Lincoln probó el amor y dejó un magnífico drama de reconciliación para la historia. Cuando estaba haciendo campaña para la presidencia, uno de sus archienemigos era un hombre llamado [Edwin M.] Stanton. Por alguna razón, Stanton odiaba a Lincoln. Usó toda su energía para degradarlo ante los ojos del público. Tan profundo era el odio que Stanton sentía hacía Lincoln que pronunció palabras poco amables sobre su aspecto físico y trató

de avergonzarlo en cada oportunidad con diatribas muy amargas. Sin embargo, Abraham Lincoln fue elegido presidente de los Estados Unidos. Luego vino el momento de formar a su gabinete, compuesto por quienes serían sus colaboradores más íntimos a la hora de implementar su programa. Empezó a escoger a hombres aquí y allá para las distintas secretarías. Por fin llegó el día en que Lincoln escogió a un hombre para ocupar el importantísimo cargo de secretario de Guerra. ¿Se imaginan a quién eligió Lincoln para ocupar ese cargo? Nada menos que al hombre llamado Stanton. Cuando la noticia empezó a difundirse, se produjo un alboroto inmediato en su círculo íntimo. Un asesor tras otro le dijeron:

—Señor Presidente, está cometiendo un error. ¿Conoce a este hombre, Stanton? ¿Sabe todas las cosas feas que ha dicho de usted? Es su enemigo. Intentará sabotear su programa. ¿Lo ha pensado bien, Sr. Presidente?

La respuesta de Lincoln fue concisa y directa:

—Sí, conozco al Sr. Stanton. Soy consciente de todas las cosas terribles que ha dicho de mí. Pero después de examinar el país, creo que es el hombre más adecuado para el cargo.

Así pues, Stanton se convirtió en el secretario de Guerra de Abraham Lincoln y prestó un servicio inestimable a su nación y a su presidente. Pocos años después Lincoln fue asesinado. Se dijeron muchas cosas loables de él. Todavía hoy millones de personas lo veneran como el más grande de todos los estadounidenses. H. G. Wells lo señaló como uno de los seis grandes hombres de la Historia. Pero de todas las magníficas declaraciones que se han hecho sobre Abraham Lincoln, las palabras de Stanton siguen estando entre las mejores. De pie junto al cadáver del hombre al que una vez odió, Stanton se refirió a él como uno de los hombres más grandes que jamás hubieran existido y dijo: «Ahora pertenece a la historia».

Si Lincoln hubiera odiado a Stanton, ambos se habrían ido a la tumba como enemigos acérrimos. Pero gracias al poder del amor, Lincoln transformó a un enemigo en un amigo. Fue esa misma actitud la que hizo posible que Lincoln hablara con amabilidad sobre el Sur durante la Guerra Civil, cuando los sentimientos estaban más

enconados. Una espectadora sorprendida le preguntó cómo podía hacerlo y Lincoln respondió:

—Señora, ¿acaso no destruyo a mis enemigos al convertirlos en mis amigos?

Ese es el poder del amor redentor.

Debemos apresurarnos a decir que estas no son las razones principales por las cuales debemos amar a nuestros enemigos. Una razón aún más fundamental por la cual se nos ordena amar se expresa de forma explícita en las palabras de Jesús: «Amen a sus enemigos. . . para que sean ustedes hijos de su Padre que está en los cielos». Estamos llamados a esa difícil tarea para establecer una relación única con Dios. Somos hijos potenciales de Dios. A través del amor, esa potencialidad se convierte en realidad. Debemos amar a nuestros enemigos porque solo amándolos podremos conocer a Dios y experimentar la belleza de su santidad.

La relevancia de lo que he dicho para la crisis de las relaciones raciales debería ser evidente. No habrá solución permanente al problema racial hasta que los hombres oprimidos desarrollen la capacidad de amar a sus enemigos. La oscuridad de la injusticia racial solo se disipará con la luz del amor que perdona. Durante más de tres siglos, los Negros estadounidenses han sido golpeados por la vara de hierro de la opresión, insatisfechos de día y apabullados de noche por una injusticia insoportable, agobiados por el horrible peso de la discriminación. Obligados a vivir en esas condiciones vergonzosas, nos sentimos tentados a volvernos amargados y a tomar represalias con el odio correspondiente. Pero si eso ocurre, el nuevo orden que buscamos será poco más que un duplicado del viejo orden. Con fuerza y humildad, debemos responder al odio con amor.

Por supuesto, esto no es práctico. La vida es cuestión de vengarse, de devolver el golpe; es la ley de la selva. ¿Estoy diciendo que Jesús nos ordena amar a quienes nos hieren y oprimen? ¿Sueno, como la mayoría de los predicadores, idealista y poco práctico? Quizás en alguna lejana utopía, dirán ustedes, esa idea funcione, pero no en el duro y frío mundo en el que vivimos.

Amigos míos, hemos seguido la llamada vía práctica durante demasiado tiempo y eso nos ha conducido sin remedio a una confusión y un caos aún más profundos. El tiempo está plagado de los restos de comunidades que se rindieron al odio y a la violencia. Por la salvación de nuestra nación y la salvación de la humanidad, debemos seguir otro camino. Eso no significa que abandonemos nuestros esfuerzos justos. Debemos seguir liberando a esta nación del íncubo de la segregación con toda nuestra energía. Pero en el proceso no renunciaremos a nuestro privilegio y nuestra obligación de amar. Aunque aborrezcamos la segregación, debemos amar al segregacionista. Esa es la única manera de crear la comunidad amada.

A nuestros oponentes acérrimos les decimos: «Igualaremos su capacidad de infligir sufrimiento a nuestra capacidad de soportar sufrimiento. Nos enfrentaremos a su fuerza física con la fuerza del alma. Hágannos lo que quieran y los seguiremos amando. No podemos a conciencia obedecer sus leyes injustas, porque la no cooperación con el mal es una obligación moral tanto como lo es la cooperación con el bien. Métannos en la cárcel y los seguiremos amando. Bombardeen nuestras casas y amenacen a nuestros hijos, y los seguiremos amando. Envíen a sus encapuchados violentos a nuestras comunidades a medianoche, llévennos a una carretera, golpéennos y déjennos medio muertos, y les seguiremos amando. Pero tengan por seguro que los cansaremos con nuestra capacidad de sufrimiento. Un día ganaremos nuestra libertad, y no solo ganaremos la libertad para nosotros. Apelaremos tanto a su corazón y a su conciencia que les ganaremos en el proceso, y por lo tanto nuestra victoria será una doble victoria»[*].

El amor es el poder más duradero del mundo. Esa fuerza creadora, ejemplificada de un modo tan hermoso en la vida de nuestro Cristo, es el instrumento más potente del que dispone la humanidad en su búsqueda de la paz y la seguridad. Se dice que Napoleón Bonaparte, el gran genio militar, recordando sus años de conquista, dijo: «Alejandro, César, Carlomagno y yo hemos construido grandes imperios. Pero ¿de qué dependían? Dependían

de la fuerza. Pero hace siglos Jesús inició un imperio que se construyó sobre el amor, y aún hoy millones morirían por él». ¿Quién puede dudar de la veracidad de estas palabras? Los grandes líderes militares del pasado se han ido y sus imperios se han desmoronado y reducido a cenizas. Pero el imperio de Jesús, construido de forma sólida y majestuosa sobre los cimientos del amor, sigue creciendo. Comenzó con un pequeño grupo de hombres dedicados que, por inspiración de su Señor, fueron capaces de sacudir los goznes de las puertas del Imperio romano y llevar el Evangelio a todo el mundo. En la actualidad, el vasto reino terrenal de Cristo cuenta con más de 900 millones de personas y abarca todas las tierras y tribus. Hoy volvemos a escuchar la promesa de la victoria:

Jesús reinará dondequiera que el sol
Recorra sus sucesivos viajes;
Su reino se extenderá de orilla a orilla,
Hasta que la luna no crezca ni mengüe más[†].

Otro coro responde con alegría:

En Cristo no hay oriente ni occidente.
En Él no hay sur ni norte,
Sino una gran comunidad de amor
A lo largo y ancho de la Tierra.[*]

Jesús siempre tiene la razón. La historia está tapizada de los huesos blanquecinos de naciones que se negaron a escucharlo. Ojalá que en el siglo XX escuchemos y sigamos sus palabras antes de que sea demasiado tarde. Ojalá que nos demos cuenta con solemnidad de que no seremos verdaderos hijos de nuestro Padre celestial hasta que amemos a nuestros enemigos y oremos por los que nos persiguen.

Una llamada a medianoche

CAPÍTULO VI DE *LA FUERZA DE AMAR*

«Desconcertado por esta tendencia a reducir al hombre a una ficha en un vasto tablero, el hombre busca con desesperación el pan del amor».

[Fragmento]

. . .Hay un profundo anhelo del pan del amor. Todo el mundo desea amar y ser amado. El que siente que no es amado siente que no cuenta. Han ocurrido muchas cosas en el mundo moderno que han hecho que los hombres sientan que no pertenecen a él. Por vivir en un mundo que se ha vuelto impersonal de un modo opresivo, muchos de nosotros hemos llegado a sentir que somos poco más que números. Ralph Borsodi, en un fascinante retrato de un mundo en el que los números han sustituido a las personas, escribe que la madre moderna es a menudo el caso de maternidad número 8434 y su hijo, después de que se le toman las huellas dactilares y de los pies, se convierte en el número 8003; y que un funeral en una gran ciudad es un acontecimiento en la capilla B con flores y decoraciones de clase B en la que oficia el predicador número 14 y el músico número 84 canta la canción número 174. Desconcertado por esta tendencia a reducir al hombre a una ficha en un vasto tablero, el hombre busca con desesperación el pan del amor.

Sueños destrozados

CAPÍTULO X DE *LA FUERZA DE AMAR*

«Demasiado desinteresadas para amar y demasiado apasionadas para odiar, demasiado desprendidas para ser egoístas y demasiado debilitadas para ser altruistas, demasiado indiferentes para experimentar la alegría y demasiado frías para experimentar la tristeza, no están ni muertas ni vivas; tan solo existen».

Tengo planes de visitarlos cuando vaya rumbo a España.

ROMANOS 15, 24 (NVI).

Uno de los problemas más angustiosos de nuestra experiencia humana es que muy poca gente vive para ver cumplidas sus esperanzas más anheladas. Las esperanzas de nuestra infancia y las promesas de nuestra edad madura son sinfonías inacabadas. En un famoso cuadro, George Frederic Watts retrata a la Esperanza como una figura tranquila que, sentada en lo alto de nuestro planeta, cabizbaja, puntea la única cuerda de su arpa que no se ha roto. ¿Hay alguno de nosotros que no se haya enfrentado a la agonía de las esperanzas frustradas y los sueños destrozados?

En la carta de Pablo a los cristianos romanos encontramos una potente ilustración de este fastidioso problema de las esperanzas frustradas: «Iré a visitarlos ahora que vaya a España». Uno de sus más ardientes anhelos era viajar a España, donde, en los confines del mundo entonces conocido, podría seguir proclamando el Evangelio cristiano. A su regreso, deseaba tener una comunión personal con aquel valiente grupo de cristianos romanos. Cuanto más anticipaba ese privilegio, más se aceleraba su corazón de alegría. Sus preparativos se centraron en llevar el Evangelio a la capital de Roma y a España, la lejana periferia del imperio.

Qué esperanza tan resplandeciente se movía en el corazón de Pablo. Pero nunca llegó a Roma conforme a los planes de sus esperanzas. A causa de su audaz fe en Jesucristo, en efecto lo llevaron hasta allá, pero como prisionero, y permaneció cautivo en una pequeña celda. Tampoco recorrió los polvorientos caminos de España, ni contempló sus curvilíneas laderas, ni observó su ajetreada vida costera. Fue ejecutado, suponemos, como mártir de Cristo en Roma. La vida de Pablo es la trágica historia de un sueño destrozado.

La vida refleja muchas experiencias similares. ¿Quién no se ha encaminado hacia una España lejana, una meta trascendental o una realización gloriosa, para descubrir al final que debe conformarse con mucho menos? Nunca caminamos como hombres libres por las calles de nuestra Roma; más bien, las circunstancias decretan que vivamos dentro de pequeñas celdas de confinamiento. Escrita a través de nuestras vidas hay una falla fatal y dentro de la Historia corre una vena irracional e impredecible. Como Abraham, nosotros

también peregrinamos en la tierra prometida, pero muchas veces no llegamos a ser «herederos también de la misma promesa»[*]. Siempre apretamos más de lo que podemos abarcar.

Tras luchar durante años para lograr la independencia, Mahatma Gandhi fue testigo de una sangrienta guerra religiosa entre hindúes y musulmanes, y la posterior división de India y Pakistán destrozó el deseo de su corazón de una nación unida. Woodrow Wilson murió antes de ver hecha realidad su visión incontenible de una Sociedad de Naciones. Muchos Negros esclavizados en América, que anhelaban con toda su alma la libertad, murieron antes de la emancipación. Después de rezar en el huerto de Getsemaní para librarse del cáliz, Jesús bebió hasta la última gota amarga. Y el apóstol Pablo oró con fervor muchas veces para que la «espina» fuera extraída de su carne, pero el dolor y el malestar no cesaron hasta el final de sus días. Los sueños destrozados son un sello distintivo de nuestra vida mortal.

I

Antes de determinar cómo vivir en un mundo en el que no se satisfacen nuestras más altas esperanzas, debemos preguntarnos: ¿qué hacer en tales circunstancias? Una posible reacción es destilar todo nuestro descontento en un núcleo de amargura y resentimiento. La persona que sigue ese camino puede que desarrolle una actitud insensible, un corazón frío y un odio amargo hacia Dios, hacia aquellos con quienes vive y hacia sí misma. Como no puede controlar a Dios ni a la vida, libera su venganza contenida en hostilidad hacia otras personas. Puede ser extremadamente cruel con su pareja e inhumana con sus hijos. En resumen, la mezquindad se convierte en su característica dominante. No ama a nadie y no necesita el amor de nadie. No confía en nadie y no espera que los demás confíen en ella. Encuentra defectos en todo y en todos, y se queja sin cesar.

Tal reacción envenena el alma, marca la personalidad y siempre perjudica más que a nadie a la persona que alberga ese sentimiento.

La ciencia médica revela que las dolencias físicas como la artritis, las úlceras gástricas y el asma son provocadas en ocasiones por resentimientos amargos. La medicina psicosomática, que se ocupa de las enfermedades corporales que provienen de las enfermedades mentales, muestra que el resentimiento profundo puede provocar un deterioro físico.

Otra reacción habitual de las personas que experimentan el desvanecimiento de la esperanza es encerrarse por completo en sí mismas y convertirse en introvertidas absolutas. No permiten que nadie entre en sus vidas y se niegan a entrar en las vidas de los demás. Tales personas abandonan la lucha de la vida, pierden el entusiasmo por vivir e intentan escapar elevando sus mentes a un reino trascendente de fría indiferencia. La palabra que mejor las describe es desapego. Demasiado desinteresadas para amar y demasiado apasionadas para odiar, demasiado desprendidas para ser egoístas y demasiado debilitadas para ser altruistas, demasiado indiferentes para experimentar la alegría y demasiado frías para experimentar la tristeza, no están ni muertas ni vivas; tan solo existen. Sus ojos no ven las bellezas de la naturaleza, sus oídos son insensibles a los sonidos majestuosos de la gran música y sus manos son incluso insensibles al tacto de un hermoso bebé. No queda en ellas nada de la vitalidad de la vida; solo el movimiento sordo de la existencia desnuda. Las esperanzas frustradas las conducen a un cinismo paralizante como el que describió Omar Khayyam:

> *La esperanza mundana en la que los hombres ponen sus corazones*
> *se convierte en cenizas o prospera; y, de inmediato,*
> *como la nieve sobre el rostro polvoriento del desierto,*
> *que reluce una o dos horas, desaparece*[*]*.*

Esa reacción se basa en un intento de escapar de la vida. Los psiquiatras afirman que cuando los individuos intentan escapar de la realidad, sus personalidades se van diluyendo hasta que, al final, se escinden. Esa es una de las causas de la personalidad esquizofrénica.

Una tercera forma de responder a las decepciones en la vida consiste en adoptar una filosofía fatalista que estipula que todo lo

que sucede debe suceder y que todos los acontecimientos están determinados por la inevitabilidad. El fatalismo implica que todo está predestinado y es ineludible. Las personas que adoptan esta filosofía sucumben a una resignación absoluta ante lo que consideran su destino y piensan que son poco más que huérfanos indefensos arrojados a las aterradoras inmensidades del espacio. Como creen que el hombre no tiene libertad, no buscan deliberar ni tomar decisiones, sino que esperan con pasividad a que fuerzas externas decidan por ellos. Nunca buscan de manera activa cambiar sus circunstancias, pues creen que todas las circunstancias, como en las tragedias griegas, están controladas por fuerzas irresistibles y predestinadas. Algunos fatalistas son personas muy religiosas que piensan en Dios como el que determina y controla el destino. Esa opinión se expresa en un verso de uno de nuestros himnos cristianos:

Aunque oscuro mi camino y triste mi suerte,
He de estar quieto y no murmurar,
Sino suspirar la oración enseñada por gracia divina,
Hágase tu voluntad[*].

Los fatalistas, creyendo que la libertad es un mito, se entregan a un determinismo paralizante que concluye que no somos más que:

Indefensas piezas del juego que Él juega
Sobre ese tablero noche y día[†];

y que no debemos preocuparnos por el futuro, porque

El Dedo Móvil escribe; y, habiendo escrito,
Sigue adelante: y ni toda tu piedad ni tu ingenio
Lo atraerá de vuelta para tachar media línea,
Ni todas tus lágrimas borrarán una palabra[‡].

Hundirse en las arenas movedizas del fatalismo es asfixiante tanto en el plano intelectual como en el psicológico. Dado que la libertad forma parte de la esencia del hombre, el fatalista, al negar la libertad, se convierte en una marioneta, no en una persona. Por

supuesto, tiene razón en su convicción de que no hay libertad absoluta y de que la libertad siempre opera en el contexto de una estructura predestinada. La experiencia común enseña que un hombre es libre de ir hacia el norte desde Atlanta hasta Washington, o hacia el sur desde Atlanta hasta Miami, pero no hacia el norte hasta Miami ni hacia el sur hasta Washington. La libertad está siempre dentro del marco del destino. Pero hay libertad. Somos libres y también estamos predestinados. La libertad es el acto de deliberar, decidir y responder dentro de nuestra naturaleza predestinada. Aunque el destino nos impida llegar a una España atractiva, tenemos la capacidad de aceptar esa decepción, responder a ella y hacer algo con respecto a nuestra propia decepción. Pero el fatalismo atrofia al individuo, dejándolo indefenso e incapacitado para la vida.

El fatalismo, además, se basa en una concepción atroz de Dios, pues considera que todo, sea bueno o malo, representa la voluntad de Dios. Una religión sana se eleva por encima de la idea de que Dios quiere el mal. Aunque Dios permite el mal para preservar la libertad del hombre, no lo causa. Lo que se desea está destinado; y pensar que Dios quiere que un niño nazca ciego o que un hombre sufra los estragos de la locura es una herejía que representa a Dios como un demonio y no como un Padre amoroso. Abrazar el fatalismo es un modo tan trágico y peligroso de afrontar el problema de los sueños incumplidos como lo son la amargura y el retraimiento.

II

¿Cuál es entonces la respuesta? La respuesta está en nuestra aceptación voluntaria de las circunstancias no deseadas y desafortunadas, aunque sigamos aferrados a una esperanza radiante; es nuestra aceptación de la decepción finita, aunque nos adhiramos a la esperanza infinita. No se trata de la aceptación sombría y amarga del fatalista, sino del logro que se encuentra en las palabras de Jeremías: «¡Mi herida es incurable! Pero es mi enfermedad y me toca soportarla»[*].

Hay que enfrentarse con honestidad a los sueños destrozados. Seguir el método escapista de intentar apartar la decepción de la mente solo conducirá a una represión psicológica perjudicial. Sitúen su fracaso en primer plano y mírenlo a los ojos con valentía. Pregúntese: «¿Cómo puedo transformar este pasivo en un activo? ¿Cómo yo, que estoy confinado en una estrecha celda romana y no puedo alcanzar la España de la vida, puedo transmutar esta mazmorra de vergüenza en un remanso de sufrimiento redentor?». Casi todo lo que nos sucede puede estar entretejido con los propósitos de Dios. Puede alargar nuestras cuerdas de simpatía. Puede quebrar nuestro orgullo egocéntrico. La cruz, que fue deseada por hombres malvados, fue tejida por Dios en el tapiz de la redención del mundo.

Muchas de las personalidades más influyentes del mundo han cambiado sus espinas por coronas. Charles Darwin, afligido por una enfermedad física recurrente, Robert Louis Stevenson, aquejado por la tuberculosis, y Helen Keller, afectada por la ceguera y la sordera, no respondieron con amargura o fatalismo, sino que, mediante el ejercicio de una voluntad dinámica, transformaron las circunstancias negativas en ventajas positivas. Escribe el biógrafo de George Frederick Handel:

> Su salud y su fortuna habían tocado fondo. Se le había paralizado el lado derecho y había perdido todo su dinero. Sus acreedores lo acechaban y lo amenazaban con encarcelarlo. Durante un breve tiempo estuvo tentado a darse por vencido, pero luego resurgió de nuevo para componer la mayor de sus inspiraciones, el majestuoso *Mesías*.

El coro del *Aleluya* no nació en una villa aislada de España, sino en una celda estrecha e indeseable.

¡Cuán familiar es la experiencia de anhelar España y tener que conformarse con una prisión romana, y cuán menos familiar es la transformación de los restos deshechos de unas expectativas frustradas en oportunidades para servir al propósito de Dios! Sin embargo, la vida poderosa siempre conlleva esas victorias sobre la propia alma y la propia situación.

Los Negros llevamos mucho tiempo soñando con la libertad, pero seguimos confinados en una opresiva prisión de segregación y discriminación. ¿Debemos responder con amargura y cinismo? Por supuesto que no, porque eso destruirá y envenenará nuestras personalidades. ¿Debemos, al concluir que la segregación está dentro de la voluntad de Dios, resignarnos a la opresión? Por supuesto que no, pues eso es una blasfemia que le atribuye a Dios lo que es del diablo. Cooperar de forma pasiva con un sistema injusto hace que el oprimido sea tan malo como el opresor. Nuestro camino más fructífero es mantenernos firmes con determinación valiente, avanzar sin violencia en medio de los obstáculos y reveses, aceptar las decepciones y aferrarnos a la esperanza. Nuestra negativa decidida a que nos detengan acabará abriendo la puerta de la plenitud. Mientras sigamos en la prisión de la segregación, debemos preguntarnos: «¿Cómo podemos convertir este pasivo en un activo?». Al reconocer la necesidad de sufrir por una causa justa, es posible que alcancemos la plena estatura de nuestra humanidad. Para protegernos de la amargura, debemos tener visión para ver en las pruebas que le han tocado a esta generación la oportunidad de transfigurarnos a nosotros mismos y a la sociedad estadounidense. Nuestro sufrimiento actual y nuestra lucha no violenta por ser libres bien pueden ofrecer a la civilización occidental el tipo de dinámica espiritual que necesita con tanta desesperación para sobrevivir.

Algunos de nosotros, por supuesto, moriremos sin haber recibido la realización de la libertad, pero debemos seguir navegando en el rumbo que nos hemos trazado. Debemos aceptar la decepción finita, pero nunca perder la esperanza infinita. Solo así viviremos sin la fatiga de la amargura y la sangría del resentimiento.

Ese fue el secreto de la supervivencia de nuestros antepasados esclavizados. La esclavitud era un negocio vil, sucio e inhumano. Cuando las sacaban de África, a las personas esclavizadas se las desvinculaba de sus lazos familiares y se las encadenaba a los barcos como a bestias. No hay nada más trágico que estar divorciado de la familia, la lengua y las raíces propias. En muchos casos, a los esposos los separaban de sus esposas y a los hijos, de sus padres. Cuando las mujeres se veían forzadas a satisfacer los

impulsos biológicos de los amos blancos, los esposos esclavizados no tenían poder para intervenir. Sin embargo, a pesar de las crueldades indecibles, nuestros antepasados sobrevivieron. Cuando cada nueva mañana solo prometía las mismas largas hileras de algodón, el calor sofocante y el látigo de cuero crudo del capataz, esos hombres y mujeres valientes y aguerridos soñaban con un día mejor. No tenían otra alternativa que aceptar el hecho de la esclavitud, pero se aferraron con tenacidad a la esperanza de la libertad. En una situación al parecer desesperada, forjaron dentro de sus almas un optimismo creativo que los fortaleció. Su vitalidad sin fin transformó la oscuridad de la desilusión en la luz de la esperanza.

III

Volé por primera vez de Nueva York a Londres en un avión de hélice al que le tomaba nueve horas y media realizar un recorrido que ahora se hace en seis horas en un avión de propulsión a chorro. Al regresar de Londres a los Estados Unidos, me dijeron que el tiempo de vuelo sería de doce horas y media. La distancia era la misma. ¿Por qué tres horas más? Cuando el piloto entró en la cabina para saludar a los pasajeros, le pedí que me explicara la diferencia en el tiempo de vuelo.

—Debe entender algo sobre los vientos —me dijo—. Cuando salimos de Nueva York, un fuerte viento de cola nos favorece, pero cuando regresamos, un fuerte viento de proa nos opone resistencia.

Luego añadió:

—No se preocupe. Esos cuatro motores son capaces de luchar contra los vientos.

A veces en nuestras vidas nos favorecen los vientos de cola de la alegría, el triunfo y la plenitud, y otras veces, los vientos de frente de la decepción, la tristeza y la tragedia nos azotan sin piedad. ¿Dejaremos que los vientos adversos nos abrumen en nuestra travesía sobre el poderoso Atlántico de la vida, o nos sostendrán nuestros motores espirituales interiores a pesar de los vientos? Nuestro rechazo a que nos detengan, nuestro «coraje de ser»,

nuestra determinación de seguir adelante «a pesar de», revelan la imagen divina que hay en nosotros. El hombre que descubre eso sabe que ninguna carga podrá abrumarle y que ningún viento de adversidad podrá arrebatarle la esperanza. Será capaz de soportar cualquier cosa que pueda pasarle.

Sin duda, el apóstol Pablo poseía este tipo de «coraje de ser». Su vida fue una continua serie de decepciones; planes rotos y sueños destrozados a cada paso. Cuando planeaba visitar España, acabó en una prisión romana. Cuando esperaba llegar a Bitinia, lo desviaron a Troas. Su valiente misión por Cristo se midió en «un continuo ir y venir de un sitio a otro; en peligros de ríos, peligros de bandidos, peligros de parte de mis compatriotas, peligros a manos de los no judíos, peligros en la ciudad, peligros en el campo, peligros en el mar y peligros de parte de falsos hermanos»[*]. ¿Permitió que estas condiciones lo dominaran? Testificó: «He aprendido a estar satisfecho en cualquier situación en que me encuentre»[*]. No es que Pablo hubiera aprendido a ser autocomplaciente, pues nada en su vida lo caracteriza como un individuo autocomplaciente. En su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, Edward Gibbon afirma: «Pablo ha hecho más por promover la idea de libertad que ningún otro hombre que haya pisado suelo occidental». ¿Esto suena a autocomplacencia? Tampoco aprendió a resignarse ante el destino inescrutable. Al descubrir la distinción entre la tranquilidad espiritual y los accidentes externos de las circunstancias, Pablo aprendió a mantenerse firme y a no desesperarse en medio de las decepciones de la vida. El de nosotros que haga ese magnífico descubrimiento será, como Pablo, destinatario de esa paz verdadera «que sobrepasa todo entendimiento»[†]. La paz tal y como el mundo suele entenderla llega cuando el cielo del verano está despejado y el sol brilla con una belleza centelleante, cuando los bolsillos están llenos, cuando la mente y el cuerpo están libres de dolor y cuando se han alcanzado las costas de España. Pero eso no es la paz verdadera. La paz de la que hablaba Pablo es la calma del alma en medio de los terrores de los problemas, la tranquilidad interior en medio del rugido y la furia de la tormenta exterior, la serena quietud

en el centro de un huracán, en medio del aullido y la agitación de los vientos. No nos cuesta comprender el significado de la paz cuando todo va bien y cuando uno está «arriba y adentro», pero nos desconcertamos cuando Pablo habla de esa verdadera paz que llega cuando un hombre está «abajo y afuera», cuando la carga pesa sobre sus hombros, cuando el dolor palpita molesto en su cuerpo, cuando está confinado por los muros de piedra de una celda y cuando la decepción se vuelve ineludiblemente real. La verdadera paz, una calma que supera toda descripción y toda explicación, es la paz en medio de la tormenta y la tranquilidad en medio del desastre.

Por la fe podemos heredar el legado de Jesús: «La paz les dejo, mi paz les doy». Pablo dice en su carta a los Filipenses que, encarcelado en una mazmorra oscura y desolada, el cuerpo golpeado y ensangrentado, los pies encadenados y el espíritu cansado, entonaba con alegría los cantos de Sión a medianoche. Los primeros cristianos, que se enfrentaban a leones hambrientos en el coliseo y al dolor atroz de la guillotina, se alegraban de haber sido considerados dignos de sufrir por Cristo. Los Negros esclavizados, agotados por el calor abrasador y con las marcas de los latigazos recién grabadas en la espalda, cantaban triunfantes: «Dentro de poco voy a abandonar esta pesada carga»*. Son ejemplos vivos de la paz que sobrepasa todo entendimiento.

Nuestra capacidad para afrontar de forma creativa los sueños destrozados depende en última instancia de nuestra fe en Dios. La fe auténtica nos imbuye de la convicción de que más allá del tiempo hay un Espíritu divino y más allá de la vida está la Vida. Por lúgubres y catastróficas que sean las circunstancias actuales, sabemos que no estamos solos, pues Dios habita con nosotros en las celdas más reducidas y opresivas de la vida. Y aunque muramos en ellas sin haber recibido la promesa terrenal, Él nos conducirá por ese camino misterioso que se llama muerte y, por fin, hasta esa ciudad indescriptible que ha preparado para nosotros. Su poder creador no se agota en esta vida terrenal, ni Su amor majestuoso se encierra en los muros limitados del tiempo y el espacio. ¿No sería este un universo extraño e irracional si al final Dios no uniera la virtud y la

plenitud; un universo absurdo y carente de sentido si la muerte fuera un callejón sin salida que conduce al género humano a la nada? Dios, por medio de Cristo, le ha quitado el aguijón a la muerte, liberándonos de su dominio. Nuestra vida terrenal es el preludio a un nuevo despertar glorioso, y la muerte es una puerta abierta que nos conduce a la vida eterna.

La fe cristiana nos permite aceptar con nobleza lo que no se puede cambiar, afrontar las decepciones y las penas con aplomo interior, y absorber el dolor más intenso sin abandonar nuestro sentido de la esperanza, pues sabemos, como atestiguó Pablo, que en la vida o en la muerte, en España o en Roma, «Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito»*.

Antídotos contra el miedo

CAPÍTULO XIV DE *LA FUERZA DE AMAR*

«¿Guarda relación el amor con nuestro miedo moderno a la guerra, al desplazamiento económico y a la injusticia racial?. . . Decimos que la guerra es consecuencia del odio, pero un examen minucioso revela esta secuencia: primero el miedo, luego el odio, después la guerra y, por último, un odio más profundo. Si una guerra nuclear de pesadilla envolviera nuestro mundo, la causa no sería tanto que una nación odie a otra, sino que ambas naciones se temen una a la otra».

> En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor. El que teme espera el castigo, así que no ha sido perfeccionado en el amor.
>
> I JUAN 4, 18 (NVI)

En estos días de cambio catastrófico e incertidumbre calamitosa, ¿habrá algún hombre que no experimente la depresión y el desconcierto del miedo paralizante que, cual persistente sabueso del infierno, nos acecha a cada paso?

En todas partes, hombres y mujeres se enfrentan a miedos que a menudo se presentan con extraños disfraces y ropajes varios.

Acosados por la posibilidad de sufrir de mala salud, detectamos en cada síntoma sin importancia una prueba de enfermedad. Preocupados por la rapidez con que pasan los días y los años, nos drogamos con fármacos que prometen la eterna juventud. Si tenemos vigor físico, nos preocupa tanto la perspectiva de que nuestra personalidad pueda derrumbarse que desarrollamos un complejo de inferioridad y vamos dando tumbos por la vida con inseguridad y falta de confianza en nosotros mismos, y con una sensación de fracaso inminente. El miedo a lo que pueda deparar la vida anima a algunas personas a vagar sin rumbo por el camino del despilfarro, la bebida excesiva y la promiscuidad sexual. Casi sin ser conscientes del cambio, muchas personas han permitido que el miedo transforme el amanecer del amor y la paz en un ocaso de depresión interior.

Cuando no se controla, el miedo engendra una infinidad de fobias —miedo al agua, a los lugares altos, a las habitaciones cerradas, a la oscuridad, a la soledad, entre otros—, y esa acumulación culmina en la fobia o el miedo al propio miedo.

En nuestra sociedad tan competitiva son muy comunes los miedos económicos, de los cuales proceden, según Karen Homey, la mayoría de los problemas psicológicos de nuestra época. Los capitanes de la industria viven atormentados por el posible fracaso de sus negocios y los caprichos del mercado bursátil. Los trabajadores viven acosados por la perspectiva del desempleo y las consecuencias de una automatización cada vez mayor.

Y consideremos también cómo se han multiplicado en nuestros días los miedos religiosos y ontológicos, que incluyen el miedo a la muerte y a la aniquilación racial. El advenimiento de la era atómica, que debió de inaugurar una era de abundancia y prosperidad, ha elevado el miedo a la muerte a proporciones mórbidas. El espectáculo aterrador de la guerra nuclear ha puesto en millones de labios temblorosos las palabras de Hamlet: «Ser o no ser». Fíjense en nuestros frenéticos esfuerzos por construir refugios antiaéreos. ¡Como si estos pudieran ofrecer alguna protección de un ataque con una bomba de hidrógeno! Fíjense en la agónica desesperación de nuestros reclamos para que nuestro gobierno aumente el arsenal

nuclear. Pero nuestra búsqueda fanática de mantener «un equilibrio del terror» solo aumenta nuestro miedo y deja a las naciones andando de puntillas por si algún paso diplomático en falso desencadena un espantoso holocausto.

Al darse cuenta de que el miedo agota la energía de un hombre y agota sus recursos, Emerson escribió: «No ha aprendido la lección de la vida quien no supera cada día un miedo».

Sin embargo, no pretendo sugerir que debamos intentar eliminar por completo el miedo de la vida humana. Si eso fuera posible, sería indeseable. El miedo es el sistema de alarma elemental del organismo humano que advierte de los peligros que se aproximan y sin el cual el hombre no habría podido sobrevivir en el mundo primitivo ni en el moderno. Además, el miedo es una poderosa fuerza creativa. Todo gran invento y avance intelectual representa un deseo de escapar de alguna circunstancia o condición temida. El miedo a la oscuridad condujo al descubrimiento del secreto de la electricidad. El miedo al dolor condujo a los maravillosos avances de la ciencia médica. El miedo a la ignorancia fue una de las razones por las cuales el hombre construyó grandes instituciones de aprendizaje. El miedo a la guerra fue una de las fuerzas que impulsaron el nacimiento de las Naciones Unidas. Angelo Patri ha dicho con razón: «La educación consiste en tener miedo en el momento oportuno». Si el hombre perdiera su capacidad de temer, se vería privado de su capacidad de crecer, inventar y crear. Así pues, en cierto sentido, el miedo es normal, necesario y creativo.

Pero debemos recordar que los miedos anormales son una ruina emocional y son destructivos en términos psicológicos. Para ilustrar la diferencia entre el miedo normal y el anormal, Sigmund Freud habló de una persona que tenía un miedo bastante justificado a las serpientes en el corazón de una selva africana y de otra que tenía un miedo neurótico de que hubiera serpientes bajo la alfombra de su apartamento en la ciudad. Los psicólogos afirman que los niños normales nacen con solo dos miedos —el miedo a caerse y el miedo a los ruidos fuertes— y que todos los demás son adquiridos por el entorno. La mayoría de esos miedos adquiridos son serpientes debajo de la alfombra.

Es a esos miedos a los que solemos referirnos cuando hablamos de deshacernos del miedo. Pero eso es solo una parte de la historia. El miedo normal nos protege; el miedo anormal nos paraliza. El miedo normal nos motiva a mejorar nuestro bienestar individual y colectivo; el miedo anormal envenena y distorsiona de forma constante nuestra vida interior. Nuestro problema no es librarnos del miedo, sino encauzarlo y dominarlo. ¿Cómo se puede dominar?

I

En primer lugar, debemos afrontar sin complejos nuestros miedos y preguntarnos con toda sinceridad por qué tenemos miedo. En cierta medida, esa confrontación nos conferirá poder. No nos curaremos del miedo mediante el escapismo o la represión porque, cuanto más intentamos ignorar y reprimir nuestros miedos, más multiplicamos nuestros conflictos interiores.

Al mirar de frente y con sinceridad nuestros temores nos damos cuenta de que muchos son residuos de alguna necesidad o aprensión de la infancia. He aquí, por ejemplo, a una persona atormentada por el miedo a la muerte o la idea de un castigo en el más allá, que descubre que ha proyectado de forma inconsciente en toda la realidad la experiencia infantil de que la castiguen sus padres, de que la encierren en una habitación y, al parecer, de que la abandonen. O he aquí a un hombre atormentado por el miedo a la inferioridad y al rechazo social, que descubre que el rechazo en la infancia por parte de una madre egocéntrica y un padre ansioso le dejó un sentimiento autodestructivo de inadecuación y una amargura reprimida hacia la vida.

Al traer nuestros miedos al primer plano de la conciencia, podremos descubrir que son más imaginarios que reales. Algunos resultarán ser serpientes debajo de la alfombra.

Y recordemos también que la mayoría de las veces el miedo implica un mal uso de la imaginación. Si sacamos nuestros miedos a la luz, tal vez nos riamos de algunos de ellos, y eso es bueno. Un

psiquiatra dijo: «El ridículo es la mejor cura para el miedo y la ansiedad».

II

En segundo lugar, podemos dominar el miedo mediante una de las virtudes supremas que conoce el hombre: el coraje. Platón consideraba que el coraje es un elemento del alma que tiende un puente entre la razón y el deseo. Aristóteles concebía el coraje como la afirmación de la naturaleza esencial del hombre. Tomás de Aquino decía que el coraje es la fuerza de ánimo capaz de vencer lo que amenaza la consecución del bien supremo.

El coraje, por lo tanto, es el poder de la mente para superar el miedo. A diferencia de la ansiedad, el miedo tiene un objeto definido que se puede afrontar, analizar, atacar y, si es necesario, tolerar. ¡Cuántas veces el objeto de nuestro miedo es el propio miedo! En su diario, Henry David Thoreau escribió: «Nada es tan temible como el miedo». Siglos antes, Epícteto escribió: «No es la muerte o el dolor lo que hay que temer, sino el miedo al dolor o la muerte». El coraje se apropia del miedo producido por un objeto definido y así vence el miedo que trae aparejado. Paul Tillich ha escrito: «El coraje es la autoafirmación a pesar de. . . aquello que tiende a impedir que el yo se afirme a sí mismo». Es la autoafirmación a pesar de la muerte y del no ser, y quien es valiente asume el miedo a la muerte en su autoafirmación y actúa en consecuencia. Esta valiente autoafirmación, que sin duda es un remedio contra el miedo, no es egoísmo, pues la autoafirmación entraña un amor bien entendido hacia uno mismo y hacia los demás. Erich Fromm ha demostrado de forma convincente que el amor propio y el amor hacia los demás son interdependientes.

El coraje, la determinación de no dejarse abrumar por ningún objeto por espantoso que sea, nos permite hacer frente a cualquier miedo. Muchos de nuestros miedos no son tan solo serpientes debajo de la alfombra. Los problemas son una realidad en esta extraña mezcolanza que es la vida, los peligros acechan en cada

acción, los accidentes ocurren, la mala salud es una posibilidad siempre amenazante y la muerte es un hecho crudo, sombrío e inevitable de la experiencia humana. El mal y el dolor en este enigma de la vida están cerca de cada uno de nosotros, y nos hacemos un gran daño tanto a nosotros mismos como a nuestros vecinos cuando intentamos demostrar que no hay nada en este mundo a lo que debamos temer. A esas fuerzas que amenazan con negar la vida debe enfrentarse el coraje, que es la capacidad de la vida de afirmarse a pesar de sus propias ambigüedades. Esto requiere el ejercicio de una voluntad creativa que nos permita tallar una piedra de esperanza de una montaña de desesperación.

El coraje y la cobardía son antitéticos. El coraje es la resolución interna de seguir adelante a pesar de los obstáculos y las situaciones aterradoras; la cobardía es una rendición sumisa a las circunstancias. El coraje genera la autoafirmación creativa; la cobardía produce la autoabnegación destructiva. El coraje se enfrenta al miedo y lo domina; la cobardía reprime el miedo y a la larga es dominada por él. Los valientes nunca pierden las ganas de vivir aunque la situación de su vida carezca de placer; los cobardes, abrumados por las incertidumbres de la vida, pierden las ganas de vivir. Debemos construir en todo momento diques de coraje para contener la avalancha del miedo.

III

En tercer lugar, el miedo se domina con el amor. El Nuevo Testamento afirma: «En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor»[*]. El tipo de amor que llevó a Cristo a la cruz y mantuvo incólume a Pablo en medio de los rabiosos torrentes de la persecución no es blando, anémico o sentimental. Ese amor se enfrenta al mal sin inmutarse y muestra, como decimos en nuestro lenguaje popular, una capacidad infinita «para aguantar». Un amor así vence al mundo, incluso desde una tosca cruz contra el horizonte.

¿Guarda relación el amor con nuestro miedo moderno a la guerra, al desplazamiento económico y a la injusticia racial? El odio tiene sus raíces en el miedo, y la única cura para el miedo-odio es el amor. Nuestra deteriorada situación internacional está atravesada por los dardos letales del miedo. Rusia teme a Estados Unidos y Estados Unidos teme a Rusia. Lo mismo ocurre entre China y la India, y entre los israelíes y los árabes. Entre esos temores se cuentan la agresión, la supremacía científica y tecnológica, y el poder económico de otra nación, así como nuestra propia pérdida de estatus y poder. ¿No es el miedo una de las principales causas de la guerra? Decimos que la guerra es una consecuencia del odio, pero un examen minucioso revela esta secuencia: primero el miedo, luego el odio, después la guerra y, por último, un odio más profundo. Si una guerra nuclear de pesadilla envolviera nuestro mundo, la causa no sería tanto que una nación odie a otra, sino que ambas naciones se temen una a la otra.

¿Qué método ha empleado el sofisticado ingenio del hombre moderno para hacer frente al miedo a la guerra? Nos hemos armado hasta la enésima potencia. Occidente y Oriente se han enzarzado en una febril carrera armamentística. Lo que se gasta en defensa ha alcanzado proporciones descomunales y se ha dado prioridad a las armas de destrucción masiva sobre cualquier otra actividad humana. Las naciones han llegado a creer que con más armamentos expulsarán el miedo. Pero ¡ay! han producido un temor aún mayor. En estos días turbulentos y llenos de pánico, recordamos una vez más las sabias palabras de antaño: «El amor perfecto echa fuera el temor». No las armas, sino el amor, la comprensión y la buena voluntad organizada podrán expulsar el miedo. Solo el desarme, basado en la buena fe, hará de la confianza mutua una realidad viva.

Nuestro propio problema de la injusticia racial debe resolverse con la misma fórmula. La segregación racial se ve reforzada por temores irracionales como la pérdida de privilegios económicos, la alteración del estatus social, los matrimonios mixtos y la adaptación a nuevas situaciones. En noches de insomnio y días macilentos, muchos blancos intentan combatir esos temores corrosivos mediante diversos métodos. Al seguir el camino de la evasión, algunos

pretenden ignorar la cuestión de las relaciones raciales y pretenden cerrar sus mentes a los problemas que esta plantea. Otros, que confían en maniobras legales como la interposición y la anulación, aconsejan una resistencia masiva. Otros esperan ahogar su miedo cometiendo actos violentos y mezquinos contra sus hermanos Negros. ¡Pero qué inútiles son todos esos remedios! En lugar de eliminar el miedo, infunden temores aún más profundos y patológicos que dejan a las víctimas aquejadas de extrañas psicosis y casos peculiares de paranoia. Ni la represión ni la resistencia masiva ni la violencia agresiva expulsarán el miedo a la integración; solo el amor y la buena voluntad podrán hacerlo.

Si nuestros hermanos blancos han de dominar el miedo, deben depender no solo de su compromiso con el amor cristiano, sino también del amor semejante al de Cristo que el Negro genera hacia ellos. Solo mediante nuestra adhesión al amor y a la no violencia podrá mitigarse el miedo de la comunidad blanca. Una minoría blanca agobiada por la culpa teme que, si el Negro alcanza el poder, actuará sin freno ni piedad para vengarse de las injusticias y la brutalidad acumuladas a lo largo de los años. Un padre que siempre ha maltratado a su hijo se da cuenta de repente de que ahora el hijo es más alto que él. ¿Utilizará el hijo su renovada fuerza física para resarcirse de todos los golpes del pasado?

El Negro, antes un niño indefenso, ha crecido en los planos político, cultural y económico. Muchos hombres blancos temen represalias. El Negro debe demostrarles que no tienen nada que temer porque el Negro perdona y está dispuesto a olvidar el pasado. *El Negro debe convencer al hombre blanco de que busca la justicia tanto para sí como para el hombre blanco*. Un movimiento de masas que ejerza el amor y la no violencia y demuestre fuerza con disciplina debe poder convencer a la comunidad blanca de que, si tal movimiento se fortaleciera, utilizaría su poder de forma creativa y no vengativa.

¿Cuál es, pues, la cura para ese miedo mórbido a la integración? Sabemos cuál es esa cura. ¡Que Dios nos ayude a conseguirla! El amor echa fuera nuestros miedos.

Esa verdad no deja de ser relevante a nuestras angustias personales. Tememos la superioridad de los demás, el fracaso y el desprecio o la desaprobación de aquellos cuyas opiniones valoramos más. La envidia, los celos, la falta de autoestima, la sensación de inseguridad y el inquietante sentimiento de inferioridad, todos tienen su origen en el miedo. No envidiamos a las personas y luego les tememos; primero les tememos y después las envidiamos. ¿Existe una cura para estos molestos miedos que pervierten nuestra vida personal? Sí, un compromiso profundo y duradero con el camino del amor. «El amor perfecto echa fuera el temor».

El odio y la amargura nunca podrán curar la enfermedad del miedo; solo el amor puede hacerlo. El odio paraliza la vida; el amor la libera. El odio confunde la vida; el amor la armoniza. El odio oscurece la vida; el amor la ilumina.

IV

En cuarto lugar, el miedo se domina mediante la fe. Una fuente común del miedo es la consciencia de que se tienen recursos deficientes y el consiguiente sentimiento de inadecuación para la vida. Demasiadas personas intentan afrontar las tensiones de la vida con recursos espirituales inadecuados. De vacaciones en México, la Sra. King y yo queríamos pescar en alta mar. Por razones de economía, alquilamos un barco viejo y mal equipado. No pensamos mucho en ello hasta que, a 16 kilómetros de la costa, las nubes descendieron y el viento empezó a aullar. Entonces nos quedamos paralizados de miedo, pues sabíamos que nuestro barco era deficiente. Multitudes de personas se encuentran en una situación similar. La fuerza de los vientos y la debilidad de las embarcaciones explican su temor.

Muchos de nuestros miedos anormales pueden tratarse con los conocimientos de la psiquiatría, una disciplina bastante nueva de la que Sigmund Freud fue pionero, que investiga las pulsiones subconscientes del hombre y trata de descubrir cómo y por qué las energías fundamentales se desvían hacia canales neuróticos. La

psiquiatría nos ayuda a mirar con franqueza nuestro interior y a buscar las causas de nuestros fracasos y temores. Pero gran parte de nuestros temores en la vida abarcan un ámbito en el que el servicio de la psiquiatría no es eficaz a menos que el psiquiatra sea un hombre de fe religiosa. Porque nuestro problema es tan solo que intentamos enfrentarnos al miedo sin fe; navegamos por los mares tormentosos de la vida sin tener embarcaciones espirituales adecuadas. Uno de los principales médicos y psiquiatras de los Estados Unidos ha dicho: «La única cura conocida para el miedo es la fe».

La psiquiatría puede curar los miedos y fobias anormales que se manifiestan en la ansiedad neurótica; pero el miedo a la muerte, al no ser y a la nada, que se manifiesta en la ansiedad existencial, solo puede curarse con una fe religiosa positiva. Una fe religiosa positiva no crea la ilusión de que estaremos exentos de dolor y sufrimiento ni nos imbuye de la idea de que la vida es un drama de genuina comodidad y bienestar sin esfuerzo. Más bien nos infunde el equilibrio interior necesario para afrontar las tensiones, las cargas y los temores que llegan de forma inevitable, y nos asegura que el universo es digno de confianza y que Dios se preocupa por nosotros.

La falta de religión, en cambio, nos hace creer que somos huérfanos arrojados a la aterradora inmensidad del espacio en un universo sin propósito ni inteligencia. Semejante visión agota el coraje y las energías de los hombres. En su *Confesión*, Tolstoi escribió sobre la soledad y el vacío que sentía antes de su conversión:

> Hubo un periodo de mi vida en el que todo parecía desmoronarse, los cimientos mismos de mis convicciones empezaban a ceder y sentía que me iba a pique. No había ninguna influencia que sostuviera mi vida y no había ningún Dios, así que todas las noches, antes de irme a dormir, me aseguraba de que no hubiera ninguna cuerda en mi habitación, no fuera a ser que durante la noche tuviera la tentación de colgarme de las vigas de mi cuarto; y dejaba de salir a cazar, no fuera a ser que tuviera la tentación de poner un fin rápido a mi vida y a mi miseria.

Como tanta gente, Tolstoi carecía en esa etapa de su vida de la influencia sustentadora que proviene de la convicción de que este universo está guiado por una Inteligencia benigna cuyo amor infinito abarca a toda la humanidad.

La religión nos dota de la convicción de que no estamos solos en este universo vasto e incierto. Por encima y por debajo de las arenas movedizas del tiempo, de las incertidumbres que oscurecen nuestros días y de las vicisitudes que nublan nuestras noches, hay un Dios sabio y amoroso. Este universo no es una trágica expresión de un caos sin sentido, sino un maravilloso despliegue de un cosmos ordenado: «Con sabiduría afirmó el Señor la tierra, con inteligencia estableció los cielos[*]». El hombre no es una brizna de humo de un incendio sin límites, sino un hijo de Dios creado «poco menor que los ángeles[†]». Por encima de la multiplicidad de los tiempos está el único Dios eterno, con sabiduría para guiarnos, fuerza para protegernos y amor para conservarnos. Su amor sin límites nos sostiene y contiene del mismo modo que un poderoso océano contiene y sostiene las pequeñas gotas de cada ola. Con una plenitud arrolladora, avanza sin cesar hacia nosotros, buscando llenar los pequeños arroyos y bahías de nuestras vidas con recursos ilimitados. Ese es el diapasón, su eterna respuesta al enigma de la existencia. Cualquier hombre que encuentre ese sustento cósmico podrá caminar por las carreteras de la vida sin la fatiga del pesimismo y el peso de los miedos mórbidos.

He aquí la respuesta al miedo neurótico a la muerte que asuela a tantas vidas. Afrontemos el miedo que ha despertado la bomba atómica con la fe de que nunca podremos viajar más allá de los brazos de la Divinidad. La muerte es inevitable. Es una democracia para todo el mundo, no una aristocracia para algunos: mueren los reyes y mueren los mendigos; mueren los jóvenes y mueren los viejos; mueren los sabios y mueren los ignorantes. No debemos temerle. El Dios que sacó a nuestro planeta del vapor primigenio y ha guiado la peregrinación humana durante tantos siglos puede guiarnos con certeza a través de la oscura noche de la muerte hacia el brillante amanecer de la vida eterna. Su voluntad es demasiado

perfecta y sus propósitos demasiado amplios como para ser contenidos en el limitado receptáculo del tiempo y en los estrechos muros de la tierra. La muerte no es el mal supremo; el mal supremo es vivir fuera del amor de Dios. No es necesario que nos unamos a la loca carrera por comprar un refugio terrenal contra la lluvia radioactiva. Dios es nuestro eterno refugio nuclear.

Jesús sabía que nada puede separar al hombre del amor de Dios. Escuchen sus majestuosas palabras:

> Así que no les tengan miedo, porque no hay nada encubierto que no llegue a revelarse, como tampoco hay nada escondido que no llegue a conocerse. . . No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Teman más bien al que puede destruir alma y cuerpo en el infierno. ¿No se venden dos gorriones por una monedita? Sin embargo, ni uno de ellos caerá a tierra sin que lo permita el Padre. Él les tiene contados aun los cabellos de la cabeza. Así que no tengan miedo, ustedes valen más que muchos gorriones[*].

El hombre, para Jesús, no es un simple desecho que flota en el río de la vida, sino que es hijo de Dios. ¿No es absurdo presumir que Dios, cuya actividad creadora se manifiesta en que sabe si un gorrión cae y sabe el número de cabellos en la cabeza de un hombre, pueda excluir de su amor abarcador la vida misma del hombre? La confianza en que Dios se preocupa por los individuos es muy importante para afrontar la enfermedad del miedo, pues nos da un sentido de valía, de pertenencia y de presencia en el universo.

Una de las participantes más dedicadas del boicot a los autobuses en Montgomery, Alabama, era una anciana negra a la que llamábamos cariñosamente Madre Pollard. Aunque era pobre y no había recibido una educación formal, tenía una inteligencia asombrosa y poseía una profunda comprensión del significado del movimiento. Después de haber caminado durante varias semanas, le preguntaron si estaba cansada. Y con una profundidad poco gramatical, dijo: «Tengo los pies cansados, pero mi alma está descansada»[†].

Un lunes por la noche, tras una semana llena de tensión en la que me detuvieron y recibí numerosas llamadas telefónicas amenazadoras, hablé en una reunión multitudinaria. Intenté dar una

impresión inequívoca de fuerza y coraje, aunque por dentro estaba deprimido y asustado. Al final de la reunión, Madre Pollard se acercó al frente de la iglesia y dijo:

—Ven aquí, hijo.

De inmediato fui hacia ella y la abracé con afecto.

—Algo te pasa —me dijo—. No hablaste con fuerza esta noche.

Tratando de disimular aún más mis temores, respondí: —Oh, no, Madre Pollard, no me pasa nada. Me siento tan bien como siempre.

Pero era perspicaz en su intuición.

—A mí no puedes engañarme —dijo—. Sé que algo anda mal. ¿Es que no estamos haciendo cosas para complacerte? ¿O es que los blancos te están mortificando?

Antes de que pudiera responder, me miró a los ojos y me dijo:

—Ya te dije que estamos contigo hasta el final.

Entonces su rostro se volvió radiante y dijo con palabras que transmitían una tranquila certeza:

—Pero aunque no estemos contigo, Dios cuidará de ti.

Mientras pronunciaba esas palabras consoladoras, todo mi ser se estremeció y se activó con el pulso palpitante de la energía en estado puro.

Tiempo después de aquella noche triste de 1956, la madre Pollard pasó a la gloria y yo he conocido muy pocos días tranquilos. He sido torturado por fuera y atormentado por dentro por los rabiosos fuegos de la tribulación. Me he visto obligado a hacer acopio de todas mis fuerzas y todo mi coraje para resistir los aullidos de los vientos del dolor y las tormentas de la adversidad. Pero con el paso de los años, las palabras sencillas y elocuentes de la Madre Pollard han regresado una y otra vez para darle luz, paz y guía a mi alma atribulada. «Dios cuidará de ti».

Esa fe transforma el torbellino de la desesperación en una brisa cálida y vivificante de esperanza. Las palabras de un lema que hace una generación solían leerse en las paredes de las casas de las personas devotas deben grabarse en nuestros corazones:

El miedo llamó a la puerta.
La fe respondió.

No había nadie.

Peregrinación a la no violencia

FRAGMENTO DEL CAPÍTULO XVII DE *LA FUERZA DE AMAR*

«Casi había perdido la esperanza en el poder del amor para resolver los problemas sociales. Sentía que las filosofías de "poner la otra mejilla" y "amar a los enemigos" solo son válidas cuando hay individuos en conflicto con otros individuos. Cuando se trata de grupos raciales y naciones en conflicto, es necesario un enfoque más realista».

II

[Fragmento]

. . .Sin embargo, no fue hasta que entré en el seminario teológico que comencé una búsqueda intelectual seria de un método que eliminara el mal social. El evangelio social me influyó de inmediato. A principios de los años cincuenta, leí *Christianity and the Social Crisis* [El cristianismo y la crisis social] de Walter Rauschenbusch, un libro que dejó una huella indeleble en mi pensamiento. Por supuesto, había puntos en los que no estaba de acuerdo con Rauschenbusch. Me parecía que Rauschenbusch era víctima del «culto al progreso inevitable» del siglo XIX, que lo llevó a un optimismo injustificado respecto a la naturaleza humana. Además, casi llegó a identificar de un modo peligroso el Reino de Dios con un sistema social y económico concreto, una tentación a la que la Iglesia nunca debe sucumbir. Pero a pesar de esas deficiencias, Rauschenbusch dio al protestantismo estadounidense un sentido de responsabilidad social que nunca debería perder. Lo mejor del Evangelio es que trata sobre el hombre en su totalidad; no solo sobre su alma, sino también sobre su cuerpo; no solo sobre su bienestar espiritual, sino también sobre su bienestar material. Una religión que profesa una preocupación por las almas de los hombres y no se preocupa de igual modo por los suburbios que los condenan, las condiciones

económicas que los estrangulan y las condiciones sociales que los paralizan es una religión moribunda en el sentido espiritual.

Después de leer a Rauschenbusch me dediqué al estudio riguroso de las teorías sociales y éticas de los grandes filósofos. Casi había perdido la esperanza en el poder del amor para resolver los problemas sociales. Sentía que las filosofías de «poner la otra mejilla» y «amar a los enemigos» solo son válidas cuando hay individuos en conflicto con otros individuos; cuando se trata de grupos raciales y naciones en conflicto es necesario un enfoque más realista.

Entonces conocí la vida y las enseñanzas de Mahatma Gandhi. A medida que leía sus obras, sentí una profunda fascinación por sus campañas de resistencia no violenta. Todo el concepto gandhiano de *satyagraha* (*satya* es verdad que equivale al amor y *graha* es fuerza; *satyagraha* significa, por tanto, verdad-fuerza o amor-fuerza) fue muy significativo para mí. A medida que profundizaba en la filosofía de Gandhi, mi escepticismo respecto al poder del amor fue disminuyendo, y llegué a ver por primera vez que la doctrina cristiana del amor, al operar mediante el método gandhiano de la no violencia, es una de las armas más potentes de las cuales dispone un pueblo oprimido en su lucha por la libertad. En aquel momento, sin embargo, solo adquirí una comprensión y apreciación intelectuales de la postura, y no tenía la firme determinación de organizarla en una situación eficaz en el plano social.

Cuando fui en calidad de pastor a Montgomery, Alabama, en 1954, no tenía la menor idea de que más tarde me vería involucrado en una crisis en la cual la resistencia no violenta sería aplicable. Llevaba un año viviendo en la comunidad cuando empezó el boicot a los autobuses. La población Negra de Montgomery, agotada por las humillantes experiencias a las que se había enfrentado una y otra vez en los autobuses, expresó en un acto masivo de no cooperación su determinación de ser libres. Llegaron a ver que, en última instancia, era más honorable caminar por las calles con dignidad que viajar humillados en los autobuses. Al principio de la protesta, la gente me pidió que fuera su portavoz. Al aceptar esa responsabilidad, mi mente, de un modo consciente o inconsciente,

se remontó al Sermón de la Montaña y al método gandhiano de la resistencia no violenta. Ese principio se convirtió en guía de nuestro movimiento. Cristo aportaba el espíritu y la motivación, y Gandhi, el método.

La experiencia de Montgomery contribuyó más a aclarar mi modo de pensar sobre la cuestión de la no violencia que todos los libros que había leído hasta entonces. A medida que pasaban los días, me convencía cada vez más del poder de la no violencia. La no violencia se convirtió en algo más que un método al cual le prestaba mi conformidad intelectual, sino también en un compromiso con una forma de vida. Muchas cuestiones que no tenía claras sobre la no violencia en el plano intelectual se resolvían ahora en la esfera de la acción práctica.

El privilegio de viajar a la India tuvo un efecto importante en mí, pues fue estimulante ver de primera mano los asombrosos resultados de una lucha no violenta para lograr la independencia. En la India no se observaban las secuelas de odio y amargura que suelen acompañar a una campaña violenta, y existía una amistad mutua basada en la igualdad total entre indios y británicos dentro de la Commonwealth.

No quisiera dar la impresión de que la no violencia logrará milagros de la noche a la mañana. Los hombres no salen de sus atolladeros mentales ni se purgan de sus sentimientos prejuiciosos e irracionales con facilidad. Cuando los desfavorecidos exigen libertad, los privilegiados reaccionan de inicio con amargura y resistencia. Incluso cuando las demandas se formulan en términos no violentos, la respuesta inicial es en esencia la misma. Estoy seguro de que muchos de nuestros hermanos blancos de Montgomery y de todo el Sur aún sienten resentimiento hacia los líderes Negros, a pesar de que estos líderes han intentado seguir el camino del amor y de la no violencia. Pero el enfoque no violento obra en los corazones y las almas de quienes se comprometen con él. Los dota de un nuevo sentido respeto hacia sí mismos. Hace aflorar en ellos recursos de fuerza y coraje que no sabían que tenían. Por último, remueve tanto la conciencia del adversario que la reconciliación se hace realidad.

III

Más recientemente he llegado a ver la necesidad del método de la no violencia en las relaciones internacionales. Aunque aún no estaba convencido de su eficacia en los conflictos entre países, pensaba que, si bien la guerra nunca podría ser un bien positivo, sí podía servir como bien negativo al impedir la propagación y el crecimiento de una fuerza maligna. La guerra, por horrible que sea, puede ser preferible a la rendición ante un sistema totalitario. Pero ahora creo que el potencial destructivo de las armas modernas excluye del todo la posibilidad de que la guerra vuelva a conseguir un bien negativo. Si asumimos que la humanidad tiene derecho a sobrevivir, debemos encontrar una alternativa a la guerra y la destrucción. En nuestros días de vehículos espaciales y misiles balísticos dirigidos, hay que elegir entre la no violencia y la no existencia.

No soy un pacifista doctrinario, pero he intentado adoptar un pacifismo realista que considera la posición pacifista como el mal menor dadas las circunstancias. No pretendo estar libre de los dilemas morales a los que se enfrenta el cristiano no pacifista, pero estoy convencido de que la Iglesia no puede permanecer en silencio mientras la humanidad se enfrenta a la amenaza de la aniquilación nuclear. Si la Iglesia es fiel a su misión, debe exigir el fin de la carrera armamentística.

Algunos de mis sufrimientos personales de los últimos años también han servido para dar forma a mi pensamiento. Siempre dudo en mencionar esas experiencias por miedo a transmitir una impresión equivocada. Una persona que sin cesar llama la atención sobre sus pruebas y sufrimientos corre el peligro de desarrollar un complejo de mártir y crear la impresión en los demás de que busca a conciencia su simpatía. Es posible ser egocéntrico en la abnegación. Por eso siempre soy reacio a referirme a mis sacrificios personales. Pero me siento en cierto modo justificado al mencionarlos en este ensayo por la influencia que han tenido en mi pensamiento.

Debido a mi participación en la lucha por la libertad de mi pueblo, he conocido muy pocos días de paz en los últimos años. He estado encarcelado en prisiones de Alabama y Georgia doce veces.

Mi casa ha sido bombardeada dos veces. Rara vez pasa un día sin que mi familia y yo recibamos amenazas de muerte. He sido víctima de un apuñalamiento casi mortal. Así pues, en el sentido literal, he sido azotado por las tormentas de la persecución. Debo admitir que a veces he sentido que no podía seguir soportando una carga tan pesada, y he sentido la tentación de retirarme a una vida más tranquila y serena. Pero cada vez que aparecía esa tentación, algo venía a reforzar mi determinación. Ahora he aprendido que la carga del Maestro se aligera justo cuando nos colocamos su yugo sobre los hombros.

Mis tribulaciones personales también me han enseñado el valor del sufrimiento inmerecido. A medida que aumentaban mis sufrimientos, me daba cuenta de que había dos formas de responder a mi situación: reaccionar con amargura o tratar de transformar el sufrimiento en una fuerza creativa. Decidí seguir este último camino. Al reconocer la necesidad del sufrimiento, he intentado hacer de este una virtud. Aunque solo sea para salvarme de la amargura, he intentado ver mis calvarios personales como una oportunidad de transfiguración para mí mismo y sanación para las personas implicadas en la trágica situación actual. He vivido estos últimos años con la convicción de que el sufrimiento inmerecido es redentor. Hay quienes siguen considerando la Cruz un escollo, otros la consideran una locura, pero yo estoy más convencido que nunca de que es el poder de Dios sobre la salvación social e individual. Así pues, como el apóstol Pablo, ahora puedo decir con humildad, pero con orgullo: «Llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús».

Los momentos de agonía por los que he pasado durante los últimos años también me han acercado más a Dios. Ahora más que nunca estoy convencido de la realidad de un Dios personal. Es cierto, siempre he creído en la personalidad de Dios. Pero en el pasado la idea de un Dios personal era poco más que una categoría metafísica que me satisfacía en el plano teológico y filosófico. Ahora es una realidad viva que se ha validado en las experiencias de la vida cotidiana. Dios ha sido en extremo real para mí en los últimos años. En los días solitarios y las noches lúgubres he oído una voz interior que me decía: «He aquí que yo estaré contigo». Cuando las

cadenas del miedo y los grilletes de la decepción casi han paralizado mis esfuerzos, he sentido el poder de Dios transformar la fatiga de la desesperación en la fortaleza de la esperanza. Estoy convencido de que una voluntad amorosa controla el universo, y que en la lucha por la rectitud el hombre tiene una compañía cósmica. Detrás de las duras apariencias del mundo hay un poder benigno. Decir que ese Dios es personal no es hacer de él un objeto finito junto con otros objetos o atribuirle las limitaciones de la personalidad humana; es tomar lo más fino y noble de nuestra conciencia y afirmar su existencia perfecta en Él. Es cierto que la personalidad humana es limitada, pero la personalidad como tal no implica limitaciones obligadas. Solo significa autoconciencia y autodirección. En el sentido más estricto de la palabra, Dios es un Dios vivo. En Él hay sentimiento y voluntad, que responden a los anhelos más profundos del corazón humano: este Dios evoca y responde a la oración.

La última década ha sido de lo más emocionante. A pesar de las tensiones e incertidumbres de este periodo, algo muy significativo está ocurriendo. Los viejos sistemas de explotación y opresión están desapareciendo; están naciendo nuevos sistemas de justicia e igualdad. En realidad, es un gran momento para estar vivo. Por lo tanto, aún no me desanimo respecto al futuro. Es cierto que el optimismo despreocupado del ayer es imposible. Es cierto que nos enfrentamos a una crisis mundial, que con frecuencia nos deja en medio del rumor del mar agitado de la vida. Pero toda crisis tiene sus peligros y sus oportunidades. Puede significar la salvación o la perdición. En un mundo oscuro y confuso, el Reino de Dios todavía puede reinar en el corazón de los hombres.

18 DE SEPTIEMBRE DE 1963

Elegía a las niñas mártires

FRAGMENTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LA IGLESIA BAUTISTA DE LA SEXTA AVENIDA

Birmingham, Alabama

«No murieron en un tugurio ni en un antro, ni estaban oyendo y contando chistes verdes en el momento de su muerte. Murieron entre los sagrados muros de la iglesia después de discutir un principio tan eterno como el amor».

El 15 de septiembre de 1963, un terrorista racista colocó una bomba debajo de las escaleras de la Iglesia Bautista de la Calle 16, en Birmingham, Alabama, mientras la gente se reunía para el servicio matutino de las once. La explosión mató a cuatro niñas que se preparaban en el sótano para el Día de la Juventud de la iglesia: Addie Mae Collins, Denise McNair y Carole Robertson, todas de catorce años, y Cynthia Wesley, de once años. La explosión hirió a muchos otros.

Birmingham había sido un foco de protestas por la igualdad racial debido a la aplicación extrema de la segregación: King la llamó «quizás la ciudad más segregada de los Estados Unidos». Se la conocía como «Bombingham», por las veintiuna bombas que estallaron en casas de estadounidenses Negros entre 1955 y 1963, incluidas las del hermano de King, A.D., y la de Arthur Shores, abogado de la NAACP. Cuando King iba de visita a Birmingham, se alojaba en el Gaston Motel; en mayo, ese motel también fue bombardeado.

El 9 de septiembre, el presidente John F. Kennedy le había quitado el control de la Guardia Nacional al gobernador Wallace, que estaba utilizando las fuerzas estatales para bloquear la segregación en las escuelas.

Cuando King se enteró del atentado terrorista, envió un telegrama al gobernador de Alabama, George Wallace, en el que le decía: «Usted tiene las manos manchadas de la sangre de nuestras niñitas». Tres días más tarde, King pronunció un discurso en el funeral de las niñas, al que asistieron unas ocho mil personas para llorar su muerte. Un fragmento de su elegía se reproduce aquí.

[Fragmento]

. . .A veces, la vida es dura, tan dura como el acero del crisol. Tiene momentos sombríos y dolorosos. Al igual que las aguas en constante fluir de un río, la vida tiene momentos de sequía y crecidas. Al igual que el ciclo siempre cambiante de las estaciones, la vida tiene el calor relajante de los veranos y el frío penetrante de sus inviernos. Pero a pesar de todo, Dios camina con nosotros. No olviden nunca que Dios es capaz de elevarnos de la fatiga de la desesperación a flotar en la esperanza, y de transformar los valles oscuros y desolados en senderos iluminados por el sol de la paz interior.

Sus hijas no vivieron mucho, pero vivieron bien. La cantidad de sus vidas fue inquietantemente pequeña, pero su calidad fue asombrosamente grande. Dónde murieron y qué estaban haciendo cuando les llegó la muerte seguirá siendo un maravilloso homenaje para cada uno de ustedes y un epitafio eterno para cada una de ellas. No murieron en un tugurio ni en un antro, ni estaban oyendo y contando chistes verdes en el momento de su muerte. Murieron entre los sagrados muros de la iglesia después de discutir un principio tan eterno como el amor.

Shakespeare hizo que Horacio pronunciara unas hermosas palabras sobre el cadáver de Hamlet. Parafraseo esas palabras hoy que me encuentro ante los últimos vestigios de estas adorables niñas: «Buenas noches, dulces princesas; que el vuelo de los ángeles las lleve a su descanso eterno»*.

JULIO DE 1964

Marcha por la igualdad

St. Augustine, Florida

«Amamos a todo el mundo».

Esa era la consigna que cantaban los jóvenes manifestantes Negros a principios de julio de 1964 en St. Augustine, Florida. King dijo de St. Augustine ese año que era «la ciudad más anárquica de los Estados Unidos», debido a la intimidación descontrolada a los ciudadanos Negros de parte de los blancos racistas.

Las protestas comenzaron en la muy segregada ciudad en 1963, y el Ku Klux Klan interrumpió esas manifestaciones con violencia. Después de que el Klan golpeara a los manifestantes, los tribunales locales apoyaron a los líderes del Klan.

King se dirigió a la comunidad por primera vez en mayo de 1964 y la instó a mantener la esperanza; la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur pidió a los estudiantes universitarios blancos del norte que visitaran la ciudad para apoyar a los manifestantes durante sus vacaciones de Semana Santa. Unos cien estudiantes fueron encarcelados y se les impusieron fianzas elevadas. El propio King fue detenido ese verano cuando pidió que le sirvieran en un restaurante segregado.

El 18 de junio de 1964, un gran jurado le ordenó abandonar la ciudad por alterar la armonía racial. King y la Conferencia de Liderazgo Cristiano del Sur se marcharon el 1 de julio, el día antes de que Lyndon B. Johnson firmara la Ley de Derechos Civiles de 1964, con King de observador.

10 DE DICIEMBRE DE 1964

Discurso de aceptación del Premio Nobel de la Paz

AUDITORIO DE LA UNIVERSIDAD DE OSLO

Oslo, Noruega

«Me niego a aceptar la cínica idea de que una nación tras otra deba caer en una espiral militarista que nos lleve al infierno de la destrucción termonuclear. Creo que la verdad desarmada y el amor incondicional tendrán la última palabra».

A King se le otorgó el Premio Nobel de la Paz el 14 de octubre de 1964 por «su lucha no violenta por los derechos civiles de la población afroestadounidense». «Considero esto no solo un honor para mí, sino un tributo a la moderación disciplinada y sabia, y al coraje majestuoso de los valerosos Negros y blancos de buena voluntad que han seguido un rumbo no violento en su intento de establecer un reino de justicia y una regla de amor en toda esta nación nuestra», declaró al *New York Times*[*]. Aseguró que donaría el dinero del premio a la lucha por los derechos civiles.

En su discurso de aceptación en diciembre de 1964, reproducido aquí en su totalidad, King se refiere a la amenaza de la guerra nuclear, que se había intensificado durante los años de la Guerra Fría y con la primera prueba exitosa de la bomba nuclear realizada por China, el 16 de octubre. Apenas un año antes, el presidente John F. Kennedy había sido asesinado, lo que marcó una escalada de la agitación en los Estados Unidos.

Su majestad, su alteza real, señor presidente, excelencias, señoras y señores:

Acepto el Premio Nobel de la Paz en un momento en que 22 millones de Negros de los Estados Unidos de América están librando una batalla creativa para poner fin a la larga noche de la injusticia racial. Acepto este premio en nombre de un movimiento de derechos civiles que avanza con determinación y un magnífico desprecio por el riesgo y el peligro para establecer un reino de libertad y una ley de justicia. Soy consciente de que ayer mismo, en Birmingham, Alabama, nuestros hijos, que clamaban por la fraternidad, recibieron como respuesta mangueras de bomberos, ladridos de perros e incluso la muerte. Soy consciente de que ayer mismo, en Filadelfia, Misisipi, unos jóvenes que reclamaban el derecho al voto fueron agredidos y asesinados de una forma brutal. Y ayer mismo, solo en el estado de Misisipi, más de cuarenta iglesias fueron bombardeadas o incendiadas por ofrecer refugio a quienes se niegan a aceptar la segregación. Soy consciente de que la pobreza debilitante y agobiante aflige a mi pueblo y lo encadena al peldaño más bajo de la escala económica.

Por lo tanto, debo preguntar por qué se concede este premio a un movimiento asediado y comprometido en una lucha sin cuartel; a un movimiento que no ha conquistado la paz y la fraternidad, que son la esencia del Premio Nobel.

Tras meditarlo, concluyo que este premio que recibo en nombre de ese movimiento es un reconocimiento profundo de que la no violencia es la respuesta a la cuestión política y moral decisiva de nuestro tiempo: la necesidad de que el hombre supere la opresión y la violencia sin recurrir a la violencia ni a la opresión. Civilización y violencia son conceptos antitéticos. Al seguir el ejemplo del pueblo indio, los Negros de los Estados Unidos han demostrado que la no violencia no es pasividad estéril, sino una poderosa fuerza moral que propicia la transformación social. Tarde o temprano, todos los pueblos del mundo tendrán que descubrir la manera de vivir juntos en paz, y transformar así esta elegía cósmica irresoluta en un salmo creativo de fraternidad. Para lograrlo, el hombre debe desarrollar para todos los conflictos humanos un método que rechace la venganza, la agresión y la represalia. El fundamento de tal método es el amor.

El tortuoso camino que ha llevado de Montgomery, Alabama, hasta Oslo es un testimonio de esta verdad. Es un camino que millones de Negros recorren para encontrar un nuevo sentido de la dignidad. Ese mismo camino ha abierto para todos los estadounidenses una nueva era de progreso y esperanza. Ha dado lugar a una nueva Ley de Derechos Civiles y estoy convencido de que, a medida que los hombres Negros y blancos, que son cada vez más, creen alianzas para superar sus problemas comunes, se ensanchará y alargará hasta convertirse en una superautopista de la justicia.

Acepto hoy este premio con una fe obstinada en los Estados Unidos y una fe audaz en el futuro de la humanidad. Me niego a aceptar la desesperanza como respuesta final a las ambigüedades de la Historia. Me niego a aceptar la idea de que el «ser» de la naturaleza actual del hombre le incapacite en su sentido moral para alcanzar el eterno «deber ser» al que tiene que enfrentarse siempre. Me niego a aceptar la idea de que el hombre no es más que un desecho que flota en el río de la vida, incapaz de incidir en el desarrollo de los acontecimientos que le rodean. Me niego a aceptar la opinión de que la humanidad está atada de un modo tan trágico a la medianoche sin estrellas del racismo y la guerra, que el brillante amanecer de la paz y la fraternidad nunca podrá hacerse realidad.

Me niego a aceptar la cínica idea de que una nación tras otra deba caer en una espiral militarista que nos lleve al infierno de la destrucción termonuclear. Creo que la verdad desarmada y el amor incondicional tendrán la última palabra. Por eso el derecho vencido de un modo provisional es más fuerte que el mal triunfante. Creo que, aun en medio del fuego de mortero y las balas estridentes de hoy, todavía existe la esperanza de un mañana mejor. Creo que la justicia herida, postrada en las calles ensangrentadas de nuestras naciones, puede levantarse de este polvo de vergüenza para reinar suprema entre los hijos de los hombres. Tengo la audacia de creer que la gente de todo el mundo puede alimentar su cuerpo tres veces al día, recibir educación y cultura para su mente, y dignidad, igualdad y libertad para su espíritu. Creo que lo que los hombres egocéntricos han destruido, pueden construirlo los hombres

generosos. Sigo creyendo que un día la humanidad se postrará ante los altares de Dios y será coronada, triunfante, sobre la guerra y el derramamiento de sangre, y el bien redentor no violento proclamará el gobierno de la tierra. «Y el león y el cordero se acostarán juntos y cada uno se sentará debajo de su vid y de su higuera; y nadie perturbará su solaz»*. ¡Sigo creyendo que venceremos!

Esa fe puede darnos coraje para afrontar las incertidumbres del futuro. Dará nuevas fuerzas a nuestros pies cansados mientras seguimos avanzando hacia la ciudad de la libertad. Cuando nuestros días se vuelvan lúgubres y nublados y nuestras noches se vuelvan más oscuras que mil medianoches, sabremos que vivimos en la agitación creativa de una auténtica civilización que lucha por nacer.

Hoy vengo a Oslo como representante, inspirado y con una dedicación renovada a la humanidad. Acepto este premio en nombre de todos los hombres que aman la paz y la fraternidad. Digo que vengo como representante porque en el fondo de mi corazón soy consciente de que este premio es mucho más que un honor para mí como individuo.

Cada vez que me monto en un avión, tengo presentes a las muchas personas que hacen posible el éxito del viaje: los pilotos conocidos y el personal de tierra anónimo.

Así pues, ustedes están honrando a los abnegados pilotos de nuestra lucha, que se han sentado en la cabina de mando mientras el movimiento por la libertad se elevaba con rapidez hacia la órbita. Están honrando una vez más al Presidente [Albert] Lutuli de Sudáfrica, cuyas luchas con y por su pueblo aún se enfrentan a la expresión más brutal de la inhumanidad del hombre hacia el hombre. Están honrando al personal de tierra, sin cuyo trabajo y sacrificio los vuelos hacia la libertad nunca habrían podido despegar. La mayoría de esas personas nunca aparecerán en los titulares y sus nombres no figurarán en *Who's Who* [Quién es quién]. Sin embargo, cuando hayan pasado los años y la luz ardiente de la verdad se centre en esta época maravillosa en la que vivimos, los hombres y las mujeres sabrán, y les enseñarán a los niños, que vivimos en una tierra mejor, que somos un pueblo mejor, una civilización más noble,

porque esos humildes hijos de Dios estuvieron dispuestos a sufrir por la justicia.

Creo que Alfred Nobel sabría a qué me refiero cuando digo que acepto este premio con el espíritu del albacea de una preciosa reliquia, que la custodia para sus verdaderos dueños —todos aquellos para quienes la belleza es verdad y la verdad, belleza— y a cuyos ojos la belleza de la auténtica fraternidad y la paz es más preciosa que los diamantes, la plata o el oro.

11 DE DICIEMBRE DE 1964

La búsqueda de la paz y la justicia

FRAGMENTO DE LA CONFERENCIA NOBEL EN LA UNIVERSIDAD DE OSLO

Oslo, Noruega

«El amor es, de algún modo, la llave que abre la puerta que conduce a la realidad definitiva».

Al día siguiente de pronunciar su discurso de aceptación del Premio Nobel, King dictó una conferencia en el mismo lugar ante un público en el que había estudiantes. Su presentación, de alcance internacional, combinaba elementos de sus sermones anteriores.

Comenzó por hablar de su regocijo al aceptar ese premio en nombre de sus compañeros manifestantes de los Estados Unidos. A continuación, habló de los retos espirituales a los que se enfrenta la gente en un mundo de grandes invenciones tecnológicas. Ofreció una visión general de los pueblos oprimidos del mundo y proclamó que no seguirían así para siempre, que se estaban viendo cambios en varios continentes.

En este fragmento de su conferencia, King habla del amor como una forma de dedicación.

[Fragmento]

. . .Hace algunos años murió un famoso novelista. Entre sus papeles se encontró una lista de esbozos de argumentos para futuras historias, entre los que destacaba el siguiente: «Una familia muy dividida hereda una casa en la que tienen que vivir todos juntos». Ese es el nuevo gran problema de la humanidad. Hemos heredado una gran casa, una gran «casa mundial» en la que tenemos que vivir todos juntos: Negros y blancos, gente de oriente y de

occidente, gentiles y judíos, católicos y protestantes, musulmanes e hindúes; una familia dividida en sus ideas, cultura e intereses y, dado que nunca más podremos vivir unos sin los otros, debemos aprender a vivir unos con los otros en este único y gran mundo.

Eso significa que cada vez más nuestras lealtades deben ser ecuménicas en lugar de seccionales. Ahora debemos conceder una lealtad primordial a la humanidad en su conjunto para preservar lo mejor de nuestras sociedades individuales.

Ese llamado a una comunión mundial que eleve el interés por el prójimo por encima de la propia tribu, raza, clase y nación es, en realidad, un llamado a un amor abarcador e incondicional hacia todos los hombres. Ese concepto a menudo incomprendido y malinterpretado, que los Nietzsche del mundo tachan de debilidad y cobardía, se ha convertido en una necesidad absoluta para la supervivencia del hombre. Cuando hablo de amor no me refiero a una respuesta sentimental y débil que no pasa de la palabrería emocional. Hablo de esa fuerza que todas las grandes religiones han considerado el principio supremo unificador de la vida. El amor es, de algún modo, la llave que abre la puerta que conduce a la realidad definitiva. Esta creencia hindú-musulmana-cristiana-judía-budista sobre la realidad definitiva está resumida de un modo hermoso en la Primera Epístola de san Juan:

> Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. . . . Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se perfecciona en nosotros[*].

Esperemos que este espíritu sea la orden del día. Como dice Arnold Toynbee: «El amor es la fuerza última que elige la salvación de la vida y el bien frente a la condena de la muerte y el mal. Por lo tanto, la primera esperanza en nuestro inventario debe ser la esperanza de que el amor va a tener la última palabra»[†]. Ya no podemos permitirnos adorar al Dios del odio ni inclinarnos ante el altar de las represalias. Los océanos de la historia se vuelven turbulentos por las mareas siempre crecientes de la venganza. La

historia está plagada de los restos de las naciones y los individuos que siguieron ese camino contraproducente. El amor es la clave de la solución a los problemas del mundo.

Permítanme decir, para terminar, que tengo la fe personal de que la humanidad de algún modo logrará estar a la altura de las circunstancias y dará nuevas direcciones a una época que deriva con rapidez hacia su perdición. A pesar de las tensiones e incertidumbres de este periodo, algo muy significativo está ocurriendo. Los viejos sistemas de explotación y opresión están desapareciendo, y del vientre de un mundo frágil están naciendo nuevos sistemas de justicia e igualdad. Poco a poco se van abriendo las puertas de las oportunidades a los más desfavorecidos. Los descamisados y descalzos de la tierra están inventando una nueva manera de «ser alguien» y están excavando un túnel de esperanza a través de la oscura montaña de la desesperación. «El pueblo que habitaba en la oscuridad ha visto una gran luz»*. Aquí y allá, un individuo o un grupo se atreve a amar y se eleva a las majestuosas alturas de la madurez moral. En realidad, es un gran momento para estar vivo. Por lo tanto, aún no me desanimo respecto al futuro. Es cierto que el optimismo despreocupado de ayer es imposible. Es cierto que los pioneros de la lucha por la paz y la libertad seguirán enfrentándose a incómodas penas de cárcel y a dolorosas amenazas de muerte; seguirán siendo azotados por las tormentas de la persecución, que los llevarán a la persistente sensación de que no pueden seguir soportando una carga tan pesada, y a la tentación de querer retirarse a una vida más tranquila y serena. Es cierto que nos enfrentamos a una crisis mundial que con frecuencia nos deja en medio del rumor del mar agitado de la vida. Pero toda crisis tiene sus peligros y sus oportunidades. Puede significar la salvación o la perdición. En un mundo oscuro y confuso, el Reino de Dios todavía puede reinar en el corazón de los hombres.

25 DE FEBRERO DE 1967

Las bajas en la guerra de Vietnam

FRAGMENTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN THE NATION INSTITUTE

Los Ángeles, California

«Los que amamos la paz debemos organizarnos con la eficacia de los halcones de guerra».

En este discurso, King expone las innumerables formas en que la guerra de Vietnam está causando pérdidas en los Estados Unidos no solo de vidas estadounidenses, sino de su estatura internacional y moral como nación. En su conclusión, reproducida aquí, reflexiona sobre el amor a la patria y la necesidad de una comunidad amada.

[Fragmento]

Permítanme decir, por último, que me opongo a la guerra de Vietnam porque amo a los Estados Unidos. Me pronuncio en su contra no con rabia, sino con ansiedad y tristeza en el corazón, y sobre todo con el deseo apasionado de ver a nuestro amado país erigirse en ejemplo moral del mundo. Hablo en contra de esta guerra porque estoy decepcionado con los Estados Unidos. No puede haber una gran decepción donde no hay un gran amor. Estoy decepcionado porque no hemos sido capaces de abordar de forma positiva y directa el triple mal del racismo, el materialismo extremo y el militarismo. En la actualidad estamos avanzando por un callejón sin salida que puede llevarnos a un desastre nacional.

Es hora de que todas las personas con conciencia pidan a los Estados Unidos que regrese a su verdadero hogar de fraternidad y

búsqueda de la paz. No podemos permanecer en silencio mientras nuestra nación se enzarza en una de las guerras más crueles y absurdas de la historia. En estos días de aflicción humana debemos alentar a los disidentes creativos. Los necesitamos porque el trueno de sus voces intrépidas será el único sonido más potente que el de los estallidos de las bombas y el clamor de la histeria bélica.

Los que amamos la paz debemos organizarnos con la eficacia de los halcones de guerra. Mientras ellos difunden la propaganda de la guerra, nosotros debemos difundir la propaganda de la paz. Debemos combinar el fervor del movimiento por los derechos civiles con el movimiento por la paz. Debemos manifestarnos, enseñar y predicar hasta que los cimientos mismos de nuestra nación se tambaleen. Debemos trabajar sin descanso para elevar a esta nación que amamos a un destino superior, a una nueva cima de compasión, a una expresión más noble de humanidad.

He intentado ser sincero. Ser sincero es enfrentarse a la verdad. Ser sincero es darse cuenta de que la medida definitiva de un hombre no es dónde se posiciona en los momentos de conveniencia y en los momentos de comodidad, sino dónde se posiciona en los momentos de desafío y en los momentos de controversia. Por desagradable e inconveniente que sea la verdad, creo que debemos exponerla y afrontarla si queremos lograr una mejor calidad de vida en los Estados Unidos.

El otro día, el distinguido historiador estadounidense Henry Steele Commager declaró ante un Comité del Senado: «El Juez Holmes decía que la primera lección que un juez tiene que aprender es que él no es Dios. . . tendemos, quizás más que otras naciones, a transformar nuestras guerras en cruzadas. . . nuestra actual implicación en Vietnam se inscribe, cada vez más, en un molde moral. . . Tengo la sensación de que no disponemos de los recursos materiales, intelectuales o morales para ser a la vez una potencia estadounidense, una potencia europea y una potencia asiática».

Estoy de acuerdo con el Sr. Commager. Y me atrevo a sugerir que hay, sin embargo, otro tipo de poder que los Estados Unidos pueden y deben ser. Es un poder moral, un poder controlado al servicio de la paz y de los seres humanos, no un poder inhumano descontrolado

en contra de personas indefensas. Todo el mundo sabe que los Estados Unidos son una gran potencia militar. No tenemos que esforzarnos demasiado para demostrarlo. Ahora debemos mostrarle al mundo nuestro poder moral.

Todavía hoy podemos elegir entre la coexistencia no violenta o la coaniquilación violenta. La historia registrará la elección que hagamos. Aún no es demasiado tarde para tomar la decisión correcta. Si decidimos convertirnos en una potencia moral, seremos capaces de transformar las discordancias de este mundo en una hermosa sinfonía de fraternidad. Si tomamos la decisión sabia podremos transformar nuestra elegía cósmica irresoluta en un salmo creativo de paz. Ese será un día glorioso. Al alcanzarlo, podremos hacer realidad el más noble de los sueños americanos.

16 DE AGOSTO DE 1967

¿Hacia dónde vamos a partir de aquí?

FRAGMENTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CONVENCIÓN DE LA CONFERENCIA DE LIDERAZGO CRISTIANO DEL SUR

Atlanta, Georgia

«Y les digo que también he decidido quedarme con el amor porque sé que el amor es, en última instancia, la única respuesta a los problemas de la humanidad. Y hablaré de esto dondequiera que vaya».

El fragmento del discurso incluido aquí hace eco de los discursos anteriores de King, pero muestra el desarrollo de su idea del amor y del poder.

[Fragmento]

. . .Ahora bien, muchos de nosotros somos predicadores, todos tenemos nuestras propias convicciones y preocupaciones morales, y muy a menudo chocamos con el poder. Pero en el poder no hay nada de malo si se utiliza de la forma correcta.

Como ven, lo que ha sucedido es que algunos de nuestros filósofos se equivocaron. Y uno de los grandes problemas de la historia es que los conceptos del amor y el poder se suelen contraponer como polos opuestos, de modo que el amor se identifica con una renuncia al poder y el poder, con una negación del amor. Fue esa interpretación errónea la que hizo que el filósofo Nietzsche, que era un filósofo de la voluntad de poder, rechazara el

concepto cristiano del amor. Fue esa misma interpretación errónea la que indujo a los teólogos cristianos a rechazar la filosofía de la voluntad de poder de Nietzsche en nombre de la idea cristiana del amor.

Ahora bien, tenemos que entender esto bien. Lo que hace falta es que nos demos cuenta de que el poder sin amor es imprudente y abusivo, y de que el amor sin poder es sentimental y anémico. *(Sí)* El poder en su máxima expresión *[aplausos]*, el poder en su máxima expresión es el amor *(sí)* que pone en marcha las exigencias de la justicia, y la justicia en su máxima expresión es el amor que corrige todo lo que se oponga al amor. *(Dilo)* Y eso es lo que debemos ver a medida que avanzamos.

Ahora bien, lo que ha pasado es que no hemos entendido y hemos enredado las cosas en nuestro país, y eso ha llevado a los Negros estadounidenses en el pasado a buscar sus objetivos a través del amor y la persuasión moral desprovistos de poder, y a los blancos estadounidenses, a buscar sus objetivos a través del poder desprovistos de amor y conciencia. Hoy eso está llevando a unos pocos extremistas a defender para los Negros el mismo poder destructivo y falto de conciencia que han aborrecido con razón en los blancos. Es precisamente esa colisión del poder inmoral con la moral impotente lo que constituye la mayor crisis de nuestro tiempo. *(Sí). . .*

[Fragmento]

No es momento de hacerse ilusiones románticas ni de sostener debates filosóficos vacíos sobre la libertad. Es el momento de actuar. *(Así es)* Lo que hace falta es una estrategia para el cambio, un programa táctico que integre al Negro a la sociedad estadounidense cuanto antes. Hasta ahora, el movimiento no violento ha sido el único en ofrecer esa posibilidad. Si no lo reconocemos, acabaremos con soluciones que no resuelven, respuestas que no responden y explicaciones que no explican. *[Aplausos]*

Por eso hoy les digo que sigo defendiendo la no violencia. *(Sí)* Y sigo convencido *[aplausos]*, y sigo convencido de que es el arma

más potente que el Negro tiene a su disposición en su lucha por la justicia en este país.

Y lo otro es que me interesa un mundo mejor. Me interesa la justicia; me interesa la fraternidad; me interesa la verdad. *(Así es)* Y cuando uno se interesa por eso, nunca puede abogar por la violencia. Porque mediante la violencia se puede asesinar a un asesino, pero no se puede asesinar al asesinato. *(Sí)* Mediante la violencia se puede asesinar a un mentiroso, pero no se puede establecer la verdad. *(Así es)* Mediante la violencia se puede asesinar a quien odia, pero no se puede asesinar al odio. *(Muy bien, así es)* La oscuridad no puede apagar las tinieblas; solo la luz puede hacerlo. *[Aplausos]*

Y les digo que también he decidido aferrarme al amor porque sé que el amor es, en última instancia, la única respuesta a los problemas de la humanidad. Y hablaré de esto dondequiera que vaya. Sé que hoy en día no resulta simpático hablar de esto en algunos círculos. *(No)* Y no me refiero a las tonterías emocionales cuando hablo del amor; me refiero a un amor fuerte y exigente. *(Sí)* Porque he visto demasiado odio. *(Sí)* He visto demasiado odio en los rostros de los *sheriffs* del Sur. *(Sí)* He visto el odio en los rostros de demasiados miembros del Ku Klux Klan y de Consejos Ciudadanos Blancos en el Sur como para querer odiar, porque cada vez que veo ese odio, sé que transforma sus rostros y sus personalidades, y me digo a mí mismo que el odio es una carga demasiado pesada. *(Sí, así es)* He decidido amar. *[Aplausos]* Si buscan el bien supremo, creo que pueden encontrarlo a través del amor. Y lo hermoso es que no nos equivocamos cuando lo hacemos, porque Juan tenía razón, Dios es amor. *(Sí)* Quien odia no conoce a Dios, pero quien ama tiene la llave que abre la puerta del sentido de la realidad definitiva.

Y por eso les digo hoy, amigos míos, que podrán ser capaces de hablar en lenguas humanas y angelicales *(así es)*; podrán tener la elocuencia del discurso articulado; pero si no tienen amor, no significará nada. *(Así es)* Sí, podrán tener el don de la profecía; podrán tener el don de la predicción científica *(sí, señor)* y comprender el comportamiento de las moléculas *(así es)*; podrán irrumpir en el almacén de la naturaleza *(sí, señor)* y aportar muchas

nuevas percepciones; sí, podrán ascender a las alturas de los logros académicos *(sí, señor)*, de modo que tengan todo el conocimiento *(sí, señor, sí)*; y podrán jactarse de sus grandes instituciones de aprendizaje y de la ilimitada extensión de sus títulos; pero si no tienen amor, todo eso no significará absolutamente nada. *(Sí)* Incluso podrán dar sus bienes para alimentar a los pobres *(sí, señor)*; podrán ofrecer grandes donativos a la caridad *(dilo)*; y podrán encumbrarse en la filantropía; pero si no tienen amor, su caridad no significará nada. *(Sí, señor)* Incluso podrán dar su cuerpo para ser quemado y morir como mártires, y su sangre derramada podrá ser un símbolo de honor para las generaciones aún no nacidas, y miles podrán alabarlos entre los héroes más grandes de la historia; pero si no tienen amor *(sí, así es)*, su sangre habrá sido derramada en vano. Lo que trato de hacerles ver en la mañana de hoy es que un hombre puede ser egoísta en su abnegación y arrogante en su autosacrificio. Su generosidad puede alimentar su ego y su piedad, su orgullo. Sin amor, la benevolencia se convierte en egoísmo y el martirio, en arrogancia espiritual.

4 DE FEBRERO DE 1968

El instinto del tambor mayor

FRAGMENTO DEL SERMÓN EN LA IGLESIA BAUTISTA EBENEZER

Atlanta, Georgia

«Me gustaría que alguien dijera. . . que Martin Luther King Jr. intentó amar a alguien. . . quiero que digan que intenté amar y servir a la humanidad».

Menos de una semana antes de que King pronunciara este sermón, las fuerzas norvietnamitas habían atacado Saigón, en Vietnam del Sur —la ofensiva del Tet—, marcando un recrudecimiento en la guerra.

En este discurso, que pronunció King en sus últimos dos meses de vida —sería asesinado en abril—, resuena la idea de que sabía que el enorme número de amenazas que había recibido a lo largo de su vida podrían hacerse realidad. Refleja la tenacidad de su creencia en el poder del amor y su deseo de ser conocido por ese esfuerzo de aferrarse al amor, sin importar la prueba.

Este sermón fue el último que pronunció en la iglesia en la que era pastor asociado de su padre.

[Fragmento]

En la mañana de hoy me gustaría utilizar como tema de mi sermón «El instinto del tambor mayor». «El instinto del tambor mayor». Y nuestro texto de esta mañana está tomado de un pasaje muy conocido del capítulo diez del Evangelio según san Marcos. A partir del versículo 35 de ese capítulo, leemos estas palabras:

Se acercaron Santiago y Juan, hijos de Zebedeo.

—Maestro —dijeron—, queremos que nos concedas lo que te vamos a pedir.

—¿Qué quieren que haga por ustedes?

—Concédenos que en tu glorioso reino uno de nosotros se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda.

—Ustedes no saben lo que están pidiendo —respondió Jesús—. ¿Pueden acaso beber el trago amargo de la copa que yo bebo o pasar por la prueba del bautismo con el que voy a ser bautizado?

Ellos dijeron: —Sí, podemos.

—Ustedes beberán de la copa que yo bebo —respondió Jesús— y pasarán por la prueba del bautismo con el que voy a ser bautizado, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde concederlo. Eso ya está decidido.

Y luego, al final del pasaje, Jesús dice: «Pero entre ustedes no debe ser así. Al contrario, el que quiera hacerse grande entre ustedes deberá ser su servidor, y el que quiera ser el primero deberá ser esclavo de todos».

El escenario está claro. Santiago y Juan hacen una petición concreta al maestro. Habían soñado, como la mayoría de los hebreos, con la llegada de un rey de Israel que liberaría a Jerusalén, establecería su reino en el monte Sión y gobernaría el mundo con justicia. Y pensaban que Jesús era ese rey. Y pensaban en el día en que Jesús se enseñoraría como nuevo rey supremo de Israel. Y decían: «Concédenos que, en tu glorioso reino, uno de nosotros se siente a tu derecha y el otro, a tu izquierda».

Ahora bien, no dudaríamos en condenar de inmediato a Santiago y a Juan, y decir que eran egoístas. ¿Por qué harían una petición tan egoísta? Pero antes de apresurarnos a condenarlos, mirémonos a nosotros mismos con calma y sinceridad, y descubriremos que nosotros también tenemos esos mismos deseos básicos de reconocimiento, de importancia. Ese mismo deseo de atención, ese mismo deseo de ser los primeros. Por supuesto, los otros discípulos se enfadaron con Santiago y Juan, lo cual es comprensible, pero nosotros debemos entender que tenemos algunas de las mismas cualidades de Santiago y Juan. Y en el fondo, todos tenemos un instinto. Es una especie de instinto del tambor mayor: el deseo de estar en primera fila, de encabezar el desfile, de ser los primeros. Y es algo que permea todo el espectro de la vida.

Así que, antes de condenarlos, reconozcamos que todos tenemos el instinto del tambor mayor. Todos queremos ser importantes,

superar a los demás, lograr la distinción, encabezar el desfile. Alfred Adler, el gran psicoanalista, sostiene que ese es el impulso dominante. Sigmund Freud solía sostener que el sexo era el impulso dominante. Después, Adler presentó un argumento nuevo: que esa búsqueda de reconocimiento, ese deseo de atención, ese deseo de distinción es el impulso básico, la pulsión básica de la vida humana, el instinto del tambor mayor. . . .

[Fragmento]

Quiero que vean lo que Jesús decía en realidad. ¿Cuál fue la respuesta que Jesús les ofreció a esos hombres? Es muy interesante. Cualquiera pensaría que Jesús los condenó. Cualquiera pensaría que Jesús le dijo: «Están fuera de su lugar. Están siendo egoístas. ¿Por qué plantean esa pregunta?».

Pero Jesús no los condenó, sino que hizo algo totalmente distinto. En esencia, dijo: «Ah, ya veo, quieren ser los primeros. Quieren ser grandes. Quieren ser importantes. Quieren ser significativos. Bueno, deberían serlo. Si van a ser mis discípulos, deben serlo». Pero cambió el orden de las prioridades. Y dijo: «Sí, no renuncien a ese instinto. Es un buen instinto si saben usarlo bien. *(Sí)* Es un buen instinto si no lo distorsionan y pervierten. No se rindan. Sigan sintiendo la necesidad de ser importantes. Sigan sintiendo la necesidad de ser los primeros. Pero quiero que sean los primeros en el amor. *(Amén)* Quiero que sean los primeros en la excelencia moral. Quiero que sean los primeros en la generosidad. Eso es lo que quiero que hagan».

Y transformó la situación ofreciendo una nueva definición de grandeza. ¿Y saben cómo lo dijo? Dijo: «Ahora hermanos, no puedo darles grandeza. Y de verdad, no puedo hacerlos los primeros». Eso fue lo que Jesús les dijo a Santiago y a Juan. «Deben ganárselo. La verdadera grandeza no llega por favoritismo, sino por aptitud. El sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde concederlo. Eso ya está decidido». *(Amén)*

Y así Jesús nos dio una nueva norma de grandeza. Si quieren ser importantes, estupendo. Si quieren que los reconozcan, estupendo.

Si quieren ser grandes, estupendo. Pero tengan en cuenta que el que quiera hacerse grande entre ustedes deberá ser su servidor. *(Amén)* Esa es una nueva definición de grandeza.

Y esta mañana, lo que me gusta de esa definición de grandeza es que significa que cualquiera puede ser grande *(cualquiera)* porque cualquiera puede servir. *(Amén)* No tienen que poseer un título universitario para servir. *(Así es)* No tienen que hacer que el sujeto concuerde con el verbo para servir. No tienen que saber de Platón y Aristóteles para servir. No tienen que conocer la teoría de la relatividad de Einstein para servir. No tienen que conocer la segunda teoría de la termodinámica en Física para servir. *(Amén)* Solo tienen que poseer un corazón lleno de gracia *(sí, señor, amén)*, un alma que se mueva por el amor. *(Sí)* Y así podrán ser ese siervo.

Conozco a un hombre, y solo voy a hablar de él un minuto, y tal vez descubran de quién estoy hablando a medida que vaya diciéndoles, *(sí)* porque era una persona grande. Y se dedicó a servir. Nació en una oscura aldea, *(sí, señor)* hijo de una campesina pobre. Y luego creció en un pueblo aún más oscuro, donde trabajó como carpintero hasta los treinta años. *(Amén)* Luego, durante tres años no hizo más que andar, y fue un predicador itinerante. E hizo algunas cosas. No tenía mucho. Nunca escribió un libro. Nunca ocupó un cargo. Nunca tuvo familia. *(Sí)* Nunca tuvo una casa. Nunca fue a la universidad. Nunca visitó una gran ciudad. Nunca se alejó más de 300 kilómetros del lugar donde nació. No hizo nada de lo que en el mundo se suele asociar con la grandeza. No tenía más credenciales que su propia persona.

Solo tenía 33 años cuando la opinión pública se volvió contra él. Lo acusaron de alborotador. Lo acusaron de problemático. Lo acusaron de agitador. *(Gloria a Dios)* Practicó la desobediencia civil; violó los mandatos. Y así fue entregado a sus enemigos, y pasó por la farsa de un juicio. Y lo más irónico de todo es que sus amigos lo entregaron. *(Amén)* Uno de sus amigos más íntimos lo negó. Otro de sus amigos lo entregó a sus enemigos. Y mientras agonizaba, los que lo mataron se jugaron su ropa, la única posesión que tenía en el mundo. *(Señor, ayúdalo)* Cuando murió lo enterraron en una tumba prestada, gracias a la piedad de un amigo.

Han pasado diecinueve siglos, y hoy es la figura más influyente de la historia de la humanidad. Ni todos los ejércitos que alguna vez marcharon, ni todas las armadas que alguna vez navegaron, ni todos los parlamentos que alguna vez se reunieron, ni todos los reyes que alguna vez reinaron, juntos *(sí),* han afectado la vida del hombre en esta tierra *(amén)* tanto como esa vida en particular. Puede que su nombre les resulte conocido. *(Jesús)* Pero hoy escucho a la gente hablar de él. De vez en cuando alguien dice: «Es Rey de Reyes». *(Sí)* Y luego escucho a alguien decir: «Es Señor de Señores». En otros lugares escucho a otro que dice: «En Cristo no hay oriente ni occidente». *(Sí)* Y prosiguen: «En Él no hay norte ni sur, sino una gran comunión de amor a lo largo y ancho del mundo». No tenía nada. *(Amén)* Solo anduvo por ahí sirviendo y haciendo el bien.

Esta mañana, pueden estar a su derecha y a su izquierda si sirven. *(Amén)* Esa es la única manera de entrar.

Supongo que de vez en cuando todos pensamos con realismo *(sí, señor)* en el día en que caeremos víctimas de lo que es el último denominador común de la vida: eso que llamamos muerte. Todos pensamos en ella. De vez en cuando pienso en mi propia muerte y pienso en mi propio funeral. Y no lo pienso en un sentido morboso. Y de vez en cuando me pregunto: «¿Qué es lo que me gustaría que se dijera de mí?». Y les dejo la palabra esta mañana.

Y si alguno de ustedes está cerca cuando llegue mi día, no quiero un funeral largo. Y si consiguen a alguien que haga el panegírico, pídanle que no hable demasiado. *(Sí)* Y de vez en cuando me pregunto qué quiero que digan. Díganle que no mencione que tengo un Premio Nobel de la Paz, eso no es importante. Díganle que no mencione que he ganado otros 300 o 400 premios, eso no es importante. Díganle que no mencione dónde estudié. *(Sí)* Me gustaría que alguien mencionara ese día que Martin Luther King Jr. intentó dar su vida sirviendo a los demás.

Me gustaría que alguien dijera ese día que Martin Luther King Jr. intentó amar a alguien. Quiero que digan ese día que intenté tener razón en la cuestión de la guerra. *(Amén)* Quiero que ese día puedan decir que intenté dar de comer a los hambrientos. *(Sí)* Y quiero que ese día puedan decir que sí intenté en mi vida vestir a los

que estaban desnudos. *(Sí)* Quiero que ese día puedan decir que sí intenté en mi vida visitar a los que estaban en la cárcel. *(Señor)* Quiero que digan que intenté amar y servir a la humanidad. *(Sí)*

Sí, si quieren decir que fui un tambor mayor, digan que fui un tambor mayor por la justicia. *(Amén)* Digan que fui un tambor mayor por la paz. *(Sí)* Fui un tambor mayor por la rectitud. Y todas las demás cosas superficiales no importarán. *(Sí)* No tendré dinero que dejar atrás. No tendré esas cosas finas y lujosas de la vida para dejar atrás. Solo quiero dejar atrás una vida comprometida. *(Amén)* Y eso es todo lo que quiero decir.

[King cita múltiples líneas del himno y termina con las siguientes:]

Si puedo traer la salvación a un mundo exaltado,
Si puedo difundir el mensaje como lo enseñó el maestro,
Entonces no habré vivido en vano.

Sí, Jesús, quiero estar a tu derecha o a tu izquierda *(sí)* no por ninguna razón egoísta. Quiero estar a tu derecha o a tu izquierda no porque ambiciono un reino o por ambición política. Solo quiero estar ahí en el amor y en la justicia y en la verdad y en el compromiso con los demás, para que podamos hacer de este viejo mundo un mundo nuevo.

9 DE ABRIL DE 1968

Elegía a King por Benjamin Mays

MOREHOUSE COLLEGE

Atlanta, Georgia

«[King] recorrió todo el mundo predicando la no violencia y el poder redentor del amor. Creía con todo su corazón, su mente y su alma que el camino hacia la paz y la fraternidad pasa por la no violencia, el amor y el sufrimiento».

King y su mentor, Benjamin Mays, habían pactado pronunciar la elegía del otro, dependiendo de quién muriera primero. Mays, a quien King describió como su «mentor espiritual» y «mi padre intelectual», había sido presidente de Morehouse College en Atlanta cuando King era estudiante. King fue asesinado el 4 de abril de 1968. Se reprodujo una grabación de su sermón «El instinto del tambor mayor» durante el velorio privado, celebrado en la Iglesia Bautista Ebenezer el 9 de abril. Ese mismo día se celebró en Morehouse College una misa pública, televisada a toda la nación, en la que Mays pronunció la elegía.

[Fragmento]

. . .A la par de su valentía moral, Martin Luther King Jr. tenía la capacidad de amar a la gente. Aunque estaba muy comprometido con un programa de libertad para los Negros, sentía amor e interés por todo tipo de pueblos. No hacía distinciones entre altos y bajos ni entre ricos y pobres. Creía, sobre todo, que había sido enviado para defender la causa del hombre que estaba más abajo. Es probable que dijera que, si la muerte tuviera que llegar, estoy seguro de que no habría mayor causa por la cual morir que la lucha para conseguir un salario justo para los basureros. Era supraraza, supranación,

supradenominación, supraclase y supracultura. Pertenecía al mundo y a la humanidad. Ahora pertenece a la posteridad.

Pero esto entraña una dicotomía. Este hombre fue amado por unos y odiado por otros. Si alguien conocía el significado del sufrimiento, era King. Bombardearon su casa; vivió cada día durante trece años bajo constantes amenazas de muerte; fue acusado con malicia de comunista; fue acusado sin fundamento de ser poco sincero y de buscar protagonismo para su propia gloria; fue apuñalado por una persona de su propia raza; fue abofeteado en el vestíbulo de un hotel; estuvo encarcelado treinta veces; en ocasiones se sintió herido porque sus propios amigos lo traicionaron. Y, sin embargo, fue un hombre que no tuvo amargura en el corazón, ni rencor en el alma, ni venganza en la mente, y recorrió el mundo predicando la no violencia y el poder redentor del amor. Creía con todo su corazón, su mente y su alma que el camino hacia la paz y la fraternidad pasa por la no violencia, el amor y el sufrimiento. . .

Otros títulos de la Biblioteca de Martin Luther King Jr. en HarperCollins Español

Yo tengo un sueño (prólogo de Amanda Gorman, traducción de Alexis Romay)

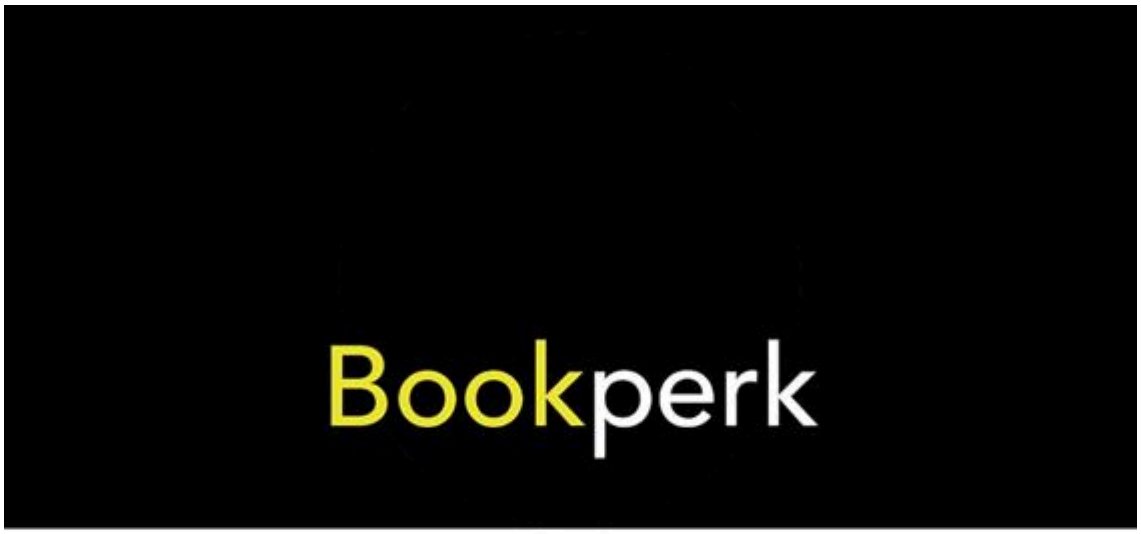
Más allá de Vietnam (prólogo de Viet Thanh Nguyen, traducción de Alexis Romay)

Dios avanza con nosotros (prólogo de Clyde W. Ford, traducción de Aurora Lauzardo Ugarte)

He estado en la cima de la montaña (prólogo de Eric D. Tidwell, Esq., traducción de Daniel Saldaña París)

Permisos

«The Impassable Gulf (The Parable of Dives and Lazarus)»: © CSKC-INP, Coretta Scott King Collection, en manos privadas, Sermon Files, carpeta 129.
«Living Under the Tensions of Modern Life»: © MLKEC: ET-32.
«Paul's Letter to American Christians»: © MLKJP-GAMK, Martin Luther King, Jr. Papers (Series I–IV),I-IV), Martin Luther King, Jr., Center for Nonviolent Social Change, Inc., Atlanta, Ga., Caja 119A, carpeta 16.
«Nonviolence and Racial Justice» (Artículo): © *Christian Century* 74 (6 de febrero de 1957): 165-167.
«Loving Your Enemies»: © MLKEC, INP, Martin Luther King, Jr. Estate Collection, en manos privadas, ET-1; Atl-5A & 5B.
«Palm Sunday Sermon on Mohandas K. Gandhi»: © MLKEC, INP, Martin Luther King, Jr. Estate Collection, en manos privadas, ET-64, carretes 3 y 4.
«A Walk Through the Holy Land»: © MLKJP-GAMK,Martin Luther King, Jr. Papers (Series I-IV), Martin Luther King, Jr., Center for Nonviolent Social Change, Inc., Atlanta, Ga., T-17.
«The Three Dimensions of a Complete Life»: © PPUCGC, Unitarian Church of Germantown Collection, Filadelfia, Pa.
«Levels of Love»: © MLKEC-INP, Martin Luther King, Jr. Estate Collection, en manos privadas, ET-72.
«Letter from Birmingham Jail»: Copyright © 1963, Martin Luther King, Jr. Todos los derechos reservados.
Discurso de Acceptación del Premio Nobel de la Paz: De *Les Prix Nobel en 1964*, Editor Göran Liljestrand, [Nobel Foundation], Estocolmo, 1965, Copyright © The Nobel Foundation 1964.



Sign up for Bookperk and get e-book bargains, sneak peeks, special offers, and more—delivered straight to your inbox.

SIGN UP NOW

Derechos de autor

Queda expresamente prohibido todo uso no autorizado de esta publicación para entrenar cualquier tecnología de inteligencia artificial (IA) generativa, sin limitación a los derechos exclusivos de cualquier autor, colaborador o editor de esta publicación. HarperCollins también ejerce sus derechos bajo el Artículo 4(3) de la Directiva 2019/790 del Mercado Único Digital y excluye esta publicación de la excepción de minería de textos y datos.

Todo el material ha sido utilizado bajo la autorización de The Estate of Martin Luther King Jr.

DR. MARTIN LUTHER KING JR. SOBRE EL AMOR. Copyright © 2025 de The Estate of Martin Luther King, Jr. Todos los derechos reservados están bajo las Convenciones Internacionales y Panamericanas del Derecho del Autor. Al pagar las tarifas requeridas, se le ha otorgado el derecho no exclusivo e intransferible de acceder y leer el texto de este libro electrónico en pantalla. Ninguna parte de este texto se puede reproducir, transmitir, descargar, descompilar, realizar en ingeniería inversa, o almacenar o introducir en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, ahora conocido o inventado a continuación, sin el permiso expreso por escrito de los libros electrónicos de HarperCollins.

Sin limitar los derechos exclusivos de ningún autor, colaborador o editor de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. HarperCollins también ejerce sus derechos en virtud del artículo 4(3) de la Directiva del Mercado Único Digital 2019/790 y reserva expresamente esta publicación de la excepción de minería de textos y datos.

En asociación con IPM

Licencia otorgada por Intellectual Properties Management, Inc., Atlanta, GA, licenciatario exclusivo de The King Estate.

Título original: *Dr. Martin Luther King Jr. On Love*

Publicado en inglés por HarperOne en los Estados Unidos de América en 2024.

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL, 2025

Traducción: Aurora Lauzardo Ugarte

Diseño: Elina Cohen

Este libro ha sido debidamente catalogado en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

Edición digital JULIO 2025 ISBN: 978-0-06-342617-7
Versión 07152025
Imprimir ISBN 978-0-06-342616-0

Acerca del editor

Australia
HarperCollins Publishers Australia Pty. Ltd.
Level 13, 201 Elizabeth Street
Sydney, NSW 2000, Australia
www.harpercollins.com.au

Canada
HarperCollins Publishers Ltd.
Harlequin Enterprises ULC
www.harlequin.com
Bay Adelaide Centre, East Tower
22 Adelaide Street West, 41st Floor
Toronto, Ontario, M5H 4E3
www.harpercollins.ca

India
HarperCollins India
A 75, Sector 57
Noida
Uttar Pradesh 201 301
www.harpercollins.co.in

Ireland
HarperCollins Publishers
Macken House,
39/40 Mayor Street Upper,

Dublin 1, D01 C9W8, Ireland
www.harpercollins.co.uk

New Zealand
HarperCollins Publishers New Zealand
Unit D1, 63 Apollo Drive
Rosedale 0632
Auckland, New Zealand
www.harpercollins.co.nz

United Kingdom
HarperCollins Publishers Ltd.
1 London Bridge Street
London SE1 9GF, UK
www.harpercollins.co.uk

United States
HarperCollins Publishers Inc.
195 Broadway
New York, NY 10007
www.harpercollins.com

* N. de la T.: Hemos optado por escribir Negro con mayúscula, haciendo eco de la decisión de *The New York Times*, que en 2020 actualizó así su guía de estilo en actitud de respeto hacia las personas y culturas afrodescendientes.

* A mediados del siglo XIX, el editor alemán Karl Baedeker comenzó a publicar una serie de manuales de viajes.

† Buttrick, *The Parables of Jesus* [Las parábolas de Jesús] (Garden City, NY: Doubleday, Doran & Company, Inc., 1928), p. 139: «Hay que recordar que la historia es una parábola. Sus símbolos son símbolos y no hechos literales. Jesús dio por sentado un más allá, pero no lo describió». [N. de la T.: Excepto cuando se citan las fuentes disponibles en español, todas las traducciones de las citas son de la traductora.]

* Reinhold Niebuhr, *The Nature and Destiny of Man: A Christian Interpretation* [Naturaleza y destino del hombre: una interpretación cristiana], *Vol. 2* (New York: Charles Scribner's Sons, 1943), p. 294: «No es prudente que los cristianos pretendan tener conocimiento del mobiliario del cielo o de la temperatura del infierno ni estar demasiado seguros de cualquier detalle del Reino de Dios en el que se consuma la historia».

† Buttrick, *The Parables of Jesus* [Las parábolas de Jesús], pp. 137-138: «Hay dos personajes principales: el hombre rico anónimo y Lázaro, el mendigo a su puerta. Vemos al hombre rico bien ataviado: su vestidura exterior estaba teñida con la costosa púrpura del murex; su vestimenta interior era de lino egipcio. Lo vemos vivir en la opulencia: la «puerta» anuncia el pórtico de una casa palaciega. Lo vemos comer bien y vivir feliz. Lázaro aparece como horrible contraste. A diario es llevado a la puerta del hombre rico. Sus harapos apenas cubren su cuerpo ulcerado. Los perros inmundos que infestan la calle vienen a lamerle las llagas, y Lázaro no tiene fuerzas para ahuyentarlos. Considera que comer las migajas de la mesa del hombre rico sería una gran fortuna».

* Lucas 16, 25-26. (NVI)

† Buttrick, *The Parables of Jesus* [Las parábolas de Jesús], p. 138: «El rico no era inescrupuloso; la historia no da ningún indicio de que haya obtenido su riqueza de manera deshonesta».

‡ Buttrick, *The Parables of Jesus* [Las parábolas de Jesús], p. 138: «No era cruel según la definición común de la palabra».

§ Buttrick, *The Parables of Jesus* [Las parábolas de Jesús], p. 138: «El hecho de que llevaran a un mendigo allí todos los días implica que le habían dado de comer. . . El rico realizaba las obras de caridad habituales».

* En una versión manuscrita de este sermón que King archivó en la misma carpeta, tachó las siguientes palabras en esta oración: «But if the possessor of wealth does not allow it to bind him to himself suggest a false security. . . . [Pero si el poseedor de la riqueza no se aferra a no se deja sugestionar por la falsa seguridad. . . .]». (King, «The Impassable Gulf (The Parable of Dives and Lazarus)» [«El abismo insalvable (La parábola del rico y Lázaro)»], 2 de octubre de 1955.

† Buttrick, *The Parables of Jesus* [Las parábolas de Jesús], p. 138: «Pasaba frente a Lázaro todos los días, pero no lo veía».

* Buttrick, *The Parables of Jesus* [Las parábolas de Jesús], p. 138: «Ser rico no había sido su delito; ser rico, insinúa la historia, había sido su oportunidad. Su delito había sido el amor egoísta de este mundo».

† Cf. Mateo 25, 41-46.

* Cf. Reinhold Niebuhr, *Beyond Tragedy: Essays on the Christian Interpretation of Tragedy* [Más allá de la tragedia: ensayos sobre la interpretación cristiana de la tragedia] (New York: Charles Scribner's Sons, 1983), pp. 137-138.

* 2 Corintios 5, 19 (NVI).

† Juan 3, 16 (NVI).

‡ Apocalipsis 3, 20 (NVI).

§ Juan 13, 34 (NVI).

* Mateo 26, 52.

* Es posible que el sermón de Harry Emerson Fosdick, *Living Under Tension* [Vivir bajo tensión], haya inspirado el título del sermón de King (Fosdick, *Living Under Tension* [Nueva York: Harper & Brothers, 1941], pp. 1-10). La secretaria de King, Maude Ballou, hizo una anotación en su diario en septiembre de 1956, refiriéndose a un sermón con ese título: «Fui a escuchar a Martin predicar ayer. Inspirador, significativo y oportuno» (Ballou, Diario. 7/1956-11/26/1956 [AD], 48 pp. LDRP-NN-Sc: Caja 11. 561126-017).

* Karen Horney, *La personalidad neurótica de nuestro tiempo* (Barcelona: Editorial Paidós, 1993). [Publicado originalmente en inglés bajo el título *The Neurotic Personality of Our Time* (New York: W. W. Norton, 1937).]

* King se refiere al *Infierno* de Dante Alighieri (c.1314), el primer volumen de su poema épico *Divina Comedia*.

* Es posible que King se refiera a la obra de Jean-Paul Sartre *El ser y la nada: ensayo de ontología y fenomenología* (Buenos Aires: Losada, 1956). [Publicada originalmente en francés bajo el título *L´être et le néant* en 1943.]

† Shakespeare, *Hamlet*, acto 3, escena 1.

* Shakespeare, *Macbeth*, acto 5, escena 5.

† Cf. H. G. Wells, *Mr. Britling Sees It Through* (Nueva York: The Macmillan Company, 1916), p. 442.

‡ C. G. Jung, *Modern Man in Search of a Soul* [El hombre moderno en busca de un alma] (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1981), p. 264. La primera edición en inglés es de 1933. Harry Emerson Fosdick también citó a Jung en su ensayo «The Principle of Self-Acceptance [El principio de autoaceptación]» (Fosdick, *On Being a Real Person* [Nueva York: Harper & Brothers, 1943], p. 74).

* Fosdick analizó el papel de la religión en promover la autoestima en *The Principle of Self-Acceptance*, pp. 73-78.

* Mateo 25, 21-23 (NVI).

† King se refiere a la parábola de los talentos, en la que Jesús alaba a los que tienen cinco y dos talentos respectivamente por usarlos de forma constructiva, pero condena a la persona que entierra su único talento (Mateo 25, 14-30). En este contexto, «talento» se refiere a una unidad monetaria o medida de peso, y no a una aptitud.

* Cf. Marc Connelly, *The Green Pastures: A Fable* [Verdes pastos: una fábula] (Nueva York: Farrar & Rinehart, 1929), p. 68. Véase también Fosdick, *On Being a Real Person,* p. 78: «Noé dice en la obra de teatro *Green Pastures*: "No soy mucho, pero es todo lo que tengo"». [N. de la T.: En la traducción se pierde la forma de hablar, en palabras del propio King, «poco gramatical» del personaje: «Lord, I ain't much but I's all I got».]

* Juan 14, 27 (NVI).

* Cf. Juan 8, 3-11.

† King se refiere a la parábola del hijo pródigo en Lucas 15: 11-32.

* King parafrasea a Mateo 18, 21-22.

* En la versión publicada del sermón de King «Knock at Midnight», King atribuyó esta cita a Howard Thurman (Martin Luther King Jr., *Strength to Love* [Boston: Beacon Press, 1963], pp. 49, 144; Howard Thurman, *Deep River: Reflections on the Religious Insight of Certain of the Negro Spirituals* [Nueva York: Harper & Brothers, 1955], pp. 28-29). [N. de la T.: en la traducción se pierde lo que King llama en inglés «broken language» (lenguaje que no sigue las reglas ortográficas y gramaticales), un tema que aparece a menudo en sus sermones para aclarar que, aunque se expresaran en un lenguaje «incorrecto», esas personas poseían una gran sabiduría.]

* King se refiere al segregacionista John Kasper, quien se opuso con tenacidad a la integración en Clinton, Tennessee, en el otoño de 1956, y al senador del estado de Alabama, Sam Engelhardt Jr., quien presidía el Consejo de Ciudadanos de Alabama Central y apoyaba la Ley de Colocación de Alumnos de Alabama de 1956, concebida para eludir la implementación de *Brown vs. Junta de Educación de los Estados Unidos.* Véase Martin Luther King Jr., Robert E. DuBose, H. J. Palmer, H. H. Hubbard, S. S. Seay, y Ralph Abernathy a la Junta de Educación del Condado de Montgomery, 28 de agosto de 1959, en *The Papers of Martin Luther King, Jr. Volume 5: Threshold of a New Decade. January 1959-December 1960* (Berkeley: University of California Press, 2005).

* King parafrasea el canto espiritual Negro *[spiritual]* «There's a Great Camp Meeting [Hay un gran encuentro de fe]».

† King parafrasea la epístola a los Hebreos 13, 8.

* King cita el himno de Charles W. Fry *The Lily of the Valley* [El lirio del valle] (1881).

† King parafrasea la epístola a los Filipenses 4, 7 y Juan 14, 27.

* Romanos 12, 2 (NVI).

† Filipenses 3, 20 (NVI): «En cambio, nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde anhelamos recibir al Salvador, el Señor Jesucristo».

* 1 Timoteo 6, 10 (NVI).

* Gálatas 3, 28 (NVI): «Ya no hay judío ni no judío, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús».

† Hechos 17, 24-26 (NVI).

‡ Véase Martin Buber, *Yo y tú* (Buenos Aires: Nueva Visión Argentina, 2002). [N. de la T.: El texto original en alemán se publicó en 1923. La primera traducción al inglés se publicó en 1937.]

* Amós 5, 24 (NVI).

* En un discurso ante el National Committee for Rural Schools [Comité Nacional de Escuelas Rurales], King atribuyó esa declaración a Kenneth Clark y sustituyó «cristiano» por «honorable». (Véase King, «Desegregation and the Future», 15 de diciembre de 1956, pág. 478). *The Papers of Martin Luther King, Jr. Volume 3: Birth of a New Age. December 1955-December 1956* (Berkeley: University of California Press, 1977).

* Romanos 8, 38-39 (NVI).

† Juan 4, 16 (NVI).

* 1 Corintios 13, 1 (NVI).

† Cf. 1 Corintios 13, 2.

‡ Cf. 1 Corintios 13, 3.

* Cf. Judas 24-25.

* Juan 18, 11 (NVI).

* Si bien la lengua griega tiene tres palabras para el amor, «eros» no aparece en el Nuevo Testamento griego.

* Cf. Harry Emerson Fosdick, *On Being Fit to Live With: Sermons on Post-war Christianity* (Nueva York: Harper & Brothers, 1946), pp. 16-17.

† En una discusión similar en *Stride Toward Freedom* (Nueva York: Ballantine Books, 1960), King añadió otro elemento de la no violencia: «El opositor no violento está dispuesto a aceptar la violencia si es necesario, pero nunca a infligirla. No busca eludir la cárcel. . . El opositor no violento se da cuenta de que el sufrimiento tiene enormes posibilidades educativas y transformadoras» (p. 103).

* King recita el himno de J. H. Gillmore *He Leadeth Me* [Él me guía] (1862): «Blessed thou! / O words with heavenly comfort fraught! / Whate'er I do, whate'er I do, where'er I be, / Still 'tis God's hands that leadeth me! / He leadeth me, He leadeth me, / By His own hands He leadeth me. / His faithful follower, I will be, / For by His hand He leadeth me».

* Los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas se denominan «Evangelios sinópticos» porque tienen puntos en común que el cuarto Evangelio, el de Juan, no tiene. Cf. Mateo 10, 39; Mateo 16, 25; Marcos 8, 35; Lucas 9, 24; y Lucas 17, 33.

* Véase Martin Buber, *Yo y tú* (Buenos Aires: Nueva Visión Argentina, 2002).

* King adoptó este pasaje de Harry Emerson Fosdick, *On Being a Real Person* (Nueva York: Harper & Brothers, 1943), p. 80. «Desde un punto de vista, esto puede considerarse una falta de madurez. Un bebé es por necesidad egocéntrico. Es un manojo de sus propias sensaciones, que clama atención. Sin duda, tiene relaciones sociales vitales; es inseparable de su madre, pero lo único que quiere de ella es comida y protección. No se preocupa por ella ni intenta comprenderla por el bien de ella; la quiere, y después a todos los que están a su alcance, solo por su propio bien. El egocentrismo es la actitud inevitable de la primera infancia. Dice el Dr. William Burnham: "El primer período, hasta los siete u ocho años, es aquel en el que domina el ego. Tanto el comportamiento como el pensamiento del niño son de igual modo egocéntricos. Es asunto del niño ser egoísta en este periodo"» (La cita de Fosdick proviene de William Henry Burnham en *The Wholesome Personality* [Nueva York: D. Appleton, 1932], p. 49).

† Fosdick, *On Being a Real Person*, pp. 80-81: «Porque una persona de verdad, con una madurez desarrollada, no es egocéntrica. Tiene intereses concretos; se preocupa por los demás por el bien de los demás; descubre causas y valores por los que vive e incluso podría morir. . . . Sus satisfacciones duraderas están en dejarse llevar por objetivos ajenos a ella, y como dijo Jesús, encuentra la vida perdiéndola».

* En la here de *On Being a Real Person* de Fosdick, King subrayó las siguientes líneas: «En ellas se demuestra que el principio básico de Jesús es más que una gran ética, es una psicología sólida: solo quienes pierden la vida la salvan, solo quienes gastan la vida la conservan, solo quienes invierten en la vida la enriquecen».

† Fosdick, *On Being a Real Person*, p. 81: «Los moralistas los censuran por egoístas, pero subyacente a lo ético hay un problema psicológico: son especímenes con un retraso en el desarrollo. Dice una novelista contemporánea sobre uno de sus personajes: «Edith era un pequeño país limitado al norte, sur, este y oeste por Edith». Fosdick citó a la novelista Martha Ostenso, «Gardenias in Her Hair», *Pictorial Review* 38 (septiembre de 1937): 84.

‡ Fosdick, *On Being a Real Person*, pp. 81-82: «Los efectos perturbadores de tal egocentrismo son graves. Como cualquier otra persona, el egocéntrico quiere ser apreciado; de hecho, cual niño malcriado, cuanto más egocéntrico es, con mayor voracidad insiste en ello; pero su egocentrismo en cualquier grupo social dificulta la admiración. . . . Los egocéntricos, por tanto, suelen sentirse confundidos, descontentos e infelices».

* En la here de *On Being a Real Person* de Fosdick, King subrayó las siguientes líneas: «Pueden, y lo hacen, y si han de madurar deben salir de sí mismos no suprimiendo sus egos, sino ampliándolos». En el margen derecho, King escribió: «Salimos de nosotros mismos no suprimiendo nuestro ego, sino ampliándolo. Uno debe ampliar su ego hacia un yo extendido».

* Alfred Adler (1870-1937) fue un psicoterapeuta austriaco.

† Fosdick, *On Being a Real Person*, p. 97: «De las tres figuras principales de la psiquiatría moderna, el pensamiento de Freud se puede resumir en que lo que más desea el hombre es ser amado; el de Jung, en que lo que más desea es sentirse seguro; y el de Adler, en que lo que más desea es sentirse importante. Dejando abierta la cuestión de la prioridad, ese último deseo es persistente en todos nosotros. Todo hombre quiere sentir que vale».

* William Wilberforce (1759-1833) fue un político británico que trabajó por la abolición de la esclavitud.

† Florence Nightingale (1820-1910) dirigió los servicios de enfermería británicos en Turquía durante la guerra de Crimea. En 1860 fundó en Londres la primera escuela de formación de enfermeras del mundo.

‡ Cf. Mateo 25, 40. Fosdick, *On Being a Real Person*, p. 91: «Wilberforce puede identificarse con las víctimas de la trata esclavista; Florence Nightingale, con los heridos necesitados de atención en una guerra, y Jesús puede llevar esa concretización de sí mismo tan lejos que dice: "Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí."».

* Lucas 12, 16-20 (NVI).

† Marian Anderson (1897-1993) fue una cantante de ópera afroestadounidense de fama internacional.

* Jean Sibelius (1865-1957) fue un compositor finlandés. Arturo Toscanini (1867-1957) fue un director de orquesta italiano que dirigió la Filarmónica de Nueva York de 1928 a 1936.

† Hechos 17, 28 (NVI).

* Este versículo es en realidad Éxodo 3, 14.

* Lucas 18, 11 (NVI).

† King parafrasea la primera epístola a los Corintios 15, 10: «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy. . .»(NVI).

* Estas son las estrofas primera y tercera del himno cristiano *Amazing Grace*. [N. de la T.: Esta es la traducción literal de las estrofas según el texto de King. En español hay varias versiones de este himno.]

* Mateo 5, 43-45 (NVI).

* Cf. Mateo 7, 3 y Lucas 6, 41; véase también James Moffatt, *The Bible: A New Translation by James Moffatt* (Nueva York: Harper & Brothers, 1922).

* Ovidio, *Metamorfosis* 7, 20: «Veo lo mejor y lo apruebo, lo peor sigo».

† Platón, *Fedro*, parte II.

‡ Aquí King repite erróneamente su paráfrasis de Ovidio. En la versión de la Universidad de Howard de este sermón, citó a Pablo: «De hecho, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» [Romanos 7, 19 (NVI)].

* Cf. Harry Emerson Fosdick, *On Being Fit to Live With: Sermons on Post-War Christianity* (Nueva York: Harper & Brothers, 1946), pp. 6-7.

* Arnold Joseph Toynbee (1889-1975) fue un historiador inglés. En el sermón que dictó en la Universidad de Howard, King dijo a la audiencia: «Oh, amigos míos, puede que la civilización occidental acabe destruida en la autopista de la historia porque no supimos atenuar nuestras luces con la gran luz del amor en el momento oportuno».

* Cuando King pronunció este sermón en la Universidad de Howard, invocó un ensayo de 1927 del sociólogo afrorestadounidense E. Franklin Frazier, quien escribió: «Los blancos sureños aquejados del complejo del Negro se muestran incapaces de desempeñar ciertas funciones sociales. Por ejemplo, son incapaces de tomar decisiones justas cuando están implicadas personas blancas y de color» (Frazier, «The Pathology of Race Prejudice [La patología del prejuicio racial]», *Forum 77* [junio de 1927]: 856-62).

* Es probable que King se refiera al libro de Benjamin Thomas, *Abraham Lincoln: A Biography* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1952).

† Esto es incorrecto. Stanton fue nombrado secretario de guerra en 1862, más de tres años antes del asesinato de Lincoln. King corrigió este error en versiones posteriores del sermón.

* En su sermón en la Universidad de Howard, King dijo: «Solo voy a usar el amor como munición, y voy a salir y ponerme la coraza de la justicia y toda la armadura de Dios y empezar a marchar».

* King parafrasea el himno de Isaac Watts, *Jesus Shall Reign* [Jesús reinará] (1719).

† King hace referencia al himno tradicional *All Hail the Power of Jesus's Name* [Alabemos el poder del nombre de Jesús], y cita versos del «Coro del Aleluya» del *Mesía*s de George Frideric Handel y del himno cristiano *In Christ There Is No East or West* [En Cristo no hay oriente ni occidente].

* N. de la T.: King cita estos versos del poema «The Present Crisis» de James Russel Lowell (1819-1891) en su discurso *Dios avanza con nosotros* (Harper Collins Español, 2024), p. 102.

* N. de la T.: En la traducción se pierde la forma de hablar «poco gramatical» —en palabras del propio King— del personaje.

* King parafrasea el himno de Isaac Watts, *When I Survey the Wondrous Cross* [Cuando contemplo la maravillosa cruz] (1707).

* Para más información sobre los viajes de King por Oriente Medio, véase «Un paseo por Tierra Santa» (here de este libro).

† Cf. Marcos 11,15.

* El nacionalista y poeta indio Rabindranath Tagore (1861-1941) ganó el Premio Nobel de Literatura en 1913. Se cree que fue el primero en dirigirse a Gandhi como Mahatma. Véase *The Collected Works of Mahatma Gandhi, vol. 15, agosto de 1918-julio de 1919* (Delhi: The Publications Division, Ministry of Information and Broadcasting, Government of India, 1965 pp. 495-96.

† Juan 1, 50 (NVI).

* Cf. Hechos 17, 22.

* Es posible que King se viera influenciado por el libro del misionero E. Stanley Jones sobre la vida de Gandhi: «Uno de los hombres más parecidos a Cristo en la historia no era cristiano. . . . Dios utiliza muchos instrumentos y se ha servido de Mahatma Gandhi para ayudar a cristianizar a la cristiandad no cristiana» (Jones, *Mahatma Gandhi: An Interpretation* [Nueva York: Abingdon-Cokesbury Press, 1948], p. 77). King poseía y anotó un ejemplar del libro de Jones.

* Gandhi se licenció en Derecho en Londres en 1891 y viajó a Sudáfrica dos años después.

† Gandhi describe esos acontecimientos en su autobiografía, Mahatma Gandhi, *Autobiobrafía: historia de mis experiencias con la verdad* (Bogotá: Editorial Temis, 2007), parte 2, capítulos 8-12.

‡ Cf. Mateo 5-7.

* Cf. Mateo 5, 39; Romanos 12, 21; y Mateo 5, 5. En su autobiografía, Gandhi recuerda haber leído la Biblia cuando era estudiante en Inglaterra (Mahatma Gandhi, *Autobiobrafía*), pp. 65-68.

† Gandhi sugirió que se había exagerado la influencia que Thoreau ejerció en él: «La afirmación de que yo había derivado mi idea de la desobediencia civil de los escritos de Thoreau es errónea. La resistencia a la autoridad en Sudáfrica ya estaba muy adelantada antes de que llegara a mis manos el ensayo de Thoreau sobre la desobediencia civil» (Gandhi a Kodanda Rao, 10 de septiembre de 1935, en *The Collected Works of Mahatma Gandhi,* vol. 61, 25 de abril-30 de septiembre de 1935 [Delhi: The Publications Division, Ministry of Information and Broadcasting, Government of India, 1965], p. 401).

‡ Gandhi regresó a la India en 1914, y en 1917, inició su primer movimiento de protesta en favor de los agricultores de índigo explotados en Champaran, Bihar. La campaña, que consistió en huelgas de inquilinos, boicots laborales y desarrollo comunitario, condujo a la firma de la Ley Agraria de Champaran (1918).

* En su autobiografía, Nehru describe la inmersión de su padre en el movimiento por la libertad: «La no cooperación significaba retirarse del ejercicio de la abogacía, romper por completo con su vida anterior y rehacerla, algo nada fácil cuando se está a punto de cumplir sesenta años» (Nehru, *Toward Freedom: The Autobiography of Jawaharlal Nehru* [Nueva York: The John Day Co., 1941], p. 66).

* Louis Mountbatten (1900-1979) fue el último virrey de la India. Su esposa, Edwina Mountbatten (1901-1960), y su hija Pamela (1929-) asistieron a la cena del 10 de febrero con Nehru y los King.

† Entre 1930 y 1932 se celebraron en Londres tres mesas redondas para estudiar una futura constitución para la India. Gandhi representó al Congreso Nacional de la India en la segunda mesa redonda de 1931.

* Cf. Lucas 6, 41-42.

* Gandhi admitió haber cometido un «error de cálculo como el Himalaya» al organizar un movimiento de protesta contra la represión inglesa de las libertades civiles indias en 1919 (Gandhi, *Autobiografía*, p. 395). [N. de la T.: «Un error como el Himalaya» es la traducción que hace el Observatorio de Conflictos de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina (https://www.marxists.org/espanol/tematica/india/gandhi/1927a.htm).] Tres años después, Gandhi detuvo un movimiento de no cooperación luego de que una turba india matara a 22 funcionarios británicos en Chauri Chaura, Uttar Pradesh.

† Nehru, *Toward Freedom*, pp. 79-80.

* Gandhi respondía a las acusaciones de que su hijo mayor, Harilal, dirigía un negocio fraudulento (*Young India,* 18 de junio de 1925, en *The Collected Works of Mahatma Gandhi,* vol. 27, mayo-julio de 1925 [Delhi: The Publications Division, Ministry of Information and Broadcasting, Government of India, 1965], pp. 259-262).

† Gandhi reflexionó sobre ese incidente en su autobiografía (pp. 191-92).

* Gandhi adoptó a Lakshmi Dafda Sharma (1914-) en octubre de 1920. Lakshmi y sus padres, Dudabhai y Danibehn Dafda, se instalaron en el ashram de Satyagraha, cerca de Ahmadabad, en septiembre de 1915, invitados por Gandhi.

* King describe la huelga de hambre de Gandhi en septiembre de 1932 contra el separatismo electoral promovido por el gobierno británico hacia los intocables.

* En Delhi, Gandhi se alojaba con frecuencia en casa de G. D. Birla.

† Gandhi fue asesinado el 30 de enero de 1948 por Nathuram Vinayak Godse, un miembro de la organización nacionalista hindú Rastriya Swayamsevak Sangh. Godse fue posteriormente condenado a la horca junto con un coconspirador.

* King utilizó esta misma descripción en su «Declaración de despedida para All India Radio» el 9 de marzo. *The Papers of Martin Luther King, Jr. Volume 5: Threshold of a New Decade. January 1959-December 1960* (Berkeley: University of California Press, 2005).

† Jones, *Mahatma Gandhi: An Interpretation*, p. 159: «Así pues, Mahatma Gandhi es el llamado de Dios a esta época, una época que se desvía de nuevo a su perdición».

‡ Mateo 26, 52 (NVI).

* King parafrasea «The Ways [Los caminos]» de Oxenham, que se publicó en un poemario titulado *All's Well!* [¡Todo está bien!] (Nueva York: George H. Doran, 1916), p. 91. Allan Knight Chalmers, profesor de predicación y cristianismo aplicado en la Universidad de Boston y conocido de King, citó los versos de Oxenham en dos de sus libros, *The Constant Fire* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1944), p. 104; y *High Wind at Noon* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1948), pp. 76-77.

* Hechos 26, 13 (NVI).

* El ministro episcopaliano y abolicionista Phillips Brooks escribió el himno *O Little Town of Bethlehem* [Oh, pequeña ciudad de Belén] en 1868, recordando su visita a Tierra Santa tres años antes. King parafrasea versos de la estrofa inicial del himno: «Yet in the dark streets shineth the everlasting light. . . the hopes and fears of all the years met in thee tonight».

* Cf. Mateo 2, 9-12.

† Cf. Lucas 2, 6-7.

* Cf. Lucas 10, 30-37.

† Cf. Josué 4, 13-24.

‡ Cf. Mateo 26, 30-31.

* El sermón de King del Domingo de Ramos de 1957, dos años antes, se centraba en la experiencia de Jesús en el huerto (King, «Garden of Gethsemane [El jardín de Getsemaní]», sermón pronunciado en la Iglesia Bautista de Dexter Avenue, Montgomery, Alabama, 14 de abril de 1957).

† Cf. Mateo 26, 39.

‡ Cf. Mateo 26, 42.

§ Cf. Mateo 26, 43-45.

* Cf. Lucas 19, 28-38.

* Cf. Lucas 19, 45-48.

* Cf. Juan 19, 6-15.

* Archibald Carey (1868-1931) fue pastor de la iglesia Quinn Chapel AME de Chicago.

† King se refiere a Simón de Cirene, a quien los soldados de Pilato ordenaron llevar la cruz de Jesús (Mateo 27, 32).

* William Shakespeare, *Otelo*, acto 2, escena 3.

† Cf. Platón, *Critón*.

‡ Cf. Platón, *Apología*.

* Mateo 5, 41 (NVI).

† Cf. Mateo 18, 21-22.

* Cf. Mateo 27, 59-60.

† Cf. Mateo 8, 20.

* William Howard Taft (1857-1930) fue el vigésimo séptimo presidente de los Estados Unidos (1909-1913). En 1921, Taft fue nombrado juez presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos.

* En 1920, el presidente Wilson (1856-1924) fracasó en sus esfuerzos por obtener la aprobación del Senado para la adhesión de los Estados Unidos a la Sociedad de Naciones. Murió cuatro años después. Estados Unidos ingresó en las Naciones Unidas en 1945.

† En 1896, la sentencia del Tribunal Supremo en *Plessy v. Ferguson* (163 U.S. 537) confirmó una ley de Luisiana que obligaba a que los vagones para Negros y blancos en los trenes intraestatales fueran separados pero iguales.

‡ En 1954, en *Brown vs. Junta de Educación de los Estados Unidos* (347 U.S. 483), el Tribunal Supremo revocó por unanimidad la doctrina de «separados pero iguales» y declaró inconstitucional la segregación racial en las escuelas públicas.

* King parafrasea la primera y la última estrofa del himno de Isaac Watts *When I Survey the Wondrous Cross* [Cuando contemplo la maravillosa cruz] (1707).

* Además de las cuatro que menciona King, otras trece naciones africanas obtuvieron la independencia en 1960: Benín, Burkina Faso, República Centroafricana, Chad, Congo, Costa de Marfil, República Democrática del Congo, Gabón, Madagascar, Malí, Mauritania, Níger y Senegal.

* En una carta fechada el 24 de mayo a Max Daskam, pastor de la iglesia desde 1929, Maude Ballou le informó el consentimiento de King para predicar. Daskam invitó a King por primera vez el 24 de marzo de 1959.

* King asistió al Seminario Teológico Crozer, cerca de Chester, Pensilvania, desde 1948 hasta 1951.

† Apocalipsis 21, 16 (NVI).

* Phillips Brooks, *Selected Sermons* [Sermones escogidos], ed. William Scarlett (Nueva York: E. P. Dutton, 1949), p. 195: «San Juan, en su gran visión, ve la ciudad mística, "la santa Jerusalén", descender del cielo desde Dios. Es la imagen de la humanidad glorificada, de la humanidad tal como será cuando llegue a su plenitud, estando llena por completo de Dios. Y una de las glorias de la ciudad que Juan vio fue su simetría. Nuestras ciudades, nuestros desarrollos y presentaciones de la vida humana son parciales y unilaterales. Esa ciudad del cielo era simétrica. En sus tres dimensiones estaba completa. Ninguna se sacrificó por otra. "Medía lo mismo de largo que de ancho"».

* Joshua Loth Liebman, *Peace of Mind* [Tranquilidad] (Nueva York: Simon and Schuster, 1946), pp. 38-58.

* En un discurso anterior, King atribuyó esa cita al presidente de Morehouse College, Benjamin Mays. Véase King, «Facing the Challenge of a New Age [Ante el reto de una nueva era]», discurso pronunciado en el mitin del Día de la Emancipación de la NAACP, 1 de enero de 1957, en *Papers*, 4:79.

† King parafrasea el poema de Douglas Malloch «Be the Best of Whatever You Are [Sé lo mejor en lo que seas]» (1926).

* Brooks, *Selected Sermons*, p. 196: «La amplitud de una vida, en cambio, es su alcance lateral, si se puede decir así. Es la tendencia constante y difusiva que atrae en todo momento a un hombre hacia el exterior en simpatía con otros hombres. Y la altura de una vida es cómo se extiende hacia Dios; su sentido de niñez; su conciencia de la Vida Divina, que está por encima de ella y con la cual trata de vivir en amor, comunión y obediencia. Esas son las tres dimensiones de una vida, su longitud, su amplitud y su altura, sin el debido desarrollo de todas ellas ninguna vida llega a ser plena».

† A Jesús le hicieron esta pregunta y él respondió con la parábola del buen samaritano (véase Lucas 10, 29).

* En el sermón del Domingo de Pascua del 29 de marzo de 1959 en Dexter, King recordó su reciente visita a Jericó (véase King, «Un paseo por Tierra Santa», p. 135 de este volumen).

† Cf. Lucas 10, 30-37.

* Cf. Mateo 23, 11.

† El juez J. Skelly Wright ordenó la integración en las escuelas públicas de Nueva Orleans el 14 de noviembre de 1960, lo que provocó que los blancos asediaran la alcaldía y retiraran a un gran número de niños de las escuelas locales (Claude Sitton, «Pupils Integrate in New Orleans as Crowd Jeers [Los alumnos se integran en Nueva Orleans en medio de los abucheos de las multitudes]», *The New York Times*, 15 de noviembre de 1960).

* Cf. Martin Buber, *Yo y tú* (Buenos Aires: Nueva Visión Argentina, 2002).

† El análisis de King sobre los efectos de la segregación es similar al que hace Benjamin E. Mays en un discurso de 1955, «The Moral Aspects of Segregation [Los aspectos morales de la segregación]».

* King cita unos versos de la «Meditación XVII» en *Meditaciones en tiempos de crisis* (1624) de John Donne.

† Brooks, *Selected Sermons* [Sermones escogidos], p. 202: «Hablo tanto de la longitud y la amplitud de la vida. Todavía queda otra dimensión. La longitud, la amplitud y la altura son iguales. La altura de la vida es su extensión hacia arriba, hacia algo sin duda más grande que la humanidad. . . . El intento de la humanidad de alcanzar a Dios».

‡ King cita «La caída de Hiperión: un sueño» (1819) de John Keats.

* N. de la T.: Los saltos en la grabación dificultan la comprensión del texto para su adecuada traducción.

* Salmo 8, 3-4 (NVI).

* Es posible que King haya tomado prestada la frase «mar inquieto» del himno de Cecil F. Alexander de 1852 *Jesus Calls Us* [Jesús nos llama]: «Jesus calls us o'er the tumult of our life's wild, restless sea; day by day his sweet voice soundeth, saying, "Christian, follow me!" [Jesús nos llama sobre el tumulto del mar indómito e inquieto de nuestra vida; día a día suena su dulce voz, diciendo: "¡Cristiano, sígueme!"]».

† King parafrasea el canto espiritual Negro *There's a Great Camp Meeting* [Hay un gran encuentro de fe]: «Walk together children, Don't you get weary, Don't you get weary, There's a great camp meeting in the Promised Land [Caminad juntos niños/ No os canséis/ No os canséis/ Hay un gran encuentro de fe en la Tierra Prometida]».

‡ Cf. *Confesiones de san Agustín*, 1.1: «Tú nos hiciste para Ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en Ti».

* Mateo 22, 37 (NVI).

† Cf. Juan 4, 24.

* Ese fue también el tema del sermón anunciado por King para el 14 de agosto de 1960 («"Levels of Love" to Be Subject at Ebenezer ["Los niveles del amor" será el tema en Ebezener]», *Atlanta Daily World*, 13 de agosto de 1960).

† «Dr. King Jr. to Preach on "Love Your Enemies" at Ebenezer Sunday [El Dr. King Jr. predicará sobre el tema "Amen a sus enemigos" en Ebenezer el domingo]», *Atlanta Daily World*, 18 de agosto de 1962; «"Love in Action," King Jr.'s Topic at Ebenezer Sunday ["El amor en acción" será el tema de King Jr. en Ebenezer el domingo]», *Atlanta Daily World*, 1 de septiembre de 1962; Lucas 23, 34 (NVI).

* «El imperativo práctico será, pues, como sigue: obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio. Vamos a ver si esto puede llevarse a cabo». (Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (1795) [Edición digital basada en la 6ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1980. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/fundamentacion-de-la-metafisica-de-las-costumbres--0/html/dcb0941a-2dc6-11e2-b417-000475f5bda5_3.html]).

† Cf. Buber, *Yo y tú* (1937).

* Poe, «Annabel Lee» (1849).

† William Shakespeare, «Soneto 116» (1609). [Traducción de Ramón García González del soneto 94 de William Shakespeare tomada de Biblioteca Virtual Cervantes: https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/sonetos--15/html/ffe9a362-82b1-11df-acc7-002185ce6064_8.html]

* El Senador James Oliver Eastland fue congresista por Misisipi en 1941, y desde 1943 hasta 1978. Utilizó su poder como presidente del Comité Judicial del Senado para bloquear la legislación sobre derechos civiles.

† Marvin Griffin fue gobernador de Georgia desde 1955 hasta 1959.

* Cf. Fiódor Dostoyevski, *Los hermanos Karamázov* (México D.F.: Fundación Carlos Slim, p. 59. Obra de dominio público, https://cdn.pruebat.org/recursos/recursos/libros/pdf/Los-hermanos-karamazov.pdf): «. . .Pero no dejo de sorprenderme a mí mismo: cuanto más amo al género humano en general, menos aprecio a los hombres en particular, o sea, tomados de uno en uno, como individuos».

* Cf. Mateo 5, 44.

* King recurre al análisis de Harry Emerson Fosdick sobre el ágape en *On Being Fit to Live With: Sermons on Post-War Christianity* (Nueva York: Harper & Brothers, 1946), pp. 6-7.

† Cf. 1 Juan 4, 7-8.

* Cf. Corintios 13, 1-3.

† King cita el himno de Isaac Watts de 1707 *When I Survey the Wondrous Cross* [Cuando contemplo la maravillosa cruz].

* King se refiere al himno de Charlotte Elliott *Just As I Am* [Tal como soy] (1836).

* Lucas 23, 34 (VBL). [N. de la T.: Se ha optado aquí por la Versión Biblia Libre por ser la traducción que incluye el paradigma «luego-cuando» que King desarrolla a continuación.]

* N. de la T.: Traducción de Ramón García González del soneto 94 de William Shakespeare, tomada de la Biblioteca Virtual Cervantes: https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/sonetos--15/html/ffe9a362-82b1-11df-acc7-002185ce6064_6.html

* Juan 3, 19 (NVI).

† Traducción del himno *In the Cross of Christ* [En la cruz de Cristo] de John Bowring (1825). Existen varias versiones del himno en inlgés.

* King desarrolla esta idea en el sermón «Amar a sus enemigos» (p. 217 de este volumen).

* Aunque en la lengua griega hay tres palabras para referirse al amor, *eros* no aparece en el Nuevo Testamento griego.

* Edward Franklin Frazier, «The Pathology of Race Prejudice» (*Forum*, junio, 1927).

* King utiliza estas mismas palabras en el discurso «No violencia y justicia racial» en la here de este volumen.

† Traducción del himno *Jesus shall reign where'er the sun* [Jesús reinará dondequiera que el sol] de Isaac Watts: «Jesus shall reign where'er the sun / Does his successive journeys run; / His kingdom stretches from shore to shore, / Till moon shall wax and wane no more».

* Traducción del himno *In Christ There Is No East or West* [En Cristo no hay oriente ni occidente], de John Oxenham: «In Christ there is no East or West / In Him no South or North, / But one great Fellowship of Love / Throughout the whole wide earth».

* Cf. Hebreos 11, 9.

* N. de la T.: Traducción del cuarteto XVI de *Rubaiyat* del poeta persa Omar Khayyam (1104-1131), a partir de la traducción al inglés de Edward FitzGerald.

* N. de la T.: Traducción del himno *My God my Father, while I stray* [Mi Dios, mi padre, aunque me pierda] de Charlotte Eliott (1834): «Tho' dark my path, and sad my lot, Let me be still and murmur not, Or breathe the prayer divinely taught, "Thy will be done!"».

† N. de la T.: Traducción del cuarteto XLIX de *Rubaiyat* de Omar Khayyam, a partir de la traducción al inglés de Edward FitzGerald.

‡ N. de la T.: Traducción del cuarteto LI de *Rubaiyat* de Omar Khayyam, a partir de la traducción al inglés de Edward FitzGerald.

* Jeremías 10, 19 (NVI).

* 2 Corintios 11, 26 (NVI).

* Filipenses 4, 11 (NVI).

† Cf. Filipenses 4, 7: «Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús» (NVI).

* N. de la T.: Traducción del himno *By and By*, del cual existen varias versiones. La que cita King dice: «By and by I'm gwin to lay down this heavy load».

* Romanos 8, 28 (NVI).

* 1 Juan 4, 18 (NVI).

* Proverbios 3, 19 (NVI).

† Hebreos 2, 7 (NVI).

* Mateo 10, 26-31 (NVI).

† King habla de la señora Pollard en su discurso *Dios avanza con nosotros* (HarperCollins Español, 2024, p. 8).

* N. de la T.: King parafrasea las palabras de Horacio en la escena 2 del acto 5 de *Hamlet* de William Shakespeare.

* «Martin Luther King Awarded Nobel Peace Prize [Martin Luther King galardonado con el Premio Nobel de la Paz]», *The Learning Network* (blog)*, The New York Times,* 14 de octubre de 1964: https://archive.nytimes.com/learning.blogs.nytimes.com/2011/10/14/oct-14-1964-martin-luther-king-awarded-nobel-peace-prize.

* Miqueas 4, 4 (NVI).

* 1 Juan 4, 7-8, 12 (RVC).

† Arnold Joseph Toynbee (1889-1975) fue un historiador británico. Su obra cumbre, *A Study of History*, comprende doce tomos (Londres: Oxford University Press, 1934-1961).

* Mateo 4, 16 (NVI).